

# **¿Como Se Fabrica Una Bruja?**

**J.J. López Ibor**

**CIRCULO DE LECTORES**

© J. J. López Ibor, 1976  
Depósito legal B. 30348-1976  
Compuesto en Garamond 10  
Impreso y encuadernado por  
Printer, industria gráfica, S.A.  
Sant Vicenç dels Horts 1977  
Printed in Spain  
ISBN 84-226-0875-8

Cubierta, Izquierdo

EL AUTOR Y SU OBRA .....	4
PROLOGO .....	5
CAPITULO I .....	11
¿COMO SE FABRICA UNA BRUJA? .....	11
UNA BRUJA Y UN ENDEMONIADO .....	11
UNA ENFERMA QUE SE CREE BRUJA .....	11
CAPITULO II .....	20
BRUJERÍA Y ENFERMEDAD MENTAL .....	20
LA HISTERIA Y LA POSESIÓN .....	28
CAPITULO III .....	31
LA CREENCIA EN LAS BRUJAS, RELIGIÓN Y MAGIA .....	31
¿QUE SON, EN REALIDAD, LAS BRUJAS? .....	31
CREENCIA EN LAS BRUJAS AHORA: A MENOS DIOS, MAS DIABLO .....	34
CULTURA Y CONTRACULTURA .....	36
ESTADOS DE POSESIÓN .....	39
CAPITULO IV .....	43
LA CAZA DE BRUJAS EL «MALLEUS MALEFICARUM» .....	43
CAPITULO V .....	49
«EL MARTILLO DE LAS BRUJAS» .....	49
TIEMPOS ACIAGOS .....	49
EL INQUISIDOR Y LA BRUJA .....	51
CAPITULO VI .....	56
ANIMALES FAMILIARES AL DEMONIO Y A LAS BRUJAS .....	56
REPRESENTACIONES DEL DEMONIO .....	56
LA LICANTROPIA .....	59
CAPITULO VII .....	62
BRUJERÍA Y ESPÍRITU DEL TIEMPO .....	62
RENACIMIENTO Y MUNDO MODERNO .....	62
SOCIEDAD EN LA GRAN BRETAÑA .....	64
SOCIEDAD EN FRANCIA EN ESTA ÉPOCA .....	67
EL GALICANISMO .....	68
EL JANSENISMO .....	69
CONDENA DEL JANSENISMO .....	69
CAPITULO VIII .....	71
UN CONVENTO Y UNA TUMBA EMBRUJADOS: LOUDUN Y SAN MEDARDO .....	71
LA CIUDAD DE LOUDUN .....	71
EL CONVENTO .....	72
LAS MONJAS DE LOUDUN .....	72
CAPITULO IX .....	76
CONVULSIONES EN SAINT-MEDARD .....	76
LOS «MILAGROS» DE SAN MEDARDO .....	76
CAPITULO X .....	80
LOS EXORCISMOS Y EL SIGLO DE LAS LUCES .....	80
EL PADRE JUAN JOSÉ GASSNER .....	80
LOS ILUMINADOS .....	82
MESMER COMO «MÉDIUM» .....	84
MESMER Y CAGLIOSTRO .....	85
CAPITULO XI .....	88
FREUD Y EL OCULTISMO .....	88
EL OCULTISMO .....	88
CAPITULO XII .....	94
LA BRUJERÍA EN LOS TIEMPOS ACTUALES .....	94
¿PERSISTE LA CREENCIA EN LAS BRUJAS Y AFINES? .....	95
CAPITULO XIII .....	101
ENFERMOS QUE HUBIERAN SIDO BRUJAS O POSESOS... ..	101
«EL HACEDOR DE LLUVIA» .....	101
EL PROFETA ELIAS .....	104
LOS ESCRITOS DE AQUILINO .....	107
PARSIFAL .....	110

CAPITULO XIV.....	114
EL MITO GNÓSTICO Y LA GNOSIS CRISTIANA.....	114
EL MITO GNÓSTICO.....	114
¿QUE ES LA GNOSIS?.....	115
CAPITULO XV.....	125
LA RELIGIÓN DE LOS MISTERIOS.....	125
COMUNIDADES.....	125
RITOS DE INICIACIÓN.....	127
LA RELIGIÓN ASTRAL.....	128
TEÓSOFOS Y GNOSIS.....	129
FIESTAS DIONISIACAS Y ORFICAS.....	131
UN TEÓSOFO MODERNO.....	132
CAPITULO XVI.....	134
EL PENSAMIENTO GNÓSTICO Y LA ALQUIMIA.....	134
PARACELSO, MEDICO, ALQUIMISTA Y GENIO PROBLEMÁTICO.....	137
CAPITULO XVII.....	143
GNÓSTICOS Y LUNÁTICOS.....	143
LA INTUICIÓN.....	143
LOS LUNÁTICOS.....	144
LA MAGIA COMO BÚSQUEDA DE UNA SEGURIDAD.....	146
CAPITULO XVIII.....	149
TEXTOS CRISTIANOS REFERENTES A LOS GNÓSTICOS.....	149
CAPITULO XIX.....	152
EL DOCTOR EUGENIO TORRALBA, UN FAUSTO ESPAÑOL.....	152
BIBLIOGRAFÍA.....	158

## **EL AUTOR Y SU OBRA**

*Nacido en Sollana (Valencia) en 1906, el doctor López Ibor fue catedrático de Medicina Legal y Psiquiatría en 1932, siéndolo en la actualidad de Psicología Médica en la Universidad de Madrid.*

*Autor de más de veinticinco libros y quinientos artículos de su especialidad, son conocidísimos sus volúmenes: La angustia vital, Tratamientos psiquiátricos, El español y su complejo de inferioridad, La vida sexual, etc. Miembro de la Real Academia de Medicina, lo es también de las de Ciencias de Moscú, y de Lisboa, etc., y fue investido como Doctor «honoris causa» en diversas universidades extranjeras. Ha sido Presidente de la Asociación Mundial de Psiquiatría, de la que fue miembro fundador.*

«A José María Pemán, maestro y amigo por tantas razones»

*Las fuerzas del mal  
fueron amadas por las hijas  
de los hombres...*

## PROLOGO

*Cada generación tiene su propio estilo de pensar. No me refiero, naturalmente, a los cambios de estilo literario, que probablemente se producen más lentamente que los del estilo de pensar. Heidegger ha dicho recientemente que los avances de las ciencias destronaron a la teología de su regencia sobre el pensamiento científico, sustituyéndola por la filosofía. Esta se disgregó, a medida que las diversas actividades científicas fueron, cada una por su parte, elaborando métodos propios. Los métodos científicos sobre las ciencias. La única tarea que le queda, por tanto, consiste en preguntar. «¿Qué es el pensar mismo?» Y éste es el único tema cuya posesión no puede eludir. Aunque lo quisiese.*

*Por esta razón es por lo que empecé a interesarme por la historia de las brujas. Unas consideraciones sobre este tema pueden ayudar a situarnos en la ruta del pensar científico actual. Además, probablemente nos iluminan sobre la razón de sus últimas evoluciones y estructuras.*

*Mi propósito es, por tanto, averiguar si debajo de la multiplicidad de direcciones que ha tomado el pensamiento humano, a lo largo de los siglos, de sus diferentes formas que parecen inagotables a la luz del progreso, hay, en realidad, alguna raíz o fundamento constante. Y esta base, de existir, mostraría la atadura radical del pensar humano, a pesar de la diversidad histórica manifestada hasta ahora. La diversidad parece embarcada en una empresa sin límites. Pues bien, ésta es la razón principal que me ha sugerido la elección del tema de este libro, tema aparentemente tan lejano a nosotros como es la génesis de la creencia en las brujas. La creencia es tan manifiesta como incomprensible a la vez. Especialmente cuando se produce en épocas tan importantes y florecientes de la historia como la nuestra.*

*Mis excursiones por el mundo de las brujas, de los endemoniados y de la hechicería tienen su móvil en los contactos con mi propia especialidad, la psiquiatría. Los casos que aquí voy a relatar pertenecen a la clínica, la mayoría de ellos a la propia clínica universitaria. La idea de este libro nació del pensamiento en las diversas formas de ese «inconsciente colectivo», de libros y pensamientos escritos con verdadero rigor científico. De algo que va deslizándose subrepticamente, como una oscura corriente que viene de la antigüedad. La corriente del pensamiento es, unas veces, más transparente y reconocible. Otras veces es más oscura y arranca de tiempos más remotos. Aun sin negar las contribuciones de Jung a estos temas, ni sus ideas sobre el «inconsciente colectivo», creo que hay todavía mucha tierra incógnita en este tema. Mi pretensión es profundizar más en él, después de las publicaciones de este sector del conocimiento. Ahora me habré de contentar con un planteamiento lo más extenso posible, del tema del embrujamiento.*

*La elección del tema «psicología de las brujas» —desde ese punto de vista he de tratarlo— no ha sido, pues, por mi parte, dictada por un capricho momentáneo. Realmente, hace cinco años que estoy preparando este libro y de ese tiempo data mi primera publicación en la Real Academia de Medicina. Además, resulta inútil y hasta poco respetuoso entrar en un tema en el cual España cuenta con un investigador tan excelente como Julio Caro Baraja. La proyección de sus trabajos alcanza el ámbito internacional. Como el lector podrá comprobar, mi enfoque es distinto, tanto como lo*

*es mi formación científica y mi procesión. Jorque este tema de las brujas, aparte de los aspectos psiquiátricos a los que yo me he de referir forzosamente, pertenece, a mi modo de ver, a una honda corriente del pensamiento humano. Es una corriente apasionante y se ha presentado en muy diversas formas a lo largo de la historia. Constituye como una veta soterrada en la interpretación de la -propia estructura psicológica del ser humano que, de vez en cuando, sale a superficie bajo formas distintas. Me estoy refiriendo al estudio e interpretación de la «gnosis».*

*Algo análogo ocurre con ciertas enfermedades psicosomáticas, según han puesto de manifiesto algunos trabajos míos y de mis colaboradores. Estas enfermedades aparecen y reaparecen a lo largo de la vida, pero con una sintomatología tan distinta, con un disfraz tan diverso, que la medicina las describe —aún hoy en día— inadecuadamente. A este hecho se le podría calificar con un vocablo de Miguel de Unamuno: metablema. Los anglosajones usan el vocablo «metabase»<sup>1</sup>.*

*El Papa Inocencio VIII publicó en diciembre de 1484 una Bula en la que deploraba la difusión de la brujería en Alemania. Autorizaba a sus queridos hijos, los inquisidores dominicos Kraemer (Heinrich Institor) y Jakob Sprenger a que se ocuparan del tema. Y lo hicieron en 1486.<sup>2</sup> Estos dominicos escribieron el famosísimo libro «Malleus Maleficarum» que alcanzó rápidamente un gran número de ediciones. La persecución y la quema de las brujas, que tenía sólo un carácter local, pasó a convertirse en general con la publicación del libro. Existe un gran contraste entre Inocencio VIII, el Papa humanista que apoyó a Mantegna y a tantos otros artistas, y el que concedió valor legal al libro de los inquisidores dominicos. La razón principal pudo ser el espíritu del tiempo, que todavía arrastraba el eco del siglo XIII, cuando tuvo lugar la batalla entre la Iglesia y los albigenses del Languedoc y los valdenses de la región de Vaud. Habría que recordar aquí de nuevo la influencia gnóstica y maniquea que había en la médula misma de las herejías cataras o albigenses y alpinas.*

*Cierto es que las brujas, como adoradoras del demonio, fueron ya perseguidas en épocas anteriores. Quizá desde el siglo XIV. O aún antes. La nueva noción del papel atribuido a las brujas no está clara en su origen. Las páginas de este libro tratarán de iluminar mi comprensión y espero que también la del lector. Lo más probable es que hubiera una reacción de la Iglesia contra las ideas gnósticas y maniqueas que tanta influencia tuvieron en las herejías antedichas y en las siguientes.*

*Los neoplatónicos, como Ficino, Paracelso, Giordano Bruno y otros, lograron que buena parte de sus ideas se adoptasen en Italia. Creían que la naturaleza toda estaba llena de demonios cargados de fuerzas mágicas, que operaban por simpatía y por antipatía. El neoplatonismo del Renacimiento se alió con el misticismo hermético. De este modo pudieron manifestarse siempre que no necesitaban de los mecanismos usados habitualmente para averiguar la naturaleza de una persona. Los mecanismos que rechazaban eran el pacto con Satán, la relación carnal con el mismo, los viajes montados en el palo de una escoba para acudir al aquelarre... Me refiero a las brujas.*

*Agripa, Gardani, Paracelso, Van Helmont y sus discípulos eran enemigos de la «caza de las brujas», porque de este modo atacaban a la filosofía platónica, a las ideas herméticas, etc., etc. La medicina de Paracelso, que ellos defendían, resultaba a la larga también criticada. Por lo menos, su defensa no resultaba demasiado valiosa.*

*Erasmus no se mostró claro y decidido ante la publicación del libro «Malleus Maleficarum». Podemos afirmar que su actitud fue siempre generalmente escéptica. Grotius, Bacon y otros muchos intelectuales de la época tampoco dieron su opinión. Lo*

<sup>1</sup> Vid. «La angustia vital», ed. Paz Montalvo, Madrid 1950-65-70.

<sup>2</sup> Precisamente cuando empezaba a interesarme por el tema de las brujas encontré en una librería de viejo en Zaragoza, por casualidad, un ejemplar del «Malleus Maleficarum», editado en 1494 en Nüremberg.

*más curioso es el silencio de Erasmo, que no evita en otras ocasiones escribir sobre temas que animan a las demonologistas. Contra Erasmo se expresó vivamente de I'Amare en la disquisición contra el poder y la impotencia del demonio. En cambio Molitor, doctor por la universidad de Padua, insistió en que las brujas obedecían a las sugerencias del demonio, aunque careciesen del poder que decían poseer, especialmente aquellas que llevaban una vida triste y que habitaban en pueblos muy pobres.*

*Análoga opinión tenían hombres de leyes como Alciaty y Posibisio, filósofos como Netteshein y Girolamo Gardani, médicos como Antonio Ferrari, Scholum y Cardini. Los actos de las brujas los consideraban, la mayor parte de ellos, como debidos a estados de melancolía, producidos en personas mal alimentadas.<sup>3</sup> El «elébora» era el remedio clásico en dicha época para las enfermedades mentales.*

*Estas mismas ideas las expuso Pedro Albano, profesor de Padua, gran intelectual de la época del Renacimiento. Pomponazy sostuvo que las apariciones y visiones eran naturales y debidas a la melancolía.*

*Leyendo detenidamente la extensísima bibliografía que existe sobre el tema de las brujas y de los posesos y, sobre todo, leyendo los muchos procesos que se han publicado a propósito de ellas, se convence el lector de que gran parte de ellas eran unas verdaderas enfermas de melancolía. No eran sólo histéricas, usando esta palabra en un sentido ambiguo, como tantas veces se ha venido afirmando.*

*El gran papel que desempeña la histeria en la difusión de la brujería es tan evidente que puede demostrarse en muchos casos de la actualidad. Se trata de una difusión por contagio. Y en todos estos casos en que se manifiesta por contagio se producen verdaderas epidemias.*

*Lo que yo quisiera demostrar a lo largo de estas -páginas, lo más claramente posible, es el dislate que supone la interpretación que podríamos llamar «protohistórica» de algunos autores. Me refiero a aquellos que sustituyen la ecuación brujería-inquisición, por la relación enfermo-sociedad o lo que es peor por la de inquisidor-psiquiatra... Claro está que no se me ocurriría negar la influencia mutua que existe entre el enfermo y las coordenadas históricas en que vive. Las epidemias citadas más arriba son un buen ejemplo de ello. Y otros muchos ejemplos podría citar para aportar más luz al tema, pero no es éste el momento oportuno. Eso será objeto de las páginas que siguen.*

*Creo que el problema es mucho más profundo. Como simple demostración le invito a leer las historias clínicas —todas reales y de mi archivo, menos una que es del siglo XVII— que transcribo en el capítulo correspondiente. Alguna de ellas sigue abierta a la investigación. Otras están en tratamiento ambulatorio en el momento que escribo estas páginas. Otras historias son más antiguas, pero creo que sus protagonistas, menos una, viven todavía. De una historia perdí la pista hace ya años y lo siento porque era de las más interesantes. Recuerdo que tan convencidos estaban los familiares de su posesión por el demonio que la llevaron a París para que la exorcizara el famoso padre Tonquedec.*

*El lector podrá fácilmente convencerse leyendo estas historias de algo de lo que algún distinguido psiquiatra no acaba de convencerse. Cuando se habla de psicosis y de depresión melancólica se habla de una verdadera enfermedad, a veces de una enfermedad muy peligrosa. Quien tal diagnostica es un psiquiatra. O sea que un médico no es un inquisidor. Ni las enfermas que nos consultan son brujas...*

*Dicho esto, he de señalar la frecuencia con que en el momento presente se habla de brujas y endemoniados. Se habla y se escribe. Se hacen obras de teatro y de cine. En*

---

<sup>3</sup> Los subrayados son míos.

*las entrevistas o coloquios con los estudiantes, en clase o en Colegios Mayores, se nos pregunta reiteradamente por el tema de lo oculto, de la posesión. Hace ya años que este fenómeno me ha llamado la atención. ¿A qué se debe?*

*A contestar la pregunta se dedican muchas de las páginas siguientes. Ahora quisiera señalar algo que me parece fundamental: la fascinación por el absurdo que flota sobre nuestra sociedad, que se llama a sí misma civilizada. Se llama y lo es. Pero el hombre, y sobre todo el joven actual, no renuncia a la lucha ni al misterio. Todos queremos seguir en la brecha y cuando no nos sacia el conocimiento de lo real nos vertimos hacia la fantasía. A tal impulso lo he llamado hace años, en otra publicación, «fascinación por el absurdo». ¿No hay un momento de placer en el vértigo, en el desmayo, en la agonía, en el comienzo de la inconsciencia de una borrachera? ¿Y qué decir de la droga? Lo que nos fascina es lo tremendo y lo incomprensible. Lo que nos lleva más allá de la percepción. Lo que tiene un reflejo de infinito. Lo numinoso, lo tremendo, lo demoníaco y lo sacro...*

*Aparece hoy con mucha frecuencia lo demoníaco en el arte y en el cine. Parece un tema medieval y renacentista, tema impropio de unos escritores hijos de los que negaron a Dios. La generación de jóvenes actuales necesita de la dinámica demoníaca para comprender el mundo. En la Edad Media el demonio era el ángel malo, como correspondía a una interpretación teológica concreta. A partir del Renacimiento el demonio unas veces tiene figura antropomórfica y otras se animaliza. Es el demonio con rabo y cuernos, pezuñas y garras de las representaciones de la Alta Edad Media y renacentistas. Ahora hemos dado unas vueltas más a la tuerca y el demonio se clasifica como negación de una unidad y libertad humanas. El mal adquiere caracteres de elementalidad singular. Por eso las jóvenes generaciones se interesan por las brujas, por la posesión diabólica, por los fenómenos «extraños» que no lo son tanto.<sup>4</sup> En general, se interesan por un «más allá» que se siente degradado en su forma de existir. No es la primera vez que he señalado este fenómeno.<sup>5</sup> Recuerdo que hará unos quince años, en un Colegio Mayor de Valladolid, hablé con los estudiantes. Fue para mí una revelación. Más del 80 % de las preguntas tenían un tinte mágico, esotérico, demoníaco. Su interés primordial —yo les había hablado de una materia distinta— era el ocultismo. Ya hoy el fenómeno se ha extendido, como he dicho más arriba.*

*El absurdo aparece como fascinante y numinoso. No creo que se haya llegado nunca a tal proceso de disociación. En la vida mental, la patología es lo que carece de sentido. Pues bien, aquí lo patológico se ha convertido en normal. Lo sin sentido en fruición vital.*

*La desintegración arranca de esta situación. Se rechaza el pasado y se le carga con todas las culpas. ¿De qué? De su existir mismo. Las generaciones que no logran transmitir a sus sucesores una explicación coherente del mundo, ven surgir a su alrededor, irrevocablemente, esas fuerzas elementales y nihilistas. Las convulsiones sociales y religiosas traen convulsionarios. La oscuridad, trasgos y brujas. Porque muchas veces los sueños engendran monstruos.*

*Hasta el fondo de los siglos se puede descender buscando los orígenes de la brujería. Su historia, desde entonces, es extraordinariamente rica y variada. Mi propósito, en estas páginas, no es escribir una recopilación de estos orígenes, sino dejar consignados los datos suficientes para poder comprender cómo nace o cómo se fabrica una bruja. En el mundo occidental se considera que la evolución en las brujas ha sido una manifestación, a veces residual y otras floreciente, de las religiones paganas. La interpretación de su existencia ha oscilado entre considerarlas como*

<sup>4</sup> Ahora el fenómeno no es juvenil, sino de toda la sociedad.

<sup>5</sup> Vid. «Rebeldes», ed. Rialp, Madrid 1962 y otras posteriores.



alucinaciones o relacionarlas con la actividad del demonio.

*El culto de las brujas se acepta que ya existía hace 30 000 años. Ha durado en Inglaterra, por ejemplo, hasta el siglo XVIII y en el siglo XX todavía se habla de él. Un libro reciente publicado en Francia «L'oeil du sorcier» de Ph. Alphonssi y Patrick Pesnot trata de esta reviviscencia de las brujas. En Inglaterra amenguó el fenómeno del siglo XVIII, unos 1200 años después de la predicación, en aquellas tierras, del cristianismo. En pleno siglo XX, las prácticas de brujería parecen tomar más vuelo, como sucede en Italia, Francia, Estados Unidos y otros países. Quiérase o no, existe una reviviscencia de la llamada «religión antigua», al mismo tiempo que el mundo moderno muestra un cierto enfriamiento hacia el poder difusor de las religiones y especialmente de la cristiana. Actualmente, en dichos países no es difícil poder asistir a un «Sabbat» o aquelarre.*

*Los cultos de las brujas han sido en todos tiempos perseguidos. Ya el rey Saúl los prohibió y sin embargo de él se habla en la Biblia por haber recibido visitas de diablos y haber consultado con la bruja de Endor (1-Sam. 28). Parece que en ese caso se trataba más de adivinas que de verdaderas brujas.*

*La bruja más conocida en los tiempos clásicos fue Medea, la que «encantó» a Jasón, jefe de los Argonautas. Dicen que sus vastos conocimientos de brujería los aprendió de su madre Hécate. El asesinato de su hijo la hizo tan famosa como sus conocimientos mágicos. La primera noticia de ella se encuentra en la cuarta oda de Píndaro dedicada a Pithias. Píndaro la llama «lengua inmortal» por su don de profecía. En la tragedia de Eurípides «Medea» aparece a Jasón y, junto a Medea, los refugiados de Corinto, donde Jasón la abandonó por la hija de Creante. La brujería y sabiduría de Medea cristalizaban en los poderes sobrehumanos que se le atribuían.*

*Horacio, el poeta romano, describe con minuciosidad en las «Sátiras» el procedimiento que empleaban dos brujas en el cementerio Esquilino. A la luz de la luna robaban huesos y hierbas venenosas, excavaban un agujero en la tierra y arrojaban un cordero blanco sobre los muertos.*

*Los primeros padres de la iglesia cristiana se preguntaban lo que podrían lograr las brujas mediante su alianza con el demonio. La brujería resultaba decepcionante e ineficaz cuando el nombre de Jesús se hallaba de por medio. San Agustín (354-430) decía que el ser humano no puede transformarse en búho, aunque algunas mujeres les diesen queso a los viajeros con el propósito de embrujarlos. La brujería decayó entonces y el escepticismo contribuía al olvido.*

*En el año 906 el canonista Regina de Primo promulgó una disposición del siglo IV aprobada en el Sínodo de Ancyra o quizá más tarde. El clero predicaba del culto a Diana, diosa pagana, hablando de viajes que en verdad eran fantasmagóricos. Esta firme declaración fue incorporada a los cánones por decreto de Graciano.*

*La creencia en las brujas es universal en las sociedades contemporáneas, pero de estructura primitiva. Así ocurre entre los «maoríes» de Nueva Zelanda, los indios «quechua» de Guatemala y los «barotse» de África. Entre ellos existen no pocos individuos que confiesan ser brujos, negándose a revelar sus técnicas. En la mayoría de los casos se trata de brujas, pero en otros grupos predominan los hombres. El asesinato de un pariente próximo es, a veces, la condición indispensable para adquirir la cualidad y los poderes del brujo o de la bruja. Pueden actuar movidos por la malicia o el rencor o tratar de buscar poder y bienes personales. Su origen se refiere a viejos mitos y sus técnicas se hallan ensambladas con los ritos de sus religiones respectivas. La brujería es como la cara oscura de la religión que practican. Su labor se realiza de noche y en cadáveres, asegurándose que viajan de un punto a otro a velocidades supernaturales. Los ritos con frecuencia son obscenos y en ellos se usan tóxicos. Se*

*cubren con máscaras de piel de animal con horrendas expresiones. El incesto y el asesinato son frecuentes. Al rito se añade, además, el yacer con cadáveres.*

*A veces se juzga a los autores de tales crímenes o desmanes. Si se confiesan culpables se quedan impotentes, alegan, y su muerte es, en todo caso, próxima. Si no confiesan, son ejecutados legalmente o mueren por acuerdo espontáneo del pueblo allí reunido. Los habitantes de tales zonas que padecen enfermedades inexplicables o alteraciones mentales son sospechosos de ser brujos.*

*Resultaría incomprensible centrar el problema de las brujas simplemente en un remedo actual de las religiones antiguas. Es necesario tener muy en cuenta las condiciones sociales, intelectuales e históricas, o sea el espíritu del tiempo. De todos modos, el hecho curioso estriba en la larga duración del episodio de «caza de brujas» que llega a cubrir dos siglos.*

*Algunos autores atribuyen el impulso de tal movimiento a la situación social. Ciertamente es que la sociedad de la Europa cristiana se encontró con una situación conflictiva, porque había grupos difíciles de asimilar y constituían como un quiste herético, aunque en realidad careciesen de ideas verdaderamente heréticas.*

*En cualquier caso, las ideas maniqueas rompieron el frente en varios puntos, como ocurrió con los bogomilos de Bulgaria y los albigenses de las cercanías de Tolosa o el núcleo valdense en los Alpes. Ya se sabe que las altas montañas nunca fueron dominadas por la sociedad feudal.*

*La Iglesia declaró la guerra a los heresiarcas. Fueron los albigenses y los valdenses, quienes reclamaron pronto su independencia y contra ellos dirigió sus garras la Inquisición. Los inquisidores no pedían más que la elaboración de una idea del mundo más a la par con Occidente y sobre todo más moralidad. Pero los albigenses persistieron en su idea de la manigua entre el Bien y el Mal. Los albigenses fueron destruidos y los valdenses reducidos, comenzando un proceso de cristianización en ambas zonas al ritmo de la sociedad feudal que era más ortodoxa. En cambio, lo que quedó de aquella dehiscencia era propicio a las alucinaciones y supersticiones. Las brujas habían penetrado entre los cátaros y valdenses y el dualismo Dios-demonio no pasó sin dejar huella. Para luchar contra este maniqueísmo se creó la Orden de los dominicos. En tiempos de San Agustín, él mismo fue «martillo» de los maniqueos. El martillo de las brujas vino después. Así empezó a tomar cuerpo en Europa la creencia en las brujas, los pactos con el diablo, los íncubos y los súcubos, las asambleas del aquelarre o «sabbat». Es decir, todo un conjunto de ritos que derivaron de pueblos de Oriente. La demonología tomó cuerpo en Europa, mientras que en la iglesia ortodoxa o griega no apareció una demonología sistemática. De este modo se forjó el sistema que duró tanto tiempo: En el siglo XIV, siglo de la Peste Negra y de la Guerra de los Cien Años. En los siglos XVI y XVII, primeros de la modernidad. Y más tarde en el siglo de las luces. Y hoy en día, en tiempos de desintegración.*

*Las páginas que siguen tratarán de explicar el fenómeno de las brujas. Será limitada la exposición, no sólo porque es mía, sino porque algún límite hay que poner a este tema inabarcable como la vida misma.*

*Quisiera expresar aquí mi agradecimiento al Padre Félix García, agustino, y al Padre Alfonso Ruiz Mateos, redentorista, por sus orientaciones en materias teológicas, en las cuales no quisiera, por mi parte, caer en un error. Mi coto profesional es otro, como conoce el lector.*

## **CAPITULO I**

### **¿COMO SE FABRICA UNA BRUJA?**

«¿Qué me puedes dar tú, pobre diablo?»

FAUSTO

#### **UNA BRUJA Y UN ENDEMONIADO**

Independientemente de unos casos de mi propia consulta hospitalaria y privada, de los que trataré al final de este libro, he elegido para comenzar estos dos ejemplos: uno, el de una mujer que se creía bruja y describía su propia transformación. Otro, el de un pintor del siglo XVII, caso que fue publicado por Sigmund Freud con el título de «Una neurosis demoníaca en el siglo XVII».

Se trataba, en este último, de un pacto secreto con el diablo que había hecho y firmado el pintor Haitzmann. La mujer que se siente transformar en bruja es una enferma que hemos visto en el Servicio de Psiquiatría de la Universidad de Madrid y que, tras un breve tratamiento, se reincorporó a su casa y lleva en la actualidad una vida completamente normal con su familia. Del segundo, daré un resumen de la historia de Freud, pues su prolijidad y minuciosidad excesiva al describir sus casos, harían la historia demasiado larga para el propósito que me lleva a escribir estas páginas. Y como es lógico, haré una interpretación propia, después de señalar la que Freud hace del caso.

Freud hizo un auténtico esfuerzo para explicar psicoanalíticamente el fenómeno de la brujería. El intento es interesante y por eso lo recojo aquí. Aparte de algún que otro error en su doctrina que no quita mérito a su empresa, tiene mucho interés. Mi camino interpretativo es distinto, como se verá a continuación.

#### **UNA ENFERMA QUE SE CREE BRUJA**

B. T. tiene 28 años de edad, es casada y natural de un pequeño pueblo de una provincia castellana. Actualmente reside en Madrid. No se pueden recoger datos de antecedentes familiares con carácter patológico, ni psicopatológico. Tiene una niña de 5 años, que está sana. La familia describe a esta enferma como de carácter retraído y un poco «parada» en la conversación. Tiene tendencia a estar pensativa, dándole demasiadas vueltas a cualquier cosa que tiene que hacer y que para los demás no reviste importancia alguna. Es muy activa y dispuesta en la casa, muy ordenada —en exceso— como es propio del carácter depresivo. Ella no recuerda haber tenido más enfermedad que el sarampión. Menarquia tardía. Acudió a la escuela hasta los 18 años, aprendiendo como las demás chicas de su edad. La escolaridad fue buena y ahora puede decirse que es una mujer culta para el medio en que vive. Hace trece años que reside en Madrid. Bien adaptada al ambiente de la capital. Su marido trabaja en un buen oficio y no hay problema económico alguno. Tampoco hay problemas en el matrimonio.

Días antes de la Semana Santa anterior al día en que acudió a la consulta, e ingresó a continuación en nuestro Servicio, fueron a verla unos primos suyos y le comentaron algunos textos de la Biblia, según su modo de interpretación, afirmando, por ejemplo, «que la Virgen María se había casado dos veces y que el que mata tiene a su vez que ser muerto». Perteneían los primos a la secta de los Testigos de Jehová. Le entró mucho miedo. Veía como sombras. Pensó que Dios es muy bueno, *pero que no era como ella creía antes*. Después de la visita de los primos empezó a reflexionar sobre

sí misma. *Se creía muy mala*. Pensaba que debía castigarse por ello. ¿Cómo castigar su maldad? Se encontraba *muy triste*, con una tristeza especial que ella no sabe definir, pero que no había conocido antes. «Era una tristeza diferente de las otras tristezas», dice textualmente.

En este caso, como en muchos otros análogos, *se pueden contemplar los diversos tramos que se recorren en el camino de la brujería*. B. T. comienza una depresión. Se siente mal sin saber por qué. No sabe siquiera definir ni la localización, ni los caracteres de su mal. No tiene motivos externos y no sabe a qué atribuir sus molestias. Su marido sigue trabajando normalmente. La niña está sana. B. T. se pregunta una y otra vez qué es lo que le pasa. No tiene fiebre, sino sólo ese malestar difuso que no sabe calificar. El médico de cabecera la ha explorado «sin encontrar indicios de enfermedad». Le he preguntado con interés si tenía algún disgusto, si algo iba mal en su casa, su marido o su niña. «Nada, no hay nada. Todo va bien.»

La atormentaba mucho lo que le ocurría, tan inexplicable y tan sin justificación. Los parientes de su marido volvieron a verla y ya entonces le hablaron más detenidamente del credo de los Testigos de Jehová. «El Fin del Mundo se aproxima», afirmaban. Ella se quedó muy impresionada por esa idea. Cada día se iba sintiendo peor. La volvió a ver el médico y no encontró nada que hiciese sospechar una enfermedad. Pero B. T. cada día se sentía peor...

Al comienzo de su crisis se encontró con menos ganas de hacer el trabajo de la casa. No estaba activa como ella era. Todo trabajo le obligaba a un gran esfuerzo. «Mi vida no es como antes.» Externamente sí, pero no en su interior. Cada vez estaba peor de ánimo. Repasaba los últimos días como si se le hubiera olvidado *algo*, por si le había ocurrido *algo* que motivase su estado. No lo encontraba. Su marido había vuelto de su trabajo con un tono alegre y se entretuvo con la niña. *A ella no le entretenía nada*. Se notaba triste sin saber por qué. No era una tristeza como otras veces en la vida, repite. «Era como un *peso*, como algo muy pesado que la envolvía.» Ya no podía disponer de su quehacer como antes. Todo se le volvía *pesado* y cada vez menos soportable. Tan triste se encontraba, que su marido lo notó. Un día le preguntó si le pasaba algo. Ella contestó que no, pero «por dentro no se encontraba bien». Y así, en pocos días, B. T. se sintió más claramente triste, hasta desesperada... Su malestar y su tristeza aumentaron rápidamente. El marido quería llamar de nuevo al médico de cabecera. Ella lo impidió, pero poco a poco el día se le hacía más difícil de soportar. La verdad es que los ratos peores los pasaba por la mañana. Ya al atardecer, quizá porque su marido regresaba a casa, parecía mejorar.

La tristeza aumenta más y más. De nuevo le volvieron a visitar los parientes de su marido, los «Testigos de Jehová». El marido no estaba en casa y entonces le hablaron más detenidamente de lo que su grupo significaba. Y de nuevo, la idea que se le quedó más fija fue la del «Fin del Mundo». «Y si el mundo va a terminar —se dijo—, ¿qué sentido tiene que me prolongue la vida?»

Estuvo tres o cuatro días con esta idea fija. «¿Qué sentido tiene prolongar la vida?», y, «¿Para qué vivir?». Sentía tener que dejar a su niña en el mundo. No se atrevía ni a tocarla. De repente se dijo: «La vida no vale la pena de ser vivida. Es un hondo sufrimiento sin justificación. Y sin embargo, estaba contenta de tener a un marido tan bueno y a una niña tan hermosa.» De repente y como en un raptó, cogió la escopeta de caza de su marido, se la dirigió hacia la frente y disparó. Tenía puestos sólo dos cartuchos. No recuerda si fueron dos los que se disparó. «Dos o uno», repite. Cayó herida en el suelo. Los vecinos acudieron al oír los disparos de la escopeta. B. T. estaba gravemente herida. La llevaron rápidamente al Hospital, donde estuvo internada en Urgencia. Luego en «cuidados intensivos». Cuando curó de sus heridas, la ingresaron en

el Servicio de Psiquiatría.

En una nueva entrevista me dice: «Desde pequeña he debido ser muy mala. *Creo que soy el demonio.*» Y añade entre lágrimas: «Hasta ahora he vivido a ciegas, no me he dado cuenta de cómo era...» «Mis padres son mucho mejores que yo. Unos padres buenos no pueden tener una hija mala, tan mala como yo.» «Tengo conmigo a una hija, pero ahora sé que tampoco es hija mía. Bueno, no estoy segura de que sea hija mía. Ni sé si está, ni cómo estará.» «Creo que no debía haberme casado.» «*Una bruja no debe casarse.*» «Ni sé si estoy casada. A la iglesia sí que fui, pero eso no es casarse.»

El marido, que la acompaña, confirma todos los datos anteriores. Ha sido siempre un matrimonio feliz y sin problema alguno entre ellos. Tienen piso propio, automóvil «y hasta ciertos ahorrillos», dice. Afirma también que parecía siempre una mujer feliz «hasta que le sobrevino la enfermedad ésta». El marido está convencido de que las cosas que dice su mujer son «bobadas» propias de una enferma. «Lo que hizo también es de enferma.»

Los tiros que se disparó como decíamos más arriba le alcanzaron el ojo izquierdo y la parte correspondiente de la cara. Estuvo en un Hospital quirúrgico y luego en un servicio de Oftalmología para que le hicieran la prótesis. Cuando se le pregunta a la enferma por las razones de este accidente, contesta que creía que los policías la iban a coger y para evitar que la matasen prefería darse muerte ella. Ocho días antes del accidente, la enferma estaba muy llorosa. Cuando se le pregunta sobre ello apenas responde y está como alejada del médico que toma los datos de su historia clínica. Al preguntarle por su ingreso en el Servicio, ella dice: «Yo sé que vine con alguien, pero no sé con quién. Hay personas que no son ni una cosa ni otra.» Se le dice que vino con su marido. «No, él es otra cosa. Yo he hablado con mi marido de todo esto y a la niña le he dicho que no era mía, que no era hija mía.» «Hay algunos que se arrepienten a tiempo y son santos. ¡Ya es tarde para mí.» «Desde entonces he tenido miedo —se refiere a la visita de los primos—. Vi que existía Dios y *que el demonio era como un gato negro encerrado en una habitación muy oscura.*» El médico que hace la historia trata de tranquilizarla porque comienza a sollozar. «*Creo que soy el demonio porque he sido tan mala que tengo el demonio dentro.*» Sigue llorando y dice: «Quise deshacer el producto del parto y por eso la niña no es mía.»

Comienza el tratamiento y en los días siguientes se encuentra menos inhibida y llorosa. Habla con más soltura. Duerme bien gracias a la medicación. Tiene buen apetito. Se refiere al uso de anticonceptivos durante algún tiempo, sin dar al hecho la menor importancia. Cuenta que, a raíz de una de las visitas de sus primos, volvió a pensar que era muy mala y que este mismo hecho de usar anticonceptivos, aunque fuera por poco tiempo, lo confirmaba. «No tengo perdón de Dios.» Y pensó que Dios la castigaría con el infierno. «Lo que quería entonces era matarme y los pensamientos que me dominaban giraban siempre en torno a este punto.»

Al cabo de dos semanas de su ingreso en el Servicio de Psiquiatría, ha mejorado mucho, pero no se encuentra bien del todo.

Sigue un tratamiento muy intenso y ella misma reconoce su mejoría. Poco a poco, va aceptando que la hija es suya y se va reconciliando con la realidad. Al iniciarse el proceso de mejoría, cuenta con todo detalle los motivos del disparo y en general todo lo que había ocurrido por aquellos días. Pensaba B. T. que la gente hablaba mal de ella y creía que su marido hacía caso de las habladorías. Fue la visita de los Testigos de Jehová, con su predicación, lo que acabó de trastornarla. Estaba muy impresionada por sus palabras. Entonces se inició su enfermedad, mejor dicho *la idea de que estaba embrujada* se había introducido más profundamente en su mente. Es cierto que ya por entonces se había apoderado de ella una profunda tristeza que no sabía a qué atribuir,

como hemos dicho más arriba. Pero las «ideas raras» vinieron después. *El demonio la dominaba totalmente*. Ella dice que es en sí normal, como todo el mundo, pero durante aquella temporada amarga, dice, *se creyó que estaba embrujada*. Por las noches soñaba siempre cosas terroríficas. Luego, al despertar, oía una voz bajita que la llamaba. Esta voz era, sin duda, la del demonio, que la llamaba así de bajo para que no se enterasen los demás.

Ahora piensa que todo le vino por los Testigos de Jehová,<sup>6</sup> porque fue tras de conocerlos cuando tuvo un día de repente la idea, junto con el subfondo depresivo que reconoce, de que era una bruja. «*Yo me estaba transformando en una bruja*», afirma muy seriamente. Al preguntarle si la idea esta ya se le ha ido, contesta que la primera cosa para echar al demonio del cuerpo fueron los tiros de escopeta. «No me causaron la muerte, y eso es buena señal.» Luego dice que gracias a los días que está en el Servicio se encuentra mucho mejor. No sabe a ciencia cierta cómo le vino la idea del embrujamiento. «Fue de una manera repentina» y, por lo que dice, *inconsciente*. Notaba, además, ciertos síntomas de carácter somático, como dolor de cabeza, insomnio. Ideas de referencia, como que la gente hablaba mal de ella o que la quería agredir. Si quería recordar la escena del accidente, la enferma decía lo siguiente: primero un disparo en el cuello. No le dolía nada. Después siguió descargando la escopeta y cada vez apuntaba al ojo izquierdo, donde descargó el otro disparo. La idea que le dominaba durante toda esta época y que relata muy convencida es que *se estaba transformando en una bruja*.

A medida que fue mejorando, le desaparecieron todas estas ideas delirantes. Un mes después de su ingreso en el Servicio pudo reanudar su vida normal con la familia. Venía luego semanalmente a la consulta para un control de su estado. Al cabo de otro mes sólo la citábamos una vez al mes. Finalmente dejó de venir, pues su estado era normal. Nos ha enviado varias veces noticias de su estado por escrito y dice que se encuentra perfectamente.<sup>7</sup>

Freud publicó la historia del pintor Cristóbal Haitzmann como una posesión demoníaca del siglo XVII. El día 5 de septiembre de 1677, el pintor bávaro citado fue llevado con una carta de presentación del párroco de Pottenbrunn al vecino lugar de María Zell. El día 29 de agosto anterior, hallándose en la Iglesia, se vio acometido de terribles convulsiones que se repitieron en días sucesivos. El prefecto eclesiástico le preguntó si había tenido tratos ilícitos con el demonio, a lo cual el pintor respondió que así había sido nueve años antes. Por entonces atravesó el pintor una época de desconfianza en sus dotes artísticas y en la posibilidad de subsistir. El demonio ya le había tentado nueve veces y el pintor, que se había comprometido por escrito a pertenecerle en cuerpo y alma, precisamente el día 24 del mes en que se hallaba se arrepintió de ese pacto y pensó que sólo la Iglesia de la Santísima Virgen de María Zell podría salvarle. Estos datos proceden del párroco del lugar, Leopoldo Braun, fechados en 1.º de septiembre de 1677.

Freud considera el caso como neurosis, hasta esa entrega al demonio y trata de averiguar la motivación de la misma, recordando la pregunta despectiva de Fausto al demonio: «¿Qué me puedes tú dar, pobre diablo?» En el caso de Cristóbal Haitzmann,

<sup>6</sup> Nota sobre los Testigos de Jehová. Pertenecen a una secta fundada en los Estados Unidos por Tase Rusell. En 1881 se llamaban «Zion's Watch Tower Society» y para designar a la organización se editó una Biblia con este nombre. Russell la dirigió hasta su muerte en 1916 y le sucedió Francis Rutherford y luego en 1942 Nathan Hower Knox, que inició una organización de estudios bíblicos. Los Testigos afirman que la Biblia es la palabra de Dios y que el reino de Cristo será un mundo nuevo constituido por 144 000 individuos. Una larga cadena les une con Abel hasta Jesús. Se tienen por profetas. Su poder propagandístico es inmenso y lo realizan por medio de folletos. No cumplen el servicio militar. Predicadores itinerantes que no son sacerdotes. Secta milenarista tecnificada a través de la propaganda.

<sup>7</sup> Y bien está en el momento de enviar estas páginas a la imprenta.

el motivo del pacto cursó de la siguiente manera: Comentando las diversas visiones que había tenido, dice, por ejemplo, en la tercera: «Hace año y medio se me apareció por tercera vez en esa horrenda figura con un libro en la mano, en el que se trataba de hechicería y magia negra.» Otra vez le pide que busque diversiones y placeres. Por aquel tiempo Haitzmann *padecía una melancolía profunda*, sintiéndose incapaz de trabajar en su pintura y preocupándose de la amarga idea de una muerte próxima. El pintor se hallaba tan melancólico a causa de la muerte de su padre, siendo entonces cuando se le apareció el demonio prometiéndole ayuda. Según Freud, en este caso se trataba de alguien que vende su alma al diablo para ser liberado de su depresión de ánimo.

El pintor había hecho dos pactos con el demonio: el primero decía: «Yo, Cristóbal Haitzmann me obligo a este señor como hijo fidelísimo por nueve años.» Año 1669. El segundo, escrito con sangre, dice: «Año 1669, Cristóbal Haitzmann. Me obligo a Satanás y me comprometo a ser su hijo fidelísimo y a entregarle dentro de nueve años mi cuerpo y mi alma.» Por tanto, el diablo parece obligado a sustituir cerca del pintor, durante nueve años, al padre que éste había perdido, quedando bajo la potestad del demonio al cumplir ese tiempo.

Una interpretación psicoanalítica llevó a Freud a pensar que el demonio aparecía en aquellas circunstancias como sustituto del padre.

En resumen, el caso podría interpretarse como el de un melancólico que pide ayuda, vendiendo su alma al diablo, al cual atribuye máximo poder terapéutico. En el sentir de Freud, el demonio al que el pintor vende su alma es para él un sustituto del padre. Esta afirmación, dice el mismo autor, parece extraña, pero no lo es cuando se analiza debidamente. Dios es un sustituto del padre o una copia de cómo el padre es visto y vivido en la infancia de todos los sujetos, e incluso por la humanidad cuando, en los tiempos primeros, el padre era primordial como padre de la horda. La fusión entre la imagen representativa infantil del niño con la huella mnémica hereditaria del padre primordial forma la representación individual de Dios. Desde el punto de vista analítico, se revela que hay en esta situación dos impulsos antitéticos, uno el de sumisión y otro el de hostil rebeldía. Es la misma ambivalencia, según Freud, que preside la relación de la especie humana con su Dios. Siguiendo esta línea de pensamiento, dice Freud que no hace falta gran penetración analítica para adivinar que Dios y el diablo eran en principio idénticos, es decir, como una sola figura disociada en dos, de cualidades opuestas. Cuando el niño —agrega Freud— dibuja muñecas grotescas y caricaturas, sólo logra demostrar que «se burla con ellas de su padre» y cuando está temeroso de que entren ladrones en su alcoba, por ejemplo, también se trata de disociaciones de la figura del padre.

Prosiguiendo sus comentarios, Freud asegura que si una persona adquiere, a consecuencia de la muerte de su padre, una depresión melancólica, no es un hecho que pueda por ello considerarse extraordinario. La relación filial no entraña sólo y únicamente amor. La tristeza por la muerte del padre se transformará más fácilmente en melancolía, cuanto más amplia sea la relación filial, bajo el signo de la ambivalencia. La ambivalencia por un lado conduce a la minusvaloración del padre y por otro a una nostalgia del padre perdido como protector ante las necesidades de la vida.

El pacto había sido suscrito el 24 de septiembre de 1668 y el número 9, que interviene en los plazos del mismo, está cargado de significación, referido a otros hechos distintos, como la duración del embarazo, etc. Haitzmann se rebela contra la actitud femenina por su parte con respecto al padre y que conduce a la fantasía de parirle un hijo (nueve años). El padre rebajado a demonio muestra en su cuerpo características de feminidad. La actitud femenina con respecto al padre desaparece

mediante la represión, porque la suplencia de la mujer supone en el niño la castración.

Freud se entretiene en el análisis de la fecha de los dos pactos y trata de demostrar que los dos llevan la misma fecha: año 1669. El pintor le había dicho al párroco de Pottenbrunn que se hallaba próximo a caer bajo el poder del demonio, puesto que su pacto vencía en 1677. Estando en María Zell se ocupa especialmente de rescatar el pacto posterior escrito con sangre (1669-1677). No demanda el rescate del anterior hasta después, en 1678. El compilador del relato del Abad trató de explicar este error. Según él, había vendido su alma al diablo en 1669 en documento escrito con tinta, y además en documento escrito con sangre. Pasó por alto el hecho de que uno de los pactos había sido suscrito en 1668. Estas confusiones sobre la fecha de los pactos llevó a Freud a la interpretación siguiente: Cuando el pintor llegó a María Zell por primera vez, habló sólo de un pacto escrito con sangre y del próximo vencimiento, cerrado en septiembre de 1668. En María Zell presentó el documento escrito con sangre y que el diablo le había devuelto al pintor bajo el imperio de la Virgen María. El pintor se fue a Viena, donde vivió tranquilo y liberado hasta mediados de octubre, cuando se ve de nuevo asaltado por padecimientos y apariciones del espíritu maligno. Sintió la necesidad de volver, pero encontraba la dificultad de lograr una explicación de por qué los exorcismos no le habían procurado más que una liberación poco duradera. Inventa entonces un pacto anterior, que supuso escrito con tinta, para hacer más verosímil su importancia secundaria hasta el 2.º que era escrito con sangre. El pacto escrito con sangre fue rescatado al 8.º año y el escrito con tinta fue rescatado al 10.º año. Cometió el error de haber fechado el primero también en 1669. Es decir, según Freud, el pacto anterior en realidad fue posterior al otro y el compilador del relato comenzó seguramente a trabajar en 1714 o en 1729, es decir, después, y al encontrarse con los dos pactos, tuvo que buscar una explicación interpolada. El compilador debió alterar el testimonio del Abad.

Freud comentó lo siguiente: «Escribo para lectores que creen en el psicoanálisis, pero no en el diablo y resulta absurdo hacer tal reproche al infeliz pintor. El pacto escrito con sangre sería tan imaginario como el escrito con tinta. Nunca le había aparecido el demonio y los pactos no habían existido más que en su fantasía.»

Freud se plantea el problema de si todo no sería más que una superchería y el pintor resultaba un simulador y no un enfermo poseso. El diario fue redactado en Viena y entregado luego a los religiosos, cuando retornó a María Zell, «presentando un sello de veracidad». Hay apuntes incluso desde el día del exorcismo primero hasta el 15 de enero del año siguiente de 1678. Hasta el 11 de octubre vivió tranquilo y contento en Viena, pero luego comenzó a verse de nuevo asaltado por visiones, convulsiones, sensaciones dolorosas, etc., que le obligaron a una segunda visita a María Zell en mayo de 1678.

La historia patológica posterior se divide en tres fases: la primera se refiere a la tentación por un caballero muy bien vestido para hacerle romper el documento que certificaba su admisión en la hermandad del Santo Rosario. La visión se repitió varias veces con ofrecimientos diversos, los últimos con bellas mujeres para que le convencieran, y finalmente una visión de nobles caballeros que esperaban la llegada de su Rey y le repetían la demanda. La segunda fase fue una reacción ascética, ya que el 20 de octubre vio un gran resplandor y oyó una voz que en nombre de Cristo le ordenaba que se retirase a un desierto. El pintor sufrió más bajo las apariciones santas, que antes bajo las demoníacas. Se reiteró la visión de la persona divina, cada vez más severa en sus manifestaciones, por no haber obedecido y le condujo a través del infierno para atemorizarle.



Tras las últimas visiones, decidió retirarse del mundo y hacer lo que se le exigiera. En esto termina la segunda fase. Fue aplazando en exceso la realización de este propósito, puesto que el 26 de diciembre, estando Haitzmann en la Iglesia de San Esteban, no pudo reprimir, a la vista de una gentil señora acompañada de un elegante caballero, el deseo de hallarse en lugar del apuesto galán. Por la tarde se sintió de nuevo castigado, rodeado de llamas y perdió el sentido. Después se sintió flagelado por los espíritus malignos y la voz le aseguró que el castigo se repetiría diariamente hasta que se hiciese anacoreta. Estas visiones se repitieron hasta el 13 de enero fecha final del diario. El final de la historia fue que Haitzmann regresó en mayo a María Zell, contó allí la historia del pacto anterior escrito con tinta y al cual atribuía el poder del demonio para atormentarle. Le devolvieron este pacto y quedó curado. Después no se retiró a un desierto, pero ingresó en la Orden de la Merced.

La conclusión de la historia de Haitzmann, según Freud, es la siguiente: Este había vendido su alma al diablo porque a la muerte de su padre se sintió presa de una enorme tristeza y se sentía incapaz de trabajar, hasta llegar a temer por su vida.

Las apariciones que entonces tenía del demonio «se mostraban tan generosamente adornadas de ubérrimos senos porque el maligno debía ser el padre sustentador». La esperanza falló, no podía trabajar y no tenía suerte. En el culto de presentación del párrafo, alude no sólo a las angustias espirituales sino a las dificultades materiales. Esta situación material no sirvió después del primer exorcismo. Las visiones que tuvo en Viena correspondían a las de un hombre pobre y hambriento de goces y abandonado por todos. *Sufría entonces de una melancolía* que le incapacitaba para todo goce. Después del exorcismo parece superada la melancolía y se observó la presencia de los deseos del hombre en el mundo.

Cristóbal Haitzmann era lo bastante artista, dice Freud, y lo suficientemente mundano para que no le fuera fácil decidirse a renunciar a este mundo pecador. Su mala situación le fuerza a entrar en una orden monacal y pone fin con ello a su miseria material, a su lucha interior. Según el citado autor, el pintor Haitzmann no quiso nunca más que asegurarse el sustento. La primera vez con la ayuda del diablo y, al fracasar este propósito, buscó lo mismo con la ayuda del clero y a costa de su libertad. Cristóbal Haitzmann resulta como «los eternos niños de pecho», según Freud. Siempre busca el sustituto paterno hasta llegar a la Orden de la Merced. Su neurosis aparece como una farsa. Cita después los ejemplos en los que, tras una catástrofe material, los individuos se refugian en las neurosis. En el conflicto que constituye toda neurosis se hallan no sólo los intereses materiales sino los libidinosos. La neurosis es siempre, según el citado autor, la secuela de un estancamiento de la libido, imposible de satisfacer en la realidad, regresando con ello a antiguas fijaciones. En la medida en que el yo puede extraer una ventaja de la enfermedad deja actuar a la neurosis. No hubiese aparecido en el pintor una melancolía tras las neurosis demoníacas, sino que «depuesto el diablo» surgió una pugna entre sus impulsos libidinosos y lo que la conservación de la vida exigía en forma de ascesis.

En esta historia demoníaca comentada por Freud, hay varios puntos sobre los cuales quisiera llamar la atención. El primero se refiere a la utilización en la misma, de las designaciones *neurosis* y *melancolía* como sinónimos. En la nosología actual de la Psiquiatría se separan las neurosis de la melancolía, que entra a formar parte de las psicosis (psicosis maníaco-depresiva) que comprende una amplia serie de alteraciones que oscilan entre la manía y la melancolía. Desde mi punto de vista no tiene tanta importancia este diagnóstico dual que utilizó Freud, puesto que las neurosis y las enfermedades que pertenecen al círculo antes citado no son más que grados distintos del

mismo trastorno y no alteraciones *cualitativamente distintas*, hecho muy importante para el estudio de los estados de posesión y, en general, para el análisis de los casos de embrujamiento.

Es curioso anotar con qué frecuencia se atribuyen a los posesos y embrujados estados de melancolía, y el hecho es cierto. En la base de muchas de estas alteraciones *existe una depresión del ánimo característica de los cuadros clínicos anteriormente citados*. Es verdad que muchos cuadros de posesión demoníaca se califican de histeria, pero no es menos cierto que, en la raíz más profunda de la histeria y como elemento decisivo para su aparición, se hallan estos estados de depresión que, a veces, sólo se proyectan al exterior en forma de síntomas histéricos. Freud analizó muy detenidamente si Cristóbal Haitzmann hizo un pacto o dos con el demonio. No quiero decir con ello que Freud aceptase la existencia real de tales pactos. Sí quiero señalar, en cambio, la poca importancia de estos hechos, porque no permitiría disociar una simulación eventual de una realidad.

El punto importante y digno de ser comentado es la relación entre la imagen del padre y la imagen de Dios en el caso de Haitzmann. En el pensamiento de Freud, lo primario es la imagen del padre constituida por una realidad como es la existencia del mismo. El padre significa para el niño una autoridad protectora, si bien es verdad que habrá de diferenciar el estado de la protección paterna con respecto a la materna. Dejando aparte este punto, lo que se plantea realmente es saber si la imagen del padre es anterior a la de Dios, como dice Freud, o es primero la de Dios y de ella deriva la del padre. En una conversación de Freud con su discípula predilecta, Lou Andréas-Salomé, en la que comentaban este punto, le preguntó la discípula si no sería anterior la imagen de Dios a la del padre, y no al revés, como dice la doctrina psicoanalítica.

Es evidente que, dejando aparte este problema de cuál es la imagen primaria, tienen caracteres distintos. La imagen del padre en los niños corresponde a una realidad con la cual toman contacto día a día; por otra parte, en la formación de la personalidad del niño, coliden la imagen del padre y la de la madre. Es verdad que también la imagen femenina desempeña un cierto papel en algunas religiones, como en la misma religión cristiana, donde aparece la imagen de la Virgen María, pero las relaciones intrínsecas entre ambas son distintas y se presenta, en la realidad cotidiana, la imagen de dos seres que conviven con el niño, formando de este modo la estructura de su pequeño mundo. Un punto importante, que merece un comentario al de Freud, se halla en la causa de la depresión, que llega a ser tan profunda que merece el calificativo de estado de melancolía. Aunque en este caso no contamos con las fechas exactas del comienzo de la depresión, lo cierto es que *ésta cursa fásicamente* en Cristóbal Haitzmann, porque tras la primera manifestación de la misma, hay una recuperación, después una segunda fase, como ocurre en las depresiones endógenas. Descubrir en relación con el padre la fantasía de feminidad en él no es una afirmación que pueda estimarse como demostrada.

El pintor fue sometido a exorcismos que al parecer produjeron resultado la primera vez y Freud parece aceptarlo. Efectivamente, si la primera fase melancólica regresó mediante los exorcismos, debió acaecer, según el mismo relato, cuando la citada fase terminó. El pintor vuelve a Viena y tiene una nueva recaída, es decir, *la enfermedad muestra un curso fásico*. La experiencia ha demostrado la característica fundamental de estas alteraciones del estado de ánimo que consiste *en su curso fásico*. Una serie de detalles que tienen importancia secundaria se acumulan en la historia. La muerte del padre provoca una enorme tristeza en Cristóbal Haitzmann con incapacidad para trabajar y hasta con ideas de suicidio. El dolor y la tristeza por la muerte del padre, en una persona normal, no se manifiestan con los caracteres con que aparecen en Haitzmann. Resulta necesario insistir en la diferencia entre las dos clases de cuadros

patológicos, constituidos por la *tristeza reactiva*, es decir, la que se desencadena después de un acontecimiento desgraciado y la *tristeza endógena*, en la que el estrato de la vitalidad se halla afecto por una causa netamente patológica y endógena y no en cambio por un suceso exterior, tan importante para una persona como el fallecimiento del padre. En este caso, sufrirá de la tristeza reactiva que producen hechos de esta naturaleza. La incapacidad extraordinaria que le produjo a Haitzmann y todo el resto de las circunstancias que estoy comentando hablan decisivamente en favor de que *sus fases melancólicas se hallaban endógenamente determinadas*.

Tras la segunda fase, probablemente debido a una remisión incompleta de la misma, Cristóbal Haitzmann cambia la orientación de su vida. Tal vez le queda un residuo melancólico, como, probablemente, si se tuviera una historia clínica completa se podría averiguar. En otras fases de su vida presentaba depresiones mitigadas, heraldos ya de su gran enfermedad.

No es necesario insistir en esta ocasión en otros puntos de vista que sostiene el psicoanálisis y que surgieron en la mente de su creador, tal como el concebir las neurosis como alteraciones de la libido.

## CAPITULO II

### **BRUJERÍA Y ENFERMEDAD MENTAL**

La medicina sustituyó la posesión del demonio por el desdoblamiento de la personalidad. En cierta manera se sustituyó la terminología religiosa por la científica. Con cierta razón podríamos decir que Freud cambió la posesión turbia del demonio por la posesión —también turbia— de la libido. Las brujas vivían en un contexto social determinado, como también lo hicieron las histéricas de la Salpêtrière. Y después lo han seguido haciendo las demás.

Mis excursiones por este terreno tienen como sendero o guía mi dedicación a la psiquiatría. Los casos que cito son de mi archivo clínico. Unos son de material hospitalario y otros del privado. Unos son antiguos y otros más recientes.

La enfermedad mental desempeña en el mundo moderno la misma función que las brujas desempeñaron en la Edad Media y parte de la Moderna. Es decir, ambas tienen la misma equivalencia e implicaciones. Unas, en las citadas edades y otras, en el momento actual. Es curioso que ahora haya tanto alboroto al afirmar que algunos «disidentes políticos» son enfermos mentales. ¿Desde cuándo y hasta cuándo?

Y es curioso también que Thomas S. Szasz asegure que la transformación de una idea religiosa en ideología científica determinó que la medicina sustituyese a la religión o, mejor aún, a la teología. Añade que determinó también que los médicos alienistas sustituyeran a los inquisidores de antaño. ¿Qué hay de nuevo en las tesis de este psicoanalista norteamericano? Nada, a mi modo de ver.

En otra parte de este libro hablamos de los años peores de la «caza de brujas». Ni entonces, ni ahora, la caza terminó. Y lo que es peor, probablemente no terminará nunca. Muchos años antes de Carlomagno ya se había decretado la pena de muerte para aquel que quemase a la supuesta bruja. ¿Quién puede tirar la primera piedra? Pues bien, ahora, más allá de la mitad del siglo XX, nos encontramos con una reviviscencia de la brujería y ello ocurre en los países más desarrollados de Occidente.

Mi idea de titular estas páginas con la expresión «¿Cómo se fabrica una bruja?» trasponiendo el título de un libro americano, no sé si es o no acertada. Se trata del libro «The Manufacture of Madness» publicado hace poco tiempo por un psiquiatra ya citado, Szasz. El libro comienza con la siguiente afirmación: «El concepto de enfermedad mental es análogo al de brujería. En el siglo XV se creía que algunas personas eran brujas. En el siglo XX, *se piensa que algunos seres humanos están locos* y que su modo de comportarse se debe a la enfermedad mental que padecen.» En otra parte del libro, afirma, por el contrario, que el concepto de enfermedad mental propiamente dicha no comprende más que las *enfermedades del cerebro*. Es decir, que se halla constituido solamente por aquel grupo de trastornos basados en la existencia de una lesión cerebral orgánica. Por ejemplo, la parálisis general progresiva por la sífilis cerebral.

O sea, se trataría de casos que se podrían llamar *más bien neurológicos que psiquiátricos*. Para el citado autor, no deben incluirse en el capítulo de las enfermedades mentales más frecuentes, tales como las depresiones, las esquizofrenias, las neurosis, etc., etc. No admite, por tanto, la existencia de enfermedades mentales sin anatomía patológica, a pesar de que esto es lo que ocurre en la mayoría de los enfermos actuales. Y olvida, además, que el concepto de la psiquiatría actual ha sido muy lentamente delimitado. Cuenta con una historia que comienza con Hipócrates. Antes de los descubrimientos de Noguchi, Nissl, etc., por ejemplo, la parálisis general sería una

enfermedad mental y ahora no, *a pesar de que se trata de la misma enfermedad antes y ahora*. Este hecho demuestra la arbitrariedad de criterio de dicho autor. Las psicosis llamadas endógenas, tales como la esquizofrenia, la ciclotimia o psicosis manícodepresiva, las psicopatías, las neurosis y otras, *no son las únicas enfermedades mentales*, según él. ¿Qué son, pues, enfermedades mentales? Es evidente que este autor que comento ha decidido ignorar los progresos científicos contemporáneos, aun tratándose de hombre tan inteligente como él.<sup>8</sup>

Del origen y de la patogenia de las depresiones se sabe hoy mucho, sobre todo comparándolo con lo que se conocía no ya en tiempos de la medicina hipocrática, sino tan sólo hace veinte años. *Y estos nuevos conocimientos han conducido a hallazgos de inmenso valor terapéutico*. Para evitar la admisión de esa realidad, Szasz ha encontrado una expresión que suena muy bien para los oídos dispuestos a someterse, como cualquier sectario en ciernes, a una agrupación seudocientífica o seudoreligiosa.<sup>9</sup>

De esta manera, algunos psiquiatras contemporáneos, llevados probablemente por una serie de prejuicios, niegan la lenta elaboración de la psiquiatría moderna, como si la psiquiatría no hubiese progresado desde los tiempos de Morgagni.

Las enfermedades mentales con anatomía patológica conocida, admiten estos seudocientíficos, tienen derecho a llamarse enfermedades como si lo fueran de la piel o del hígado. En definitiva, como decía antes, son enfermedades neurológicas. Sólo las que carecen de anatomía patológica son psiquiátricas.

Precisamente mis trabajos en estos últimos años —perdón por la cita— han logrado demostrar lo contrario. Es decir que muchas enfermedades descritas en los tratados más recientes de neurología como pertenecientes a enfermos neurológicos *no son de ninguna manera neurológicas*. Se trata, por ejemplo, de las «depresiones enmascaradas» o de «equivalentes depresivos», etc. Lo peor es que se trata de un error conceptual que ha llevado, a veces, a la mesa de operaciones a enfermos que no debían ser tratados quirúrgicamente. Su tratamiento indicado se hace a base de los medios y técnicas que posee en nuestros días la terapéutica psiquiátrica.<sup>10</sup>

Pero para alguno de mis colegas, con mente impermeabilizada a estos y otros avances del conocimiento científico psiquiátrico, en las enfermedades mentales se trata, nada más y nada menos, que *de problemas de la vida*. Para muchas gentes, los dolorosos traumas de la vida no derivan de la lucha por la misma para lograr una supervivencia biológica, sino de los traumas y esfuerzos que la sociedad impone y acumula en ciertas personalidades. *Si se habla de enfermedad, insisten, es sólo por analogía*.<sup>11</sup>

Se parte de la idea de que la vida social ordenada posee una armonía inherente a su propio desarrollo. Y en tal caso es una falacia hablar de enfermedad. El concepto de enfermedad, mental o física, lleva implícito — dicen — el de *desviación de una norma*. Esta desviación es fácil de señalar en las enfermedades corporales<sup>12</sup> pero ¿en qué consiste la desviación en varias de las llamadas enfermedades mentales? Cualquiera que sea el criterio, no puede ser más que *ético o social*. O mejor aún, *psicosocial o legal*. La idea impulsora inconsciente de una hostilidad crónica o de un divorcio significa sólo la presencia del deseo general de normas éticas, como el amor o la estabilidad del matrimonio. Pero *no se trata, en estos casos, de una enfermedad*.

<sup>8</sup> Igualmente que antes he dicho refiriéndome a las brujas y a los enfermos mentales, podría preguntar ¿cómo se crea el caos intelectual del mundo contemporáneo?

<sup>9</sup> Es muy interesante en este sentido, la génesis y contenido de la nueva «Scientology».

<sup>10</sup> Vid. «Masked depression», Maudsley Lecture, Br. Jr. Psychiatr. 1970.

<sup>11</sup> La definición es cierto que está preñada de dificultades. Von Weiszaecker decía: «Enfermo es el que va al médico.»

<sup>12</sup> Pero no en todas. La relatividad de esta situación y sus dificultades intrínsecas se demuestran claramente. Los problemas surgidos en la asistencia médica en países con seguridad social, demuestran que el individuo no puede perder totalmente su libertad en un país con dicha seguridad absoluta. Se trata de un tema apasionante cuyo lugar de discusión no está aquí.

Un homicidio justifica la presencia de un juez. Siguiendo este razonamiento y siempre en la misma línea se preguntan: «¿Qué define la norma y por lo tanto la desviación en este grupo de enfermos?»

La respuesta es la siguiente: a) la persona misma, mal llamada «enfermo» que decide desviarse de lo normal, b) otras personas, los peritos, que deciden que el sujeto se ha desviado de la norma. Estas otras personas, que se sienten con autoridad para fijar las normas, pueden ser otros parientes, las autoridades legales o los médicos. O la opinión general de la sociedad.<sup>13</sup>

En esta situación, los psiquiatras y los psicoterapeutas *se convierten en agentes ejecutores del criterio de los demás*, aunque, a veces, el supuesto enfermo no acepte el criterio. Por ejemplo, si este supuesto enfermo decide contraer matrimonio. Y yo preguntaría: ¿qué haría si la decisión fuera afirmativa, cuando se tratase de un acto más grave, por ejemplo eliminar a su mujer para casarse con otra, en un país donde no hubiera divorcio? O más simplemente ¿si hubiera que sostener económicamente a la mujer anterior y a los hijos en un país donde lo hubiera? La medicina se halla, a mi modo de ver, en contacto siempre con actitudes éticas, como ocurre con el aborto, con el suicidio o la eutanasia. Eso no quiere decir que los médicos y más exactamente los psiquiatras se ocupen de «*problemas de la vida*».

Además ¿qué se quiere decir con «problemas de vida»? me atrevería a preguntar. La vida se halla siempre estructurada sobre un tejido más evidente o más sutil de problemas. Podríamos decir que, constitutivamente, *toda vida humana es problemática*, como lo es en sí misma *la propia existencia humana*.

El psiquiatra se halla más ligado en su quehacer a los valores éticos que el resto de la medicina. Pero la psiquiatría sólo tiene que ver con los problemas de la vida derivados de una enfermedad cuya lesión es desconocida o no. Los problemas que plantean las relaciones humanas pueden ser analizados o interpretados por el psiquiatra y éste dar un consejo al que le consulta. Esto también ocurre con el resto de la medicina en ciertos problemas, como el control de la natalidad o los abortos terapéuticos. Pero *no puede permitirse que influyan en la práctica médica opiniones religiosas presentadas como médicas*. Incluso no deberían intervenir opiniones laicas sobre problemas como el de la esclavitud, pongo por ejemplo.

Lo que la gente llama «trastornos mentales» no son más que dificultades o *alteraciones en la comunicación*, se dice expresando ideas inaceptables, dichas a veces en un lenguaje extraño («unacceptable idioms»).

La diversidad de los valores humanos es tan grande que no debe extrañar que se enturbien las relaciones entre padres e hijos, marido y mujer, etc. Incluso en los países, en sus relaciones entre sí. Las relaciones humanas se hallan siempre cargadas de dificultades. Convertirlas en armónicas requiere tiempo para poder vencer las dificultades que se interponen. Y algo más que tiempo. Se podría hablar de *un carisma* especial en el establecimiento de las relaciones sociales. No se trata de definiciones, sino de amor y sacrificio. La idea de enfermedad en el sentido clásico resulta, sin proponérselo, amoral.

Partiendo de estas premisas, es fácil lograr su aplicación al problema de las brujas, objeto de esta publicación, sobre todo cuando se parte de una concepción teológica de la vida y de sus problemas. John Perceval, hijo del primer ministro inglés en 1830, fue internado en un hospital psiquiátrico. Dijo que se sentía obligado a decir que la mayor parte de la violencia que se produce en los asilos de «lunáticos» tiene que atribuirse a los que tratan a los enfermos y no a la enfermedad misma. Añadía que los síntomas que se adjudican a los enfermos para encerrarlos son más o menos razonables,

<sup>13</sup> Lo cual no es garantía de objetividad de una verdad científica.

pero son el resultado natural del confinamiento mismo y de su refinada crueldad. En todos los asilos psiquiátricos se practica una tortura moral, mental e incluso corporal. De todo ello deduce Szasz que resulta claro que en los hospitales mentales *el médico y el paciente mantienen una lucha por el poder*. Por supuesto que el médico es el opresor y el paciente la víctima.

Ya he dicho que Thomas Szasz es un psicoanalista norteamericano de cuyo talento no cabe dudar. Ya no diría tanto de la ecuanimidad de sus afirmaciones y del proceso mental que le conduce a ellas. Freud estuvo en el Hospital de la Salpêtrière poco tiempo después de terminar su carrera de médico. Le atrajo, sobre todo, la personalidad de Charcot, que en aquellos momentos estaba en la cumbre de su fama. Las cartas que escribió a su novia desde París confirman este dato y hacen además de Charcot, el «Emperador de la Salpêtrière», una descripción deliciosa. Pues bien, tanto Charcot como Freud resultan acusados por la pluma de Szasz por llamar enfermos a los histéricos, puesto que, a su manera de ver, no se trata más que de simples «malingers». O sea, simuladores.

La histeria es conocida como enfermedad desde la medicina griega y aunque las interpretaciones hayan sido muy distintas a lo largo de los tiempos y a los sujetos se les haya atribuido, en ocasiones, una cierta inautenticidad, no se le ha ocurrido nunca a nadie despachar el tema atribuyéndoles a los histéricos verdaderos el mote de «simuladores».

Y tan antigua como la histeria es la melancolía, de cuya patogenia y tratamiento se conoce mucho más, hoy en día, de lo que pueda conocerse de otras enfermedades somáticas. Freud, siguiendo a Charcot, sustituyó la posesión del demonio por el desdoblamiento de la personalidad. Ambos *sustituyeron una terminología religiosa por un lenguaje científico*, como decía al comienzo de este capítulo.

Brujas e histéricas vivieron en un contexto social. Se asegura que las histéricas del Hospital de la Salpêtrière se comportaban de cierta manera, porque se sentían perseguidas por sus enemigos (los psiquiatras) y su conducta fue descrita según el lenguaje científico que utilizaban y controlaban los perseguidores.

En una carta dirigida a Wilhelm Fliess, en tiempos de la inmensa dependencia neurótica que Freud tenía hacia ese Dr. Asuero berlinés, le escribe sobre la frecuencia con que le ha dicho siempre que la teoría medieval de la posesión, mantenida en los juicios eclesiásticos, era idéntica a nuestra teoría de un «cuerpo extraño» y de una «división de conciencia» y cómo los síntomas de la histeria, oscuros y difíciles de explicar, quizá fueran debidos a las crueldades sufridas por los enfermos.

La verdad es que Szasz presenta de tal manera los puntos de vista contrarios a los suyos que, más que un científico parece fanatizado por ellos. Y su víctima preferida, su «scape goat»<sup>14</sup> en estos casos fue mi viejo amigo Gregory Zilboorg.<sup>15</sup> La tesis de Zilboorg es la de la medicina actual. Comentando el libro de Johan Sprenger y Heinrich Kraemer (Institor), del cual trato extensamente en otra parte de este libro, cuenta con detalle las dificultades que los autores encontraron para la publicación de su célebre «Martillo». El libro «Malleus maleficarum» se inició entre los años 1487 y 1489. Antes del año 1609 ya tenía diez ediciones y otras nueve más antes de que transcurriera otro siglo. Hay que tener en cuenta que la confección de libros no era tan eficiente ni rápida como ahora. Los castigos que propugna el «Malleus» son tan sencillos como horribles desde nuestro punto de vista actual. Era tiempo de una gran inquietud en la Europa cristiana y el «Malleus» fue una reacción contra ella. Cientos de miles de enfermos

<sup>14</sup> Víctima propiciatoria o cabeza de turco en español. En francés se dice «bouc émissaire».

<sup>15</sup> Zilboorg nació en Leningrado y fue ministro de Sanidad con Kerenski. Emigró a los Estados Unidos y trabajó como traductor y psicoterapeuta. Publicó muchos libros y tuvo el honor de colaborar con él. Murió en Nueva York en 1959. Judío de origen se convirtió al catolicismo poco antes de morir.

mentales cayeron bajo el peso del «martillo». La historia de la psiquiatría demuestra, los graves sufrimientos que han debido sobrecargar a muchos enfermos mentales. Los grandes errores que había en la manera de prestarles asistencia en siglos anteriores eran más que probables, sobre todo si lo miramos desde nuestra perspectiva actual científica. Los enfermos fueron tratados como endemoniados, brujas, asesinos, asociales y enemigos de la sociedad. Se les encarceló en torres y jaulas. Se les maltrató y quemó en la hoguera. Fueron llamados herejes y embrujados cuando no eran sino pobres enfermos.

Precisamente fue en España donde se les empezó a tratar con humanidad y con caridad. Ya en tiempos de la dominación musulmana había asilos para proteger a los locos. Fue precisamente en Valencia donde se fundó el primer Manicomio del mundo por un padre mercedario llamado Joffre. Y eso ocurría a principios del siglo XV. De las primeras fundaciones en la recién descubierta América fue el Manicomio de México, debido a Fray Bernardino Álvarez. Las fundaciones de California y Florida llevan todos nombres españoles.

Ahora se conoce muy bien cuáles fueron los motivos que impulsaron al Padre Joffre a su fundación y no sólo ello, sino los cuidados que prestaba a los enfermos y el modo humano de tratarlos. Hacían honor sus coetáneos al rey Martín el Humano. Y eso es lo que diferencia a nuestras fundaciones españolas de los escasos hospitales generales que funcionaban por entonces en la España musulmana y en el resto de Europa, donde sólo había algunas celdas para locos. Y eso es también lo que los diferenciaba de la misma concepción del «asilo» que ha perdurado desde el Renacimiento hasta el presente siglo en Francia y otros países. Los asilos fueron creados para proteger a los ciudadanos de las gentes socialmente desviadas (locos, prostitutas, delincuentes, etc.) y *no para proteger a los pobres enfermos de la agresión de la sociedad*. Esta fue la genial fundación, ideal del Padre Joffre, en el siglo XV y en la ciudad de Valencia.

La enfermedad mental desempeña en el mundo moderno la misma función social que las brujas desempeñaron en la Edad Media y parte de la Moderna, dicen algunos autores. Ambas tienen la misma equivalencia y las mismas implicaciones. Una en las edades citadas. Otra en la actual<sup>16</sup>

El gran historiador de la medicina Henry Sigerist ha dicho que la psiquiatría moderna nació como disciplina médica de un cambio de actitud con respecto a la brujería. Traducido a la realidad, quiere decir que las pobres gentes tomadas por brujas antes y perseguidas como herejes, ahora son locos. Sigerist lo interpreta diciendo que las personas que antes caían en la brujería fueron después calificadas como herejes. Ya hemos visto la interpretación de Szasz: medicina por teología y alienista por inquisidor. En algunos países se considera a los que no están de acuerdo con las ideas políticas imperantes como «disidentes», tal vez para evitar la resonancia teológica de la palabra «hereje». Y se les encierra en cárceles o en manicomios. Al que no piensa como los demás se le considera loco o por lo menos extravagante por no adaptarse como la masa a las consignas del Estado. Sobre este tema se ha hablado mucho y se han escrito montones de publicaciones y enviado un sinnúmero de manifiestos. Con motivo de mi Presidencia de la Asociación Mundial de Psiquiatría hube de lidiar con el bronco toro de los «disidentes políticos».

Claro está que reconociendo el valor de la interpretación que acabo de exponer, surge inmediatamente la duda sobre su realidad. No lo es todo, como lo demuestra lo que ha ocurrido después. No hay que olvidar que el siglo XVIII comenzó con el «mesmerismo» que sirve de puente de unión, precisamente a través de Charcot y Breuer, con la histeria y con alteraciones análogas. Con ello aparecen nuevas formas de

<sup>16</sup> Vid. para más información mi artículo en «Public Opinión», Nueva York, mayo de 1972.



interpretación de hechos naturales, que llevan a consecuencias y conclusiones tan erróneas como la citada en otra parte de este libro: *la negación de un hecho tan importante en la naturaleza humana, como la posibilidad de presencia de la enfermedad mental*.

Algunos autores hablan de la misoginia de la época en que fueron perseguidas las brujas. Michelet dice que ninguna mujer, en aquellos tiempos, se sentía capaz de consultar con un médico del sexo fuerte. Por eso se fiaban más de los hechiceros que de los médicos. El médico fallaba en su misión, queriendo obedecer más a los príncipes y a los señores feudales que a sus propios deberes. Es posible que así ocurriese en algunos casos, pero no es necesario recurrir a esta degradación de la tarea médica para explicarlos. La misma atmósfera que rodeaba a la bruja rodeaba a los médicos que veían casos de embrujamiento. Valorar a los médicos de la época como si contasen con la preparación de los actuales disfraza el problema. Es difícil aceptar que los curanderos y hechiceros obrasen, en este aspecto, más moralmente que los médicos. Y aun suponiéndoles la mejor intención, la medicina de entonces no podía dejar de provocar algunos desaguisados. Lo mismo podemos decir de los astrólogos y de los nigromantes. Incluso algunos autores les suponen una conducta excepcionalmente buena en estos trances. Es posible, en algunos casos aislados, pero la tónica general sería, poco más o menos, como la de los demás. Aun partiendo de que las brujas eran enfermas, poco se podía hacer con la farmacopea de la época, a pesar de los buenos propósitos que se les quiera atribuir.

Con objeto de lograr una salida a todas estas situaciones, algunos autores afirman, para acentuar la ignorancia y la mala fe de los médicos, que los curanderos y hechiceros recurrieron para sus manejos terapéuticos, por un lado a la magia y por otro a la simple farmacología de entonces. La medicina era satánica y usaba la «magia negra», se decía. Pero si se estudia con cierto discernimiento el problema, se comprobarán las escasas diferencias que existían entre la magia negra y la blanca, que apelaba a cualquier otro poder que al de Dios. Realmente pocos podían escaparse, en esta época, de cualquier creencia absurda. Tan absurdos eran los maleficios como su curación en manos saturadas de magia. Se culpa a la Inquisición de que apelaba a los que creían en el poder de Dios, al que atribuían —a ese poder— una malignidad cruel. No debía ser diferente de apelar a las curas mágicas contrapuestas. Los comentaristas posteriores no se libran de los prejuicios, como no se libraban ni perseguidos ni perseguidores.

La Iglesia de la Edad Media era antimédica, se dice. Sentía una gran aversión por la Escuela de Salerno. Es posible que, tras el concilio lateranense, a comienzos del siglo XIII, la Iglesia tuviese dicha aversión y no permitiese que cualquiera pudiese practicar la medicina tratando a un enfermo, *ni llamar a un médico del alma*. Lo difícil era pinzar un médico judío para que curase a un enfermo tras esta prohibición. En este siglo en que vivimos, en el año 1954, la «American Psychiatric Association» acordó que el tratamiento de los enfermos mentales es responsabilidad del médico. ¡No quería, pues, más curanderos!

Ya hace años que Gregory Zilboorg dijo que el «*Malleus Maleficarum*» era un excelente tratado de psiquiatría. Efectivamente así es, si se agrega un apéndice que diga «de la época». Johan Weyer ya dijo por entonces que muchas de las mujeres perseguidas como brujas eran, realmente, enfermas mentales en su mayoría.

El hecho es muy significativo, porque sirve para calificar la propaganda (!) posterior. La Inquisición se oponía, al principio, a la persecución de las brujas. Ya tenía bastante quehacer con los judíos, judaizantes y moriscos, para poder ocuparse de estas pobres mujeres. Los enfermos mentales eran reconocidos como tal y llevados a los hospitales o manicomios. Bien es verdad que hubo de transcurrir bastante tiempo desde

el Padre Joffre, ya citado, a Pinel, Charcot y Esquirol y otros tantos para que se adquiriesen ideas claras sobre estos problemas. Felipe Pinel (1745-1826) creía que las brujas eran enfermas mentales y reprochaba a Weyer que hubiera creído lo contrario. Esquirol (1772-1840) incluyó en ese grupo de irresponsables, no sólo a las brujas, sino también a ciertos criminales. Muchos de estos seres, a quienes consignan en la diáspora médica, padecieron horribles sufrimientos y terminaron, a veces, en el fuego. Charcot (1825-1896) afirmó siempre que estos «desviados» eran enfermos y no embrujados, calificando de histéricos a los que ofrecían tal comportamiento.

Freud aceptó la idea de que la histeria constituía el fondo real de las manifestaciones demonológicas. En una carta a Fliess expresa muy clara y decididamente la equivalencia entre histeria y posesión demonológica. Freud insiste, en sus primeros tiempos, en la diferencia de las neurosis que él veía, con las pasadas «neurosis demoníacas» y lo apoyaba en que las primeras mostraban un acentuado carácter hipocondríaco.

¿Por qué aumentaron tanto estos cuadros clínicos durante esta época demonológica? Las causas fueron complejas. Existieron factores religiosos, pero no fueron los únicos. ¿Fue la inestabilidad característica de aquellos tiempos la que imponía tal fenómeno? ¿Aumentaron los neuróticos en aquella época? Si admitimos el hecho, o nos apoyamos en que las neurosis se manifiestan así, debemos preguntarnos por el aumento de su número. No hay más que una respuesta, válida también para lo que ocurre hoy. *Las neurosis actualmente son más frecuentes y su máscara, por así decirlo, más variopinta y polimorfa.* El crecimiento de la neurastenia se atribuyó, a fines del pasado siglo, a la «rail-way spine»<sup>17</sup> (accidentes de ferrocarril). El aumento de la histeria la explicó en una primera fase Charcot y luego Freud. Siguiendo esta última opinión, todavía en la actualidad se sigue atribuyendo su origen a insatisfacciones sexuales de la libido.

Pero el hecho cierto es que se diagnostican más histerias y *que existen más.* ¿Por qué? Cada época histórica tiene su patología propia. El que Freud haya hablado de desequilibrios libidinosos, es decir, *que haya concentrado su atención en la libido insatisfecha es una característica de su tiempo, como las brujas lo fueron de otra época.* Y si se reflexiona más, se verá que las manifestaciones actuales de la patología de la libido ofrecen cierta equivalencia con las manifestaciones de la brujería. En el campo de las enfermedades de este tipo, unos síntomas suplen o sustituyen a otros. Se trata de un moderno *metablema* a pesar de su génesis común.

El problema, empero, no acaba estableciendo esta analogía, sino que se necesita, además, una explicación del incremento de este tipo de alteraciones de la conducta, que llamamos unas veces «posesión» y otras «enfermedad». Aumenta y disminuye según el espectro sociológico de cada época. Véase un ejemplo claro en los resultados que obtuvo el profesor de sociología de Yale, Hollingshead, en una encuesta acerca de los diagnósticos psiquiátricos y estrato social en el Estado de Connecticut. De su estudio estadístico resultaba que la esquizofrenia era más frecuente en las clases económicas más débiles y que en las neurosis ocurría lo contrario: las clases más castigadas eran las más elevadas de la sociedad. El resultado era sorprendente, cuando se comparaban las estadísticas en ambas clases. ¿No serán atribuibles estas diferencias a las brújulas diagnósticas de los psiquiatras? Los psiquiatras de esa zona sufrieron un espejismo, del cual muchos de los que trabajaban en la recogida de datos no fueron conscientes. Lo cierto es que los esquizofrénicos se enviaban a los hospitales psiquiátricos y a los neuróticos se les hacía psicoterapia analítica o de otra forma. Este hecho impregnaba y determinaba, posiblemente sin darse cuenta, el diagnóstico de muchos casos.

<sup>17</sup> Médula de ferrocarril, es decir, secuelas de traumas sufridos en él.

¿No sería un mecanismo parecido el que en la época de Weyer determinaba que médicos y no médicos diagnosticasen más las posesiones demoníacas que la locura? El mecanismo no podía ser la subconsciente hipervaloración del diablo. Y, sin embargo, asiera...

¿A qué atribuirlo? *Al espíritu del tiempo*. Weyer no se ocupó más que de pregonar que *las brujas no eran sino enfermas*, pero él mismo no se atrevía a formular el diagnóstico. Esta afirmación más concreta se hizo después. ¿No provocaría el cambio, aunque fuese tan sólo en unos adarmes, el que el interrogatorio de la presunta bruja lo hiciese un médico en lugar de un Inquisidor? La bruja no necesitaba ser «loca». En la mayoría de los casos se trataba de neuróticas, histéricas, deprimidas, personalidades psicopáticas y algunas débiles mentales. Probablemente habría alguna que otra de las que hoy diagnosticaríamos como esquizofrénica, pero constituyó la minoría de aquel ejército.

La persecución de los judíos, protestantes y católicos fue religiosa, pero algunos fueron reclasificados más tarde como enfermos mentales. La psicología moderna ha partido de la afirmación de Feuerbach de que *todos los fenómenos religiosos son psicógenos*. Cierto es que lo afirmó, *pero no lo demostró*. Asegurar que las visiones son alucinaciones es un error tan craso, que sería difícil encontrar a un psiquiatra que se atreviera a firmarlo. La psicopatología distingue fácilmente entre las visiones y las alucinaciones.

Los llamados síntomas esquizofrénicos, si se saben analizar bien, aparecen como impuestos y forzados. No es que, por ejemplo, el enfermo se sienta observado como se podría mirar curiosamente a otro viandante con quien uno se cruce. Aquella mirada tiene un matiz especial. Es una mirada que le impone y le domina en cierto sentido. El enfermo la ve *como una mirada que le fuerza*.

La significación que se le atribuye mana de esa misma fuerza o imposición de la mirada. No es tampoco como una fuerza que le obliga a hacer algo. El maestro de escuela que mira fijamente a un niño distraído quiere mandarle, imponerle con su mirada. En el caso del esquizofrénico *se trata de una cualidad distinta*. Es una mirada que equivale a la violación de su propia persona, del «yo-mismo» del enfermo. Y lo mismo que con la mirada ocurre con la palabra más inocua que le dirige el interlocutor. Es como si «el otro», es decir, el sano, el observador, le embrujara con su mirada. En una personalidad más simple la podríamos comparar al «mal de ojo» que le golpea cuando en realidad la palabra o la mirada que le han dirigido sean lo más inocuas posible. Neutra y a lo más curiosa, *pero inocua*.

La intención del médico que explora tiene, valga la redundancia, *más intencionalidad*: la de hacer un diagnóstico. El enfermo puede sentirla como una fuerza impositiva. La hipnosis podría servir de ejemplo o de elemento de comparación, si no fuera tan distinta la propia estructura de la vivencia. La diferencia está en que la mirada del médico o la del amigo hiende como una extraña cortadura en el núcleo del Sancta Sanctorum de su personalidad. Es una mirada con frecuencia como demoníaca: Otras veces es como numinosa. Es una mirada que es percibida por el enfermo como manifestación de un modo peculiar de trascendencia. Es decir, que le llega a él de un mundo que le trasciende.

¿Percibió el hombre en épocas anteriores este modo cruel de sentir internalizada la mirada intrascendente del que pasa por su lado? ¿No será un fenómeno que se ve y se siente más claramente ahora, porque la vida en común se ha racionalizado más que antes?

Jaspers dijo que el esquizofrénico es, en nuestro tiempo, de una autenticidad en las esferas noéticas que en tiempos pasados podían experimentar también los no

esquizofrénicos. Y dice Zutt: «quizá podamos modificar así este pensamiento. Quizás en tiempos anteriores de la historia humana, estos que ahora llamamos enfermos no eran perturbadores. Se integraban sensatamente en la sociedad». O sea que tenían un sentido de la comunidad cultural, de suerte que no debían ser reclusos tras unos muros que les impedían llevar una vida como los demás. A pesar de su enfermedad.

La participación que los médicos han tenido en la imposición de lo razonable frente a lo que no lo es, en este capítulo de la demonología, ha sido considerable. Aunque hay muchos otros antecedentes, sí quisiera únicamente citar los más decisivos en la última fase. En el siglo XVIII Gassner, sacerdote católico<sup>18</sup> comenzó a explotar las primeras sendas de la psicoterapia. Es curioso que lo hiciera a través de los exorcismos, creyendo que la mayoría de las enfermedades eran resultado de la posesión demoníaca. De esta manera pudo darse cuenta de que la mayoría de las ideas descabelladas de los pacientes no tienen nada que ver con la posesión. Podemos citar, aunque sea rápidamente, los ejemplos de Esquirol, que describió los manicomios con los enfermos desnudos o casi desnudos, durmiendo sobre paja y con escasa ventilación. En Inglaterra, los enfermos más violentos estaban frecuentemente encadenados. Pinel fue el que, en los tiempos de la Revolución Francesa, liberó a los enfermos de las cadenas, en 1793, en el Asilo de Bicêtre. La influencia de Pinel y Esquirol suministró una base al abate Bertholin en 1780 para afirmar que la demonología no existe.

Los cuáqueros, en el Asilo de Lunáticos de York, determinaron también, con la ayuda de William Tuke, que muchos de los que antes eran encerrados en los asilos tuviesen un tratamiento hospitalario. La demonología fue poco a poco sustituida por la noción de fatiga o de esfuerzo psicológico o mental y las alucinaciones fueron interpretadas como productos de alteraciones en el cerebro.

## LA HISTERIA Y LA POSESIÓN

El hombre actual está muy absorbido por el pensamiento técnico y gracias a ello ha logrado grandes progresos. Esto le lleva a desvalorizar en su interior otros modos de acercarse a la realidad sentida o presentida. Quizá tuviéramos que señalar alguna excepción. Una es el pensamiento artístico, aunque habría mucho que discutir sobre el sentido que las artes actuales prestan a su aproximación y al modo de contactar con la realidad. Quizás hallaríamos que la pintura moderna nos acerca de manera distinta a como lo hacía la pintura antigua. Y otra excepción es la reviviscencia de la creencia en las brujas y otros modos esotéricos de abordar el mundo del pensamiento y de la realidad. En cualquier caso, existe un campo deficitario todavía y resulta exigitivo analizar en qué consiste la deficiencia y sobre todo desentrañar su significación en el mundo actual.

Es evidente que, en la actualidad, el hombre se halla lanzado *a la acción*, dejando en la sombra del olvido lo que se ha llamado «universalidad de lo pático». Su presencia en la vida del hombre es ahora menos consistente y más desvanecida que en otros tiempos. No ha desaparecido del todo del campo de la atención humana, como lo demuestra el vocablo pático en tantas esferas del conocimiento. Pático no se refiere a la acción, sino en cierto sentido a la pasión. En lo «pático» se integra lo que nos impregna pasivamente: *el sufrimiento y la opresión*. Es decir, sentirnos juguetes del destino o de la historia o de una realidad desconocida.

En la experiencia religiosa se percibe tal nuevo modo de ver el mundo *por la idea de la posesión*. Sentirse poseído equivale a sentirse dominado por fuerzas extrañas, que ahora llamamos cósmicas, etológicas, físicas, etc., etc. En otros tiempos se sentían

<sup>18</sup> Vid. capítulo sobre Gassner en este libro.

tales fuerzas como *demonológicas*: eran épocas en las que los hombres estaban entregados a formas de pensamiento religioso análogas. Lo demoníaco *se internalizó de tal modo que todo lo que le acaecía a uno era una manifestación de ese poder*, aunque la percepción de tan extraño poder sólo en ciertos casos se vivía, como en lo que luego se ha llamado «*estado de posesión*». Los Arcontes ejercieron su actividad en Grecia, pero en un caso individual eran *algo más y algo distinto*: la imagen del Poder Supremo en el Cosmos y en la interioridad del hombre.

Resulta interesante y sugestivo perseguir la idea de la posesión a través de los síntomas histéricos en sus manifestaciones en el tiempo. En los endemoniados, posesos y brujas, existían, aparte del paroxismo de la posesión, unas huellas indelebles con las que el espíritu del mal marcaba su paso por aquel cuerpo. Unas veces eran marcas dibujadas, huellas de animal o zonas insensibles al dolor. Me refiero a los famosos «*sigilli diaboli*» que tanto interés despertaban en los procesos de embrujamiento. El Inquisidor o el cirujano del Tribunal inquiría meticulosamente sobre si en el cuerpo supuesto como morada satánica, existían marcas o puntos insensibles al pinchazo o al fuego. Y también si, además de la insensibilidad, no sangraban al ser pinchados. Mediante estos síntomas (!) se adquiría *la prueba objetiva* de la posesión. ¡Siempre el espíritu humano desconfiando de sus fuentes internas de verdad y persiguiendo la débil mariposa de la objetividad, que quiebra sus alas, apenas son sorprendidas por las manos!

Esta idea de perseguir *signos permanentes de la posesión diabólica* pasó a la historia en forma de los llamados *estigmas histéricos*. Todos los psiquiatras recordamos todavía cómo se nos enseñaba a buscarlos en forma de anestesia faríngea y conjuntival. Pues bien, estos «estigmas» no eran menos mendaces que los incruentos «*sigilli diaboli*».

Charcot distinguió entre los «estigmas histéricos» y los «signos transitorios de la historia». La sintomatología comprendía el gran ataque con sus cuatro períodos y además la hemiplejía, la monoplejía braquial con su anestesia en forma de guantelete, el hemi-espasmo glossofaríngeo, la astenia-abasia, el mutismo, el corea, la anestesia sensitiva-sensorial, la estrechez concéntrica del campo visual, la discromatopsia, la poliopía monocular y la hiperestesia ovárica. De la larga serie que estableció Charcot fueron perdurando sólo algunos como tales estigmas, siendo los más conocidos los que acabo de citar.

Pero posteriormente vemos de nuevo, en el curso histórico de estos síntomas, el mismo proceso que considero típico de la historia: su elevación al plano psíquico. *Los signos diabólicos se convierten en estigmas corpóreos de la historia, para acabar por ser estigmas psíquicos de la enfermedad.*

¿Qué define hoy en día a la historia? Sus síntomas psíquicos y entre ellos hay un grupo que estigmatiza la propia personalidad del enfermo. *Son los que imprimen huella en forma de carácter histérico*. Pero para llegar a esta noción tan simple de «carácter histérico» ha sido necesaria la siguiente evolución: elevación al plano psíquico del grueso de las fuerzas de la historia. Esto ocurrió a fines del siglo pasado. El error de la Salpêtrière *fue un error creador de verdades*.

Es muy difícil hacer una historia clínica de una histérica, porque su descripción se acerca demasiado a una novela y pierde por tanto su carácter médico. Las histéricas han sabido, a través del tiempo, forjar su propia novela. Todo el mundo habla de su proclividad sexual, aparte de los hechos demoníacos que se les han atribuido, especialmente su participación en los aquelarres y el «sabbat». Tal proclividad sexual es falsa y probablemente viene de la idea del útero emigrando en el interior del cuerpo femenino. Al contrario, cualquier médico experimentado habrá podido comprobar la

frigidez de estas enfermas, a pesar de sus apariencias. Janet admitió la hiperemotividad de las histéricas con la misma frecuencia que las ideas fijas. Claro que el ámbito de lo que hoy se llama «histeria» ha cambiado mucho. Pero es necesario afirmar, una y otra vez, la necesidad de descargarla de tanto «sambenito» como literatura y medicina han cargado sobre ella. Se ha dicho: «No puede engrosar su delirio con lo que no estaba en su mente», refiriéndose a una histérica que manifiesta su deseo de cohabitar. ¿No se les ha ocurrido pensar a mis colegas que se trata de una pobre débil mental, inducida a ello por algún seudogalán al borde de la delincuencia?

No he visto tan frecuentemente el hipererotismo, ni la presencia de una suma fragilidad para resistir a la tentación. Janet lo atribuye en muchas ocasiones a la limitación de conocimientos y a marcado egocentrismo. No se piensa que estos defectos, así como la tendencia a la simulación y a la mendacidad pueden tener su origen en que se trate de *débiles mentales*.

La histeria es más un síndrome que una enfermedad. La presencia de ideas fijas, estados crepusculares, etc., tiene muchas veces, a mi modo de ver, el mismo origen que la enfermedad. Es decir, no son síntomas secundarios. Tal vez de ahí deriven muchas confusiones y, evidentemente, su dificultad de tratar miento.

Y para terminar este capítulo, quisiera hacer unas breves consideraciones acerca de la idea que de la melancolía se tenía en los siglos XVII y XVIII. Decía más arriba que la mayoría de los hombres de leyes, filósofos y médicos de este tiempo consideraban a las brujas como un producto de su estado de melancolía, debido sobre todo a la mala alimentación. También decían que el «eléboro» era el mejor remedio para sus males. Apariciones y visiones eran debidas a la melancolía, decían. ¿Cómo, pues, si la ciencia y la sapiencia oficial eran razonables en el juzgar, pudo desatarse tal ola de insensatez por toda la Europa culta de estos siglos?

Es necesario subrayar el calificativo que de «estado mental» daban los autores de esa época a la melancolía. En muchos estudios sobre las brujas, sobre todo cuando se trata de fenómenos misteriosos, se las clasifica simplemente de histéricas. Y he aquí cómo los médicos clásicos ya tenían mucha más intuición y más razón que algunos modernos. Las ideas sobre la melancolía, una de las enfermedades más conocidas desde la antigüedad clásica, han variado mucho en el conocimiento de su génesis. Sólo recientemente se tienen conocimientos más claros y podemos emplear frente a ella tratamientos eficaces. Sobre la exuberancia de los síntomas se podría discutir, aunque es sabido que la máscara de la enfermedad —de toda, enfermedad— varía según las épocas en que se presenta. También varía la opinión de los médicos. Y la idea de la enfermedad que tiene el propio enfermo. La psiquiatría actual ha logrado una gran pureza en la descripción de los síntomas de la melancolía.

En otra parte de este libro citamos unos casos de brujería actuales. Los lectores podrán juzgar el núcleo patológico y psicológico de los mismos. Y en ocasiones la peligrosidad que pueden presentar. La histeria acaece por regla general en situaciones masivas. Y aún así, no todos los que se incluyen en esta etiqueta están bien diagnosticados. Así ocurrió con los personajes que intervinieron en el convento de Loudun y en el pueblo. O los convulsionarios de San Medardo. Y tantos otros fenómenos que han mantenido en vilo a las gentes de todos los tiempos y en todos los países.

## CAPITULO III

### LA CREENCIA EN LAS BRUJAS, RELIGIÓN Y MAGIA

«¿Si no crees en Dios, por qué crees en el diablo?»

#### ¿QUE SON, EN REALIDAD, LAS BRUJAS?

En todas las partes del mundo existen y han existido, a lo largo de la historia, gentes que creen haber sufrido una molestia o una lesión corporal de modo no ordinario, es decir no debido a la naturaleza. Los efectos se producen por medios que no pueden ser detectados por medios naturales y, por consiguiente, sólo pueden ser observados a plena luz a través de alguna de sus consecuencias. *A las gentes que presentan tales fenómenos se las ha llamado brujas desde el comienzo de la historia.*

Esto nos lleva a averiguar más profundamente lo que es una bruja. No cabe duda de que, en primer lugar, se trata de una mujer<sup>19</sup> con una intuición extraordinariamente desarrollada. Sabido es que existen *brujas blancas* y *brujas negras* o sea mujeres que utilizan su poderosa intuición para fines buenos o malos. En otra parte refiero, al hablar de la intuición, que es un fenómeno sorprendente para los que están presentes cuando se produce. Estoy pensando, al hacer esta descripción, en las facultades, supuestos poderes mágicos y de adivinación que se les atribuyen a adivinas, echadoras de cartas, lectoras ante la bola de cristal, profetisas, curanderas, etc. Más adelante hablaré de las supuestas posesiones diabólicas. En cualquier caso, ante una persona con poderosa intuición o poder adivinatorio decimos que es una «bruja». Buena, en este caso. Pero se comporta de una manera que no es habitual. *Tiene poderes ocultos.* El intuitivo es rápido en sus deducciones, contesta más allá de lo que le preguntamos, piensa dando saltos como lo hacen los ciclotímicos.

También se han empleado otras palabras para designar a este tipo de personas con poderes no habituales. El mago es un respetable predecesor y su nombre se utiliza ahora mucho más para aquel<sup>20</sup> que usa medios esotéricos para producir resultados beneficiosos. El hablar de los endemoniados es objeto de otro capítulo. El tema es tan amplio que desborda los límites que me he propuesto. En todo caso, señalaré aquí que «endemoniado» tiene una resonancia mucho más teológica y, por tanto, no tan habitual en estos tiempos. Ciertamente es que a las brujas en todo tiempo se las ha considerado como mujeres cuyo poder es diabólico o como habitadas o poseídas por el diablo.

De siempre, los psicólogos, los filósofos, los teólogos y los dedicados a estudios antropológicos han tratado de saber qué clase de gente «siniestra» eran las brujas. En tiempos más modernos han cambiado el punto de vista. El cambio se realizó sobre todo a partir de las diversas epidemias de brujería que ha habido en Europa. Las torturas a que eran sometidas en los interrogatorios —siempre a la búsqueda de la marca del diablo— fueron poco a poco conocidas y hasta publicadas como ejemplares. Todo ello levantó la compasión de muchos ciudadanos en los más diversos países.

Se ha afirmado, con una cierta razón, que la creencia en las brujas y en las técnicas atribuidas a ellas han sido más frecuentes en gentes primitivas o en pueblos occidentales en tiempos lejanos. No siempre es verdad. Se refiere, sobre todo, a pueblos occidentales en los que no se había alcanzado el desarrollo actual. Sin embargo, y

<sup>19</sup> En otro capítulo se trata del mayor número de brujas que de brujos.

<sup>20</sup> En esta ocasión la palabra «mago» refleja más el sexo masculino y no se emplea para designar a las mujeres.

aunque luego insista sobre ello, quiero ya desde ahora afirmar que en sociedades muy civilizadas como la actual hay pequeños o grandes grupos de gentes dedicadas al cultivo de estas creencias. En la actualidad, el fenómeno se produce sobre todo en Inglaterra y Estados Unidos. Hay grupos en Italia, en Francia, en los países centroeuropeos y también en España, si bien, por el momento, en menor grado que en los países citados. Es muy curioso anotar que esta reviviscencia se ha producido no hace más de veinticinco años. Casi afirmarí­a que es uno de los fenómenos de la posguerra. Y curioso es que en el momento de los grandes éxitos de la medicina pululen los curanderos y sean más consultados que nunca, por supuesto cuando falla la técnica, incluso por los mismos médicos.

No considero, inútil parece el decirlo, que las adivinas, leedoras de arena, pitonisas y videntes, sean «auténticas brujas», aquellas de fábula que vivieron en los comienzos de la modernidad. También en esta cuestión vamos de capa caída. Nuestras brujas contemporáneas se han degradado. Es natural. La desacralización ha invadido también el campo de lo mágico y a nivel planetario. El enfriamiento religioso ha sido y es universal. Aquel que no cree en Dios, ¿por qué va a creer en el diablo? Las brujas se manifestaron gloriosamente, si se pudiera emplear esta expresión, en los momentos de persecución y de sacrificio. *Y de martirio*. Hoy las brujas son apenas un espectáculo. Como Satán. Ya nadie cree en él y por eso, no hace mucho tiempo, el Papa tuvo a bien recordar su existencia. Voltaire se reía del diablo. La modernidad no puede ya ni siquiera reírse de él. Se le ignora y, cuando se le ve o presente, ya no inspira temor, sino simplemente una sonrisa.

«Eppur si muove.» ¿Qué son sino demonios muchas circunstancias y seres que monopolizan nuestra vida actual? Mundo, demonio y carne, aprendimos en nuestras primeras jornadas escolares. Coinciden justamente con las grandes fobias del mundo actual, con esa culpabilidad interna que devora al hombre. Stalin fue el anticristo, dicen unos. No, que fue Hitler, afirman otros. Ni uno ni otro, sino la locura colectiva que ha invadido a la humanidad. Peor que la negra «Peste medieval». Mucho peor que los pequeños diablos de Loudun o que las más recientes «Compañeras del Introito»<sup>21</sup> o el diablo de San Francisco de California.<sup>22</sup>

En países más primitivos, por ejemplo, en África y en culturas negras de Hispanoamérica, a pesar de las enormes transformaciones políticas y el avance social y cultural, existen muchos habitantes que creen poder ser víctimas de algún mal por motivos mágicos. Enfermedad, pérdida de cosechas y otros males análogos se atribuyen a alguien que castiga a los hombres. *Alguien que los odia hasta la muerte*. Creen que los espíritus de los muertos, al abandonar el cuerpo, pueden volar por el aire y llegar al lugar donde se hallan sus víctimas. ¡Así decía también el Licenciado Torralba!

En cualquier europeo anida el pensamiento de haber tenido suerte o de haber carecido de ella. La suerte se refiere a veces a una operación quirúrgica o económica, o simplemente a una quiniela. En cambio, para los chinos, la idea de la suerte se integra en la de las fuerzas que gobiernan el universo. En Oceanía, por ejemplo, en la isla de

<sup>21</sup> Hacia el año 1965 se reunieron en París siete mujeres de mediana edad. Una dijo ser abogada, otra médico, otra vendedora de modas... Económicamente no había problemas. Ninguna creía en el ocultismo. Aburrimento, drogas alucinógenas, «huidas del presente». Así nació la secta. Un «château» en los alrededores de la ciudad, un salón «embrujo oriental», dos columnas: en una de ellas una bruja con escoba y, en otra, un fauno. Un tapiz con los animales malditos: gato, buho, serpiente, macho cabrío, sapo, etc. Y Satanás con el sexo cubierto de escamas. Luces y sonidos estereofónicos. Allí citaban a los compañeros las mujeres del Introito. No había rivalidad alguna. Este es el «sabbat» de fines del siglo XX.

<sup>22</sup> El diablo de San Francisco es americano y tiene más prensa y propaganda. Recibe a sus fieles sentado en un sillón, y ya desde hace años la Iglesia de Satán funciona más o menos como las que acabamos de citar. Lavey es el Gran Sacerdote y su mujer la Gran Sacerdotisa, se llama Diana y es dulce y sumisa. Tienen dos hijas, un gato, una rata y un león, pero cuando creció atacaba a la familia, que lo dio al Zoo. El templo está pintado todo de negro. 13 escalones en el acceso y 13 habitaciones en el interior. Negro y oro. Animales disecados: osos, ratas, pájaros y un lobo. Pinturas de demonios y orgías satánicas. Hay adeptos —8000— en todo el mundo. Cámaras secretas sadomasoquistas pintadas de rojo, instrumentos de tortura, etc. El lugar se visita después de asistir a una misa negra y se dice que es muy frecuentado...



Dobu del archipiélago de Nueva Guinea, sus habitantes se dedican a hacer señas y a dar gritos contra sus vecinos, para alejar a los malos espíritus. Creen que pueden estar mal dispuestos hacia su vida. En otras civilizaciones primitivas, se siguen las estrictas reglas morales dictadas por Manus, temiendo el daño que se podía provocar si no se hacía... Otros pueblos melanesios creen que hay espíritus encargados de castigar a aquellos que ofenden injustamente. Los budistas creen que las desgracias son debidas a transgresiones, a veces no recordadas, tenidas en encarnaciones anteriores... Basándose en la Biblia, concretamente en el «Libro de Job», se lee que los cristianos aceptaban que Dios hacía sufrir a sus creyentes más fieles para probar su fe.

En las tribus primitivas, se piensa que los más viejos son los que poseen ciertos poderes y una autoridad de la que carecen los jóvenes. A los viejos se les confía la difícil tarea de restablecer la paz dentro de la tribu, por ejemplo, si se ha cometido un homicidio que ellos consideran injusto. Junto a los viejos se colocan los hechiceros y, aunque en el mundo hay ejemplos de esta simultaneidad de misión, lo cierto es que, con el tiempo, ambas misiones se han ido diferenciando en su significación.

Repitiendo la idea del comienzo de este capítulo, *la brujería consiste, esencialmente, en producir una lesión en otras gentes, sin ningún medio material para ello*. Es como si se irradiara una sustancia en el interior del cuerpo de otro. Este poder lo suponen irradiado unas veces por su padre, así como la mujer puede haberlo recibido de su madre. (No se da el fenómeno cruzado, es decir que el hijo lo posea de la madre y la hija del padre.) Nadie puede conocer la existencia de tal sustancia mortífera, hasta que se abre el cadáver de quien la ha recibido. *La bruja no puede actuar con la idea de hacer daño o alguna violencia, sino la de juzgar y castigar a los culpables*.

Algunos hechiceros toman el hábito de las brujas y se comportan como ellas. Parecen haber recibido su poder de la irradiación de una sustancia física que muestra su actuación, sin contar con la voluntad del que la posee. Pero, a pesar de todo, se sigue distinguiendo entre estos dos modos de actuar que se integran en el pueblo primitivo, según el criterio de los mismos. Y esto ocurre, aunque el científico que estudia el fenómeno haya querido hacer equivalentes ambas expresiones.

En la Roma de los primeros tiempos, la ley castigaba como un crimen cualquier acto o forma de magia. Pero ¿qué clase de crimen? Aparentemente el de *hacer daño a los otros*. En otros casos parecía que lo que se quería demostrar era un poder místico y seudomístico, utilizado según los métodos de la magia simpática. Ya desde entonces, Galeno por ejemplo, después de largos razonamientos, negó que existieran tratamientos mágicos para los enfermos.

En los primeros tiempos del Cristianismo, pensaban algunas gentes que los magos recogían el poder de los demonios o de los malos espíritus. Probablemente ya entonces se presentía que el padre de los magos —por así decirlo— era el demonio.

Apuleyo, el autor del «Asno de Oro» fue juzgado por practicar la magia. El se defendió diciendo en su conocido libro «Apología» que los magos eran considerados como sacerdotes en su tierra.

La contemplación de un mapa de África actual y moderna nos muestra las principales tribus en las que la hechicería y la magia han estado bien estudiadas. Se ha llamado la atención sobre la mezcla entre *religión y brujería* en la mayoría de las tribus, de tal manera que es prácticamente imposible el hacer un estudio separado de ambos temas.

Hay muchos libros escritos sobre la religión y la magia en África. Imposible citarlos aquí. Como también lo es hablar exhaustivamente de las brujas. *¿Qué aspecto tienen las brujas?* Con frecuencia les sobrevienen pesadillas en las que van a cambiar de aspecto, metamorfosearse como Apuleyo. Las brujas son bonitas o feas,

independientemente de su actuación. Son jóvenes, pero también las hay viejas. Inspiradas por sueños o pesadillas, intuyen que van a ser elevadas a una categoría superior y extraordinaria. Entre las brujas hay varias sectas y las pesadillas se agrupan en torno a ellas. Por ejemplo, en unas, el objeto principal de su brujería es la alimentación. En otras, las cosechas. En otras los vecinos. Para otras es el sexo referido a la posibilidad de tener relaciones sexuales con los espíritus infernales, que ellas no consideran como tales.

El modo de estar organizadas estas pequeñas sociedades indígenas depende en buena parte de lo que las brujas perciben en sus ensueños y que a través de ellos se convierten en «dongas».

Además de los pueblos primitivos de África y Oceanía también hay, en los Estados Unidos, algunas tribus indias, como los Navajos, que mantienen las mismas costumbres sin que aparentemente haya habido relación alguna entre ellos. A lo largo de la historia éste es un dato frecuente. Pueblos separados, a miles de kilómetros de distancia, con diferente organización social y modos de subsistencia, coinciden extrañamente en sus creencias en la brujería.

¿Para qué existen las brujas, podemos pensar situándonos entre las gentes que no creen en ellas? Probablemente las razones giran en torno al poder de destruir a sus enemigos. En general para *destruir al otro*. A los enemigos, a los malos, a aquellos que representan la antítesis de Dios. Un determinado orden social es para ellas como un orden establecido divinamente. Naturalmente que hay muchas variantes de esta cuestión. He tratado de subrayar en este capítulo los rasgos fundamentales en las partes más primitivas del mundo.

## **CREENCIA EN LAS BRUJAS AHORA: A MENOS DIOS, MAS DIABLO**

La brujería es una manifestación del pensamiento sincrético que tiene sus raíces en las más antiguas creencias de la humanidad. A lo largo de la historia la creencia en las brujas se mantiene, como las mareas con sus pleamares y bajamares, pero empapando siempre el acontecer de las diversas agrupaciones humanas. Se habla muchas veces, refiriéndose a dicha creencia, de la *religión antigua*, pero esta afirmación no debe interpretarse como si se tratase de una religión originaria, uniforme y monocolor, que en verdad no existía por entonces. En suma se trataba de un modo variopinto de enfrentarse la mente humana con el Universo.

El interés por la brujería creció y decreció en el curso de la historia moderna. Hasta, nuestros tiempos llegan sus oleadas. Anteriormente las avalanchas tuvieron más volumen, poder y difusión. Aparecen aquí y allí redivivas y de tal suerte que atraen el interés como fenómeno histórico, precisamente por llegado al presente, tras sobrenadar durante tantas épocas en que el pensamiento les ha sido adverso.

El hombre actual ha modificado de un modo esencial sus relaciones con el mundo. Ahora sus razones no son tan crediticias como técnicas. Y en sus propias meditaciones se pregunta cada uno si la hipertrofia técnica que invade la casi total actividad humana va a acarrearle más o menos felicidad. La reviviscencia de la creencia en las brujas es un claro voto de desconfianza para la serenidad y seguridad del presente. La angustia del hombre contemporáneo es signo de duda. O de interrogación. Por estas razones el hombre se pregunta con inquietud, queriendo conocer como experiencia los aspectos que parecían liquidados por el pasado. De todos aquellos, uno de los menos importantes del pasado fue el tema y la falsedad de las brujas en la brujería y en tantos otros modos de manifestarse aquéllas en la inquietud de fondo a la que aludía.

La cultura actual parece que se está encaramando en una cercana cúspide de la historia. Tal cúspide —y el bienestar que supone— se avizora más cercana a medida que nos alejamos de tantas creencias sin fundamento para el hombre actual, pero que sí lo tuvieron en las épocas medievales y modernas. Psicológicamente siempre se plantea la duda y el deseo del mejor conocimiento de este indudable progreso histórico. Una respuesta sencilla es atribuirlo a la razón como fuente de otro modo de cultura más perfecto y verdadero. Esta afirmación tan apodíctica, oculta, tras su sencillez, ciertas incógnitas. Cada día más despiertan las mentes inquietas que necesitan ver con mayor claridad las entrañas de las últimas fases del progreso. En búsqueda de esta claridad se han escrito estas páginas.<sup>23</sup>

La brujería y la hechicería se apoyan en una tradición que muchas veces se ha mantenido oculta. En el hombre actual más parece perentoria y olvidadamente oculta, que olvidada. Para muchos no es fácil encontrar el punto de gravedad en plena modernidad cargada de tantos flecos del pasado. La marcha del mundo moderno camina hacia la técnica que mana de las fuentes de conocimiento y nutre a la ciencia o, sí se quiere, a las diversas ciencias que tanto han ampliado el área de lo conocido y que tanto han contribuido a formar los más seguros arbotantes de la estructura que mantiene la sociedad humana.

«*Eppur si muove.*» Las creencias religiosas más primitivas reviven aunque no sean la característica dominante en las sociedades actuales. Basta con pensar que no han desaparecido totalmente, cuando tanto se han combatido en todos los frentes. Y así, a finales del siglo XX reviven análogamente la contracultura y la creencia en las brujas. No está pues de más conceder una cierta atención a una situación que, en realidad, resulta paradójica.

En la religión antigua existían dos personificaciones de la brujería: «el dios cornudo» y la «diosa madre». Se dice que el dios cornudo existe desde que el hombre primitivo fue capaz de personificar ideas, es decir, de atribuirles propiedades personales.

Quizás esta equivalencia no sea exacta. Por mi parte diría tal vez que no es más que un carácter de la angustia primitiva. En las cavernas del paleolítico se adivina ya ese *metablema* de la personificación de algo indeterminado. Unas veces construirá y otras veces quebrará el soporte de la propia vida humana.

El dios de entonces aparece vestido con la piel de macho sin la hembra. Y con los dos cuernos. Es como un animal totémico que le hace vivir y que protege a la tribu a través de un intermediario, el chamán. Los cuernos pasan a ser símbolo de la divinidad y especialmente de la inspiración divina.<sup>24</sup>

La *diosa madre* es un apéndice inexcusable del macho. El hombre, una vez ha nacido tiene que crecer, madurar y encontrar alimento para la madre y para la prole. La polaridad humana hombre-mujer fue «ab initio» necesaria. Como dice el Génesis: «Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Macho y hembra lo creó.» El principio masculino es el activo, repleto de energía y agresividad. La mujer es pasiva, pero fértil. Entre los dos forman, como diría Jung, un arquetipo de una realidad. Son «ellos» los que constituyen la misma y no sabrían explicarse cómo.

Las brujas actuales honran al macho y a la hembra. Se dice que los brujos y las brujas se inclinan hacia los dioses para lograr el punto de equilibrio en la civilización contemporánea, evitando el predominio del temible impulso agresivo masculino. No pretendo decir que las mujeres no hayan intervenido en el desarrollo de la civilización actual, pero su primer principio energético lo encontró en la agresividad del varón. No

<sup>23</sup> Vid. «Alienación y contracultura» en capítulo correspondiente del libro editado en Dopesa, 1976.

<sup>24</sup> Recuerde el lector los enigmáticos cuernos que Moisés lleva en la estatua de Miguel Ángel que está en San Pietro ad Vincola de Roma.

se excluye tampoco que la mujer logre una compensación activa de la agresividad viril, dirigiendo ambos su energía contra los obstáculos.

La bula de Inocencio VIII en 1482, condenando como herejes a las brujas, indujo al «inconsciente colectivo» de los hombres de aquel tiempo a transformar al dios cornudo en Satán. En el Antiguo Testamento, Satán no aparece como rebelde. La imagen de Satán como príncipe del mal rebelado contra Dios es una creación de la literatura apócrifa judía, que se compuso en el espacio que media entre los dos testamentos. Así lo demuestra la alusión al libro «Asunción de Moisés» en una cita implícita en la carta de San Judas (v. 9).<sup>25</sup> El demonio a través de la imagen del «dios cornudo» se transforma en un Satán tan poderoso como peligroso.

Las brujas sostienen que sus creencias constituyen una religión, la más antigua de la tierra. Tenía sus propios sacerdotes. Existían variaciones en las esencias, según los diversos lugares donde se profesaba el culto, pero todas arrancaban de una supuesta religión única. Esto resulta difícil de creer, a no ser que fuese un conjunto de creencias embrionarias y en cierta forma 'juxtapuestas. El politeísmo dominó en Egipto, Grecia y Roma. En el Éxodo se dice: «No puedes ver mi cara. No hay hombre mortal que me vea y siga viviendo» (33-20). Las únicas religiones y sectas *verdaderamente unitarias* son el Unitarismo y el Islam. En el cristianismo existe la Trinidad y además la madre de Jesucristo. Elohim —se dice— es nombre con terminación plural.<sup>26</sup>

Los enjambres de brujas difieren unas de otras en la importancia que conceden al *dios cornudo* y a la *diosa madre*. En los juicios de la Edad Media se concedía excesiva importancia al dios cornudo, quizá porque la Iglesia lo identificaba con Satán.

La brujería moderna resulta de la coalescencia de dos tradiciones: los cultos de la fertilidad y el ocultismo sofisticado de los templos egipcios y de la «Kabbala». La bruja moderna elige como mentores a la autoridad mágica de Eliphaz Levi y el gran doctor de la Wicca Gerald Gardner.<sup>27</sup>

## CULTURA Y CONTRACULTURA

En el mundo actual existe una situación dialéctica entre la cultura y la contracultura en la que también prima la primera y por razones claramente comprensibles. Si cito esta pugna que ocurre en nuestro tiempo es para hacer más evidente un punto importante sobre la historia de las brujas y de su culto. En los siglos XVI, XVII y XVIII acaecen períodos tan luminosos desde el punto de vista intelectual como el Renacimiento, la Reforma y la Revolución Científica. Pero sería un error creer que este nuevo camino luminoso sumió en la oscuridad al misterio de las religiones paganas, procedentes del fondo de la historia. Durante el Renacimiento hubo una reviviscencia del paganismo. En tiempos de la Reforma el pensamiento vuelve al apostólico y reanuda el contacto con los conductores del pueblo hebreo. La Revolución Científica empieza por una mezcolanza entre el misticismo antagónico y la síntesis cosmológica.

Esta peculiaridad histórica se ve claramente en *la creencia en las brujas*. En los siglos citados, lo importante es que se trató de no olvidar las antiguas supersticiones sino que éstas se apoderaron de la mentalidad de las gentes o de gran parte de ellas y con una gran expresividad. La imprenta no bastó para revivir esta credulidad histórica relegada al olvido sino que fue como un nuevo renacer de las viejas creencias. Algunas de éstas eran universales, como lo han sido durante la historia. La iglesia medieval

<sup>25</sup> Fue una transformación medieval y de la modernidad.

<sup>26</sup> Elohim sería la condensación personificada de las varias fuerzas de la naturaleza que, en religiones de tipo naturalista, eran divinizadas.

<sup>27</sup> En la villa de los Misterios de Pompeya se encuentran formas de iniciación que son como las de la moderna Wicca.

sostuvo la demonología pero con menos pasión que en siglos posteriores. Incluso se puede decir que la Iglesia desdeñaba tales «cuentos». Por ejemplo, en el siglo VIII, San Bonifacio, ya citado más arriba, predicaba que la creencia en las brujas no era cristiana y Carlomagno decretaba la pena de muerte. En Sajonia se quemaba a las brujas, siguiendo una costumbre pagana. Podríamos citar otros ejemplos del siglo IX. San Agobardo, obispo de Lyon, repudiaba la creencia de sus coetáneos que afirmaban que las brujas podían desencadenar un tiempo tormentoso.

Alrededor de 1490 quedó establecida una nueva doctrina de la brujería, que arrancaba de las propias ideas de la Edad Media, pero que se multiplicaba y crecía de una manera pasmosa, adquiriendo las brujas unos poderes nuevos y, sobre todo, costumbres sociales que muchas veces merecen el calificativo de «indecentes».

Al mismo tiempo que vivían Montaigne y Descartes, miles de mujeres pactaban con el diablo, el llamado «Príncipe de las Sombras». En Hendaya, al sudoeste de Francia, se calcula que unas doce mil brujas se amontonaban en los aquelarres. El dios de la adoración era el mismo demonio que aparecía como un hombre negro, barbudo y maloliente. Los congregados bailaban al son de una música macabra, como los instrumentos que usaban. Le besaban bajo la cola, según las órdenes recibidas y empezaba la orgía sexual promiscua. En algunas partes se asaban niños y se comían como en la Saboya. En España se exhumaban cadáveres. El supuesto desenfreno sexual con el demonio era espantoso... o imaginario. El demonio se tendía y mostraba su frialdad como el hielo, pero la congelación no se contagiaba a los asistentes. Algunos participaban de la opinión del Rey James, que consideraba al demonio como construido con pedazos de la muerte.

El hombre actual se impresiona con la limitación de libertades que podía sufrir un hombre del Renacimiento, por ejemplo, o con los hechos que acaecieron en las distintas oleadas de la caza de las brujas. Se olvida, en cambio, de la enorme servidumbre a que le somete el cuidado de su salud. Si alguien entra en un hospital para «chequearse» se convierte en un alienado. Al menos, se pone en peligro de someterse a un montón de exploraciones de rutina, no todas justificadas. La sociedad cuida, al parecer, de la salud del individuo, pero su servidumbre al cuerpo social es cada día más agobiante. No está de más —y cada vez se oyen más voces que lo exigen— que todo quede en sus justos límites. Ya sabemos que la vida está sujeta a muchas eventualidades, pero no permitamos que el intento de evitarlas nos convierta en prisioneros de otras «eventualidades» más onerosas.

A veces, los llamados gobiernos democráticos o liberales son tan estrictos que sorprenden. En Nueva York un adicto a la droga puede ser encarcelado durante cinco años. *Y es un enfermo*. Y, sin embargo, no es esta medida la que sorprende más, sino esta otra: una persona *que se halla en peligro de convertirse en adicta -puede ser legalmente encerrada*. *Y es una enferma*, puesto que los sanos o equilibrados no corren tal peligro. No comento estas medidas desde el punto de vista médico. Incluso están resultando ineficaces. También puede ocurrir que estos u otros acontecimientos o una de esas corrientes subálveas de la historia provoquen la deflación de situaciones tan graves médica y moralmente. *Mucho peor que las brujas*.

Mucho se habla de los sufrimientos y temores que padecieron los hombres en la época de la Inquisición. *No se nos ocurre protestar de la continua inquisición a que está sometido el hombre moderno*. Los «computer» han acabado dominando nuestra vida. La tecnificación excesiva puede llegar a ahogar la vida humana. Es increíble que los que buscan una organización más comunitaria, se olviden de que, en esa búsqueda, pierden su libertad. *Esa libertad por la que dicen luchar*.

El psiquiatra de la comunidad se diferencia de sus colegas tradicionales en que

tiene que organizar servicios para mucha gente con la que no puede tener contacto personal. Ni siquiera conocimiento de su identidad. ¿Cómo puede resultar humana tal relación?

Szasz dice que las brujas medievales y los actuales enfermos mentales son las víctimas propiciatorias de la sociedad, que se purifica así. La comunidad humana necesita ser redimida.

Frazer dice que necesitamos transferir nuestra culpabilidad a otro ser y de esta manera nos purificamos. La destrucción ritual de sus miembros purifica a la sociedad en los pueblos primitivos. ¿Latía el mismo pensamiento en los tiempos de las brujas y la Inquisición que en los tiempos actuales?<sup>28</sup>

Cuando hablamos de nuestra cultura o de la cultura actual nos imponemos una limitación cuya fuerza coercitiva es necesario subrayar desde un punto de vista antropológico. Pueden existir y existen otras culturas —hoy se habla incluso de una contracultura— con indiscutible valor antropológico, culturas que estamos tanto más obligados a conocer y a comprender cuanto más rica sea la nuestra.

El psiquiatra podrá hablar de su anormalidad y el hombre medio que convive con nosotros podrá hablar, a su vez, de cultura primitiva. No se trata de infravalorar la nuestra, que nos ha permitido llegar a la luna. El hombre medio de nuestra época teme más a la bomba atómica que a la cólera del Todopoderoso.

El hombre actual persigue, en su conducta, lo que él llama objetividad. ¿Quién puede negar el valor de la *objetividad* como principio director de los actos humanos y por tanto del hombre mismo? Fuera de objetivo se halla otra región, la intuitiva, que también puede ser evidente para cada uno<sup>29</sup> que se sustraiga al imperativo de lo objetivo. El hombre no puede contar sólo con conocimientos concretos y seguros, sino que necesita para seguir avanzando en la vida, es decir, haciendo historia de la otra cara de la vida humana, aquella que libera de la esclavitud de la gravedad, como decía Schiller. El mundo civilizado se siente sobrecogido por otras fuerzas que no son las mismas del *primitivo*, ni las del hombre que pertenece contemporáneamente a otra área cultural. En realidad esto sucede porque no es que él se sienta sobrecogido como un ser inerme, sino que se sobrecoge por situaciones diversas cuya raíz se halla en el hombre mismo. El uso de las palabras, el lenguaje mismo, trivializa las situaciones. Los ritos son convencionales y llevan consigo el desgaste, la pérdida de su originario poder.

La creencia en las brujas durante los siglos XVI y XVII, en algún modo se hallaba ligada al contexto general de las creencias en los mismos siglos. No se puede con facilidad admitir una afirmación de una capacidad de recepción de ideas y de creencias, sin que el suelo se encuentre preparado, al menos en parte, para aquello que se propaga. Claro es que tal humus credencial venía de siglos anteriores. Pero su desaparición y por consiguiente un lento apagamiento de la hoguera hasta cesar tenía que realizarse poco a poco y a la misma velocidad que fructificaba una nueva manera de pensar. Esto exige siempre una transformación en la propia estructura social. La demonología, por tanto, convivía con los escritores y filósofos que habían iniciado la vuelta atrás. Pero tampoco podía aceptarse que el declinar de la demonología consistiría puramente en dicha vuelta atrás. Se imponía la necesidad de descubrir nuevos horizontes para el pensamiento de aquella época, como en la realidad ocurrió.

Un ejemplo es el de Johan Weyer, discípulo de Agrippa y famoso médico de la época, que nos muestra cabalmente las andaduras de los procesos históricos. Weyer no aceptó la acción demonológica en algunos casos que parecían evidentes, pero no trató

<sup>28</sup> En la ceremonia del Yom Kippur se libera a los judíos de su culpabilidad transfiriéndola a una víctima propiciatoria, que suele ser un macho cabrío al que se envía al desierto.

<sup>29</sup> Vid. capítulo en este libro.

de negar totalmente la presencia de la demonología. Otros callaban, pero la piedra que agitó las aguas estaba echada. Y como éste podríamos agregar otros muchos ejemplos. Los reticentes fueron Descartes, Grotius, Bacon, etc., etc., o por lo menos éstos fueron los más destacados ejemplos.

¿Qué fue lo que rellenó los espacios dejados libres por la creencia en las brujas? Algunos subrayan el papel del neoplatonismo en el Renacimiento. Esta nueva postura intelectual no supuso una renovación completa del firmamento: simplemente sujetó las supuestas evidencias de la demonología en una nueva concepción general del Universo.

Al final del siglo XVII la creencia en las brujas fue remitiendo, no sólo en sus ejemplos, sino también en sus manifestaciones. Podríamos decir que las brujas se dulcificaban y que su acción era menos extravagante. No era así, naturalmente, en todas partes. Pero empleando una expresión moderna podríamos decir que dejó de ser un movimiento de masas. La Ilustración no era compatible con tales creencias. Sólo en lo que podemos llamar actualidad ha habido una reviviscencia contenida en ciertos grupos y situaciones y sin el tipo de autenticidad que ha podido atribuírsele en tiempos anteriores.

No es fácil señalar con certeza la actitud y actitudes que movilizaron este declinar de la creencia en las brujas y brujerías. Cualquiera se siente inclinado a pensar que los protestantes constituyeron las fuerzas decisivas en esta decadencia, pero históricamente no se puede hacer una afirmación tan unilateral. Más exacto resulta señalar aquí y allá ciertas zonas en países protestantes y católicos donde aparecieron las primeras manchas de incredulidad o de resistencia a las creencias en las brujas. Resulta, además, natural, desde el punto de vista psicológico, que el escepticismo fuese anterior a la negación plena.

La creencia en las hazañas de los demonios no se borró del todo y de golpe, sin amenguar antes en formas diversas. Las ideas milenaristas tan características de ciertas épocas de la Edad Media revivieron en ciertos países de Europa. Thomasius, que perteneció al grupo de los pietistas en la Alemania luterana, publicó varios libros contra la crueldad de la brujería, pero no contra la existencia de las brujas, defendiéndose con mucho ardor de la acusación de no creer en el demonio y en las brujas. Pero su negación más acusada la esgrimía contra el pacto entre ambos, demonio por un lado y bruja por otro.

Durante el siglo XIX, los llamados historiadores liberales subrayaron la contraposición entre superstición y razón, entre teología y ciencia, *entre el mundo oscuro de las creencias y la claridad del racionalismo*. Esta distinción, que ha existido muy claramente en la época moderna, no queda sin contestación por el pensamiento actual. Interpretaciones superficiales como la de Hansen dicen que lo irracional de la creencia en las brujas ha sido siempre muy claro a la razón natural y que la prevalencia de la otra tesis era sólo debida a la intolerancia y al fanatismo del clero. Por otra parte, una vez extinguida la herejía de los albigenses, la Inquisición quedó sin tarea y de este modo dirigió sus temidas flechas contra las brujas, como si fueran una forma más de herejía, muy grave además. Esta afirmación, aparentemente frívola, no está desprovista de una cierta lógica. Pero el camino interior de las ideas no es tan sencillo. Ni tan previsible. Tampoco lo son, de igual modo, muchas de las Instituciones.

La antigua contraposición entre razón y superstición no parece certeramente formulada. Las supersticiones no surgen de las religiones y sobre todo no hay que cargárselas a su cuenta, al menos a algunas más llenas de lógica y claridad que otras.

## ESTADOS DE POSESIÓN

Los estados de posesión que nos tocan más de cerca son los que se hallan

referidos en las Escrituras y en el Nuevo Testamento. Es importante distinguirlos de los estados de inspiración o de entusiasmo intenso, de los cuales también la psicología se ha ocupado detenidamente.

Los casos considerados como de posesión constituyen un fenómeno frecuente. La historia de las religiones es abundante en ejemplos. En general, los relatos son más cortos en el Nuevo Testamento, y en muchos de ellos apenas es posible apoyarse para lograr una explicación científica. Sin embargo, existen otros muchos en distintas fuentes y que son citados en los libros dedicados a este tema. Es digno de subrayarse la descripción circunspecta que se encuentra en muchos de los ejemplos y que tiene su explicación en una amnesia posterior al hecho de la posesión misma. Amnesia que es más o menos completa. Una interpretación somera y exacta de los mismos consistiría en aceptar que el ser de la persona se halla invadido por una personalidad nueva, un alma extraña que le gobierna. En algunas descripciones de casos notables, como el de Eschenmaier, se atestigua que los rasgos fisonómicos de la persona se encuentran cambiados o metamorfoseados, es decir, aparecen con una fisonomía distinta. El aspecto realmente importante consiste en la observación de la transformación de la personalidad. En los casos antiguos se hace referencia siempre a la posesión, a los demonios o a los diablos.

La creencia en el diablo disminuye especialmente a partir del siglo XVIII. En otros casos, se trata de posesión por el alma de un muerto. Los primitivos admiten esta posibilidad mucho más fácilmente que los pertenecientes a una cultura superior. La persona extraña habla, pero siempre en primera persona, refiriendo con frecuencia una historia de su vida, como se encuentra en los casos citados por Justine Kerner. Las confesiones suelen tener un tono de gran culpabilidad.

La teología piensa siempre en una escisión de la personalidad', como sostiene Harnack, pero tal desdoblamiento de la conciencia no ocurre en todos los casos, ni se parece a los desdoblamientos de conciencia que se observaban en la psiquiatría.

Existen formas lúcidas de la posesión y otras sonambúlicas. En las formas lúcidas, la persona posea sabe distinguir bien entre dos manifestaciones de su modo de comportarse: como persona normal y como posea. Muy curioso en la literatura es el caso de Standenmaier. La escritura automática, las reiteraciones obsesivas diversas que se manifestaban en sus crisis de posesión, con una gran autonomía, resultaban muy curiosas. Pensaba él mismo que sufría estos estados, dadas las funciones impulsivas de su propio yo, que se desarrollaban de una manera extraordinariamente dominante y por eso sentía como personalidades distintas. Su conciencia no se ensombrecía. Conservaba entera la conciencia de aquello que describía en estado que él llamaba «pasivo» y parecía que la escritura surgiese de un estado poseo por parte de su propio yo. En estos estados se agregaban sensaciones acústicas y las voces adquirieron tal importancia que dejó de escribir y sólo presentaba su oído a las voces que tenían un carácter prevalentemente maligno. A él se dirigían los reproches como si fueran de un ser independiente de él mismo. Es curioso que, después, Standenmaier fue fundiendo sus sentimientos personales con las voces diferentes que se producían en él durante la despersonalización. En la psiquiatría actual, tales estados se consideran de otra manera.

La posesión se produce, pues, como los otros casos de desdoblamiento de la personalidad, que dan la impresión de una escisión interior. En otras ocasiones, ello se complica con este sentimiento de imposición que cristaliza en la posesión.

Un punto importante consiste en diferenciar las posesiones involuntarias de las voluntarias. Me he referido sobre todo a las involuntarias, pero en otras ocasiones, particularmente en las que aparecen en las civilizaciones primitivas, éstas son voluntarias.



La historia de las religiones muestra que, en los pueblos primitivos, la fe en la existencia de los demonios y en la supervivencia de las almas de los difuntos, mantienen un modo de comunicación con los hombres en este mundo. Antes del siglo de las luces, se consideraba que la atmósfera estaba repleta de demonios o poblada de espíritus. De este modo la creencia en ambos se mantenía. Pero aparte de otros muchos sentidos que puede atribuirse a estas creencias, tienen una significación de orden religioso, puesto que la presencia de tales espíritus crea, dentro de uno mismo, el sentimiento de lo «numinoso» y de lo «tremendo» en el sentido en que emplea estas palabras Rudolf Otto.

Podríamos decir que tales estados de posesión en el hombre primitivo operan como una especie de conciencia metafísica o sea una conciencia de *algo más* que no ofrece la vida cotidiana. De este carácter religioso de los estados de posesión nació la práctica de los exorcismos y el cultivo de las ceremonias más o menos tenebrosas. Algunos se preguntan cómo pueden tener lugar tales experiencias, pero no hay que olvidar la vivencia que produce en el alma humana el contacto con lo que acepta como sobrenatural, es decir como venido de un mundo situado en el *más allá*, mundo en el cual se cree. En tiempos apostólicos y en la Edad Media se querían arrojar los espíritus del poseso para que dejasen de atormentarle, *cuando en la mayoría de los casos se trataba de enfermos*. Entre los primitivos se creía que los espíritus hablaban por boca de los posesos. En general, la etnología no ha valorado adecuadamente los fenómenos de posesión de los pueblos primitivos. Sólo en los tiempos modernos se ha llegado a su estudio, sobre todo a partir de estudios muy recientes. Actualmente, los fenómenos de posesión se encuentran en retroceso en todas las civilizaciones, por la misma razón que la creencia en los espíritus pierde su poder sobre los hombres.

En el mundo europeo, el racionalismo ha sido la característica fundamental de la modernidad. También en algunos pueblos primitivos aparece un retroceso, especialmente donde hay misiones cristianas. Y ocurre, no porque dichas misiones sostuvieran tesis racionalistas, sino porque combatían la posibilidad de posesión. El objetivo más claro era dar a los primitivos confianza en Dios y amenguar en lo posible el terror que sentían hacia los demonios. Naturalmente, que este retroceso se ha hecho en mayor o menor intensidad, según la base religiosa propia que tuviese un pueblo primitivo determinado. Es importante subrayar que en la fase posterior hay una mayor resistencia por parte de las civilizaciones primitivas, que están puestas en contacto con la civilización occidental, e incluso una reversión de los occidentales hacia formas religiosas que les son muy ajenas.

También las brujas han sido muy estudiadas por los antropólogos contemporáneos. Kluckhohn señaló desde el comienzo de sus estudios la significación de la creencia en las brujas, afirmando que tal creencia desempeñaba un gran papel social: facilitar el ajuste o adaptación a la sociedad en la cual viven y a la que pertenecen.

¿A qué se debe la necesidad de vivir agrupados en sociedades más o menos grandes? Son muchas las razones que impulsan a este contacto. Una hay fundamental que constituye un rasgo característico del ser humano: la presencia de la angustia y la necesidad de defenderse de ella. Sería un error creer que esa necesidad, si no de anular, al menos de mitigarla, es una necesidad como tantas otras que puede sentir y que siente el hombre. En otras páginas de este libro nos referimos a ella. El «*Malleus maleficarum*», como veremos en el capítulo oportuno, fue un instrumento defensor de la angustia y, por otro lado, creador de ella. Beattie dice que la posesión y la brujería son respuestas estereotípicas ante situaciones de ansiedad. Expone la angustia radical del hombre y su situación de angustia.

La angustia es el radical esencial del hombre, pero, además, existe *la situación*

*de angustia*. La angustia primaria que constituye el radical esencial no es la aludida por Beattie, sino la que aparece en determinadas situaciones. Esta angustia situacional está desencadenada por las variaciones de los acontecimientos de la vida. Kluckhohn, que tan cuidadosamente estudió a los indios Navajos, dice que la brujería ayuda a canalizar las ansiedades provocadas por las diversas tensiones del diario vivir y, especialmente, por las frustraciones que engendra. Desplaza a la ansiedad hacia otros objetivos. Las gentes que quisieran agredir para liberarse de sus hermanos o de sus parientes ya no lo pueden hacer. Necesitan proporcionarse ciertas salidas a su agresividad, porque de lo contrario se convertirían en un pueblo de neuróticos.

Marwick dice que las tensiones tienen que resolverse puesto que arrancan de situaciones conflictivas. No sólo hay en la vida conflictos, sino que su armazón interna es, esencialmente, conflictiva. Buscar soluciones a los conflictos, tanto en los pueblos primitivos como en los civilizados, es tarea fundamental. Conflictos que se resuelvan por acuerdo, por alejamiento, por broma o por conversión. La historia no es más que la exposición de las situaciones de conflicto que la constituyen.

Las brujas han sido ¡en tantas ocasiones! la víctima propiciatoria que ha permitido resolver los conflictos. Muchas tensiones entre dos grupos humanos o entre dos familias o entre dos personas han sido resueltas acusando a una de ellas de brujería. En las situaciones de tensión de origen político era —y todavía es— imprescindible. En las épocas de brujería su acusación liberaba una situación que resultaba un nudo gordiano difícil de cortar.

La cuestión de las brujas no puede discutirse sin soslayar el fondo religioso que subyace. En los pueblos primitivos es patente la irradiación, casi mística, del problema del bien y del mal. La sociedad —y las actuales no se libran de ello— tiene siempre una subestructura moral. En muchas sociedades primitivas, algunas personas no quisieran ser brujas, pero tampoco ofenderlas. Ni quisieran adquirir los poderes de las brujas.

¿No ocurriría algo análogo en los tiempos del «Malleus Maleficarum»? La bruja real se supone que hace daño a los demás y muchas quieren evitarlo. En algunos pueblos primitivos, por ejemplo, en el Meskalin, extendido por las colinas de Nube (Kordofan) casi todas las acusaciones de brujería se dirigen contra hombres que están acusados de la muerte de los hijos de su hermana. Nadel, que es quien ha relatado el hecho, lo asocia con el carácter matrilineal de tal sociedad en la que el jefe entrega a cada uno de sus sobrinos una vaca. Según el modelo de sociedad, las acusaciones de brujería se dirigen contra unos o contra otros. Hay pueblos primitivos en los que se establece una antipatía ritual en la misma familia porque la hermana del jefe, si la sociedad es patrilineal, acusa de brujas a las mujeres de éste.

## CAPITULO IV

### LA CAZA DE BRUJAS EL «MALLEUS MALEFICARUM»

En el período comprendido entre el año 1500 al 1600 se incluyen los años peores de la llamada «caza de brujas». Fueron mucho peor que los inmediatamente anteriores. ¡Y no se diga de los cincuenta que transcurrieron a partir del 1500! Ya eran años en los que en Roma había Papas de cuya grandeza y finura intelectual y artística nos admiramos todavía hoy. Era el momento de la Reforma Protestante y de su expansión, reforma cuyas ideas eran claramente progresistas con respecto a las anteriores. Vivían por entonces Bacon y Grotius, Bérulle y Pascal. Y tantos otros científicos y filósofos y escritores.

Pues bien, estos años fueron de oscuridad para muchos europeos, cuyos países atravesaron por circunstancias terribles, entre otras la llamada «caza de brujas».

Por aquel tiempo que comento se desarrolló una demonología floreciente, cuyo cultivo había comenzado en la Edad Media. Y ocurrió, a pesar de vivir gentes muy santas y sensatas como San Bonifacio, apóstol de Germania. Todas estas buenas gentes habían declarado, repetidamente y de forma explícita, que no era cristiano el creer en brujas, ni en trasgos, ni en la licantropía. Ya hemos dicho que, muchos siglos antes, Carlomagno había decretado pena de muerte para aquel que persiguiese a las supuestas brujas.

Cierto es que los grandes sufrimientos de la peste negra en el siglo XIV y de la Guerra de los Cien Años en Francia, ayudan a comprender la primera explosión de brujería que hubo en Europa. La segunda, a la que nos estamos refiriendo, resulta para mí mucho más difícil de explicar. Incluso la primera ya resulta sorprendente. La explicación de esta reaparición de la brujería en esta época y su gran intensidad durante el Renacimiento y la Reforma no es fácil y ha sido discutida por muchos autores. En el siglo XIII se dice que la sociedad feudal de la Europa cristiana tuvo conflictos con grupos sociales que no pudo asimilar y a los que, desde el principio, consideró herejes. Entre ellos podrían incluirse los «Ostjuden».<sup>30</sup> También se encontraban entre ellos misioneros búlgaros y creyentes de otros lugares distintos, como los que había en la zona de los Pirineos franceses, parte de los cuales fueron más tarde españoles. Otros grupos procedían de la región suiza de Vaud, de algunas ciudades de Lombardía vecinas al Ródano y de algunos valles alpinos.<sup>31</sup> Pues bien, estos grupos tan diversos existían en Europa sin que la sociedad feudal pudiese nunca lograr dominarlos. Esta es la explicación de muchos autores. Porque, en fin de cuentas, a todo este heterogéneo grupo, la sociedad feudal los proclamó abiertamente herejes. O lo que resulta igualmente peligroso: *brujas y endemoniados*.

De aquellas herejías, la más importante fue en el siglo XIII la de los albigenses y su característica fundamental fue siempre el dualismo como un residuo de las ideas gnósticas y maniqueas. Entre los cátaros se produjeron los mismos hechos que se describen en la actualidad en algunas revistas norteamericanas y europeas. Parecen como una reviviscencia de los cultos ancestrales. Estamos en el final de la Edad Media. En las Asambleas secretas, aparece el dualismo Dios-demonio, Bien-mal. Las orgías promiscuas del siglo XIII.

A partir del año 1680 pareció que comenzaba a disolverse y aminorar todo este aluvión que comprendía a católicos y protestantes en la «caza de las brujas». Ya sé que

<sup>30</sup> Sobre el tema de los «Ostjuden» he escrito largamente en «Freud y sus ocultos dioses», Ed. Planeta, 1975.

<sup>31</sup> Obsérvese que siempre ocurren en las alturas y valles cerrados, como decimos en otra parte.

quedaban reductos de resistencia y que no es fácil una explicación convincente. Ya el siglo XVIII se había convertido en el «siglo de las luces». Parecía que se había emancipado del mundo de la superstición y que lo que ahora campeaba era el espíritu científico. Eso se decía por entonces. Para descargarse de culpabilidad, alegaban que la brujería era un legado de la antigüedad greco-romana, conservado de un modo artificial y que estaba pronto a desaparecer.

*Pero no desapareció.* Y ninguno de los autores que tal cosa afirmaban en la época logró una explicación satisfactoria del fenómeno.

Es cierto que la Edad Media y las épocas anteriores a la misma fueron menos científicas y racionales que el siglo XVIII, pero *tal diferencia la apreciamos desde nuestra perspectiva actual.* Lo que resulta más difícil de explicar es la supervivencia de tan viejos ritos y creencias. Ni siquiera teniendo en cuenta que fueron siglos castigados por el destino. Hansen ha señalado, en cambio, que la explosión de la brujería, con su consiguiente «caza», fue anterior al Renacimiento, si bien continuó y se agravó en los siglos XVI, XVII y XVIII.

El conocido escritor norteamericano H. C. Lea trató de hallar la explicación en el hecho de que los hombres de entonces quisieron *asumir el control sobre las fuerzas espirituales* y no sólo el de las fuerzas materiales como se venía haciendo. Pero su desesperanza se quebró por la aparición de las citadas epidemias y guerras. Más tarde se pensó que todo aquello fue una ensoñación de cerebros fatigados.

La historia de la Inquisición durante la Edad Media mostró un aumento gradual de las herejías. Dice H. C. Lea que en España el Santo Tribunal mostró un buen sentido, en contra de tantas afirmaciones como se han hecho sobre la calidad del español, cruel e inquisidor. Siempre según este autor, el Tribunal fue mucho menos cruel en sus manifestaciones que en el resto de Europa. Y sin embargo, todavía hoy, se viene afirmando lo contrario. A la palabra «España» se agrega indefectiblemente el adjetivo de cruel, inquisitorial, mísera y atrasada, como continuación de la leyenda negra.

Parece que posteriormente hubo una cierta decadencia de las brujas y se atribuye a la época de la Ilustración, coincidente con un incremento del espíritu liberal. Pero no fue suficiente. En otra parte hablamos de los convulsionarios de San Medardo que son del siglo XVIII, pero otros fenómenos siguen en el siglo XIX.<sup>32</sup> Y en el año 1890 se fundó una nueva secta llamada «Protocolos de los Sabios de Sión» en Francia, con un tinte más esotérico.

Muchos liberales se mostraron encantados con su información, aunque algunos intelectuales de la época atribuyeron ese renacer a una gigantesca mitología del antisemitismo, encerrada en tales protocolos.

Ante este singular espectáculo, tanto como el recrudescimiento de las brujas en la Edad Moderna —Edad que surgía llena de esperanza— la pregunta que uno se hace es la siguiente: *¿Cómo pudo apagarse este gran fuego?* O más bien, ¿por qué no pudo apagarse completamente?

Trevor-Roper señala el gran freno de los filósofos dedicados a la ciencia natural, a la filosofía secular, etc., tales como Bacon y otros citados más arriba. *Lo cierto es que nunca expresaron su opinión como contraria a la brujería.* Pero tampoco el citado autor tiene el convencimiento de que la nueva forma de «racionalismo» que empezaba a dominar en Europa, gracias a los avances científicos, fuese capaz de extirpar, por sí sola, la antigua cosmología que servía de base a la creencia en las brujas.

Lea echa en cara a los pertenecientes a esta nueva ola de sabios su falta de fe y, sobre todo, de una fe viva en lo que hacían. En cambio, los adversarios —léase herejes

<sup>32</sup> Recuerden los «Reviváis» de Norteamérica. Los ladridos, convulsiones y danzas recordaban los que se hacían sesenta años antes ante la tumba del diácono París. En Irlanda todavía hubo «Reviváis» en 1868.

y brujas— mantenían una extraordinaria fe en sus creencias y en sus poderes. Parece, sin embargo, más posible que el primer rival auténtico del Renacimiento fue el platonismo con su creencia en la magia natural. Esta fe llenó el universo de demonios, pero al mismo tiempo *los sujetó a lo humano de la naturaleza*, a la cual servía y cuyas leyes sostenía.

Más tarde, los neo-platónicos de Cambridge fueron los últimos defensores intelectuales de la creencia en las brujas. Pero en otros siguió adelante este proceso de magia purificadora, como podría afirmarse al hablar de Bacon. O del desconocimiento de las leyes de la naturaleza con valor universal, como lo hizo Descartes. *Ya no se necesitaba para nada la acción de los demonios.*

Cartesianos eran Gustav Rosenhane y el físico Urban Hiarme, que reforzaron la «caza de las brujas» en Suecia (1668-77). En Holanda, Bekker desempeñó un papel semejante. La victoria final consistió en la liberación en la interpretación de la naturaleza del «fundamentalismo bíblico», en el que los intelectuales de la época estaban aprisionados. Y esto fue obra de los *deístas* ingleses y de los *pietistas* alemanes, herederos de los protestantes del siglo XVII y fuertemente enlazados con los ilustrados de Francia del siglo XVIII. Según ellos, la situación de la naturaleza, entre el Dios de los hebreos y los demonios del medioevo, fue remplazada por un despotismo benevolente de una deidad moderna y científica.

Por aquellos años en que se implantó la *caza de brujas* en Europa, especialmente de los siglos XV al XVII, la bruja se definía como una persona que ha pactado un acuerdo con el demonio, que debe acudir a todos los aquelarres («sabbat») para adorarlo y para profanar el ritual cristiano, para alimentarse con cuerpos de niños y, por otra parte, para poseer impunidad en sus obscenas orgías.

Las brujas estaban seguras de poder producir en los demás cualquier clase de infortunio que imaginasen y que descargaban sobre los que no pertenecían al aquelarre, ni estaban en contacto con él. Pronto cambió en Europa el objetivo. De las gentes que no pertenecían al aquelarre se mostraron mucho más activos como hombres de leyes los que tenían que ver con la Iglesia. Entonces, prácticamente, todos los magistrados pertenecían a ella. Estudiaron ahincadamente para averiguar dónde estaba la raíz de *la herejía en la que caía tanta gente como se creía embrujada*. Brujería fue sinónimo de herejía. O sea, que la finalidad principal de aquellos estudios consistía en *descubrir las brujas*, mucho más que *en descubrir su poder* o dónde estaba el origen del poder que detentaban.

El siglo XV se caracterizó por sus largas disquisiciones sobre las creencias tradicionales, su amor por la sistematización y su interés por señalar qué es lo que realmente estaba permitido para un cristiano. Esta limitación tenía, como contrapartida, que obligaba a cultivar una seudociencia: *la demonología*.

Las brujas, se decía, no se hunden en el agua porque son elementos impuros.<sup>33</sup> Lo mismo ocurre en el sacramento del bautismo. Por eso el agua las rechaza y las mantiene flotando. Las brujas tenían señales en su cuerpo, que el demonio había impreso y tatuado cuando recibían la impronta de su alianza con él. Las brujas tenían numerosos pezones y en distintas partes del cuerpo, distintas y de las más extrañas. Por allí podían amamantarse sus familiares (?). El demonio es el que les concedía el poder y éste era todavía mayor cuando rechazaban la confesión, incluso bajo tortura.

Los escritores europeos de la época se interesaban poco por averiguar cuál era la razón para sentirse obligados a perseguir a las brujas en determinados lugares y en determinados momentos. El conocido escritor norteamericano Lea dice que nadie puede adscribir daños producidos a una bruja, a no ser que la Iglesia no estuviera siempre

<sup>33</sup> Una de las pruebas para detectar una bruja era echarla al agua.

repetiendo lo mismo. De tal manera se elevaba el pacto con el demonio a cierta categoría, cuando no era más que un cuento de hadas. El citado autor refiere, como ilustración de su pensamiento, los poderes milagrosos de la Virgen, que logra que el demonio devuelva el honor y las riquezas en la vida a una persona, y sólo porque se arrepintió y oró ante la Virgen para que le liberase del demonio. La Virgen le salvó tomando el documento que había firmado y devolviéndoselo al arrepentido pecador. Esta información, que más bien es una leyenda, se ha repetido varias veces en la historia. Una forma de ella es la propia leyenda de Fausto.

Una especialista en egiptología, Margaret Murray, sostuvo la idea de que la brujería era una forma de religión pre-cristiana. La tesis la puso en relación con lo confesado por algunas brujas del condado de Berwick, que habían sido acusadas de conspirar contra el rey Jacobo VI, o sea contra Jacobo I de Inglaterra. En su interpretación decían que el culto de las brujas era la forma religiosa pre-cristiana de Inglaterra y del continente europeo. Por eso había tantas gentes que mantenían su fe a pesar de la tortura, como los mártires cristianos lo hicieron en otras circunstancias. El culto tenía un ritual muy solemne. Los autores refieren la aparición del demonio como anormal. O la aparición del sacerdote llevando puesta la máscara de un animal de los considerados demoníacos o amigos del demonio.<sup>34</sup> Ellos no usaban la palabra «sabbat», que viene de la expresión francesa «s'èbattre» y que alude a la alegría.<sup>35</sup> En estos grupos los ingleses hablaban del «convent» que quiere decir «congregación», o «asamblea». Se reunían unas cuantas brujas para producir, por medios físicos, los resultados propuestos, tales como la destrucción de una cosecha y hasta en una ocasión dicen que malbarataron una partida de bridge. Después del festejo, las brujas besaban al demonio, pero sobre ello ha habido opiniones tan diversas que actualmente no queda ninguna que sea segura. El demonio era una figura enmascarada o un animal. Cuando era esto último lo besaban debajo del rabo. Cuando era un hombre enmascarado de animal le besaban «in ano». La misma Margaret Murray insiste en hechos religiosos que reforzaban tales argumentos.

Realmente las comunidades religiosas, cuyo ritual no acabó por regular la conducta entre los hombres, ni en darle forma social, son aquellas en las que se daba menor importancia a las brujas. El error estribaba, precisamente, en pensar que las brujas estaban fijamente adheridas a la religión. O como si la religión no existiese para ellas. En el resto del mundo, las brujas, por definición, rechazaban el orden moral y el signo de tal rechazo era el asesinato de un niño, para organizar con su cuerpecito un banquete. Cuanto mayor es la creencia que el mundo adquiere, mayor es también la necesidad para la bruja de seguir una idea contraria. Quizás algunos vean una contradicción en estas palabras, pero los hechos demuestran su veracidad.

En el tratado de «Malleus maleficarum» (martillo de las brujas), del que tratamos en otra parte de este libro, están descritas las verdaderas asociaciones y finalidades de la brujería. Aparece por bandas, como las juveniles de la actualidad. No tenía nada de particular este tipo de asociación en la Europa de aquellos tiempos.

A principios del siglo XIX parecía haber disminuido el gran problema de los endemoniados, brujas y posesos. Se habían apagado los últimos ecos de los famosos convulsionarios de San Medardo, que habían mantenido en vilo a París durante buena parte del siglo anterior.

En la Universidad de Oxford, en el año 1928, algunos de los estudiantes asistentes a la misma fundaron un grupo de brujas. Sólo se leyó un pequeño discurso por Lady Margaret Hall (en la actualidad es una personalidad política muy distinguida). La habitación estaba decorada con murales de colores muy vivos y sin que en ellos faltasen

<sup>34</sup> Véase capítulo correspondiente a los animales diabólicos.

<sup>35</sup> El verbo francés significa «agitarse felizmente» con un matiz erótico.

las notas de obscenidad. En las reuniones que siguieron asistieron gentes muy distinguidas también y muy conocidas como Montague, Schomer, etc., etc. Poco tiempo después, por la intervención de un sacerdote de Oxford, el grupo se disolvió. Realmente no fue más que un grupo «snob» y prefabricado seguramente. Como éste empezaron varios intentos de culto a las brujas en Inglaterra. En formas diversas y con distintos apellidos, los grupos han llegado hasta nuestros días. Puede decirse que en Inglaterra es donde hay en la actualidad un verdadero «boom» de brujas y posesos. Uno de los primeros grupos se llamaba la «creencia diabólico-ortodoxa», el cual recogía fragmentos del folklore. Otros recibieron el nombre de «Grupos ortodoxos católicos».

En el estudio de la historia de la locura, Foucault plantea las relaciones del hombre con «lo imaginario». Donde falla es en pensar que lo imaginario haya sido siempre considerado como patológico.<sup>36</sup> Por otra parte falla el no distinguir entre lo imaginario patológico y lo imaginario real. La vida psíquica está sometida a los influjos del medio cultural o del medio social en el cual crece. Pero no sólo es eso, sino *que también crea influjos*. Lo imaginario patológico, la enfermedad mental en sí suponen *una pérdida de libertad*. Hay muchas maneras de entender la libertad. Lo cierto es que se halla ligada al problema de la existencia humana, tal como el hombre existe. Es decir, *ligado a la corporalidad*<sup>37</sup> Por tanto la existencia de la corporalidad es ya la primera pérdida de libertad.

Benjamín Rush decía no haber nunca encontrado entre los indios un solo caso de demencia. Sólo algunos melancólicos y maníacos. Humboldt también afirmaba no haber oído hablar de un solo «alienado» entre los indios salvajes de América meridional.

La enfermedad mental resultaría, según tales aseveraciones, de la represión que el medio ejerce sobre la naturaleza animal del hombre. El «beau sauvage» sería una especie de ser angélico, indemne a la locura.

Desde ahí, la «nave de los locos» del Bosco ha seguido navegando y, tras recodos y vericuetos diversos, parece haber llegado a los tiempos actuales y echado el ancla con una conclusión: *subrayar la analogía entre las enfermedades somáticas y las psíquicas*. El mismo Kraepelin en su excursión a la isla de Java trataba de demostrar el poder patógeno de la sociedad moderna con respecto al tema de la «sifilización» y «civilización».

La persecución o «caza de brujas» tuvo raíces psicológicas diversas. La mayoría de las perseguidas no eran brujas sino inocentes víctimas de un señor feudal o pobres remedos de una bruja. Los poderes de la Iglesia y del Estado en los diversos países donde se dio este hecho histórico se sintieron amenazados y se lanzaron, indiscriminadamente, sobre estas pobres gentes.

Las confesiones eran, por lo menos, fantásticas. Una supuesta bruja se declaraba culpable, refiriendo sus fantasías sexuales o de viajes y con tal confesión se sentían al mismo tiempo gratificadas, cuando públicamente lo declaraban ante el Tribunal de la Inquisición. No es necesario insistir en el gran poder sugestivo de la atmósfera que las envolvía. En muchos casos la tortura lograba la confesión de lo que se quería que confesasen...

Por entonces, se distinguía en Inglaterra entre la bruja buena y la mala, como decía al principio de estas páginas. La bondad o maldad se refería a las tareas curativas. En 1563 se abandonó en Escocia esta distinción. Calvino había dictado el castigo hasta la muerte para todas las brujas, buenas y malas.

Thomas Szasz dice que las brujas eran como testaferreros. Víctimas propiciatorias ofrecidas por una sociedad impregnada de los símbolos y los valores de la teología

<sup>36</sup> Foucault no es médico.

<sup>37</sup> Vid. «El cuerpo y la corporalidad», *op. cit.*

cristiana. De acuerdo con esta teoría de la brujería, su persecución era una expresión de la búsqueda del hombre en pos de una explicación que trataba de dominar tanto los conflictos sociales, como las enfermedades corporales. O sea, algo parecido al problema de los «nazis» en el mundo contemporáneo o a la persecución antisemita en ciertos países durante los siglos XIX y XX. Tiempos de inseguridad económica y emocional, temor metafísico ante el problema de la salvación del alma, denuncia del enemigo como aliado del demonio, crueldad en el combate puesto que la guerra está permitida, la propia salvación del enemigo, el expolio del enemigo, etc., etc.

Leschnitzer dice que durante la Edad Media se culpó a los judíos de las plagas y en el mundo contemporáneo se les culpa de la falta de empleo y de la crisis económica. Cualquier clase de infortunio se atribuye a la locura. Así como la teoría psiquiátrica refiere la creencia en las brujas y su persecución, fomentada por la creencia de que la locura anida en las brujas, la teoría de la «víctima propiciatoria» o «cabeza de turco» echa la culpa a las condiciones específicas de la sociedad en la que anidan tales creencias y prácticas.

Esta teoría resulta insuficiente. Basta leer el «Malleus maleficarum» para comprenderlo. La huida de esa culpabilidad de la que habla Szasz trasladando la misma de objeto, no es más que un modo de manifestarse algo más profundo: *la angustia del ser humano en su peregrinación por la tierra*.<sup>38</sup> El «Malleus» es un tratado sobre la angustia al modo de la época. Descarga la culpa sobre alguien. Es un modo de anular el peligro. Su radical primero se halla en la propia estructura del ser humano imperfecto y libre al mismo tiempo. La época histórica en la que los relatos de brujería abundaron más, fueron épocas de angustia. Leyendo el «Malleus» se ve cómo no se buscaba más que la remisión de algo *que no remite para cada uno más que con la muerte*. La angustia le hace sentirse culpable por lo que no ha hecho. Es la culpabilidad existencial la que le atenaza. En épocas históricas más agobiantes, como lo fue esta a la que nos estamos refiriendo, la angustia planea sobre las masas humanas, y, sobre todo, busca un soporte existencial en la creencia.

La angustia difusa inconcreta tiene que buscar una salida, aun sabiendo que es falsa o por lo menos insuficiente. Dice el mismo Szasz que en España hubo una selección persecutoria contra los judíos, llevada a cabo por la Inquisición. La existencia de un grupo constituido por judíos, judaizantes y conversos provocó la descarga que atraían como víctimas propiciatorias. Fuera de estas oportunidades, la Inquisición española —siempre según este autor— no alentaba la persecución de las brujas. Alonso Salazar de Frías en 1610 investigó personalmente una epidemia de brujería en Logroño y llegó a la conclusión de que tal hecho fue determinado o provocado por los mismos inquisidores en su búsqueda de brujas. La mayoría de los acusados eran víctimas de la misma situación.

---

<sup>38</sup> Vid. capítulo sobre el «Malleus maleficarum» en este libro.



## CAPITULO V

### «EL MARTILLO DE LAS BRUJAS»

... «que ese individuo (el incestuoso) sea entregado a Satán para perdición de su carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor.»  
(1 Cor. 5,5)

### TIEMPOS ACIAGOS

Aquellos fueron tiempos de desintegración: Me refiero al tránsito de la Edad Media al Renacimiento y a la Edad Moderna. Los ritos de la confesión y de la comunión se degradaron. Los penitentes rechazaban la confesión integral. Los sacrilegios en la misa eran frecuentes, así como la confesión sacrílega y la comunión debajo de la lengua. La caricatura sacrílega de los rituales del bautismo y de la profesión de fe eran como el pan nuestro de cada día. Y como alentando el nacimiento de una contra-Iglesia se comía carne los viernes, no se ayunaba el día requerido, etc., etc. El culto marial era rechazado y se ponía en duda la maternidad virginal de María. Las gentes se reían de las procesiones tradicionales contra las epidemias. No se tenía confianza en los exorcismos, ni en las bendiciones, ni en las reliquias. Curanderos y curanderas pululaban por todas partes. La marea de ceno de la superstición avanzaba, amenazando con anegar e inundar las creencias de aquellas gentes y de aquellos pueblos.

En la transición del siglo XV al XVI (1471-1528), Alberto Durero pinta la «Melancholia». La «Ciudad de Dios» de San Agustín, tras una agitada Edad Media, ya no tenía el mismo significado que cuando se dio a conocer. La ciudad ideal, el territorio sacro, había traspuesto los límites de su valor arquetípico defendido por escasas fronteras intelectuales. Se empieza a manifestar claramente el giro histórico que había comenzado mucho tiempo antes.

La primera edición del «Martillo de las brujas» se imprimió en Estrasburgo y en casa del editor Jean Prüss, año 1486-1487. Tengo ante mis ojos una edición de 1496 editada por Antonio Koberger en Nüremberg. Desde 1486 a 1496 se hicieron ocho ediciones, lo que descubre la importancia que se dio a este libro, a pesar de que en estas primeras ediciones se limitaran a tirar 500 ejemplares y algunas llegaron a 1000.

Sus autores fueron Jaime Sprenger y Henry Institoris, aunque probablemente no tuvo más que un solo redactor. Sprenger tenía en aquel año de la publicación alrededor de 50 años. El capítulo general de la Orden Dominicana le nombró comentarista de las sentencias de Pedro Lombardo en el Estudio de Colonia. Después siguió sus estudios teológicos y obtuvo su licenciatura en 1471 y su doctorado al año siguiente. Se inició en la práctica inquisitorial en 1479, en el valle del Rin. Sus poderes inquisitoriales se extendieron a Maguncia, Treves y Colonia y más tarde a Salzburgo y Bremen.

Enrique Institoris (Henri o Henry), nacido en 1430 en Selbstadt, entró también en la orden dominicana. Lector en teología, estuvo en prisión en 1473 y suspendido de órdenes en 1474 por el Maestro General. El motivo fue una predicación en la cual se permitió dudar del Emperador. En 1474 fue nombrado inquisidor en Germania con el privilegio de elegir su residencia. Estuvo en Bohemia y en Roma, de donde regresó en 1479 con el grado de doctor en teología. La bula «Summis desiderante» de Inocencio VIII lanzó la campaña contra las brujas. De los dos autores, Institoris fue siempre muy

vigorosamente agresivo, mientras que Sprenger fue más comedido, inclinándose los comentaristas posteriores del famoso «*Malleus maleficarum*» a considerar al primero como el más importante en su ejecución. De todos modos Sprenger abogó públicamente por los méritos de Institoris en la confección del libro. La citada Bula tuvo como ejes de difusión las aguas del Rin y sus riberas. Institoris recorrió las regiones montañosas, los valles en donde se hallaban establecidos los valdenses, las zonas de Innsbruck, Salzburgo y otras de Austria.

El «*Malleus maleficarum*» fue como la cristalización del estado de ánimo dominante durante la época en que apareció y que estuvo caracterizado por la angustia. Actualmente se hace necesario distinguir entre dos clases de angustia, sobre cuya diferenciación me he extendido en otras publicaciones. Basta ahora con que deje consignado que la angustia de los enfermos diagnosticados de «neurosis angustiosa» o la de los neuróticos en general, es cualitativa y genéticamente distinta de la angustia del hombre normal. La primera es de carácter *vital y no reactiva* como habitualmente se considera en muchos libros de psiquiatría. Es decir, la primera se nos muestra con un tinte especial y no se debe a ninguna causa o motivo externo, sino que *se genera endógenamente*, como la melancolía por ejemplo. Fuera de este círculo existe la angustia del hombre normal. Aquí nos vamos a referir a esta última que es la que corresponde a un modo peculiar de reaccionar el ser humano ante acontecimientos externos. Es una angustia fundamental y como las demás emociones y disturbios del ánimo constituye una manera de reaccionar del ser. En uno y otro caso, describirlas como una emoción es recortarlas, reducirlas en su significación. El ser humano se distingue, entre otras cosas, por su capacidad permanente de angustiarse, porque su propia entraña es la angustia.

La angustia a lo largo de la historia se presenta con oscilaciones netas y visibles. La angustia diseminada durante la época en que se publicó el «*Malleus maleficarum*» fue una forma de angustia colectiva.

Las epidemias de angustia reverdecen en tiempos de maniqueísmo. Un ejemplo anterior a la angustia a que me estoy refiriendo fue la de los albigenses y los valdenses que coincidió en España con Jaime I el Conquistador. Examinemos más detenidamente este punto de vista porque nos servirá de base para explicarnos la psicología del «*Malleus*». Anteriormente a su época, en España hubo varias sectas heterodoxas. Prisciliano, como tantos otros herejes, aspiraba a una ciencia perfecta, como debía de ser la gnosis, que tanta importancia ha tenido en la génesis de varias heterodoxias. El anclaje de Prisciliano en la gnosis es evidente. De todo lo que se integra en el pensamiento gnóstico, como hemos visto en el capítulo correspondiente, hemos de destacar la actitud ante el bien y el mal. En toda actitud humana se halla implícito como problema, la coexistencia de estos dos principios. Los gnósticos son dualistas. El mal procede de un principio o raíz distinto del bien. Decía en otra parte que el mismo pensamiento griego solía resolver el problema apelando al *sincretismo*. Sin entrar ahora en mayores problemas, lo cierto es que la gnosis conduce de la mano hacia el dualismo al pensamiento humano. Traducido a la religión constituye el maniqueísmo, que es un modo de pensar fundamentalmente distinto del cristiano.

Al hombre capaz de una mínima reflexión se le torna problemático el hecho mismo de vivir, en cuanto posee un núcleo interior que le define frente al mundo que le rodea. Las vicisitudes del mundo exterior le influyen de una manera o de otra, según su propio estado de ánimo. Cada minuto le obliga a tomar una decisión. La mayoría de ellas se toman de un modo automático y cuando ya se han resuelto otras, con una u otra decisión. El niño va adquiriendo madurez a medida que siente y reconoce un centro autónomo de decisiones frente al mundo externo.

*Mantener la unidad de la persona* a pesar de las contradicciones del mundo y de las que existen en el interior del propio ser es tarea difícil sobre la que apenas se reflexiona. Es una servidumbre a la que nos somete la vida misma. La división de las cosas y hechos del mundo en buenas y malas es tranquilizadora porque tal actitud es aparentemente omnicomprendiva y racional, olvidándose de la angustia. *La angustia se origina a su vez y mantiene la unidad de la persona.* La división en bueno y malo limpia, al parecer, la vida de sufrimientos. Pero esa dualidad es insuficiente. En el fondo, el hombre tiene que vivir como un solo ser. No hay dehiscencia ni ruptura del núcleo central de la persona humana. Por eso la dualidad del mal y del bien se halla en el mismo núcleo de la existencia gnóstica. De ahí que *todo dualismo credencial no sea humano.* Y por lo mismo es creador de angustia.

Existen épocas en la historia en las que se percibe de un modo más claro esta exigencia de la unidad interior, a pesar de sus dualidades internas. La dualidad que separa lo bueno por un lado y lo malo por otro parece tranquilizar. Se trata de una falsa tranquilidad. Es una disociación cómoda que se da en la patología mental. Bleuler creyó que así sucedía y llamó «esquizofrenia» a ciertos tipos de enfermedad mental. Si cito aquí a la esquizofrenia no es porque intente calificar de esquizofrénicos a ciertos tipos de heresiarcas... Aunque los hay.

## EL INQUISIDOR Y LA BRUJA

Danet, redentorista francés, examina muy agudamente las respectivas posiciones dialécticas del Inquisidor y de la bruja. El Inquisidor no se apoya en una cultura racional frente a la irracional de la bruja. No se sitúa solamente en la condición de experto, sino también en la del funcionario de la justicia pública. No busca la verdad de la realidad que se debate, sino que su tarea consiste en *lograr que se diga la verdad que él ya conoce.* Se trata de un complejo de superioridad cultural. El Inquisidor no duda de su inteligencia ni de la verdad de su fe romana. No hay error posible, ni ahora ni después, porque Dios no lo permitiría.

A más de un lector de este comentario se le ocurrirá poner en tela de juicio tales afirmaciones. El Inquisidor se encontraría ante un gran problema a decidir, no entre la razón y la sinrazón que diría Don Quijote, sino entre dos sinrazones. La sinrazón de la bruja parece clara mirándola con ojos del Inquisidor de la época. Pero ¿es que en la postura del Inquisidor no hay también sinrazones, es decir, elementos culturales irracionales? Parte el Inquisidor de unas creencias religiosas que están llenas de irracionalidad, a pesar del empeño que tuvo la escolástica en hacer de la creencia un almacén soleado, claro e indudable, lleno de racionalidades. Uso la palabra «racional» e «irracional» en el sentido actual de las mismas.

Asistí una vez, hace ya años, a un simposio sobre estos temas en las cercanías de Francfort. Estaba organizado y presidido por Zult, profesor de psiquiatría de Francfort. Se analizaba y discutía el tema de la posesión. Un grupo de intelectuales de gran calado, pertenecientes a distintas religiones, asistía a él. Preguntaba uno de ellos, Zwingmann, si podían encontrarse conversiones auténticas en las cuales un estado de posesión hubiese producido un auténtico cambio duradero de la personalidad. Otro asistente al coloquio, el profesor Benz, decía que para juzgar hechos pasados de esta clase debemos remitirnos a los documentos de la época.

Las vivencias de cada uno dependen de la educación espiritual y del medio en el cual se vive. La credibilidad de los documentos se basa en su pertenencia a la ejemplaridad de un determinado modelo o arquetipo. La crítica histórica ha tomado cuerpo en el siglo XIX. Como historiador tenía que contradecir a los que negaban las auténticas conversiones, en un sentido o en otro. Otro interlocutor, Hofmann, dijo que la

exactitud científica de la crítica filológico-histórica actual es tan considerable como pueden serlo los métodos de las ciencias naturales. Por ejemplo, la vivencia de Pablo en el camino de Damasco es tan cierta que se acepta en religiones que no son la cristiana. Citó el ejemplo de un santo indio que fue visitado por muchos europeos en su tiempo (1879-1950). En su juventud había sido un muchacho normal. Por entonces tuvo una especie de «muerte mística», permaneciendo durante algún tiempo como en estado cadavérico. Cuando volvió en sí, inició una nueva vida dedicada completamente al Espíritu divino que se adentró en él mientras estuvo como muerto.

La brujería, según el «*Malleus maleficarum*» provoca una pasión carnal insaciable en ciertas mujeres. Como dice el Libro de los Proverbios hay tres apetitos insaciables y cuatro de los cuales nunca se dice «basta»: el sheol, el seno estéril, la tierra que el agua nunca puede saciar y el fuego que nunca arde bastante. De la misma manera la bruja juega locamente con los demonios.

Otro punto: las que preferentemente se entregan a la superstición y a los maleficios... Tres vicios principales parecen reunirse en las malas mujeres: *la infidelidad, la ambición y la lujuria*. Aquéllas se entregan más a los maleficios y éstas más a los vicios carnales. Las ambiciosas son las más emponzoñadas porque son las más ardientes para satisfacer su pasión depravada. Así ocurre en las adúlteras, las fornicadoras y las concubinas de los grandes personajes, en las que muchas veces anida el instinto de poder.

La Inquisición actuó en buena parte de Europa, y las actividades y conocimientos de los autores del «*Malleus Maleficarum*» se limitaban a ella. Henry Institoris conocía especialmente Roma, Lombardía con Milán, el Adigio y las tierras en torno al lago Como. Se acercó también a las regiones de Insbruck, Salzburgo y, en general, por toda Austria, llegando hasta Bohemia y Venecia. Hay algunas ciudades de las que es forzoso destacar la importancia alcanzada por la actividad de la Inquisición, tales como Estrasburgo, Constanza, Ausburgo, Ratisbona, Espira, Basilea, Maguncia y Worms.

Sprenger se sintió siempre muy preocupado por la permanencia y futuro del Imperio Germánico cuando ya los últimos Emperadores habían dado signos de impotencia y el sueño medieval del Santo Imperio se sabía desvanecido.

En Aquisgrán se coronó emperador Maximiliano I de Habsburgo, en 1486, siendo al mismo tiempo Archiduque de Austria. En él parecían reunirse todas las naciones europeas. Pues bien, ya en 1484 se había vuelto a lanzar la Inquisición en el Imperio alemán por la bula «*Summis desiderante*». Entre las instituciones que reforzaron la consideración y el poder de la Inquisición se cuenta la Universidad de Colonia, ciudad que se llamaba la «Roma alemana», desde el año 1475, cuando dicha Universidad recibió del Papa Sixto IV un privilegio autorizándole a la censura de libros.

La imagen del fuego, dice Danet, se impone como un fuego exterminador de las brujas. La condenación al fuego no se pronuncia nunca en día de fiesta, ni en una iglesia. Cuando se pronunció la sentencia contra un criminal devorador de niños, pero fiel compañero de Juana de Arco (Gilles de Rais), el Inquisidor Malestroit se levantó para cubrir la cara de Jesucristo con su propio manto. El fuego se consideraba, sobre todo, por su valor de purificación y la mística apostólica recordaba que San Pablo había dicho: «que ese individuo (el incestuoso) sea entregado a Satán para perdición de su carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor» (1 Cor. 5,5). Se trata en estas afirmaciones de interpretaciones de algunos autores ante tal suplicio. En otras partes, como en Inglaterra, los herejes eran decapitados.

La persecución de los herejes se considera hoy día como signo de «intolerancia social». Inocencio III persiguió a los husitas de Bohemia y a los valdenses de los Alpes.

Inocencio VIII, un Papa a quien se tiene por humanista, publicó una bula contra la brujería en Alemania y lanzó a los dominicos germanos contra la misma. Sixto IV aprobó la nueva Inquisición en España. La Inquisición no se ocupaba de los «no creyentes». Judíos y moros se vieron libres de su persecución. La herejía entre los judíos y los moros sólo preocupaba *si eran conversos*. Los dominicos, como siempre desde su fundación, cuando la herejía albigense fueron los encargados de tal misión inquisitoria. En Alemania, durante la «peste negra» los judíos fueron acusados de difundirla y castigados con el fuego. Sólo el franciscano San Bernardino de Siena alzó la voz contra los que corrían el riesgo de cometer injusticias.

Algunos médicos como Antonio Ferrari —llamado Galata—, Girolamo Cardano, Samuel de Cassini y el famoso Agrippa de Nettestiene sostuvieron que los poderes atribuidos a las brujas no eran sino pura ilusión. Para la medicina eran simples alucinaciones de la melancolía. Las brujas debían ser tratadas por los médicos con los recursos que entonces se usaban, como el eléboro que servía para curar la locura.

Peter Abano, que enseñaba en la Universidad de Padua, afirmó todavía en plena Edad Media la falsedad de la brujería. Gracias a él la Universidad de Padua se convirtió en el lugar más importante para la lucha contra esa nueva mitología.

Erasmo fue durante mucho tiempo el prototipo de los llamados intelectuales. Su actitud ante el problema de la brujería no resultaba clara aunque una suave brisa irónica soplabla sobre sus escritos y parecía declarar su escepticismo sobre la brujería.

El Archiduque Segismundo de Austria quiso extirpar la nueva doctrina de la brujería de sus tierras tirolesas. Ulrich Müller —Molitor— escribió un libro en el que, admitiendo la existencia de las brujas sometidas a la potestad del demonio, decía que no poseían sin embargo los poderes que se les atribuían.

La revolución científica de los siglos XVI y XVII debía más al platonismo del Renacimiento que al misticismo hermético. Paracelso, Finio y Giordano Bruno fueron otros combatientes en este mismo frente de batalla. La verdad es que durante la primera mitad del siglo XVI hubo una cierta calma, excepto en las regiones alpinas y pirenaicas y algún que otro relámpago de actividad en Germania.

Las denuncias históricas de tantas gentes que no aceptaban la creencia en las brujas, sostenidas por su propio sentido común y apoyadas por el escepticismo de la ciencia tal y como se enseñaba en Padua, unidas al escepticismo de la metafísica platónica, nunca cejaron en la lucha, a pesar de lo que afirmaban nuevas fuerzas intelectuales que decían creer en la brujería.

El esquema de la brujería en los pueblos primitivos actuales nos muestra un esquema de lo que debió existir en Europa entre el pueblo, los Estados y la Iglesia.

Se atribuyó a un Concilio celebrado en Ancyra en el año 314 un canon que dice: «Hay que añadir que ciertas mujeres criminales convertidas a Satán, seducidas por las ilusiones y fantasmas del demonio, creen y profesan que durante la noche se encuentran con Diana, diosa de los paganos.» En la Bula se describen los siete métodos para que se contagien mágicamente el acto venéreo y el feto concebido, arrastrando a los hombres a un amor desordenado e inhibiendo la potencia creadora y engendradora o escamoteándole el miembro en el acto sexual o bien metamorfoseando al hombre en animales diversos. Por otra parte, anulando la fecundidad de la mujer, provocando el aborto y ofreciendo al demonio los fetos recién salidos de la madre.

La magia y la religión poseen poderes análogos en algunas sociedades. La magia engendra poder en aquella forma que se llama «magia negra» que busca su propio beneficio y no ofrece nada en cambio. Es lo que sus adeptos conocen como *el camino de la mano izquierda*. Sus poderes se apoyan también en las drogas<sup>39</sup> y en las prácticas

<sup>39</sup> Se conoce la fórmula de diversos ungüentos que utilizaban las brujas antes de emprender su «viaje» al aquelarre. Contienen todos

que imponen. La inducción al éxtasis por medios físicos es muy característica. La tradición de la «magia negra» ha sido muy influyente en el pensamiento de los románticos, en las mentes solitarias a la búsqueda de poder y se trasluce en la preocupación por lo sofisticado. De Rasputín se dice que era un ocultista al borde de la locura social.

Algunos autores cuentan historias de la «magia negra» que ocurren en París y Brighton y donde hay ritos de ofensa a la cruz y muerte de niños para recoger su vitalidad. La frecuencia de estos hechos en la actualidad es, sin embargo, rarísima. Hay reminiscencias de este tipo de conducta; un ejemplo sería la utilización de piel humana para encuadernar libros.

Según Trevor-Roper, se ha exagerado muchísimo el número de ejecuciones de brujas. Lea mismo, en su historia de la inquisición en España (tomo IV, p. 247), estima que el número de

1.

Víctimas en Inglaterra llegó a 90 000, de las cuales una cuarta parte eran escocesas. El estudio cuidadoso de C. L. Ewen ha invalidado tales cifras y llega a la conclusión de que entre 1542 y 1736 menos de un millar de personas en Inglaterra, sin contar Escocia, fueron ejecutadas. Las ejecuciones en Escocia, donde se usaba la tortura, fueron más numerosas, probablemente hasta 4400 muertos en los años que van del 1580 al 1590. En general, el número de ejecuciones fue 25 veces superior en Escocia que en Inglaterra.

En el año 1484, Inocencio VIII publicó la conocida Bula. Se lamentaba especialmente de la difusión de la brujería en Alemania y autorizaba a los dos Inquisidores dominicos a que la extirpasen. El *Malleus Maleficarum* fue publicado en 1486. La Bula papal fue solicitada por los propios Inquisidores que querían contar con el soporte del Papado en su combate contra las brujas, sobre todo en tierras del Rhin. Se comenta que el «*Malleus*» está escrito como si fuera un complemento de la Bula, puesto que llamaba la atención sobre la difusión de la brujería y daba normas para la supresión de la misma. El *Malleus* es, pues, un documento inseparable de la citada Bula. Se recogen en él las creencias de las gentes de los Alpes como si elaborase una nueva mitología. El *Malleus*, por el contrario, guarda silencio sobre otros pasos que daban las autoridades para no obstruir su objetivo. De todas maneras, las persecuciones sobrevenían de vez en cuando en su agudeza como verdaderas erupciones. Algunos autores se preguntan por qué Inocencio VIII, que era un Papa humanista y que protegió a Perugino, Filippino Lippi, Mantegna y Pinturicchio, pudiesen al mismo tiempo hacer caso de la recomendación de aquellos frailes. Los que de esto se extrañan no se dan cuenta de la situación histórica y de las circunstancias que rodeaban a la brujería. Se alega que estas creencias han sido siempre endémicas, pero ésta no es razón para que en épocas de hipertrofia de las mismas resultasen dañinas para la comunidad. Siempre, los puntos de origen típicos eran en las montañas, en agrupaciones aisladas que a veces descendían al valle o a las ciudades. Ejemplos de esto fueron los valdenses de los Alpes y los albigenses del Languedoc. Recuérdese que la orden dominicana se constituyó precisamente para combatir la herejía de los albigenses. La persecución de estas herejías consiguió que en el siglo XX no se hablase apenas de ella, aunque se encontraban algunos que las calificaban de valdense en las cercanías de Lyon y en Flandes.

Es curioso que en el Papado hubiese una cierta resistencia, puesto que no reconocían en los cánones la realidad de las brujas. Alejandro IV, en 1257, rechazó las peticiones que le hicieron, negándose a considerar la brujería como una verdadera

---

ellos plantas alucinógenas. Las brujas se untaban todo el cuerpo pero insistiendo en las caras internas del codo y rodillas, así como en las partes más finas de su piel. La absorción de las drogas proporcionaba alucinaciones que explicarían esos famosos «viajes».

herejía. Los Papas de Avignon situados en el sur de Francia, tales como Juan XXII y Benedicto XII, fueron más permeables a la declaración de herejes de tales movimientos.

Precisamente alrededor de los Pirineos se extendían los albigenses en tiempos de Juan XXII. Luego se difundieron por los Alpes, y fue en el período de 1435 al 1437 cuando en el Concilio de Basilea se decidió de una manera formal la eliminación de las brujas. Juan Nider escribió el primer panfleto contra las brujas, llamado «Formicarius», fundado en las confesiones que habían hecho los embrujados a los magistrados suizos. El «Formicarius» es un embrión del Malleus. En Como se quemaron 41 brujas que habían confesado relaciones sexuales con el demonio.

## **CAPITULO VI**

### **ANIMALES FAMILIARES AL DEMONIO Y A LAS BRUJAS**

#### **REPRESENTACIONES DEL DEMONIO.**

Siempre se ha representado al demonio en forma de animal. Y parece normal que así sea. Porque al demonio le gustó ser adorado como un animal, en contraste con Jesús, que había tomado forma humana para redimir al mundo del pecado. Y en forma bestial anuncia Juan la vuelta del espíritu del mal en el Apocalipsis.

Cuando el demonio adoptaba una forma u otra la conservaba después. Cornelio Agrippa, sospechoso de brujería, siempre iba acompañado de un perrazo negro. Hasta dormía con él. Lo llamaba «Señor» y se cuenta que era el mismísimo Satanás. El diablo es polimorfo y como espíritu del mal está atento al dominio, al convencimiento, a asustar, pero sobre todo a poseer. Por eso toma la forma de animales diversos. Otras veces toma figura antropomorfa, pero con rasgos animales. La imaginación popular ha representado al demonio de miles de formas más o menos repulsivas. La usurpación de formas humanas o animales no siempre satisfizo a las gentes. Porque el diablo es rey y señor y debe mostrar majestad, aunque sea una majestad infernal. Fue la imaginación la que hizo la selección entre los animales más viles.

Si el demonio se manifiesta a través de una figura humana ha de ser con las condiciones siguientes: «El hombre debe ser negro, viejo rijoso y mal oliente. Ha de ser gigantesco, y si tiene alguna malformación, mejor que mejor. También puede ser muy moreno y barbudo, con la nariz deformada, o al menos muy aguileña. La boca ha de estar abierta y muy rasgada. Los ojos han de ser brillantes y muy hundidos,<sup>40</sup> manos y pies ganchudos como los de los animales, brazos y muslos delgados y peludos, piernas de asno o de cabra, pies como pezuñas y estatura o demasiado alta o demasiado pequeña, y contrahecho.»

La encarnación más frecuente del demonio es, sin duda, el macho cabrío. Este animal siempre significó lujuria en la tradición pagana. En la Biblia, en el Levítico, dice Yahvé a Moisés que no deben ofrecerse sacrificios al macho cabrío, pues con eso se prostituyen. En el macho cabrío reconocía San Jerónimo al «pilosus» del Profeta, símbolo de los sucios placeres y cuya cabeza se esculpía en oro y en marfil, como símbolo de servidumbre, en los báculos pastorales. Entre los dioses paganos, algunos como Pan, los sátiros, etcétera, se representaban como medio hombres y medio machos cabríos. Los cristianos vieron en estas representaciones a seres nacidos de una bestial promiscuidad y como consecuencia tomaron a este animal como expresión de la lujuria y de todos los vicios.

El diablo se manifiesta también como perro, gato negro muy grande, gallina o gallo negro, toro... Otras veces aparece como un búho, un dragón, un cuervo, un lobo,<sup>41</sup> un mono, un sapo... Y además una de sus manifestaciones favoritas y la más conocida es la serpiente. Tampoco hemos de olvidar a la mosca. Uno de los más famosos demonios es Belcebú que significa «El Señor de las Moscas». Tantas son sus manifestaciones que algún autor del siglo XVII dijo que el animal que mejor simbolizaba al demonio era el camaleón por su capacidad de transformarse o por la inconstancia e inestabilidad de su forma.

<sup>40</sup> Esta descripción es del libro de Delrío «Controverses et recherches magiques», París, 1611.

<sup>41</sup> Véase más adelante la licantrópía.



No he olvidado a la liebre. Hace ya varios años que leí un libro sobre la mitología de este animal. Es sabido que se trata de uno de los animales en los que se decía que se transformaban las brujas. Hemos visto en la serie de animales citados que siempre son negros los que tienen esa variedad de color en el pelaje o pluma. Lo negro significa poder infernal. Es lo opuesto al reino de la luz.

La liebre es también un animal capaz de autosacrificarse. Se precipita en el fuego, como el escorpión, cuando se ve cercada.

Por otra parte, la liebre es símbolo de espiritualidad y de comprensión espiritual. ¿Por qué, pues, ha de ser uno de los animales en los que se transforman las brujas? La liebre es rápida cual ningún animal. Simboliza la intuición, cualidad femenina muy envidiada por los hombres y que de alguna forma se relaciona con la magia.<sup>42</sup> La intuición es una cualidad que el pueblo atribuye a las brujas porque saben cosas que nadie les ha enseñado, ni ellas han podido aprender. La intuición toma, en estos casos, un carácter de cualidad negativa. La fantasía popular, origen de muchos mitos, cree que las brujas intuyen fácilmente el lugar donde ejercer su diabólica misión. La cualidad negativa les ha obligado a la práctica secreta. Aunque hay brujas, como en la magia, «blancas» y «negras», en general se las considera *malas*.

Las brujas se transforman en animales que ocultan sus nefandos designios. Frazer cita creencias parecidas en épocas pretéritas y pasadas civilizaciones que permanecen vigentes en nuestros días. «Los malayos creen que el alma de una persona puede pasar a otra persona o al cuerpo de un animal. Puede ocasionarse una relación de tal manera que la suerte de uno en el futuro dependerá de la del otro.» A este fenómeno le llama Frazer «participación mística».<sup>43</sup> El fenómeno de la participación se produce entre seres o personas semejantes. Recuérdese el terror que inspiraba a Freud el personaje de su «doble». Cierta día, estando de viaje por Italia, se sentó en su mismo departamento del tren un hombre que le era extraordinariamente familiar. Su misma talla, edad, corpulencia y la misma implantación de sus cabellos. La barba era idéntica. Freud, cuyas aficiones por el ocultismo hemos descrito en otro capítulo, se dijo: «Este hombre es mi "doble" y habrá de morir el mismo día que yo.» No se atrevió a preguntarle ni siquiera si era, como él, austriaco de nacimiento. Cuando el supuesto «doble» bajó del vagón del tren, alguien se despidió de él con el saludo de «doctor». «Si muere, moriré yo también», se dijo Freud y, durante varias semanas, la figura de su «doble» le obsesionó.

¿Qué cualidad tiene una liebre o un gato o un caballo negro para motivar la preferencia de las brujas o del demonio? Es muy frecuente la imagen de la adivinadora o echadora de cartas junto al gato negro. O junto a la lechuza, símbolo de la sabiduría o al menos de la intuición. Sería curioso preguntar cómo se originó esta leyenda en las gentes, puesto que más bien que una imagen de participación buscada por las brujas debe tratarse de una identificación hallada por el pueblo. Es decir, *cómo los demás las miran*.

Habríamos de preguntarnos por las cualidades de la liebre. Ya hemos señalado su rapidez, su timidez, su pelo suave como el sedoso del gato y hasta su feminidad. Cuando hablamos de «liebre» siempre pensamos en una hembra, como lo hacemos al hablar de una «bruja». El gato negro y también el caballo parecen ser más masculinos y por tanto más propicios a ser diablos.

Los *patarinos* eran una asociación cristiana fundada en Milán por un gremio de tejedores y bordadores que vivían en el barrio Patarri. En principio fue una secta que quiso reformar las costumbres del clero y especialmente las referidas al sexo. Era el

<sup>42</sup> Véase capítulo sobre *la intuición*.

<sup>43</sup> Frazer, «The Golden Bough», Londres, 1926.

siglo XI. Más tarde, hacia el siglo XII y XIII, los cátaros y los valdenses se atribuyeron el nombre y la intención reformadora. Entonces la palabra «patarino» fue sinónimo de hereje. Algunos apóstatas de esta herejía contaron que, a primeras horas de la noche, se reunían los miembros de la secta y cerraban las puertas y ventanas de la casa. Esperaban la llegada de un enorme gato negro que aparecía entre ellos. Cuando veían al animal apagaban las luces y en lugar de cantar himnos murmuraban entre dientes palabras de encantamiento. Buscaban al gato objeto de su adoración. Una vez hallado le besaban el pie, bajo el rabo o en los genitales, según fuera su humildad o su orgullo. Hecho esto, cada persona buscaba a otra del sexo opuesto y hacían el amor tanto como podían.

En una secta de Alemania, por la misma época, había una extraña ceremonia de iniciación. Una persona deseaba tomar parte en ella. Al mismo tiempo que pedía su admisión, entraba en la sala un *sapo* y todos los presentes le besaban, unos en la boca y otros en el ano. La ceremonia terminaba con la entrada en la sala de un gato negro enorme. El novicio, el primero, le besaba bajo el rabo y luego seguían los demás. Y todos volvían a su sitio en el mayor silencio.

Tal vez pueda verse una alusión al demonio en un Concilio de Toledo. En el Símbolo del Concilio de Toledo del año 400 se dice: «Creemos en un solo Dios verdadero... hacedor de lo visible y de lo invisible... Fuera de ésta... no existe naturaleza alguna divina de ángel, o de espíritu, o de virtud alguna, que sea Dios.»

Un texto del Concilio de Braga (561) se refiere concretamente a él: «Si alguno dice que el diablo no fue primero un ángel bueno hecho por Dios, y que su naturaleza no fue obra de Dios, sino que dice que emergió de las tinieblas y que no tiene autor alguno de sí, sino que él mismo es el principio y la sustancia del mal, como dijeron Maniqueo y Prisciliano, sea anatema» (ver *El Magisterio de la Iglesia*, n. 237, Herder).

En la Profesión de Fe propuesta a Durango de Huesca y a sus compañeros valdenses, en carta de Inocencio III al arzobispo de Tarragona (1208) se lee: «Creemos que el diablo se hizo malo no por naturaleza sino por albedrío (*El Magisterio de la Iglesia*, n. 427). También el Concilio Lateranense IV (1215): «...porque el diablo y demás demonios, por Dios ciertamente fueron creados buenos por naturaleza, mas ellos, por sí mismos, se hicieron malos» (ver *El Magisterio de la Iglesia*, n. 428).

Naturalmente ya antes la imagen del demonio persistía a través de la historia. Pero fue en el período gótico cuando se difundió la amalgama entre el sátiro clásico y el dios paleolítico adornado por sus cuernos. Durante la Edad Media se describió «el dios de las brujas» tal y como aparecía en el «sabbat». El dios cornudo de los pueblos paleolíticos primitivos adquirió especial significación en Mesopotamia y Egipto. La misma representación con ciertas modificaciones apareció después en Grecia y en general dentro de las culturas mediterráneas. Todas estas formas de la religión ancestral se aliaron con la Cristiandad, aunque ésta se opuso, en general, a las religiones de la fertilidad y de la magia. Fundamentalmente el cristianismo era manifestación de una cultura ascética.

Una fase posterior del «dios cornudo» fue la del desarrollo del simbolismo dualístico. Diana y Jano representaban los dos aspectos de la vida: el bien y el mal. Los productos del mal o demoníacos representados por Plutón, Eset, Ahrimán, el Satán judío, etc., se asociaban al culto de los animales, siendo como una parodia de la representación del Todopoderoso.

En las religiones más primitivas han existido siempre las costumbres de los festivales en honor de los dioses supremos. El sacerdote dirigía las danzas sagradas revistiéndose de una cabeza como la del dios, es decir, la máscara con los cuernos. En las tribus totémicas primitivas, el principio fundamental es el animal totémico.

El toro tiene una asociación misteriosa con los cultos mágicos, como se ve en el

festival de la Godiva (Southampton, cerca de Coventry). En los festivales que se suelen realizar en diciembre en algunos lugares, como en Wiltshire, se puede ver al toro con sus ojos globulosos y sus largos cuernos y lengua fuera, personificado en un hombre disfrazado que está imitándole.

## **LA LICANTROPIA**

La licantropía es una extraña enfermedad en la que el enfermo cree haberse convertido en lobo y se comporta como tal. La enfermedad ha sido descrita desde la más remota antigüedad y ha dado origen a la leyenda del hombre-lobo. O sea que la leyenda y creencia en el hombre-lobo es antiquísima. Virgilio, Estrabón, Pausanias, Varrón y más tarde San Agustín hablan de él. Esta misma idea fue muy popular en la Edad Media y ha llegado hasta nuestros días. En plena Edad moderna (año 1591) se condenó a la hoguera a un supuesto hombre-lobo en Francia. Se trataba de un pobre hombre llamado Gil Garnier que era, probablemente, el tonto del lugar. Nosotros hemos tenido ocasión de ver pocos enfermos con este síndrome. Se da más bien en países centroeuropeos y en los dalmatas. A guisa de ejemplo, citaremos un enfermo que era más bien un niño-lobo. Tenía 13 años de edad y lo trajeron sus padres a la consulta porque era revoltoso. No estudiaba. Peleaba con todo el mundo. No dormía por las noches y leía libros muy extraños. No le gustaban más que los juegos agresivos, mataba lagartijas y lagartos descuartizándolos. «No deja animal tranquilo en el campo», dice la madre.

Entró solo en mi despacho. Había ya leído su historia clínica que decía apenas algo más que lo anteriormente referido. A mi pregunta primera me contestó: «Yo soy un lobo». Le razoné normalmente diciéndole si había leído historias de terror o visto alguna película y me contestó: «Yo soy un lobo». No hubo forma de sacarle otra respuesta del cuerpo en la primera entrevista. Se le dio un tratamiento provisional y recomendamos a los padres que lo volvieran a traer a la consulta dentro de un mes.

Los padres venían muy alarmados. Vivían en una finca en el norte de España, no lejos de los Pirineos. En la siguiente consulta dicen que el chico ha empeorado mucho y que sale por las noches dando unos aullidos muy raros. Entra en mi despacho y realmente el aspecto externo es impresionante. Tiene un pelo muy negro que lleva demasiado largo. Los ojos le brillan como si tuviera fiebre elevada. Al preguntarle cómo estaba me contesta: «Ya le dije que yo era un lobo». No había vuelto al colegio y se negaba a cualquier tipo de trabajo en casa. Últimamente dormía de día y vivía de noche. No sabían lo que hacía porque había tomado la costumbre de escaparse. La familia, muy religiosa, pensó en el exorcismo y el sacerdote les dijo que aquel muchacho estaba enfermo. «Es una monomanía como otra cualquiera», dijo y con esa expresión del siglo diecinueve señalaba la necesidad de que se ocupara del muchacho el médico. Siguió un tratamiento más intenso con neurolépticos. Comenzó a comer normalmente (antes sólo quería carne cruda o alimentos con sangre o apariencia de ella como veía en el hígado y otras vísceras casi crudas. Engordó tres o cuatro kilos y creció rápidamente. Previamente se le había hecho una ligera cura de sueño en régimen de internado. Le he vuelto a ver hace poco tiempo. Estudia normalmente, ya está en la Universidad. No recuerda nada de lo que le ocurrió a los 13 años. Probablemente fue un episodio psicótico en el que no aparecía más anormalidad que la relatada. Su vida sólo fue anormal en los dos o tres últimos meses del episodio. Hasta entonces transcurrió dentro de los límites de la normalidad.

El nombre de «licantropía», que es el de esta enfermedad, viene dado por el rey Lycaon. Según la mitología griega, era un rey de Arcadia que fue transformado en lobo por haber sacrificado a un niño en el altar de Zeus. Según Ovidio, hizo aquello para probar la divinidad de Zeus que estaba de paso por Arcadia. Le invitó a cenar y le sirvió

a uno de sus huéspedes hecho pedazos.

El lobo ha sido siempre considerado como animal maligno. La opinión de las gentes ante el hombre-lobo era que llevaba en su interior un mal espíritu y por eso se dedicaba a estrangular a los niños y a los perros y luego se los comía. Cuenta un autor que en el año 1542 se vieron en la plaza de Constantinopla hasta ciento cincuenta y dos hombres-lobo que se habían reunido para partir luego a cometer fechorías. Estaban ya al acecho en dicha plaza. Se trata de un famoso cuento de misterio y terror y es comprensible que el lector, ante tales relatos, quede horrorizado.

Lo cierto es que, entre las enfermedades mentales, se planteó durante muchos años la licantrópía como diagnóstico diferencial entre posesos o enfermos. ¿Era posible que los hombres se transformasen en hombres-lobo o la transformación era debida a una enfermedad que daba al supuesto brujo o endemoniado la sensación de alucinación de ser un lobo? Las opiniones estaban divididas. El cambiar a un hombre en animal no es posible y es contrario a las leyes de la naturaleza. No puede hacer esto Lucifer. Sin embargo, se citaba la transformación de Nabucodonosor en buey que está descrita en el libro de Daniel (IV, 33). Se alegaban las metamorfosis de Zeus, las de los compañeros de Ulises, transformados por Circe en cerdos, las historias de Ovidio y de Apuleyo. Se citaba a Tritemo que contaba la historia de un judío que se transformaba en lobo y cuando lo deseaba se volvía invisible. Y había otras historias no menos convincentes... para llevar la gente a la hoguera. En el año 1561 un grupo de brujas se reunió en un castillo de Vernon y todas iban disfrazadas de gatas negras. Unos hombres decididos y valientes acudieron al castillo y fueron ferozmente atacados por las gatas. Un hombre pereció y varios de ellos fueron gravemente heridos. Pero, con gran sorpresa, las feroces gatas se convirtieron en mujeres jóvenes y hermosas cuando amaneció. En el año 1588, en la región de Auvernia, un joven de la nobleza pidió a un cazador que le trajese algo de caza. A poca distancia de allí, el cazador fue atacado por un lobo enorme. Un tiro de arcabuz, que alcanzó al lobo pero no le hizo efecto alguno, asombró al cazador. Luego se enzarzaron en cuerpo a cuerpo y el cazador le cortó una pata delantera con un cuchillo al lobo, que escapó. De vuelta al castillo, el cazador mostró la pata a su amo. Ambos quedaron estupefactos, pues durante la vuelta la pata se había transformado en una mano humana, adornada con una sortija de oro que el castellano reconoció como de su mujer. La llamó y vio que escondía bajo un echarpe su mano. Al descubrirla, se dio cuenta con horror de que tenía la mano cortada. La joven esposa tuvo que confesar que era lobo por las noches. Poco después fue quemada viva...

A pesar de los ejemplos citados, pronto se llegó a comprender que la licantrópía era una enfermedad y no brujería. La enfermedad era el resultado de una alucinación, que al principio se tomó por diabólica, pero más tarde se rectificó y a partir de entonces se consideró enfermedad mental, llamada entonces «ilusión, delirio o alucinación».

Un médico de la época (siglo XVII), llamado Taillepie, describe así la ilusión: «Los que son atacados por esta especie de frenesí salen de noche de sus casas y aúllan como si fueran lobos y quedan de buena gana hasta el alba junto a las tumbas... Unos aúllan como perros y otros tratan de morder a las gentes.»

La descripción de los caracteres de la licantrópía es la siguiente: Se trata de una alucinación acompañada de una cierta sed de sangre. En alemán se llama «Wahrwölpe», en francés «loupgarou», en italiano «lupo mana» y en inglés «werewolf». Se caracteriza por:

- 1) Transformarse en un animal, preferentemente lobo o perro.
- 2) Excursiones nocturnas por el campo, sobre todo en el plenilunio.
- 3) Atacar a los hombres y a los animales para devorar su carne.
- 4) Retransformación al amanecer en su propia forma humana.

Ya en el siglo XVI, Reginal Scott (1584) dijo que se trataba de una enfermedad alucinatoria y no de una transformación o metamorfosis. La historia del mito habla de una transformación a la luz de la luna. Previamente la persona tenía que desnudarse y al recibir la luz se transformaba. Dice el mito que, para recobrar la figura humana, el animal debía de orinar previamente. Las heridas que hubiera recibido se mantendrían en la forma humana. Es curioso que en algunos países centroeuropeos las gentes se transforman voluntariamente, pero sólo poniéndose una piel de animal, por ejemplo de un lobo o de un oso. Es un acto festivo y humorístico, reminiscencia de antiguas supersticiones.

Ya hemos visto que los médicos califican a esta metamorfosis de enfermedad. Los teólogos (Remy, Leloyer, De Garzoni, De Río, Boguet y Lancre) dicen que el diablo no puede transformar a un hombre en animal, ni su cuerpo, ni menos su espíritu. Se trata de una ilusión por la que se persuade a alguien de que es animal y así se lo hacen ver por contagio colectivo a todo el mundo.

A principios del siglo XVII se detuvo a un «loup-garou» en Burdeos, pero no se le condenó sino que se le encerró en un monasterio. Allí fue a verle Lancre que dejó escrita una descripción que no resistimos a la idea de reproducir por ser muy interesante para los médicos y especialmente los psiquiatras.

«Me encontré con un joven de 20 años, de talla mediana, más bien pequeño para su edad, los ojos con mirada extraviada, diminutos, hundidos y negros. Parecía que le daba vergüenza de su desgracia y no quería mirar a la cara a las gentes.

»No tenía un aspecto alelado. Sus dientes eran grandes y blancos, más largos de lo común, pero no sobresalían nada. Tenía la punta gastada a fuerza de morder a las gentes y animales. También las uñas eran más largas de lo corriente y algunas de ellas estaban negras desde la raíz a la punta, incluyendo la uña del pulgar de la mano izquierda que el demonio le había prohibido cortar. Se decía que las uñas negras estaban a medio roer y más hundidas que las otras, fuera de lo natural. Ellas mostraban claramente que había hecho el oficio de hombre-lobo y que empleaba sus manos lo mismo para correr que para coger a los niños y a los perros por la garganta... Tenía una gran facilidad para andar a cuatro patas cuando entró en el monasterio y saltaba los fosos con la misma ligereza con que lo hacen los cuadrúpedos. Saltaba con tanta soltura y ligereza que se hubiera pensado que era un galgo...»

Este licántropo confesó su afición por comer niños crudos «sobre todo las niñas son deliciosas».

Inútil es todo comentario sobre este caso del siglo XVII.

Hemos citado algunos aspectos de los animales que simbolizan más frecuentemente al demonio o los más afines a las brujas. El tema es interminable y realmente saldría del objeto de este libro.

## CAPITULO VII

### BRUJERÍA Y ESPÍRITU DEL TIEMPO

Quien tenga idea de lo que ha sido la historia de la brujería quedará perplejo ante lo que voy a afirmar. Perplejo y dudoso ante el hecho de que hasta pasada la Edad Media —la que vulgarmente se considera como una «oscura Edad»— y comenzado el Renacimiento, la Reforma, la Ilustración y la Revolución Científica —significando poder— hayan sido *una verdadera liberación del pensamiento*. Liberación gloriosa desde el punto de vista intelectual si se compara con la Edad Media, por ejemplo.

La liberación aparece ya en el mismo Renacimiento. Antes ya se había desarrollado un pensamiento pagano y una religión de los misterios, como vemos en otro lugar. La época de la Reforma aparece en ocasiones como una regresión al pasado. *Como si tuviese una oculta intención*. En la Ilustración y durante la Revolución Científica podía encontrarse una mezcla de misticismo y de fantasías cosmológicas.

Todas estas consideraciones que anteceden deben hacernos pensar que *la creencia en las brujas* no fue un hecho pasajero. Ni fue un dato que ocurrió en una época determinada de la historia más o menos lejana. Influyó, como vamos a ver a continuación, *el espíritu del tiempo* y el ambiente social, económico y religioso de los diversos países, pero *no fue algo definitivo*. *La creencia en las brujas y demonios ha sido y sigue siendo una corriente continua en la humanidad*, desde su origen hasta nuestros días. Unas veces surge como una explosión vigorosa. Otras, se trata de un curso subálveo, como está ocurriendo en el momento actual. Existe o no, podrá pensar alguno de mis lectores. Yo creo que hay ciertamente un curso misterioso, como misterioso es el ser humano. Curso que se ha convertido, en muchas zonas del planeta, en una verdadera explosión de irracionalidad. Y no solamente en zonas más o menos mágicas por tradición, sino en *innumerables zonas del mundo llamado desarrollado*. Me refiero al mundo occidental. En primer lugar, trataré de las explosiones mágicas y supersticiones del Renacimiento, de la época moderna y luego hablaré del momento actual. La mayoría de los casos clínicos que cito en este libro son recientes. Dos todavía están en tratamiento: una bruja y un poseso o endemoniado. La mayor parte de ellos viven actualmente. Pienso que otros muchos casos parecidos se pasean entre nosotros con sus problemas o sus fantasmas y sin pedir la ayuda del psiquiatra, ni del confesor. Otros se entregan a las drogas, al vagabundeo o al crimen. Todos ellos sufren de «alienación» por la incompreensión de un mundo que les teme. O peor aún, que les ignora. Son enfermos e inadaptados, claro está.

### RENACIMIENTO Y MUNDO MODERNO

¡La inquietud que los hombres de aquellas épocas debieron tener, pensando que vivían en una edad luminosa y llena de esperanza y, al mismo tiempo, que sus creencias religiosas les sumergían en una edad oscura! Era una edad llena de supersticiones, de fenómenos mágicos, de demonología, de brujas, etc., etc. Resulta fácil imaginar el estado de ánimo de aquellas gentes. El renacer de las brujas y prácticas mágicas en aquellos momentos es un fenómeno todavía no explicado, a pesar de los miles de volúmenes que sobre el tema se publican.

Alrededor del año 1500 ya se tenían conocimientos científicos suficientes para producir la desintegración de la creencia en las brujas. Los abogados del siglo XVI y los sacerdotes se las prometían muy felices. Y, sin embargo, las brujas pululaban en territorios en los que nunca se había hablado antes de ellas. Lo cual demuestra que hubo

una difusión y una reaparición insospechada en aquel momento histórico. No se olvide que los años 1580 a 1650 corresponden a la época de Bacon, Montaigne y Descartes, *el alba del racionalismo*. Y sin embargo, por entonces, multitud de mujeres físicamente aventajadas confesaban a los jueces haber realizado pactos secretos con el demonio.

En Lorena, por ejemplo, había por lo menos ochenta lugares donde, por la noche, se practicaban cultos satánicos. En Hendaya y en general, en todo el sur de Francia, con motivo de un aquelarre cualquiera se llegaban a congregarse hasta doce mil brujas... En España, la zona de brujería se limitó, casi sin excepción, al norte. El sábado fue, en principio, el día de la semana designado para tales conjuros, pero también lo fue más tarde el martes. Y algún otro día. Por eso la vigilancia de lo que hoy llamamos policía se hacía cada día más difícil.

En las sesiones de los cultos satánicos a que nos referimos, se practicaba el pacto infernal. Aparecía el mismo demonio en forma de hombre barbudo y, casi inevitablemente, vestido de color negro. Otras veces, se manifestaba en forma de un macho cabrío maloliente. Todos los presentes caían bajo su influencia y bailaban al son de una música que tenía resonancias macabras y que era arrancada de una serie de instrumentos muy curiosos.

Otras veces, en estas orgías colectivas se mezclaban unas ceremonias pertenecientes a una supuesta religión diabólica, con otros actos del más puro carácter religioso. En las orgías diabólicas, según se decía, practicaban el acto sexual las brujas con el diablo, al que se llamaba «íncubo» y «súcubo». Esta parece ser una de las razones por las cuales en el curso de la historia las brujas han sido casi exclusivamente mujeres.<sup>44</sup> Aunque el adjetivo «brujo» se viene empleando en muchas ocasiones, no tiene nunca el mismo tinte satánico, como veremos en otro lugar de este libro.

Ya en aquella época se hablaba de la extraordinaria frialdad del demonio cuando tocaba o se le tocaba. Se decía que el contacto con él o su abrazo no proporcionaba placer alguno, sino solamente dolor. El fenómeno,<sup>45</sup> pues, parecía como *una situación psíquica que derivaba de las sensaciones somáticas*. Algunas personas pensaron en el extraordinario poder generativo del demonio, como opinó un padre franciscano. Sobre todos estos puntos surgieron grandes discusiones y extrañas conjeturas entre los mismos teólogos de la época, llegando a veces a extremos no demasiado honestos. Santo Tomás de Aquino, el doctor angélico, trató de resolver la cuestión diciendo que *el demonio podía descargar, como íncubo, sólo lo que previamente había absorbido como súcubo*.

Todo ello desencadenó, en compensación, una gran campaña contra las brujas que, paradójicamente y como ocurre tantas veces en la historia, no redujo su número, sino que lo incrementó. Los doctores especializados en el tema de la brujería parecían también caer, en ocasiones, víctimas del histerismo, porque sus enciclopédicos tratados, tan pedantes como aburridos, no ilustraban demasiado la cuestión. Tan sólo coincidían en el acto final, que consistía en la petición de castigos y más castigos y hasta la pena de muerte para las brujas... ¡Pobres mujeres, la mayoría de ellas enfermas o disminuidas mentalmente!

Para apreciar más claramente aquella sociedad en la que vivían las brujas, hay que recordar lo que pensaban los habitantes de los siglos XVI y XVII, especialmente en los pueblos pequeños. Muchos de ellos tenían bailes y fiestas en común con los pueblos vecinos. En muchas parroquias era costumbre comer y beber juntos en la mesa de la comunión, es decir, en el altar. Resultaba fácil exagerar la eficacia de estas fiestas, que tenían lugar en la iglesia con motivo de la primavera. Muchas veces era difícil

<sup>44</sup> Hay autores que afirman que «súcubo» significa que tiene relaciones con hombres. Otros dicen que «súcubo» es un demonio hembra.

<sup>45</sup> Recuérdese el dato de que las histéricas son frías o dispareunémicas.

distinguir las de las tradicionales fiestas antes aludidas, pues por regla general, ocurrían actos violentos y discusiones entre los parroquianos. Por otra parte, la fiesta en sí estaba destinada a la armonía entre los pueblos vecinos y por ello tenía importancia y valor y era cultivada por los clérigos.

## SOCIEDAD EN LA GRAN BRETAÑA

En tiempos de los Tudor y de los Estuardo, la tiranía —según la opinión británica— y la falta de tolerancia se mostró frente a la no conformidad con estas desviaciones sociales. La sociedad rural carecía del concepto de lo que es vivir privadamente. Los campesinos no poseían una vida privada. Las costumbres de estos pueblos requerían alegrías y tristezas comunitarias. Bodas y funerales. Lo importante era participar con los demás miembros de la comunidad. No había, por entonces, la idea del día de fiesta, que les alejaba de los trabajos cotidianos. Por otra parte, cada uno se creía con el derecho a saber lo que el vecino estaba haciendo. Por esta razón se mostró la importancia enorme que tenían los testimonios en el juicio. Si algo resultaba ofensivo, el testigo se inhibía de contarlo, como en los casos de adulterio o en otros en que hubiera sorprendido escenas de este tipo, incluso mirando a través del ojo de la cerradura. El sujeto lo narraba a sus amigos para reírse de ello, pero estos amigos observaban la religión de la amistad y no contaban después nada. Aunque conociesen a muchos miembros de una familia que estuvieran durmiendo juntos en la misma cama. Aunque supieran de niños nacidos antes del matrimonio. Este modo de relación entre los convecinos existía sólo en los campos, pero no en las grandes ciudades, como Londres. La delación era considerada entre ellos como una de las faltas más graves contra la amistad.

La importancia de la opinión de los vecinos era atribuida a la sociedad en conjunto. Había una ley eclesiástica sobre la mala fama de alguna persona, que permitía que fuera sometida a investigación por otros miembros de la comunidad. Por regla general, la pena impuesta consistía en el reconocimiento público de sus faltas. De este modo se reconciliaba con ellos y con la comunidad. Durante la Edad Media, a los que cometían ciertas faltas se les enviaba a galeras. En el siglo XVII podían ser relegados a trabajos inferiores, como mozos de cuadra.

Las pruebas que solían hacerse para detectar la presencia de una bruja eran las siguientes: inmersión en un baño para ver si el cuerpo flotaba. Los jueces veían en esto la ventaja de arrojar mucha luz sobre los motivos y tentaciones, tanto del que interroga como del acusado, siempre en el caso de que la bruja tuviera bastante inteligencia para ello. Esta costumbre regía en toda Europa. Otra prueba muy importante era la de las marcas de Satán.

Es necesario tener en cuenta que la evidencia para lograr un juicio necesita dos condiciones esenciales en las brujas acusadas de aquellos tiempos. En primer lugar, tenían que ser pobres. En segundo, que se tratara habitualmente de mujeres. Los sabios historiadores de la época nunca dudaron de que el sexo débil fuera más vulnerable a las tentaciones del demonio. En otra parte insistiremos sobre este tema.

Jacobo I de Inglaterra estimó que la relación entre mujeres embrujadas y hombres brujos es de veinte a uno. Alexander Robert aumentó la diferencia de cien a uno. Para muchos autores la cifra es absoluta: *todas las brujas son mujeres*. No es cierto, si se considera el fenómeno de la posesión diabólica, muy vecino del de la brujería aunque no exactamente el mismo. Pues bien, *hay más endemoniados que endemoniadas* y las cifras serían las mismas que acabo de citar para las brujas.

En total, según los datos recogidos en Inglaterra, de las 109 personas que se ejecutaron en el «Home Circuit» de Londres, sólo siete eran hombres. Todos los



escritores de la época concuerdan en que las brujas venían de las capas más bajas de la sociedad. Usualmente eran gente pobre, muy pobre, decía Scott. Otra clase, que también solía predominar, era la de las mujeres de los labradores. Y todo ello, no porque la creencia en las brujas no circulase entre las altas capas de la sociedad. Las pobres trataban de evadir su desgraciada situación, pero el tema interesaba en todas las clases sociales. Unas como agentes y otras como espectáculo, constituían un tema familiar a toda la escala social.

No hay que sorprenderse de que las confesiones —auténticas o forzadas mediante tortura— tuviesen escaso o nulo valor. La mayoría de las personas acusadas vivían en un estado miserable y de desesperación. No tenían amparo ni poder alguno. El único motivo y su único deseo era el de escapar a su circunstancia y evitar la pobreza. El demonio prometido no era casi nunca deseado. Pero ofrecía carne, vestidos, monedas y se hallaba dispuesto a pagar deudas. A pesar de todo, aunque todas estas ventajas se expusieran como una especie de cebo, por regla general las pobres gentes no caían en la trampa.

A Isabel Pratt se le prometió en 1687 que viviría tan bien como la mujer más encopetada de la aldea de Dunstable. En 1645 se contó, siempre en Inglaterra, que Elizabeth Southern se encontró con el demonio en un camino y que éste le prometió una gran cantidad de dinero. Ella lo aceptó porque se quejaba de la dureza de los tiempos en que vivía. Otras numerosas anécdotas se podrían citar.

Realmente las acusadas de brujería estaban siempre en una situación de extrema tristeza. Se decía por entonces que el diablo estaba vigilante hasta que llegaba el momento oportuno de actuar y de hacerles sus proposiciones. Unas veces eran en forma de dinero, otras de satisfacción sexual. El poeta Hopkins dice que las víctimas se sugestionaban no sólo por *la pobreza* en que vivían, sino también por una *desesperación religiosa*, que les hacía caer más fácilmente en las tentaciones del mundo. Esto debía ocurrir en clases sociales más liberadas económicamente. A Mary Becket se le dijo que sus pecados eran tan grandes que no había cielo para ella. La falta de esperanza produce esa combinación de *depresión religiosa* y de *pobreza material*, que lleva a buscar un camino diferente para lograr la salvación.

Hombres y mujeres ignorantes eran persuadidos de que valía la pena atacar ellos mismos a Satán. Entonces los teólogos enarbolaron el concepto del demonio, al cual siempre podrían maldecir. La adoración del demonio era una de las tentaciones experimentables para aquellos que estaban en *estado depresivo*, como aquel que habitualmente precede a la conversión, según los puritanos. John Rogers confesó que cuando era joven y demasiado pobre para ir a la universidad de Cambridge, con frecuencia el demonio le tentaba para que estudiase necromancia o nigromancia, que aprendiese a usar la magia poniéndose de acuerdo con él. Y de este modo podría tener todo lo que nunca había soñado tener. *Tentación de avaricia*.

O sea que en realidad la brujería, para algunas gentes, era una forma de mejorar su condición, cuando todo había fallado. En otras, era un modo de hacerse notar o llamar la atención. *Parecer más que ser*. En muchas partes la magia era una sustitución de la impotencia, de la falta de ganas de luchar o de una forma de remedio para la ansiedad y la desesperanza.

Aunque la bruja espere siempre obtener alguna ganancia o beneficio de sus contactos diabólicos, la cuestión estaba siempre subordinada a su deseo fundamental que era el de vengarse de sus propios vecinos, dicen los tratados ingleses sobre el tema. Vecinos que se encontraban en todos los niveles de la sociedad. Los pobres sólo, repetimos, esperaban conseguir el poder mediante la acción de la brujería. No tenían otra posibilidad, ni otro camino por delante que seguir.

Las brujas se encontraban de pronto armadas de un poder sobrenatural. Eso era lo que podían obtener, aunque realmente no tenían el poder que suponían detectar. Sin embargo, se les solía atribuir ese tipo de poderes ocultos, incluso por gentes de alto nivel cultural. Se decía, por entonces, que cuando se lograba persuadir a alguien que deseaba la muerte de su víctima, era que una bruja había intervenido para ayudarle.

Los historiadores modernos que rechazan completamente la noción de brujería muestran, sin embargo, su error al contemplar la actitud de los demonólogos contemporáneos, que están rodeados por una secta entregada a los cultos rituales con el demonio. Porque aunque muchas sean las desilusiones de las personas acusadas. Aunque las confesiones se extrajeran de los sujetos de modo objetivo —lo que no ocurría, ni ocurre hoy en día— al final nos encontraríamos con que la persona afecta carecería del odio genuino a las brujas. *La pretensión de tener acceso a un poder sobrenatural les ayudaba.*

A mi modo de ver, es un error creer que muchas de las gentes acusadas de brujería encerraban un pensamiento malévolamente con respecto a sus vecinos. (Siempre cuando ocurre un mal se atribuye a causas externas a uno mismo y se busca la «cabeza de turco», en este caso la vecina a la que se atribuye un poder maléfico.) Porque si alguna vez se daba el caso de «malignidad» era la bruja misma la que había injertado la malignidad, se decía, entre las comadres —y compadres— del vecindario. Precisamente por esta razón era por la que John Donne quería llevarlas al patíbulo. Hobbes decía que las brujas no tenían ningún poder real, pero debían ser castigadas justamente *por la creencia falsa del falso poder que se les atribuía y que hacía suponer a las gentes que realmente tenían poder maléfico.* Y también por el supuesto propósito que estas mujeres tenían de causar todo el mal posible.

Realmente, lo único que nos cabe pensar es que el pensamiento solo *no tiene poder absoluto.* El pensamiento siempre está ligado al contexto social de la época. Podemos aceptar, tras de esta enseñanza, lo que no podrían aceptar nuestros antepasados. Es decir, que *las estructuras mentales pueden diferir de las estructuras sociales y que la superstición puede virar hacia el racionalismo.* Hombres importantes de una determinada época no aceptan las reglas mentales de otros hombres no menos valiosos. *Cerrazón mental o autoritarismo.* Pues bien, esa diferencia es la que ocurrió entre los hombres del siglo XVI y comienzos del siglo XVII. Lo mismo puede ocurrir —y de hecho está ocurriendo— en nuestros propios días. ¿Se trata sólo de cerrazón mental o de autoritarismo? ¿O más sencillamente de llamar la atención?

La civilización feudal era una civilización de llanuras y de tierras cultivadas. En cambio, en los montes apenas se establecían núcleos de civilización. Algunos cristianos ascendieron a las cimas, pero su huella fue muy escasa. Los mismos misioneros, apenas dejaron instituciones en las cumbres. Las sociedades montañosas permanecían, por lo tanto, mucho más inmunes a la sementera cristiana o, a lo más, eran abordadas muy superficialmente por la religión del Estado. Por esta razón se influían mucho más fácilmente por cualquier nuevo conquistador. Por eso prendía en las montañas la brujería, porque en ella se mantenían las gentes fuertemente aisladas y pervivieron formas de religiosidad primitiva. Druidas y hechiceros puede uno encontrarlos todavía hoy en día en las brumosas cimas celtas de cualquier lugar europeo donde se halle este antiguo pueblo.

Un buen ejemplo para tomar en consideración es el de la hechicería y la brujería acompañadas de cierta resistencia a aceptar cualquier cambio. *Cualquier ortodoxia.* Esto pudo verse muy claramente en diversas partes de Europa, desde los Alpes a los Pirineos, en el mar del Norte y en el océano Atlántico. Desde Inglaterra a Escocia, sin olvidar Gales y la agitada Irlanda.

Muy curioso es también que, en España, las zonas más influidas por la brujería son sin duda las vecinas a los Pirineos, en una región que en otras épocas perteneció a Francia. También se encuentran pequeños núcleos donde el fenómeno de la brujería y posesión se da de vez en cuando: en las demás regiones del Norte de España, principalmente en Galicia y en Asturias, si bien es verdad que se trata más bien de una superstición.

Los padres dominicos fueron siempre —desde su origen en el siglo XIII— los evangelizadores de los oscuros rincones de Europa, allí donde la iglesia católica no se había establecido de un modo permanente. Había pues un mundo que se hallaba propicio a aceptar cualquier forma herética y esotérica de pensamiento y acción.

## **SOCIEDAD EN FRANCIA EN ESTA ÉPOCA**

Apenas terminada la guerra extranjera con la Casa de Austria y España, empiezan en Francia las Guerras de Religión, anarquía sangrienta que durante casi medio siglo asoló al país. Las guerras de Religión corresponden a los últimos Valois y al primer Borbón, Enrique IV. Religiosa en un principio, la lucha entre católicos y protestantes tomó, cada vez más, un carácter político. Fue una clara reacción contra el poder absoluto al que no lograron eliminar. Sabido es que Enrique IV terminó las guerras de Religión y, convirtiéndose al catolicismo, unificó aparentemente al país. Ni protestantes ni católicos dieron su brazo a torcer. No hubo vencedores ni vencidos, porque ambos lo fueron a la vez. El Edicto de Nantes trató de llevar al país hacia una tolerancia política y religiosa, pero en el fondo de las gentes y de la sociedad latía un oscuro odio entre ambas tendencias religiosas.

No es extraño que, en esta turbulenta época, surgieran brujas y otros fenómenos pseudo-religiosos como veremos a continuación. En tiempos de María de Mediéis hubo en la misma Corte de Francia un caso de brujería. La regente era físicamente gorda, basta y sin ningún carácter moral. Otorgó su confianza a un florentino llamado Concini, al que hizo Mariscal de Francia, y que estaba casado con una amiga de infancia de María de Médicis, llamada Leonor Galigai. Al llegar a su mayoría de edad, Luis XIII no tuvo remilgos para encerrar a su madre en el castillo de Blois, mandar ejecutar al favorito Concini a la puerta del Louvre y hacer juzgar a Leonor Galigai, su viuda, que fue condenada a muerte por brujería. Cada época se vale de sus propios medios para eliminar a los «disidentes». En aquel tiempo surgían por doquier brujas y endemoniados. Eran personas molestas para la sociedad. En el caso de «Leonor, la bruja», resultaba molesta para la Corte de Francia.

*El clero no era sólo una clase social.* Era una importante forma de Poder en el Estado. Se dividía en Alto y Bajo clero. El primero lo constituían los obispos. Los bienes de la iglesia los administraba el Alto Clero. Incluso nombraba a sus obispos hasta el Concordato que el papa León X hizo con Francisco I, el «muy católico» rey, a pesar de aliarse con turcos y herejes, que empezó a nombrar los obispos y a administrar los bienes del clero.

Más tarde vinieron los cardenales. El poder del cardenal Mazarino marca una época de claro dominio extranjero en Francia. Diplomático al servicio del Papa, había conocido a Richelieu.

Eclesiástico, pero no sacerdote, Mazarino obtuvo el capelo cardenalicio en tiempos de Luis XIII. Era un diplomático consumado y en tiempos de la Regente Ana de Austria terminó, felizmente para Francia, la guerra exterior. Pésimo administrador, llevó al país a una época de miseria que acarreó las revueltas de la Fronda. En resumen, seis años de guerra civil.

Luego, Luis XIV revocó el Edicto de Nantes (1685). La libertad de conciencia y

de culto se instauran en Francia. Sin embargo los reformados seguían intranquilos por el renacer del catolicismo francés a partir del «París bien vale una misa». Fue una época de verdadero renacimiento católico. Francisco de Sales funda la orden de la Visitación. «Monsieur Vincent» crea un apostolado de forma moderna, saca a las monjas de la clausura para que organicen hospitales, para que visiten hogares de humildes y enfermos, para que remedien en lo posible la miseria del momento. Las Hijas de la Caridad fueron las precursoras de la moderna asistencia social y, a decir verdad, hasta el momento presente no han sido mejoradas, ni siquiera igualadas.

Cuando Luis XIV llegó al poder, había un millón de protestantes en Francia. Mazarino había sido condescendiente con ellos. Los protestantes eran ricos burgueses porque la aristocracia, tras la conversión del rey, había abandonado a los reformados. El ideal de Luis XIV fue la unidad religiosa como base de la unidad nacional. El sentimiento unitario le llevará a la revocación del Edicto de Nantes. Pero en las zonas más radicales del país —el Sur de Francia— los protestantes siguieron tan perseguidos como antes. Hasta tal punto fue así que en una semana se contaron hasta 130 000 «conversiones al catolicismo». El rey creyó de buena fe en ellas. El Edicto de Nantes estaba ya de más en su reino.

Bossuet, Madame de Sévigné, La Bruyère y La Fontaine felicitaron al Rey por su espíritu de tolerancia. Pero no había llegado el tiempo, pensaron muchos franceses, y además la revocación chocó mucho con el sentimiento religioso de los católicos perseguidos en Ginebra, Holanda o Inglaterra.

Pero ¿estaban contentos los protestantes? Ya dijimos que ni ellos ni los católicos quedaron contentos con el Edicto. Al día siguiente del Edicto habían abandonado Francia cerca de un cuarto de millón de reformados. Y con ellos se fue buena parte de riqueza y espíritu emprendedor. Laboriosidad y riqueza son virtudes protestantes que enriquecen un país. Para ellos el triunfo de esta vida es símbolo de eterna salvación. En poco tiempo Francia quedó empobrecida. Y parte del ejército —los protestantes— cruzaron la frontera, para luego luchar en contra de Luis XIV y de su reino.

## **EL GALICANISMO**

No tuvo Luis XIV suerte con el Papa en su lucha para hacer triunfar los principios del galicanismo. Se llama así a la doctrina —religiosa y política a la vez— que reivindica la independencia relativa y las «libertades de la iglesia galicana» es decir iglesia a la francesa, frente al Papa. Esto venía ocurriendo desde el siglo XV. El Parlamento era galicano y siempre se había distinguido por la defensa de los derechos del rey sobre la Iglesia. La mayoría del clero estaba de acuerdo con el galicanismo. Aprovechando una discusión puramente administrativa —la regalía—<sup>46</sup> entre el papa Inocencio XI y Luis XIV, éste hizo resumir la doctrina galicana en cuatro artículos. El texto fue redactado por Bossuet y los artículos fueron adoptados por la Asamblea del Clero.

En resumen, se declaraba lo siguiente: el Papa no es personalmente infalible y el Concilio General es superior a él. Finalmente, que el Soberano Pontífice no tiene derecho a disponer de las coronas de los otros Estados. Inocencio XI contestó condenando las actas de la Asamblea del Clero y rechazando el nombramiento de los obispos señalados por el Rey en virtud del Concordato con Francisco I. Luis XIV, a pesar de su absolutismo, no quiso llegar al cisma y se batió, prudentemente, en retirada.

---

<sup>46</sup> La «regalía» era un derecho que reivindicaban los reyes para percibir las rentas de los obispados vacantes y cobrar, cuando la sede estuviera vacante, los beneficios que dependían de ellos.

## EL JANSENISMO

Siquiera brevemente vamos a recordar las tesis de esta doctrina religiosa que motiva o por lo menos justifica alguna de las explosiones y convulsiones en el país vecino.

Adversario del Papa en la cuestión galicana, Luis XIV pidió su intervención en la lucha contra la herejía jansenista. Este sutil error había nacido en los Países Bajos — españoles entonces— pero prendió rápidamente en Francia. La doctrina fue predicada por Jansen, obispo de Ypres, y relatada en su libro famoso «Augustinus». Firmó con el nombre no menos famoso de «Jansenius».

La herejía prendió rápidamente en Francia, a través de la abadía de Port-Royal —de religiosas cistercienses o bernardas—, que fue el primer y gran foco del jansenismo. Dos de las monjas más importantes fueron la madre abadesa Inés de Arnauld y la hermana Catalina de Sainte-Suzanne. Hay un conocido cuadro en el Museo del Louvre firmado por Champaigne que era el padre de Sor Catalina. Lo hizo porque su hija fue «curada» milagrosamente, curación que en el convento de Port-Royal y él mismo consideraron un hito importante en la Abadía. Cosas de monjas, podría pensar maliciosamente alguno de mis lectores y yo mismo. Pero el foco de Port-Royal se irradió por toda Francia y todavía hoy en día se pueden observar algunos resplandores.

La doctrina «jansenista» es *muy abstracta*. La moral jansenista inspira una moral *muy austera*. Todo es excesivo en el jansenismo y para pocos. Por tanto no podía resultar una doctrina muy popular. Y lo fue. Un adversario la calificó de «calvinismo recocado». Lo mismo que los protestantes, los jansenistas sostenían la inevitable corrupción del hombre caído, como consecuencia del pecado original. Insistían en su impotencia para resistir a la gracia o para recibirla. Y añadían que *Jesucristo había muerto sólo por un pequeño número de elegidos*. Si la tesis del «elegido» y la de las clases resulta siempre antipática, mucho más lo es cuando se refiere a temas religiosos. Porque ante Dios *todos somos iguales*. El labrador y el metalúrgico, el noble y el científico, el filósofo y el idiota. Jesucristo murió por todos los hombres, marcando indeleblemente la fraternidad humana.

El jansenismo es una doctrina triste y severa. Condena a todos los infieles al infierno. Y sin embargo por su austeridad, tal vez también por su carácter de «elegido», sedujo a grupos selectos de la sociedad y a gentes con espíritu de sacrificio. Sabios y científicos se agruparon en torno a la Abadía y fueron llamados «los solitarios de Port-Royal». Escritores de gran talla como Racine y Pascal fueron jansenistas. Y señoras de «haute société». Y magistrados. Y gentes del Parlamento. Incluso algunos obispos fueron atraídos por la doctrina de «Jansenius» y Port-Royal. La secta contó con polemistas muy brillantes como Antoine Arnauld —hermano de la Abadesa de Port-Royal— y sobre todos ellos está Blas Pascal. Este atacó y ridiculizó a los jesuitas, los más serios adversarios del jansenismo, en su libro «Cartas Provinciales».

## CONDENA DEL JANSENISMO

Luis XIV estaba muy preocupado por la unidad de su reino y sobre todo de la religiosa. Por ella habían luchado denodadamente sus antecesores y él mismo. Por eso fue radicalmente hostil al jansenismo. Mandó al verdugo que quemara públicamente las «Cartas Provinciales» y dispersó a las monjas de Port-Royal porque se negaron a firmar la condena del libro «Augustinus», que había sido previamente condenado por la Santa Sede. Antoine Arnauld se exilió a los Países Bajos y allí murió. Pascal rectificó y no prosiguió sus ataques a los jesuitas.

La secta jansenista fue muy hábil para situarse tras fórmulas de sumisión más o menos equívocas. Por eso *siguió su camino, aunque fuera subterráneo*. A consecuencia

de la publicación de las «Reflexiones morales» del P. Quesnel, que recordaba todos los errores del «Augustinus», Luis XIV decidió acabar con el jansenismo, al que sospechaba también su enemigo político. Hizo destruir de arriba a abajo Port-Royal y obtuvo del Papa que publicara la famosa bula «Unigenitus» en el año 1713. Esta bula condenaba de forma solemne el jansenismo. Fue coetánea del Tratado de Utrecht.

¿Murió el jansenismo? Ya se sabe que no. En el siglo siguiente una parte del episcopado y el Parlamento tomaría el desquite contra los jesuitas con su famosa expulsión y disolución de la Orden por el Papa. Los tropiezos, es cierto, fueron en todo el mundo y no sólo en Francia; pero de este país surgió el ataque.

## **CAPITULO VIII**

### **UN CONVENTO Y UNA TUMBA EMBRUJADOS: LOUDUN Y SAN MEDARDO**

#### **LA CIUDAD DE LOUDUN**

La ciudad de Loudun está situada en la Viena francesa. Es un pueblo muy pintoresco con restos de fortificaciones romanas, iglesias románicas y la iglesia de San Pedro, ya del siglo XIII, que es el escenario de parte de nuestra historia. La zona donde Loudun está enclavada fue protestante durante las Guerras de Religión. En el año 1569 tomaron la ciudad los católicos. La verdad es que, con sus apenas cinco mil habitantes, no parecía tener demasiadas razones para pasar a la Historia. Y sin embargo, todo el mundo medianamente culto conoce su existencia, no sólo en Francia, sino en muchos países del mundo.

María de Médicis firmó un tratado de paz con los jefes protestantes que habían defendido a Loudun en el año 1616.<sup>47</sup> Este Tratado tuvo la eficacia de la mayoría de ellos, es decir, ninguna. ¿Se acalló con él el fuego de la guerra, el odio entre protestantes y católicos? Por poco, muy poco tiempo, pues tras no pocas vicisitudes, silencios y delaciones, el párroco de San Pedro, después de un movido proceso religioso-político, fue quemado vivo. Se llamaba Urbano de Grandier.

¿Por qué mataron a Urbano Grandier? Porque le acusaron de haber embrujado a las ursulinas del convento de Loudun. Porque el rescoldo de las Guerras de Religión se hallaba todavía vivo y estaba atizado además por los odios protestantes y por las querellas políticas de la Corte.

Urbano Grandier fue un buen estudiante del colegio de los jesuitas de Burdeos. En todas las asignaturas era el «Príncipe». Se ordenó como jesuita en el año 1615, pero no quedó en el convento por mucho tiempo. Su carácter independiente le alejaba de la estricta disciplina de la Compañía de Jesús. Le sentaba mucho mejor el ser un clérigo secular, piadoso pero elegante, apuesto y mundano. No se conocen sus ideas, por aquel entonces. ¿Sería tal vez capellán de algún noble? ¿O sería tutor de un futuro Mariscal de la Corte? ¿Quizás un Cardenal en ciernes? ¡Quién sabe! Lo único que era seguro es que su sitio no se encontraba entre los hijos de Loyola.

La iglesia de San Pedro, con sus capiteles góticos y los torreones medievales de Loudun, fue su primer destino. Todo un símbolo para su futuro. Loudun tenía un aire medieval o, mejor aún, estaba fuera del tiempo. Colgaban los cadáveres de los ajusticiados a las puertas de la ciudad. Bárbara ejemplaridad municipal la de una ciudad que no hacía mucho tiempo se debatía entre guerreros. Estamos empezando el siglo XVII. Hay suciedad en las calles de la ciudad e incienso en las cercanías de una iglesia. Mezcla de puercos y otros animales —la zona es ganadera— y de sucia humanidad. Superstición, guerras religiosas, púrpura y política cardenalicia en la Corte de Francia, Edicto de Nantes y Noche de San Bartolomé. Borbones y Regencia, cardenales y Borbones de nuevo al poder. Los aldeanos y menestrales eran apenas considerados como ciudadanos franceses. Guerras de religión. Paz y nuevas guerras. ¡Hasta cuándo, Dios mío, tanta macabra tarantela!

Urbano Grandier llegó a Loudun. Su antecesor era un piadoso nonagenario de otro siglo, turbulento también pero aplacado por el peso de sus decenios. Grandier era

<sup>47</sup> Llamado la Paz de Loudun. Costó seis millones al Tesoro y no arregló nada. La Fronda revivió, con mayor virulencia, 25 años más tarde.

joven, atlético, apuesto y varonil. Sus ojos eran negros y bajo el solideo se rebelaban mechones de pelo oscuro y ondulado. Frente alta, nariz aguileña, porte autoritario y unos labios carnosos que presagiaban su futuro: mujeres, persecuciones y hoguera final. Su elegante barba a lo Van Dyck le daba cierto aspecto mefistofélico, pero sus ojos siempre permanecieron puros con algo de ingenuidad y de asombro.

Grandier era profundamente religioso, visceralmente creyente y sus aventuras amorosas, que ciertamente las tuvo, no lograron

nunca torcer su vocación sacerdotal. Tal vez, si la caja de resonancia hugonote que campeaba en Loudun no hubiera existido o, por lo menos, no hubiera funcionado tan estrepitosamente, nadie se hubiera sentido escandalizado. Ni la fama de Don Juan, cuidadosamente explotada y difundida por sus enemigos, hubiera llegado tan lejos y traspasado los muros de la ciudad de Loudun. Un amor clandestino, o quizá dos, compartido por Grandier sólo corporalmente, no resultaba un fenómeno extraordinario en su época. El espíritu de Trento es ajeno a la dulce Francia. Charles de Marillac había, ya en 1560, declarado que la disciplina eclesiástica era casi inexistente y que jamás se habían visto escándalos tan frecuentes, ni la vida de los clérigos era tan censurable.

## EL CONVENTO

Ahora hemos de referirnos al convento de Ursulinas de Loudun. Habían ya pasado los años fervorosos del misticismo teresiano. Los servidores de Dios que habían escrito sobre sus experiencias interiores —pienso en Santa Teresa y San Juan de la Cruz— lo hicieron de modo ortodoxo y con la garantía de los doctores de la Iglesia. Las noches oscuras y angustiosas de los sentidos y de la voluntad poseen la paz, una paz que sobrepasa al entendimiento.

El siglo XVII no era el siglo XVI, podríamos afirmar a modo de perogrullada. Acedía, aburrimiento y tedio monacal hacen presa en los conventos. La voluntad de trabajo y eficacia empiezan a anidar en ellos con los primeros atisbos de la razón. Lo que no es útil no es humano. Religión del trabajo, estudio y eficacia. ¡Abajo la contemplación! «Las monjas se levantan, van a misa, a la oración, al confesionario, a la comunión, sólo por costumbre. La campanilla suena y todas hacen lo mismo.» *Los pensamientos de Dios pasan por su mente rodeados de un halo de indiferencia.* A Racine, Port-Royal le parecía genial por «la soledad del locutorio y la escasa inclinación de las monjas a entrar en conversación, su falta de interés por las cosas del mundo y los comadres de vecindad». Así eran los conventos del siglo XVII y los de clausura de ahora, los pocos que van quedando.

## LAS MONJAS DE LOUDUN

¿Fue el convento de las ursulinas de Loudun mejor o peor que los de su época? Ciertamente que no fue el suyo un fenómeno corriente entre los demás claustros. Todo empezó en 1626. Se trataba de unas monjas de clase elevada, si bien formaban la comunidad «segundonas» de casa grande sin posibilidad de dote. Andaban mal de dinero y tuvieron la idea de recoger a muchachas de buena familia para educarlas. Esta influencia económica arraigó en muchas órdenes religiosas que, de contemplativas, pasaron a la enseñanza siguiendo las ideas ilustradas que ya empezaban a manifestarse, aunque su eclosión fuera más tardía.

El convento de las ursulinas de Loudun tenía algo especial: su superiora, que justifica muchos de los acontecimientos posteriores. Hay entre las monjas y religiosos en general «comediantes de la vida espiritual», y digo esto sin desdoro de su alta misión religiosa y social. Pues bien, Sor Juana de los Ángeles fue una de ellas. Quise personificar a Santa Teresa, cuya imitación resulta difícil. Leyó sus libros sin capacidad



de comprenderlos. Dios no es, ni puede ser, objeto de burla, pero sí sus criaturas, incluso las que aparentemente están más cerca de El. La degradación en forma de enfermedad o de espectáculo es más frecuente de lo que se piensa. Hay una excelente autobiografía de Sor Juana con comentarios de Gilles de la Tourette y Legué. El subtítulo es revelador «autobiografía de una histérica posesa».

Sor Juana fue la primera superiora del convento de Loudun. De clase social elevada, menguada de estatura y bastante encorvada, pudo muy bien padecer aquello que años más tarde Alfred Adler describiría como complejo de inferioridad a consecuencia de un estigma corporal. Su espíritu pudo también estar estigmatizado, como ocurre en muchos jorobados, cojos y con otras malformaciones físicas. La inferioridad, cuando se compensa, el sujeto suele alcanzar las más elevadas cimas espirituales y sociales. No creo que fuera el caso de la madre superiora de Loudun.

Los discursos más espirituales pueden llevar a tortuosas desviaciones. Cierta día se hablaba en el convento sobre la devoción a San José. Subrepticamente el sermón aludió a Grandier. «Desvergonzada criatura», «¡Aquellas penitentes!», «¡Y la sacristía!, a pocos pasos del Sagrario con el Santo Sacramento...». Para Sor Juana no había sorpresa porque entró en el convento a los 19 años; pero cuando murieron sus hermanas y hermanos, sus padres la requirieron para que volviera a casa y les diese nietos. ¿Por qué no aceptó? Y sin embargo, parece por todos los datos, que abominaba de la triste vida conventual.

No se sabe cómo ocurrió, pero poco a poco la superiora empezó a soñar con Grandier. Sus ensoñaciones la llevaban a odiar a la mujer hipócrita de faz pálida que había logrado casarse «por amor profano» con él. Ante el altar de Dios, con un oficiante que era marido a la vez y que terminó la ceremonia diciendo «Yo os declaro unidos ante Dios», cuando la realidad necesitaba el empleo de la primera persona. Y su mujer — ¿sería su mujer? — no era más que una vieja solterona sin gracia alguna. Y volvía a preguntarse, ¿sería su mujer? En cambio ella, la priora, aunque torcido su cuerpo, estaba en plena juventud y había luz en sus ojos, brillo en su mirada.

Para comprender las paradojas de la vida de Grandier habría que recurrir al pensamiento gnóstico. El mundo tiene la culpa de nuestras faltas, Dios es un padre que perdona. «¡Ay de este mundo de pecado! ¡Yo no puedo rogar por el mundo!... todo aquello que es el mundo, ya sea placer de la carne, ya sea placer de los ojos, ya sea el orgullo de la vida, todo eso no es del Padre y sólo al mundo pertenece. Pero el mundo se consume y sus placeres también. Mas el que cumple la voluntad de Dios, persiste para siempre.»

Frente al mundo malvado, culpable, se halla el «otro mundo», el reino de la divinidad. La dicotomía hombre-mundo fue sencillamente resuelta por Grandier, tajantemente. Era el prototipo del hombre sensual. Su universo, como lo demuestra el registro de su vida, era «el mundo» en el sentido que esta palabra se encuentra en los Evangelios. Mundo y carne. Demonio, no lo fue ciertamente Grandier. Ni tuvo intervención alguna en las contorsiones de Loudun. Ni visitó nunca el convento. Sor Juana intentó llevarle a él cuando murió su capellán. Grandier no aceptó. Surgió entre las monjas del convento la decepción, el rechazo, el resentimiento en una palabra. No sé, es difícil de afirmar a tantos años de distancia. «No hay peor arma que despechos de mujer.» Grandier pagó con su vida las culpas de Loudun, si las hubo. Víctima de las luchas de religión, de las intrigas de la corte, del carácter del Cardenal Richelieu. Los últimos coletazos de la caza de brujas... Grandier fue quemado en la hoguera y sus cenizas esparcidas al viento. Creo innecesario afirmar que las convulsiones siguieron en Loudun y en otras partes de Francia. Y siguen durante todo el siglo XIX. Y en el momento actual.

Hay dos cuestiones a considerar en el convento de Loudun: 1) acto de posesión por los demonios sostenidos por las monjas; 2) la causa de dicha posesión, es decir, las artes mágicas de Grandier. En 1634 ya la gente culta no creía en la posesión de las monjas y estaban convencidas de la inocencia de Grandier. De las personas que iban a presenciar los exorcismos muy pocos creían en la autenticidad de la posesión. *Si no había posesión Grandier no era culpable*. Pero es más, podían ocurrir fenómenos parecidos a la posesión y tampoco sería culpable el párroco. Lo malo es que los exorcistas sí que creían y predicaban y publicaban. Los médicos que visitaron el convento dijeron que todo eran fenómenos naturales. Además, no era posible que el clero secular estuviera de acuerdo con los exorcistas, ni que Grandier hubiera vendido su alma al diablo y se pusiera a hechizar a diecisiete ursulinas de Loudun. El arzobispo de Burdeos estaba convencido de que Grandier era inocente y que las monjas padecían «furores uterinos». El obispo de Poitiers creía que las monjas estaban realmente poseídas y que Grandier era un brujo. ¿Qué decía el Cardenal-Duque? Richelieu unas veces era escéptico, otras crédulo en demasía.

Algunas escenas del convento: cierto día, un exorcista rodeado de monjas y visitantes oyó un ruido ensordecedor. Algo cayó por el agujero de la chimenea, un gato. Todos se estremecieron. Era el minino preferido de las monjas. ¿El mismísimo diablo? El pobre gato fue perseguido, rociado con agua bendita a hisopazos, signado con la cruz y conjurado en latín a marcharse del lugar. Se fue, claro está, ante el peligro de una nueva rociada. Las carcajadas de los presentes fueron... rabelesianas.

Tan excéntrica resultaba la conducta de las monjas, que los padres de las alumnas las retiraron de clase. Un ejemplo: la madre Clara de San Juan, en plena clase de aritmética se reía a carcajadas. En el refectorio, la hermana Marta se enzarzó en una pelea con otra hermana. ¡Con qué alaridos se vapuleaban! ¡Vaya lenguaje que empleaban! El convento era un verdadero manicomio. Los médicos dictaminaron: «Las monjas son víctimas de alucinaciones, pero no creemos que sean debidas a intervención de espíritus ni demonios...» La posesión no parecía real sino ilusoria. Los exorcistas siguieron en sus trece.

Grandier elevó una nueva apelación. Se trataba del artilugio más funesto que la bellaquería logró inventar en el transcurso de los siglos. Grandier permanecía inflexible. No había visto jamás a las monjas ni tenía trato alguno con ellas. «Si tuviera algún demonio a mi disposición —escribió al obispo— lo emplearía para vengarme de las violencias e insultos de que estoy siendo objeto.»

Otro día fue enviado un médico de parte del arzobispo y las monjas se maliciaron que había que comportarse bien. No apareció demonio alguno. El médico lo confirmó. Se prohibieron los exorcismos, como no fueran los señalados por el arzobispo. Prohibición innecesaria, porque durante varios meses no hubo demonio que exorcizar. Los desvaríos de las monjas dieron lugar a una triste situación para ellas. Vergüenza y remordimiento, amén de la convicción de estar en pecado. *Posesas, eran inocentes*. No posesas, tendrían que responder ante Dios de sus actos. Sin alumnas, no tenían dinero ni posibilidad de obtenerlo. En opinión del Arzobispo, eran impostoras o víctimas de melancolía y de una forzada continencia... Habían afrentado a sus familias, que a partir de entonces retiraron las pensiones que les enviaban.

Cierto día el convento recibió la visita del Príncipe de Conde. Se ofició una solemne misa. Las monjas se mantuvieron en la más perfecta compostura hasta la Comunión, momento en que la madre superiora y la hermana Clara fueron presa de convulsiones y rodaron por el suelo bramando obscenidades y blasfemias. Las demás monjas siguieron la tragicomedia, ante el asombro de los presentes, que no dudaron en calificar el espectáculo de danza primitiva o bailes propios de un burdel... El resto de la

historia ya la conoce el lector.

## **CAPITULO IX**

### **CONVULSIONES EN SAINT-MEDARD**

La historia de los convulsionarios del cementerio de San Medardo es alucinante. Muere un sacerdote de dicha iglesia, Francisco Paris, de agotamiento, y es enterrado en el pequeño cementerio contiguo a ella. Había practicado ayunos y penitencias hasta su muerte. Ya durante sus funerales se produce un milagro. Una viuda con un brazo paralizado recobra el movimiento, mientras rezaba por Francisco Paris. A partir de este momento todo París acude a rezar a su tumba. Se producen las conocidas escenas de convulsión, de gritos y alaridos. Es tal el desorden, que la policía, de orden del rey, cierra el recinto sagrado.

Pero el culto trágico-cómico continuó clandestinamente. Flagelaciones, crucifixiones, heridas de floretes —estamos en pleno siglo XVIII— y las gentes, poseídas de un singular frenesí, se entregan a orgías cuyo carácter se remonta a las saturnales y a los misterios de Eleusis...

Estamos también en el Siglo de las Luces. Claman por el progreso profetas como Voltaire, Rousseau, D'Alembert. Época de la razón, pero también de la sinrazón atormentada. Y toda la escena francesa, a pesar de ambos extremos —razón y sinrazón—, transcurre con una cierta ligereza a los acordes de Watteau.

François Paris tuvo una vida extraña. Tal vez fuera un santo varón, pero de muy raro comportamiento. Sus penitencias y sacrificios llegaban al absurdo. No comía más que unos caldos en los que echaba apenas unas acelgas o hierbas del campo con unas migajas de pan reseco. Sus vestidos eran tan pobres y raídos que más que compasión inducían al asco al verlos. No se quitaba el cilicio ni de día ni de noche. Dormía muchas veces a la intemperie en un patio de vecindad o junto a la iglesia a pocos pasos de lo que sería su tumba. En los últimos meses de su vida, un hermano suyo que tenía un puesto en el Parlamento se ofreció para cuidar de él. Tan mal estaba François Paris, que no tuvo ni fuerzas para rechazarlo. A su muerte, el hermano redactó un largo y barroco epitafio en latín. Más de cincuenta versos en alabanza suya... ¿Dónde queda la humildad del «Poverello» de Asís? En toda la vida de François Paris hay cierto tono exhibicionista de su ascesis y de sus penitencias. Por eso decíamos que tal vez fuera un santo varón, pero una peculiar santidad era la suya. Vecina de la inautenticidad.

El personaje sólo es comprensible en el ambiente y circunstancias en que vivió. Probablemente hubiera sido un excelente ermitaño. Su vida en el París de la corte de Luis XV, agitado por las querellas entre jesuitas y jansenistas, resulta, por lo menos, llamativa. La rigidez jansenista y sus anhelos reformistas tenían algo de herejía y mucho de política social y diplomática. Y François Paris era probablemente un jansenista vital o por lo menos su vida manifestó toda la austera sequedad de los adeptos a Port-Royal y a Jansen.

### **LOS «MILAGROS» DE SAN MEDARDO**

El primero, una parálisis braquial, ya hemos visto que se produjo en el funeral y entierro. «Rocé apenas una esquina del féretro —dice la beneficiada, una mujer viuda de 60 años— y me sentí inmediatamente curada.» Una joven, atacada de debilidad general y de convulsiones, en la cual toda la medicina había fracasado, se cura milagrosamente al visitar la tumba. Pero esta joven tenía un hermano sacerdote que refutó, punto por punto, el supuesto milagro. «No me importa enfrentarme con un partido tan poderoso como éste», dijo. Y afirmaba que se trataba de un caso de auto-

sugestión de Ana Lefranc, su hermana.

A los obispos no les gustan los milagros fáciles y menos los que se producen en sus propias diócesis. El cardenal mandó cerrar la casa de François Paris para evitar peregrinaciones y declaró lo siguiente, que resumo en aras de la brevedad: «Un hombre en rebelión contra la Iglesia murió cismático.<sup>48</sup> No penséis que voy a tolerar que se le venere en mi diócesis como un santo. Ni que examine esos pretendidos milagros...»

Pero los «milagros» continuaron y las pasiones se desencadenaron más y más. Porque lo que había que discutir no era la santidad del diácono París, sino demostrar la superchería de los que visitaban su tumba y curaban milagrosamente. Y un nuevo milagro se produce y traspasa las fronteras. Me refiero al de un joven aristócrata español. Su padre desmiente tal milagro, pero ya se habla del diácono Paris allende los Pirineos. Y otro extraño fenómeno se produce, el de una joven viuda que al echarse sobre la tumba queda paralizada de ese lado. «Yo tenía intenciones culpables y por eso he sido castigada», confiesa cuando la llevan frente al altar mayor. O sea que los «milagros» se producen de modo alterno, positiva o negativamente.

En resumen, que a pesar de los anatemas arzobispales, confesiones y declaraciones de unos y otros, a favor y en contra, las peregrinaciones a San Medardo siguen durante cuarenta años o más. Ciegos, sordos, mudos, paralíticos, esperan la salud junto a la tumba del diácono Paris, al que llaman ya Beato. Las inservibles muletas se amontonan a pocos pasos de allí. Las contorsiones se multiplican y potencian con el espectáculo. En todas las edades. En ambos sexos. Estamos asistiendo a una plena exasperación convulsionaria.

Al propio tiempo se multiplican también las escenas eróticas. Hay innumerables escenas de desnudismo, al menos parcial. Las mujeres dejan al descubierto, dice un cronista de la época, «algo que deben ocultar». Otro relato de la época califica de «indecentes» las actitudes y posturas de ciertos convulsionarios y recomiendan que intervenga la autoridad moral, religiosa y civil. ¡Brujería! ¡Demonios!, claman voces en la ciudad de París.

Y sigue la peregrinación. Aristócratas, damas que frecuentan los salones literarios del siglo XVIII en París, miembros del gobierno y de la realeza, intelectuales y escritores. Y científicos. Todos quieren ver por sus propios ojos «aquello que se produce en San Medardo». Extraño espectáculo, repito, que tiene lugar a la luz de las antorchas y con un sonido de fondo de ladridos, aullidos y mugidos que son apenas humanos.

Acude la medicina oficial. Un célebre cirujano de París afirma que ha visto ciertas convulsiones, que ningún ser humano sería capaz de realizar, a menos de estar sometido a un poder extraordinario, demoníaco o no. Un ejemplo son los giros de cabeza sobre el eje del cuello a gran velocidad y su detención con la cara en la espalda y la nuca en el pecho.<sup>49</sup>

El 27 de enero de 1732, Luis XV promulga la famosa orden de clausura, que se ejecuta dos días después. El cementerio está cerrado y no debe abrirse más que para un entierro previa orden del Rey. La autoridad eclesiástica siguió al Rey, y el 30 de enero condenaba el culto al abate Paris y también los libros sobre su vida y milagros que habían sido publicados un año antes.

Es el momento de la famosa «pintada» en el muro del cementerio. «De par le Roy défense a Dieu de faire miracle en ce lieu.» A lo cual contestó otro abate, cuando le enseñaron el epigrama, con este jugoso comentario: «Lo que encuentro más divertido es que Dios haya obedecido».

<sup>48</sup> Se refiere a la bula «Unigenitus», vid. más arriba.

<sup>49</sup> Este fenómeno de rotación de la cabeza, independientemente del tronco, esta muy bien logrado en la película «El exorcista».

Poco a poco la gente se cansó de la persecución de la policía. Los visitantes se hicieron más raros. El fuego fatuo de San Medardo se extinguió por falta de ambiente propicio. Llegaban los tiempos de Charcot y las convulsiones de la Salpêtrière. Nuevas técnicas, más médicas. Igualmente espectaculares.

Los convulsionarios no fueron exclusivos de París. También en algunas provincias francesas —y en otros países— se manifestó este fenómeno. Por ejemplo en Lyon coincidieron con el galicanismo y jansenismo de la ciudad, pero de forma subterránea. También en Provenza y curiosamente en Loudun, foco de perturbaciones de las que hablamos más arriba y que pertenecen al siglo anterior. Hubo también famosos profesores «iluminados», para los que Bonaparte era un Anticristo. Se llegó a crucificar a alguno de ellos.

Poco más tarde surgió el grupo de Farein o «Pequeña iglesia», que todavía tiene algún adepto en la nación vecina. Otra extraña aventura que contaminó a toda Francia, con la agitación posterior que es conocida. Puede resumirse así: «Fuerte y rígida moralidad, pocos dogmas, poca práctica religiosa y meditación en lugar de oración» es su lema. ¿No piensa el lector que esta frase tiene, además de un sentido jansenista, un cierto regusto antitrentino? Nunca el Concilio de Trento cuajó en Francia como en nuestro país. Pero analizar este tema nos llevaría muy lejos y fuera del objeto de este libro. Basta con señalar el fenómeno que dio lugar, tal vez, a los jansenistas y otras desviaciones.

La «Pequeña iglesia» habla, cómo no, de los elegidos. Promesas y misericordia para ellos, que son aquellos que siguen el estrecho camino de la rígida moral. Castigos, amenazas y tinieblas, para el gran número de los que recorren el camino fácil en la vida. Este es el secreto de la esperanza para los elegidos.

Ya en pleno siglo XIX se produce en Saboya un eco de la posesión que considero importante recordar aquí. Una pastorcita de 10 años de edad se está preparando para la primera comunión. Súbitamente tiene una crisis de letargia que la deja como muerta. El mal se contagia a dos compañeras de clase. La fase de somnolencia se combina con accesos convulsivos y sonambulismo. Rápidamente se extiende el mal a los adultos y sobre todo a las mujeres. Era el año 1850.

¿Fue un episodio de posesión diabólica o de miedo a la posesión? Todos los signos de la misma están presentes, especialmente el más significativo de ellos según todos los demonólogos: hablar lenguas que no se conocen. Una de las mujeres comienza a hablar árabe. Y uno se pregunta si en aquel tiempo y en aquella región había muchas gentes que dominasen dicha lengua... Los sacerdotes comienzan a hacer exorcismos, que con su espectacularidad y dramatismo provocan nuevos casos de posesión. Hay una verdadera epidemia que se extiende a los animales domésticos. Las vacas no se dejan ordeñar por las posesas. Se secan sus ubres y las gallinas ya no ponen huevos...

Hacia el año 1861 la situación es extremadamente grave, tanto que el prefecto de la Alta Saboya pide ayuda al gobierno de París, que envía al doctor Constant,<sup>50</sup> inspector de Manicomios. Este decide aislar a los más agitados y furiosos. Deciden también que intervenga el ejército. Y califica así a los convulsionarios: «Tienen un aspecto grave y serio, propio de la región que habitan, lo que les hace tener un sello especial y parecen pertenecer a una vasta comunidad religiosa.» (!)

Los exorcistas perseguidos, pasan de Saboya al cantón de Vaud en Suiza. La ciudad de Morzines, cuna de las convulsiones, se queda tranquila. Pero todavía hoy, cuando uno se pasea por Aix-les-Bains, Annecy o cualquier otra ciudad de la Saboya francesa, se oye a los niños de la calle cantar «a la rueda rueda». El tema es el de «los

---

<sup>50</sup> No he podido comprobar si tiene alguna relación con Eliphaz Lévi, seudónimo de Alphonse Constant.

diablos de Morzine»...<sup>51</sup>

La zona occidental de Francia queda casi indemne a las convulsiones. En la Vendée, región monárquica y católica tradicional, nadie cayó bajo la influencia jansenista. Tal vez en la costa aparecieron algunos núcleos de brujería seguramente por influencia británica, portadora de brujas nacidas en el Middleland escocés o junto al lago de Ness. Porque en la Vendée su orgullo de cristianos viejos, les mantuvo tan erguidos que fueron incapaces de temblor ni convulsión. Ciertamente es que de vez en cuando surgieron profetas de la «Vieja Iglesia» y de la «Pequeña Iglesia», pero su voz se acalló pronto ahogada por las plegarias de los «Chouans». Y aunque en alguna rara ocasión llegara a manifestarse la agitación convulsionaria, nunca llegó al nivel de los diablos orientales. Me refiero a los diablos del Oriente de Francia.

---

<sup>51</sup> ¿Viejas reminiscencias de la herejía «valdense»? En otra parte hablamos de ella. Tuvo su origen en la Edad Media, en el Delfinado y el Piamonte. Se unieron a los calvinistas a partir del siglo XVII.

## CAPITULO X

### LOS EXORCISMOS Y EL SIGLO DE LAS LUCES

*¿Quién será el valiente que nos librá de los monstruos y quimeras que tratan de aplastar a la Física?*

VOLTAIRE

#### EL PADRE JUAN JOSÉ GASSNER

En el siglo XVII se multiplicaron los exorcismos contra los posesos y contra los «obsesos», como se llamaba a los que hoy calificamos de enfermos. Los primeros se decía que tenían que hallarse «poseídos por el demonio» y los segundos «sitiados por él», indicando involuntariamente la falta de libertad del enfermo mental, cualquiera que sea su clasificación.

El «Rituale Romanum» citaba tres manifestaciones que eran signo de posesión: el conocimiento súbito de lenguas extrañas, la publicación de cosas secretas —es decir el conocimiento de lo lejano y oculto— y la posesión de fuerzas extraordinarias, superiores a las que por su edad y condiciones físicas era lógico que poseyera el sujeto. Todos estos casos constituían un grave motivo de pecado.

A pesar de la oposición de la Iglesia, de los teólogos romanos y de los obispos y cardenales, los exorcismos se fueron extendiendo. El caso más singular para la psiquiatría, porque constituye una base para la historia del «mesmerismo»<sup>52</sup> fue el del párroco Juan José Gassner, que nació en el año 1727 en Voranberg y que estuvo enfermo de gravedad en Dörrsucht. Todos los remedios que contra su enfermedad se emplearon tuvieron el más rotundo fracaso, hasta tal punto que sus familiares y amigos empezaron a creer que todos sus males se debían al demonio. El párroco mismo se creía poseído por Satán. Buscó en el Ritual Romano y encontró las fórmulas para los exorcismos. En su tiempo ya no se empleaban o se usaban apenas.

Gassner, en su desesperación, y viéndose en manos de Satán, recurrió a los olvidados exorcismos con un éxito extraordinario, tanto que le llevó a ejercerlos con otros enfermos. Su método curativo consistía, sobre todo, en confiar en el nombre de Jesús, nombre que ningún demonio era capaz de resistir. En su práctica posterior era decisivo para Gassner, discriminar primero entre cualquier enfermo auténtico que se le presentara y los casos de posesión demoníaca. Preguntaba al enfermo sobre su enfermedad, le ponía la mano encima, ocasionalmente la agitaba y ordenaba al demonio, en el nombre de Jesús, que se manifestara. Repetía diez veces la orden, acompañada o no del movimiento de la mano. Si el enfermo no curaba es que se trataba de una enfermedad auténtica y el enfermo era enviado al médico. *Ningún demonio era capaz de resistir el nombre de Jesús.*

Ahora bien, si aparecían algunos signos de auténtica posesión demoníaca, como convulsiones o contracciones de los dedos o tumbarse sobre el suelo u otras demostraciones maléficas como las blasfemias, iniciaba los grandes exorcismos del Ritual Romano, empleando muchas veces fórmulas más abreviadas como ésta: «En el nombre de Jesús, te ordeno que te escapes de aquí, espíritu condenado e infernal. ¡Jesús! ¡Jesús!» En ocasiones, Gassner, para aumentar la eficacia del exorcismo, decía estas frases gritando.

Como tenía mucho éxito, Gassner recibió el permiso del obispo de Chur para

<sup>52</sup> Vid. «Freud y sus ocultos dioses», Ed. Planeta, 1975, donde hay una amplia referencia al mesmerismo.



realizar una gran excursión curativa en el año 1774.

El viaje fue por las tierras ribereñas del Rin. El primer lugar donde se detuvo fue en Meersburg, donde había una residencia episcopal. Knallen, empleado de la secretaría del obispo, repartió por la ciudad unos papeles que decían: «Generales, prebostes, canónigos, barones y baronesas de Constanza y los demás clérigos y ciudadanos que esperan a que llegue su salvador dentro de diez días. ¡Ya ha llegado!» El obispo de Meersburg, Cardenal Franz Konrad von Rodt, que era partidario de las nuevas ideas de la Ilustración, se mostró muy escéptico y contrario a los nuevos métodos de Gassner —que no eran tan nuevos—. Escribió a su colega el obispo de Chur con toda reserva, que no estaba de acuerdo en principio con todas aquellas curaciones que pretendía lograr Gassner, expulsando a Satán de los cuerpos de aquellos desgraciados. Sin embargo, Gassner logró un gran éxito en el convento de Salem, donde un representante del Príncipe le permitió la entrada y la permanencia en Ellwangen. Allí trató a 23 000 enfermos en menos de nueve meses...

En el año 1775, multitud de gentes iban a visitar al Padre Gassner a Ellwangen, pues tenía fama no sólo de gran curandero sino de realizar verdaderos milagros a base de exorcismos. Gassner debía de ser una personalidad singular. Ejercía sus exorcismos y demás maniobras delante de sacerdotes protestantes y católicos,<sup>53</sup> de médicos, de nobles y de burgueses. Un público ligero daba cuenta de todo lo ocurrido. Si entre ellos había algún escéptico, me figuro que no se haría muy visible.

En el fondo Gassner era un cura modesto y operaba de una manera muy sencilla. Una de las enfermas que era monja, había sido obligada a abandonar su comunidad religiosa por unos ataques que se le presentaban de vez en cuando. Gassner primero la obligó a arrodillarse y le preguntó brevemente por su nombre, por su enfermedad y por las demás particularidades que le ocurrían y que ella estimase importantes. Después pronunciaba en latín una frase que venía a decir, poco más o menos, que si algo preternatural ocurría en su enfermedad, le ordenaba en nombre de Jesús que se manifestase inmediatamente. La enferma comenzó a tener convulsiones, lo cual para Gassner era la demostración evidente de que estaban provocadas por el espíritu maligno y no por una enfermedad natural. A continuación trataba de obtener el dominio del demonio, ordenándole en latín que produjera convulsiones en varias partes del cuerpo, órdenes que eran puntualmente ejecutadas. Así, el mecanismo psicológico que se podía dar de esta explicación es bastante claro. Si el demonio se volvía obediente, podía posteriormente ser expulsado del cuerpo de la enferma.

Gassner escribió un libro clasificando las acciones preternaturales en: «circumcessio», que consiste en la imitación de la enfermedad natural causada por el demonio. «Obsessio» que es el efecto de la brujería y «posessio» que es el efecto de la posesión diabólica. Para él, ésta era la idea que trataba de infiltrar en la mente de sus pacientes. El nombre de Jesús era el que había de causar la eliminación de estos trastornos producidos por el demonio.

Gassner tuvo mucho éxito y contó con abundante protección eclesiástica, aunque también con grandes enemigos, como el teólogo católico Sterzinger, que ofreció una fuerte resistencia al uso de los exorcismos en la curación de los enfermos y pronunció violentas conferencias contra los que creían en brujas y en demonios. El obispo de Chur publicó su correspondencia reservada con el cardenal von Rodt. En un escrito de 1775 se hizo la propuesta de encargar al doctor Mesmer la investigación de las pretendidas expulsiones de demonios practicadas por Gassner. Precisamente, Mesmer se hallaba en Meersburg en agosto del mismo año, para presentar en su residencia los éxitos que estaba obteniendo con el «magnetismo animal». Como había alguna relación entre la

---

<sup>53</sup> Chur está en el cantón de los grisones, mayoría católica, pero cerca están los cantones protestantes, como Zurich.

familia Mesmer y la del cardenal von Rodt, se le ofreció a aquél ir a Munich a deshacer el mito de Gassner, en nombre de la ciencia.

El Príncipe José de Baviera nombró una comisión para averiguar lo que ocurría y el doctor Mesmer fue invitado a tomar parte de ella. Con su nuevo descubrimiento del magnetismo animal, volvió a Constanza y a lo largo del Rhin, hasta llegar a Munich, para realizar curas maravillosas durante el año 1775. Gentes simples, pero también otras importantes, veían desaparecer sus síntomas como por ensalmo ante el «magnetismo» de Mesmer. El padre Kennedy, secretario de la Academia de Munich, que sufría convulsiones, se vio libre de ellas.

Mesmer convenció con sus prácticas al Príncipe de Baviera y a la Academia de Ciencias bávara. Afirmó que en sus experimentos no había engaño, ni intervención de poderes extraordinarios, ni sobrenaturales. En todo caso se trataba de experiencias pertenecientes *al orden natural*. El pobre Gassner se vino abajo.

En Baviera se prohibió el estudio y el empleo del exorcismo. Más tarde el Emperador José II de Baviera lo prohibió en todo el Imperio de tierras alemanas. El papa Pío VI lo prohibió también en sus escritos. Mesmer fue nombrado miembro de la «Academia de Ciencias». La Ciencia había triunfado, al parecer, contra la Demonología.

Piénsese del fenómeno lo que se quiera. Opinen mis lectores sobre lo que acabo de relatar. Lo cierto es que el padre Gassner murió como un hombre piadoso y sin pretensiones de ninguna clase. Y fue a partir de entonces cuando Mesmer adquirió toda su fama e importancia, especialmente en París. Pero también a él le llegó la hora de la desgracia y tuvo que salir de Francia hacia su tierra natal, Alemania, donde apenas se le recuerda en la actualidad más que como un curandero. Así transcurren las veleidades intelectuales, mágicas o de cualquier otro estilo.

Porque la verdad es que el magnetismo de Mesmer y él mismo son hijos, quiérase o no, del ocultismo, de las sectas de iluminados y alumbrados, de la teosofía. A pesar de su apariencia científica. Porque no olvidemos que el siglo de las luces fue también el siglo de las brujas e iluminados y de tantas otras sectas esotéricas.

El racionalismo convive con el irracionalismo. Es el siglo de Weishaupt, enemigo de Dios y sus leyes, sectario creador de ocultos grupos. El siglo de Cagliostro, de los fantasmas, de los vampiros, de la alquimia y de la magia. Nunca hubo tantas profetisas. Jamás tantas discusiones doctrinales, ni oradores de mitos. El hombre se volvió idólatra porque se olvidó de rezar a Dios. Las magias, las más subterráneas, quieren convertirse en pura ciencia. Las «Sociedades de la Harmonía» (*sic*), recuerdan a las religiones de los misterios. Mesmer es un taumaturgo cuando se cree un científico. Quiere devolver la salud a los enfermos y sueña con la armonía y la felicidad universal. Su famoso «baquet» es la panacea universal, piedra filosofal que irradia un fluido para procurar, como la alquimia, una vida sin fin. «Apariciones maravillosas, éxtasis, inexplicables visiones» es lo que piensa producir Mesmer. «Fuente de error, absurdas opiniones, trampa», dicen sus contradictores. Y, sin embargo, a pesar de todo, Mesmer murió fiel a una religión de la cual se sentirá apóstol hasta el fin: la religión de la Ciencia.

## LOS ILUMINADOS

El siglo de las luces es el de los Iluminados. Queriéndose mostrar el siglo XVII como racional, fue uno de los más infiltrados de irracionalismo. Las gentes se apasionaron por el «tarot», los fantasmas y vampiros. ¿De dónde viene esta nueva pasión por lo oculto y misterioso? La llegada de las «luces» con un carácter cada vez más desacralizado *deja insatisfecho íntimamente al hombre*. Florecen por lo tanto las

más absurdas magias y direcciones ocultistas. Por otra parte nace la Enciclopedia que llevará a través de Voltaire y Holbach, entre otros, hacia la técnica industrializada del siglo XIX. El cientifismo será el contrapeso de tan absurdas maquinaciones ocultistas.

Polvos para engendrar una corriente simpática, manos impuestas por doquier para curar a los enfermos, magnetismo animal, todo ello son manifestaciones de un deseo taumatúrgico que se ha olvidado de Dios. Alguno de ellos —Gassner y Mesmer— son bienintencionados. Otros son impostores como Cagliostro y hay otros que presumen de su poder magnético y mistagogo sin poseerlo realmente.

André Chénier no se equivocó al juzgar a la asociación constituida en torno a él. Era una misteriosa gradación que conducía a las Sociedades de la Armonía. Percibió una unidad interna en el «ocultismo» (feliz vocablo lanzado por Eliphas Lévi). «Hay que decir lo antes posible una poesía sobre la superstición... Nuestro siglo no tiene motivos para vanagloriarse... En las tierras heladas del Norte habitan cerebros enfebrecidos... Magnetismo. Martinismo... Swedenborg y Cagliostro...»

Mesmer no se consideraba un «iluminado» ni trataba de revivir supersticiones, sino de devolverlas a su lugar, según sus ideas. Quería deshacer las ideas desfiguradas y encontrar la verdad tras de tanta superstición, aunque luego cayese en ellas. Quería curar a los enfermos y crear una sociedad feliz. Pero la ciencia oficial le trató de charlatán. Junto a él se producían fenómenos más que extraños. Las crisis magnéticas producían apariciones, éxtasis y visiones inexplicables. No *servían más que para fomentar el absurdo y la superstición*.

La oscuridad de tales fenómenos y tanta ridícula opinión no sirvieron más que para engendrar prejuicios religiosos y políticos. En una palabra, el mesmerismo fue *una forma de política*. La lista de hombres que participaron de él, vistos al menos desde ahora, están todos teñidos del mismo color. Muchos científicos se adhirieron a él, no por razones científicas. Otros no se atrevieron a enfrentarse con un movimiento que, por lo menos en un principio, había prendido en las masas.

Déleuze señalaba la diferencia que separaba la historia crítica del magnetismo de las creencias que se tenían sobre el misticismo de sus contemporáneos. El magnetismo y las opiniones de los iluminados no son tan distintos, puesto que la acción magnética, causa natural de los fenómenos, conduce a los hombres hacia una filosofía oculta. El famoso Saint-Martin decía que el sonambulismo se debía a una causa oculta, creando una disposición a la credulidad, que le abría las puertas del misticismo. Los hombres que no creen son materialistas, decía, y sólo creía en los teósofos que injertan divinidad en la creencia y que proveen de poderes ocultos.

Voltaire decía en una carta escrita a D'Alembert en 1776: «¿Quién será el valiente que nos libraré de los monstruos y quimeras que tratan de aplastar a la física?» El valiente no fue seguramente Mesmer. La idea madre que fue el magnetismo animal es la propiedad que hace susceptible el cuerpo a los influjos celestes y a la acción recíproca entre ellos y el medio, manifestadas por su analogía con los imanes. El sonambulismo artificial no resiste más que el magnetismo animal, puesto que se basa en él. Mesmer detuvo su esfuerzo científico a mitad de camino. Abandonó las propiedades misteriosas del fluido universal y trató de conseguir una fuerza igual a las demás fuerzas de la naturaleza. *El fluido universal, desprovisto de sus atributos metafísicos, es un monstruo quimérico de la física*. Decía bien Voltaire en la carta citada más arriba.

En la actualidad los espiritistas y los metafísicos siguen creyendo en el fluido universal, con sus cualidades de siempre, de carácter metafísico, mejor aún *metapsíquico*. Así se explica el hipnotismo, la sugestión, la transmisión del pensamiento y otros fenómenos paranormales que estudia la parapsicología.

El punto común entre la doctrina mesmérica y la de los teósofos radica en el

papel acordado a la acción de la voluntad, indisociable de la imaginación. Esta acción de la voluntad puede explicarse sin tener en cuenta el fluido teosófico, ni el mesmerismo, *sino simplemente teniendo en cuenta los factores psíquicos conscientes e inconscientes.*

Es curioso que ya en 1789 y en un excelente tratado sobre la secta de los «iluminados» se dijera lo siguiente: «el magnetismo es un pretexto de reunión. El fin era una exhortación a remontar las fuentes ocultas a toda luz y escondidas en la teosofía». Para Mesmer ya sé que no fue así. Para los demás es casi seguro y confieso que el pretexto era excelente.

El iluminismo preocupó a unos y a otros. Los hechos paranormales suponen la *existencia de la fuerza espiritual* y esto no gustaba a los materialistas ilustrados. Si tal corriente penetrase en la psicología contribuiría a que se convirtiese —¡terrible posibilidad para ellos!— en la ciencia del alma. En cambio, los espiritualistas ya lo estaban esperando impacientes. Ciertamente el iluminismo es peligroso. En el año 1826, el obispo de Moulins publicó un «Monitum» contra tales tenebrosas invenciones, misteriosos descubrimientos de pretendidos sabios modernos, adeptos del materialismo y corruptores de la moral. Y continuaba tonitruante: «tan bien acogidas en el momento en que se preparaba nuestra desdichada Revolución,<sup>54</sup> aparecieron todas estas prácticas tenebrosas tan favorables al iluminismo».

En cambio, el Padre Lacordaire atribuía a los fenómenos del magnetismo animal un valor apologético. Desde su famoso pulpito de Notre-Dame clamaba en 1846:<sup>55</sup> «Sí, señores; por una providencia divina contra el orgullo del materialismo... Dios ha querido que hubiera en la naturaleza fuerzas irregulares, irreductibles a fórmulas precisas, casi indiscutibles por procedimientos científicos... fuera incluso de la religión hay en nosotros luces de un orden superior, de crepúsculos impresionantes en el mundo invisible, especie de cráter por donde nuestra alma escapa a los límites del cuerpo, vuela por espacios que no puede comprender y de los cuales no se acuerda más que de la advertencia que el orden presente encierra un orden futuro ante el cual el nuestro no es sino la Nada.»

Pues bien, el fundador de la moderna parapsicología, Rhine, habla a fines del siglo XX con palabras de Saint-Martin y Lacordaire. Señalemos tan sólo que la hipótesis «idealista» o la «materialista» en psicología no debe confundirse con la dicotomía materialismo-espiritualismo en filosofía. Una cosa es la existencia del espíritu y otra el estudio de *las manifestaciones de orden sensible del espíritu.*

## MESMER COMO «MÉDIUM»

Mesmer era un «médium». La afirmación es tan poco frecuente que creo necesario reproducir un testimonio de la época. Mesmer decía un día a sus adeptos y a sus enfermos, lleno de entusiasmo, que puesto que le preguntaban sobre ello, estaba obligado a decir la verdad: «Yo veo los objetos a través de las paredes de una casa o de los muros de una fortaleza.» Testigos presenciales lo han escrito.

La *endoscopia* es la propiedad que tenían los sonámbulos de ver por dentro del cuerpo. Los primeros años de «sonambulismo» aportaron pocos datos, probablemente por falta de atención en los observadores o por poco material. Incluso en el abate Faria se encuentra la elaboración de un pensamiento adivinatorio inconsciente. Y con Bertrand y Mesmer señalaron los siguientes puntos sobre el sonambulismo y sus efectos:

<sup>54</sup> Inútil parece decirlo. Este «Monitum» se publicaba en el momento de la Restauración de los Borbones... y el rey Carlos X, famoso por su piedad.

<sup>55</sup> También en los tiempos de la monarquía liberal de Luis Felipe de Orleans.

1. un estado diferente de la conciencia, puesto que su memoria es más extensa;
2. el sonámbulo despierto no se acuerda de lo que le ha pasado;
3. las facultades intelectuales, si se las estimula, les hace inventar cosas que realmente no han efectuado;
4. el inconsciente denota una percepción del sistema neurovegetativo más intensa que la corriente;
5. la sensibilidad externa es otra que la de la vigilia. Se puede observar hiperestesia, hipoestesia y anestesia;
6. hay variaciones del tono muscular.

La doctrina de Mesmer fruto de sus experiencias, tal vez propias de un «médium», presenta en todo caso un aspecto ambiguo. Por una parte tiene un aspecto «místico» y por otra, el mismo Mesmer trata de hacerlo «natural». Efectivamente, se trata de acercar dos instancias opuestas, *pero del mismo proceso*: los fenómenos magnéticos del imán y los fenómenos de inspiración en el recto sentido del término. *Transmisión de vivencias y pensamiento*. En este sentido el fenómeno ya se encuentra en Platón, que identifica entusiasmo con magnetismo.

En el «Ion», Sócrates dice a un famoso poeta: «Esta facultad que posees no es un arte, sino una potencia que te viene de Dios y que te sacude y pone en movimiento o estado de trance. Del mismo modo lo hace la piedra que ha sido llamada "magnética" por Eurípides y que se llama más frecuentemente piedra de Hércules. Esta piedra no se limita a atraer los anillos de hierro, sino que hace pasar a través de ellos un poder que les capacita para producir el mismo efecto que la piedra. De tal manera que, a veces, se forma una ringlera de anillos unidos unos a otros y que no hacen sino transmitir la fuerza que viene de la piedra. Pues bien, del mismo modo la Musa hace que en algunos hombres resida la divinidad y por intermedio de ellos se forma una fila de otras gentes que, a su vez, reciben a la divinidad.»

Mesmer utilizó el mismo simbolismo de la inspiración para su magnetismo animal. «Considerando la influencia recíproca y general entre los cuerpos y que el imán representa un modelo de la ley universal de esa atracción y que el cuerpo animal tiene capacidad de reproducir propiedades análogas, creo que está justificado hablar de *magnetismo animal*. He adoptado esta designación para el sistema o influencias que dicha propiedad tiene. Además, para designar el método de tratamiento.»

## MESMER Y CAGLIOSTRO

Ambos fueron unos personajes fuera de medida en el siglo XVIII. Mesmer era grandote como buen alemán de origen. No se parecía a Cagliostro que era más pequeño de talla y de color cetrino. Eran, podríamos decir, dos personajes de leyenda, quizás un poco falsificada en su tiempo. Y desde luego, después. La diferencia entre ambos es notoria y ya se supone por dónde van mis preferencias. Cagliostro es un síntoma de lo que como yo acabo de señalar, fue el siglo XVIII, en su ala negra. Al siglo XVIII tan próximo a nosotros, al «siglo de las luces» pertenecieron ambos y sus figuras son más bien contrapuestas en muchos sentidos. Los dos pertenecían a logias masónicas y como era frecuente en aquel tiempo, frecuentaban los círculos de los iluminados. Cagliostro era un iluminado, pero también un embaucador.

Mesmer, en cambio, era un médico auténtico. Había estudiado en la Facultad de Medicina de Viena. Estaba al tanto de la física, de la filosofía y de la teología de su tiempo. Es cierto que estudió también ciencias más o menos prohibidas en los distintos lugares en que vivió; la astrología y la alquimia. Había nacido como hemos visto cerca del lago de Constanza. Su padre era un guarda del Arzobispo. No muy contento con sus clases, un día de asueto que se tomó, encontró un argumento para su futura teoría del

magnetismo animal. Acercándose a un enfermo que su cirujano estaba sangrando, se dio cuenta de que la corriente de sangre se enlentecía cuando él se acercaba y que dicha corriente era mucho más rápida cuando él se alejaba. Y Mesmer pensó que debía de poseer un poder parecido al de los magos y curanderos.

Los jesuitas de Dillingen le recibieron en sus clases en 1752, para el estudio de la teología que continuó luego en Ingolstadt. Pasó a estudiar filosofía en 1753, obteniendo el diploma de doctor seis años después. Siguió estudiando en Viena, obteniendo el título de doctor en medicina en 1766. Su tesis fue sobre el tema «De planetarum influxu» y mereció una nota brillante y los elogios de sus maestros. No hay que olvidar en este comentario, que Mesmer procedía del mismo país que Paracelso y Goethe. De sus viajes y estancias en París he hablado extensamente en otra parte (6) y a ella remito al lector.

El ansia de lo maravilloso creció durante los años 1783-1784. La acupuntura se extendió por Europa. Cagliostro se puso a ejercer la medicina en París, protegido por algunos aristócratas y por el mismo Mesmer. Fue, por entonces, cuando comenzaron a pulular los establecimientos para la cura de las enfermedades —de todas las enfermedades— por medio del magnetismo animal. En París, en Estrasburgo, en Viena y en Berlín, por no citar sino los más importantes. Junto a ellos surgían y funcionaban con un encendido mutuo las «Sociedades de la Armonía». Muy famosos fueron los establecimientos de Burdeos y de Lyon. A través de la guerra de independencia americana y en brazos del general De la Fayette llegaron a Norteamérica. Cuentan que este general llevó a George Washington a visitar alguno de los centros magnéticos y «Sociedades de la Armonía» tras la firma del Tratado de Versalles. Actualmente en diversas ciudades americanas funcionan Clubs con el nombre de «Harmony». Por supuesto que nadie conoce su origen, al menos aquellos a los que yo he preguntado.

De nuevo se organizaron grupos de estudio para analizar científicamente estos estudios sobre el magnetismo. Se aseguraba que las convulsiones de los enfermos se debían a los «toques magnéticos» pero también a la imaginación, a la imitación y al contagio. Las críticas comenzaban al mismo tiempo que el éxito. En los finales del año 1784 hubo nuevas discusiones entre los diferentes grupos. Las cuentas de la «Sociedad de la Armonía» no estaban claras y el Marqués de Puységur propuso entregar una cantidad fija a Mesmer para liquidar el asunto. Las gentes empezaron a tomar a broma todo aquello. Comenzaban los días agitados, previos a la Revolución Francesa que ya estaba próxima. Mesmer tuvo que huir al extranjero y refugiarse en Suiza. Murió a los 81 años según le había vaticinado una gitana y ni siquiera pudo aceptar la propuesta de enseñar en Berlín.

El conde Alejandro de Cagliostro no era conde. Su verdadero nombre era José Balsamo. Había nacido en Palermo y murió en Roma a fines del siglo XVIII. Su vida es muy poco conocida, si bien ha sido excelentemente novelada. Fue hijo de un pobre tendero y apenas iniciada su juventud se hizo fraile enfermero. Y se creyó médico. Su vida libertina le alejó pronto del convento de los hermanos de la Misericordia y hubo de exiliarse. Recorrió toda Europa y parte de Oriente. Cantaba las alabanzas de un elixir que lo curaba todo y al que llamaba «Fuente de Juventud». Los secretos «curativos» de su panacea también le acarrearón diversos sinsabores. A pesar de ellos empezó a tener una gran fama. Llegó a Estrasburgo y de allí a París en 1785 donde tuvo una excelente acogida especialmente entre las gentes de alta sociedad. Iba siempre acompañado de su criado y ambos fastuosamente vestidos a la manera oriental. Cierta día preguntaron al criado si era cierto que su señor vivía desde hacía 500 años. Contestó que no lo sabía porque él sólo estaba a su servicio desde hacía 125 años...

En París, Cagliostro se mezclaba con los movimientos masónicos muy en boga

por aquel tiempo, pero fundó una logia de masonería egipcia «mucho más antigua que la vuestra y a la que yo pertenezco hace siglos». Sus trapacerías le llevaron a la cárcel de la Bastilla y luego al exilio en el año 1786. Volvió a su vida errante. Hacia el año 1789 llegó a Roma donde el tribunal de la Inquisición le condenó a muerte en 1791 «por iluminado y por masón». Pero la pena le fue conmutada por la de cadena perpetua. Ingresó en la cárcel de San Leone en las afueras de Roma y allí murió en el año 1795.

## CAPITULO XI

### FREUD Y EL OCULTISMO

#### EL OCULTISMO

La palabra deriva del latín y significa lo mismo en castellano. Oculto, fue empleada por vez primera por un escritor francés del siglo pasado que se ocultó bajo el seudónimo «Eliphas Lévi».<sup>56</sup> Publicó su gran obra «Dogme et rituel de la haute magie» en 1856 el mismo año que nació Freud. Sin embargo la palabra «ocultismo» ya estaba empleada en el famoso tratado de Agrippa «De occulta philosophia», pero se había perdido su uso desde el siglo XVI. En el ocultismo se incluyen pitagóricos, gnósticos, kabalistas, herméticos, alquimistas, astrólogos y, por supuesto, todos aquellos fenómenos que tienen que ver con la magia.

Freud nació con buena estrella. Conservaba al nacer la membrana amniótica pegada a la cabeza, lo que se considera en muchos países como signo de suerte.<sup>57</sup> Incluso de llegar a alcanzar la fama. La idea de un destino de excepción ya pasó por la imaginación de su madre. «Una vieja campesina dijo a mi madre que yo sería un gran hombre», dice Freud en su libro «Interpretación de los sueños». Y más adelante insiste: «Mis padres me habían llevado una tarde a uno de los cafés del Prater. Un hombre iba de mesa en mesa y por unas perras adivinaba el porvenir, improvisando unos versos sobre el donante. Predijo que yo sería ministro.» Y añadía que probablemente tal clase de profecías debían de ser imaginadas por las madres deseosas del éxito de su hijo, sin contar con la ganancia que producían a los «profetas». En su libro «Sueño y ocultismo» se pregunta si no debe haber algún interés hacia las cosas religiosas. «Sospechamos que uno de los fines del ocultismo es ayudar a la religión amenazada por el progreso del pensamiento científico.» En otro lugar, se refiere a la religión como «la negra marea del ocultismo». Y sin embargo, Freud se vio profundamente influido por la mística judía y no quedó indemne al impacto de lo sobrenatural, por lo menos no tan indemne como él pensaba. Influido estuvo también por la «Kabbala» y muchos temas de este libro están reflejados en el psicoanálisis. Un ejemplo entre otros es el de la importancia dada a la sexualidad. Probablemente fue un fermento en el pensamiento de Freud, aunque no fuera consciente de ello. Recuérdese el valor que se da a los signos cabalísticos como las letras y los números y lo sensible que Freud era a las fechas nefastas.

La conducta de Freud frente al ocultismo mostró siempre «una exquisita oscilación entre el escepticismo y la credulidad», dice Jones en su conocida obra «Vida y obra de Sigmund Freud».<sup>58</sup> Aquel que sea partidario de la telepatía y de la visión a través de los cuerpos opacos (endoscopia) quedará muy contento al saber que Freud mostraba una gran apertura de opinión con respecto a estos fenómenos.

Sandor Ferenczi —uno de los más inteligentes discípulos de Freud— le llevó al ocultismo. Ferenczi perteneció al grupo de los «Siete anillos». Tuvo una gran amistad con Mirska Schachter y cuando éste murió comenzó a interesarse por el espiritismo. Decía que se comunicaba con él y que se consultaban sus problemas científicos y personales. De la mano de Ferenczi, como decía, fue Freud interesándose más y más por el ocultismo. Ferenczi quería saber lo que eran los fenómenos ocultos y por eso hizo el autoanálisis siguiente: a las 12 de la noche tomó un lápiz y un papel en blanco. Pensaba

<sup>56</sup> Se ha dicho que Eliphas Lévi era Alphonse Constan!. No he podido comprobarlo.

<sup>57</sup> En la región valenciana cuando un niño nace así se dice que «té surró» y es signo de suerte.

<sup>58</sup> Vid. «Freud y sus ocultos dioses», *op. cit.*



que el cansancio y la emoción por la muerte de su amigo favorecerían el desdoblamiento de su personalidad. A los pocos minutos, el lápiz comenzó a agitarse, pero al apoyarlo sobre el papel sólo aparecieron garabatos sin sentido. Luego empezaron a surgir palabras igualmente incomprensibles. Más tarde surgieron palabras primero y luego frases coherentes. «Yo preguntaba —dice Ferenczi— y el lápiz daba respuestas inesperadas.» Sobre esta experiencia publicó un artículo en la revista *Gyogyasszat* titulado «Espiritismo». Su conclusión fue que el automatismo y los fenómenos llamados «ocultos» no son sobrenaturales, sino pura función inconsciente del hombre. Lo que surgía ya estaba dentro de la psique. No había gran cosa que transmitir del más allá.

Freud tuvo un gran aprecio y estima por Sandor Ferenczi desde su primera entrevista en 1908. En cierta manera se estableció una amistad y un «transferí» entre ellos como ya había ocurrido con Fliess. Freud era hombre de absolutismos incluso en la amistad. Amor-odio fueron sentimientos alternantes que marcaron toda su vida. Juntos, Freud y Ferenczi estudiaron la telepatía. La correspondencia entre ambos fue muy extensa pero sólo conocemos una pequeñísima parte. Tenían que escribirse porque Ferenczi vivía en Budapest. Y si parte de esta correspondencia no ha sido todavía publicada —quién sabe si se publicará— es porque según Jones «hay demasiado ocultismo en ella». Jones fue siempre un enemigo declarado de estos temas. «A mí no me gustan —le decía Freud—, pero hay algo de verdad en ellos.» Y añadía «hay cosas en el cielo y en la tierra, muchas más de las que conocemos». Esto irritaba mucho a Jones.

Poco tiempo después de conocerse Freud y Ferenczi hicieron juntos un viaje a Berlín para conocer a una vidente que tenía mucha fama y además veía a través de los cuerpos opacos. Freud descubrió que había truco pero, a pesar de ello, el episodio le preocupó y hablaron de él durante meses. No se puede predecir el futuro, decía Freud. En cuanto a las cartas leídas por la vidente con los ojos vendados no encontró más explicación que un «don psicológico» vecino a la intuición propia de ciertas gentes. «No es un fenómeno psíquico, sino somático», siguiendo con ello las conclusiones de Ferenczi en cuanto a la escritura automática. Y Freud añadía que se estaba descubriendo algo que podría, tal vez, ser un día importante, pero poco práctico.

Ferenczi se fue entusiasmando cada vez más por el ocultismo, pero Freud siempre procuró mantenerlo a gran distancia del psicoanálisis. La verdad es que Ferenczi se había lanzado con tanto entusiasmo que había que tratar de frenarlo un poco. Y se consiguió, además, por unas exhibiciones de supuestos transmisores de pensamiento que fueron un absoluto fracaso.

Freud tuvo, por entonces, un sueño según el cual su hijo Martín que estaba en la guerra como soldado, había muerto en el frente de combate. Poco después se enteró de que vivía, pero que a la misma hora del sueño había sido herido de cierta gravedad. Volvió a hacer experiencias telepáticas e incluso Anna Freud intervino en ellas. Pero Ferenczi murió muy joven y ciertamente trastornado. En sus delirios de los últimos días hablaba de comunicaciones telepáticas que tenía a través del Atlántico.

Había una verdadera obsesión por los números en la mente de Freud que le llevaba a una clara superstición. El tema de la muerte es objeto de muchas fobias y siempre está presente en los malos augurios. También la presencia del «doble» en el mundo. ¿Qué entendía Freud por su «doble»? Cierta día, viajando en un tren por Italia, subió a su vagón un hombre más o menos de su edad. «Se parece extrañamente a mí», se dijo Freud. Y a pesar de su conocida timidez entabló conversación con él —casualmente era alemán— y quiso saber todo lo de su vida. «Estoy seguro —le dijo— que moriremos el mismo día.» Pero en otra ocasión confiesa que nunca le volvió a ver,

ni siquiera lo recordó apenas.

Decía que todos sus amigos morían alrededor de los 50 años. Era, en su tiempo, una fecha clave del decaer físico, de peligro coronario, de neoplasias, etc. Y decidió Freud que moriría a los 51 años. No fue así como sabe el lector. Luego decidió que su muerte sería a los 61 ó 62 años y, por entonces, escribió a Ferenczi diciéndole: «Tengo asco del mundo. La idea supersticiosa de que moriré en 1918 me es agradable.» Con ello no revelaba más que estaba atravesando una fase depresiva de las muchas que tuvo en su vida.

Es muy curioso que a partir de dicho viaje por Italia en tren se le instaurase una verdadera fobia al ferrocarril que ya le acompañó toda su vida y que el pintoresquismo de la época llamaba «siderodromofobia». Siguiendo con los números, cuando ya iba acercándose a los 60 años hizo un viaje a Atenas. Fue a un hotel y le dieron la habitación 31 y decidió inmediatamente que siendo la mitad de 62 iba a ser esa la fecha de su muerte: el número que le perseguía fatalmente.

Pero pasó los 61 años y los 62 y no murió, ni siquiera se le manifestó enfermedad alguna. Pasada la fecha fatal escribió de nuevo a Ferenczi y le dijo: «Eso prueba que no debemos dar mucho crédito a lo sobrenatural.» La fobia hacia la muerte, mejor aún a las fechas o años de su muerte, continuó hasta que al final, la muerte le llegó de verdad y en tierra extraña.

Las consideraciones en torno a la superstición o al interés por el ocultismo de Freud irritan a Jones. Este fue siempre muy escéptico. Subrayaba que Freud era uno de esos notables ejemplos en los que un gran poder científico y crítico puede coexistir con algo tan insostenible como el ocultismo. Nunca pudo acostumbrarse Jones a la idea de que su admirado maestro, considerado por él como un genio, tuviese esas debilidades espiritistas.

A mi modo de ver, este asunto es fácilmente comprensible para los que como yo, hemos tratado de dilucidar las raíces de su pensamiento. El punto principal en la mente de Freud consistía en la creencia en seres espirituales «volando» por el espacio y que estaban en contacto con los hombres. En esa creencia podían reforzarle las mitologías cristianas y teutónicas, sin olvidar que es, además, un pensamiento *de claro tinte gnóstico*.

La decadencia de la religión y la predicación de Fox en Norteamérica, facilitó la creencia en «médiums», telepatía, levitación, astrología y quiromancia,<sup>59</sup> etc., etc. Hasta llegar a la formación de la «Society of Psychical Research» de Londres no empezaron a limitarse ciertos campos. La lista de los creyentes y adeptos del ocultismo era muy numerosa. Basta con citar a Flournoy que dijo en una ocasión: «Es curioso que por más que he puesto anuncios, ningún espíritu de los que he llamado acude.» (Se refería a las experiencias metapsíquicas.)

Ya hemos dicho que Freud estaba lleno de supersticiones, que sería muy engorroso enumerar aquí. Además, en su libro «Psicología de la vida cotidiana» hay abundantes muestras de ellas y pertenecen al sector del animismo y de la magia. La reacción de Freud en estos casos era la habitual: una vez le contó a Marta, su novia, que había jugado al número 17 en la lotería y que seguía haciéndolo todavía a pesar de no haberle salido nunca. Pero jugaría al número 17 para demostrar su constancia. En otra ocasión, refirió cómo había oído pronunciar claramente su nombre por una voz desconocida. Nunca aceptó que la creencia en la telepatía pudiera destruir su espíritu científico. Al contrario, le daba una sensibilidad especial. A lo largo de su vida refiere varios actos mágicos que le ocurrieron. Un día rompió una pequeña estatua de Venus, como un sacrificio para preservar la vida de su hijo.

<sup>59</sup> Las huellas de los surcos de la mano se llaman «palmistry», es decir, el estudio de las mismas.

Freud confiesa su creencia en la telepatía, si bien con moderación, en «Psicoanálisis y telepatía» (publicado en 1941, aunque parece que fue escrito en 1921) y «Una premonición onírica cumplida» (de 1941 también, pero el original está fechado en 1899). Tanto uno como otro trabajo bordean el tema, pero sin entrar francamente en él. «No es posible, dice, recusar el estudio de los fenómenos llamados ocultos, de esos temas que, según se pretende, demostrarían la existencia real de poderes psíquicos ajenos al alma humana conocida por nosotros o que revelarían en dicha alma facultades hasta ahora insospechadas...» «No es obvio, ni necesario, que el fortalecimiento del interés por el ocultismo, represente un peligro para el psicoanálisis. Cabría suponer por el contrario una simpatía mutua...» «No tardarán en confirmar muchos analistas la realidad de los fenómenos ocultos.»

Cita dos casos «in extenso» y uno brevemente. Sólo a título de ejemplo resumimos lo más posible este último. Conocida es la minuciosidad de Freud en sus relatos. En la ciudad de F. vive una niña que es la mayor de cinco hermanas, ya que no hay varón en la familia. Diez años separan a la mayor de la menor. Siendo ésta un bebé la deja caer un día de los brazos, sin que se produjera ninguna lesión. Desde entonces la llama «mi nena». Superado el carácter infantil, rígido y apasionado del mayor, cierto día aparece en la casa un pariente de la madre, mayor que ella, que sólo tiene 19 años. Es extranjero, vive en Rusia y ha logrado acumular una gran fortuna. Se enamora de su prima y quiere convertirla en su esposa. En ella florece la fantasía desiderativa de querer ayudar a su padre, que era pobre. Vencidas ciertas dificultades, se casan. El matrimonio no parece desgraciado, pero ella a los 27 años no ha tenido ningún hijo. Residían entonces en Alemania y el marido le confiesa que él es el culpable de la esterilidad del matrimonio porque fue víctima de una enfermedad venérea en su juventud. Ella desplaza la idea del marido sustituyéndola por la del padre. No hay solución: ni la infidelidad ni la separación arreglarán el problema, sino la renuncia al hijo, piensa. Cae en una grave neurosis ((histeria de angustia y obsesiones). Es internada en un Sanatorio y diez años más tarde acude a Freud. Durante todo este tiempo ha elaborado algunos síntomas, sobre todo uno: prender la ropa de la cama con alfileres al acostarse.

En el curso del análisis le cuenta que diez años antes había hecho un viaje a París con su marido, asistiendo al espectáculo teatral de un famoso adivino que se hacía llamar «Señor Profesor». Refería lo que adivinaba después de que el visitante metía la mano, sin anillo, en un recipiente lleno de arena. El resultado del examen consistió en anunciarle graves conflictos próximos, tales como que se casaría a los 32 años y que tendría dos hijos. Ella tenía ya 40 años y ningún hijo. ¿Qué clase de adivinación es ésta?, se preguntará el lector. Entonces, Freud toma la palabra y le dice: «No te aflijas por tu actual infecundidad, puede ocurrirte lo que a tu madre, que a tu edad no estaba ni siquiera casada. (Le ofrecía por tanto la identificación materna que la enferma hubiera deseado.) La muerte de tu inútil marido te liberará.» De acuerdo con esa afirmación deberíamos considerar este ejemplo como una prueba incontrovertible de la posibilidad de una transferencia de un deseo inconsciente y de los conocimientos que de él dependían. (Deja a salvo que en los recuerdos de la enferma habían transcurrido diez años desde aquel vaticinio.) ¿Se obtuvo una curación o una resignación?, podríamos preguntar.

En otra ocasión Freud cita ejemplos sorprendentes de un grafólogo vienes y termina el capítulo con las siguientes palabras: «Mi propia vida es pobre en cuanto a experiencias ocultas. El problema de la transmisión del pensamiento quizá parezca nimio, comparado con el vasto mundo de lo oculto. Reflexiónese bien, sin embargo, cuan preñada estaría de experiencias con respecto a nuestro punto de vista, la sola admisión de la telepatía.» Según el psicoanálisis, la mística es una oscura percepción del

reino situado fuera del «yo» y del «ello». Esa oscuridad es la que atraía a Freud en el ocultismo; pero después su racionalización destruyó la atracción que sentía por él. Se englutió a sí mismo cuando pretendía formular en una razón los mismos sueños. Goya vio más claro en «los sueños de la razón». Los sueños son producto de la sinrazón. La interpretación de los sueños de Freud no ha sido más que una pesada metáfora para reconstruir un razonamiento que tranquilice o depure de síntomas al enfermo. Y a sí mismo, víctima como el que más, de absurdos y angustiosos ensueños.

Después de haber renunciado a terminar el proyecto de una psicología científica, Freud se vio obligado a dirigir su pensamiento sobre la psicología, pero enfocándolo desde otro punto de vista. Existen defectos o graves enfermedades de la mente, a las que él no prestó la menor atención, tales como las demencias orgánicas, arterioscleróticas y seniles. Percival Bayley dice que al demonio le resultaría divertido arrojar de la mente una parte de la vida mental, pero qué su intervención sería mal vista. El demonio operaría como la censura arrojando al infierno a todos los espíritus indeseables. Resultaba más científico, al menos al parecer de Freud, agrupar otras actividades psicológicas, tales como los sueños, las equivocaciones y otras actividades análogas descritas bajo esta rúbrica.

Este concepto es típicamente maniqueo. Meller lo acaba de definir en un Simposio de Nueva York. El concepto es el siguiente: *la esencia de la materia yace en la concupiscencia agitada y brutal*. Podemos comparar la luz con la claridad de la conciencia y la oscuridad con los deseos, antes reprimidos y liberados después, durante la noche oculta del inconsciente.

Hace ya algún tiempo que trato de hallar el enlace subterráneo de las corrientes psiquiátricas. El plan general de mis ideas no es ajeno a esta intención.<sup>60</sup> Comienza con el mesmerismo. Sigue con Charcot en aquella parte de su actividad que se centró prevalentemente en torno al hipnotismo. Enlaza con Freud que comienza por hipnotizar a sus pacientes, pero al darse cuenta de sus frustraciones como hipnotizador, sigue otro camino.

Más tarde acaeció en el desarrollo de la psicoterapia la penetración del pensamiento oriental en el occidental, debido principalmente a Jung. A pesar de todo, dudaba si dejar estas reflexiones que son fundamentales para conocer la historia de los saberes del hombre. Saberes antiquísimos y con más médula histórica que los más habituales, incluyendo un libro tan interesante como superficial como es «Historia de la locura» de Foucault.

En los últimos años se ha tergiversado el pensamiento de Freud en muchos puntos. No me refiero ahora naturalmente a variaciones en la técnica o el surgimiento de otros nuevos disidentes. Pienso en libros *que han querido canonizar lo que no es canonizable*.

Freud, partiendo de un fenómeno que ahora llamaríamos simplemente peculiar, afirmó que dadas las circunstancias de la cultura religiosa de su tiempo, el ser religioso es lo mismo que estar enfermo. La religión trata de curarlos y no puede, precisamente por tratarse de manifestaciones psíquicas morbosas. *El escollo principal estriba en la carencia de sentido de la vida*: «En el momento en que el hombre se pregunta por el valor y sentido de la vida es que está enfermo, ya que objetivamente, nada de ello suele sobrenadar. Preguntar por ello significa meramente admitir un depósito de libido insatisfecha y que algo tiene que ocurrir en ella, una especie de fermentación que lleva a la tristeza y a la depresión.» Este párrafo procede de una carta a la Princesa Bonaparte en 1937, después de haber terminado la segunda lectura del Quijote.

Otro punto digno de ser señalado se refiere a la idea que el propio Freud tenía

<sup>60</sup> Vid. «Freud y sus ocultos dioses», *op. cit.*

del psicoanálisis. No era para él una técnica médica ni psicoterapéutica. Ni siquiera se trataba de lograr una auténtica transferencia, *sino de integrar a cada sujeto en su propia vida*. El psicoanálisis se convierte así en *un nuevo estilo de vida profunda*, como en un remedo de la religión.

Freud comenzó con la hipnosis y el método catártico de Breuer. Después los abandonó en favor del análisis de los actos conscientes y de los sueños. Quiérase o no, recuerda a uno de los consejos de San Ignacio de Loyola. Y de otros. Sólo esta clase de autosinceridad aprendida en el análisis es la que puede mantener el equilibrio de la persona. Este era el pensamiento de Freud, aunque la realidad es que el psicoanálisis, más exactamente los psicoanalistas, poseen una extraña e inagotable combatividad. Como si no estuvieran muy seguros del suelo que pisan.

## CAPITULO XII

### LA BRUJERÍA EN LOS TIEMPOS ACTUALES

En los tiempos contemporáneos decayó casi del todo, especialmente a partir del presente siglo, el culto a las brujas, con toda la aureola mágica que tenían. El interés recayó en la conquista de la naturaleza y en el progreso humano. Tanto avanzaron los conocimientos científicos y técnicos que la gente se fue alejando de las pasadas creencias mágicas. Dentro de las clases sociales, sólo las más elevadas y más cultas, conservaban un conocimiento del dualismo (o sea del maniqueísmo y de la gnosis) y de algunas prácticas mágicas derivadas de esas fuentes. Y esto ocurría precisamente en países protestantes como en Gran Bretaña. En cambio, las brujas reclutadas entre las clases más inferiores se dividieron y destruyeron entre sí, para acabar por insertarse en la nueva sociedad que se estaba constituyendo.

Los secretos y ritos de las brujas no fueron confiados al papel, como hicieron los druidas. Y así ocurrió no sólo por el analfabetismo de alguno de sus cultivadores y adoradores, sino por el miedo a que los misterios les fuesen robados. La guerra última, que fue simultáneamente un ataque a la tradición judía, contribuyó mucho a esta huida a lugares desconocidos, de los restos de los tiempos de brujerías. La gente se volvió más escéptica y sólo había manifestaciones folklóricas que mostraban y evocaban el pasado.

En Italia quedaron algunos grupos de hechiceros y desde luego en Norteamérica se reorganizaron nuevamente como ocurrió en Delaware en el año 1950. Pero, aunque hubiera un cierto eclipse, siempre quedó una curiosidad e inquietud por estas materias que ha vuelto a florecer en la actualidad. Se cuentan de vez en cuando episodios que señalan un renacimiento, si bien todavía en estado embrionario. Por ejemplo, recientemente ocurrió un hecho en Inglaterra, en el que el acusado se dejó linchar y matar antes que revelar los secretos por los que le acusaban. Secretos que tenían algo que ver con la brujería.

Ejemplos aislados se encuentran en libros dedicados a la fase de la decadencia de la brujería. Existe el convencimiento de que su completa desaparición es falsa. Recuérdese una escena en Washington en el distrito de Columbia de no hace muchos años. En el campo inglés quedan muchos residuos, como el festival de la Negra Godiva cerca de Coventry. Aquí la representación del sol es el toro que lleva una máscara que representa una cabeza de animal con cuernos, según la representación clásica del demonio. Recuerden los lectores, además, que el toro es la clásica representación de la fecundidad en la naturaleza. Como éstos se podrían citar muchos ejemplos. En un pequeño pueblo de Escocia (Hogmanay) se representa a la muerte y el renacimiento de Osiris o de Mitra. Significa la muerte y el renacimiento del año viejo, pero con un significado más rico puesto que aparecen Robín, Goodfellow, Pan y el demonio, que gritan el deseo de poseer sus antiguos vestidos. No sólo su ropa, sino su propio aspecto personal los caracteriza. La fuente mágica —por así decirlo— ha iniciado otras derivaciones y estas fiestas simbólicas siguen vivas en Siberia y el Tibet, en tierras esquimales americanas, en Australasia y en la India. Incluso la misma asamblea del Vudú que se realiza en Haití aunque proceda del África, está llena de simbolismo procedente de lo que podemos llamar una religión antigua. La música y la danza mantienen el mismo aire ancestral.

En tales prácticas, por primitivas que sean y por mantenidas que estén en diversas partes del mundo, *permanece la tradición esotérica*, es decir, *el secreto de lo mágico*. También existe la creencia en los primitivos poderes conservados por los

adeptos frente a la nueva afirmación de la Ciencia, de la Naturaleza y del Cristianismo. La alta magia y la doctrina secreta —que son tanto experiencias o vivencias como código— proporcionan la propia identificación de uno mismo con el cosmos y, de esta manera, poseen los poderes de la religión antigua. Existe una ley de analogía que abarca al uno y al opuesto y que es capaz de realizar la unidad, a pesar de la religión, de la filosofía y de los progresos físicos de cualquier clase —que se hayan hecho o se hagan—. A esto se llama el Código de Magia de Zoroastro, de los druidas, de los gnósticos y de la «kabbalah».

La filosofía perenne, *el gran arcano*, ha encontrado su expresión literaria en todas las lenguas actuales y aparecen signos de la misma en forma de pentágono, sellos, círculos o cartas de la baraja y tarots. Mantienen guardado el secreto como si protegiesen la existencia del *Dios antropomórfico*. Y como nadie posee la totalidad del gran secreto, no importa que alguno adquiera parte de él. Los principios siguen siendo herméticos y su verdad significa el control de la naturaleza y la posesión de los poderes tales como la hiperestesia, la hipnosis, etc., tal y como ocurría entre los antepasados y sigue ocurriendo en estos tiempos. Pretenden que los místicos de todos los credos y de todas las razas buscan el mismo objetivo que los sacerdotes y que los presbíteros nunca llegarán a alcanzar. En el cristianismo, el Apocalipsis resulta —según ellos— como una enseñanza mágica del mismo, aceptada por los neo-platónicos, aunque muchos teólogos rechazan esta conclusión, que llevaría consigo la benevolencia de Dios si aceptase a Satán.

Sin embargo, el último arzobispo de Canterbury (William Temple) escribió no hace muchos años, que quizá todos los males del hombre proceden de Satán. «Porque yo creo, añadió, que Satán existe y que la responsabilidad de estos daños le pertenece.» Y continuaba hablando sobre la existencia de dos fuerzas, una activa y otra maligna, es decir, de introducir el dualismo en el pensamiento cristiano. En general, este pensar mal definido es el que caracteriza a los gnósticos no cristianos, a los cátaros, a los rosacrucianos, a los iluminados y en cierta medida a los masones. Los astrólogos y los alquimistas también derivan de él y representaciones de estas organizaciones existen en todo el mundo. Agreguemos a ellos los magnetizadores, los teósofos, los espiritistas, los que se dedican a la telepatía y a la telequinesia, los que pretenden ver a través de los cuerpos opacos. Los ocultistas, en resumen.

*La magia negra* se caracteriza porque trató de ganar más que de ofrecer, por lo que sus adeptos no conocen más que la mano izquierda del camino. La inducción al éxtasis por medios químicos también se ha agregado a estas fuerzas pseudo-ocultas. De vez en cuando circula alguna historia estremecedora, como la que se extendió por Brighton, hablando de cultos en los que se devoraba a niños pequeños y se escupía sobre la cruz. Ya sé que este tipo de culto existe y también las misas negras, pero ocurre en muy escasas ocasiones, al menos en el momento actual.

## ¿PERSISTE LA CREENCIA EN LAS BRUJAS Y AFINES?

Hace muy pocos años cualquiera que se dedicase al estudio de la brujería y ciencias afines, podía afirmar que en Europa la creencia en las brujas había desaparecido. Lo que quedaba eran algunas prácticas para que lloviese en ciertas partes del mundo o que se mejorasen las cosechas en otras. En Asia y en África todavía se acepta la brujería. Pues bien, en la situación y la realidad actual se nos muestra que *la desaparición de la brujería no es tan absoluta como se dice* y lo demuestran los numerosos grupos que existen en muchas naciones. En Inglaterra y en los Estados Unidos se practican cultos de iniciadores secretos, si bien en forma más moderna y alguna vez tan liberal —por llamarla de alguna manera— que más parecen buscar una

justificación, hoy innecesaria, para darse a la promiscuidad, etc., etc.

A la religión antigua y a la religión cristiana en los países influidos por Occidente, les ha sucedido una llamada *religión secular*. A lo largo del curso de la historia, la corriente del pensamiento religioso, unas veces se acentúa y otras profundiza. Otras, en cambio, diluye dicho pensamiento. Así está ocurriendo en la actualidad. La infraestructura cristiana del mundo occidental contemporáneo es innegable. Pero esto no quiere decir que no haya habido una floración de perspectivas, de sectas o de vagas creencias que, desde un punto de vista ortodoxo, deberían de llamarse heréticas. Estas perspectivas derivan de *la irracionalidad constitutiva del hombre*, que elabora su dialéctica entre la angustia y el consuelo. Por eso ahora se ven tantas sectas distintas, a la búsqueda siempre de la solución del problema del hombre, de acuerdo con la capacidad cultural del grupo que pretende rellenar el vacío, el gran vacío que ha dejado entre ellos la religión. No cabe duda de que el pensamiento político ha querido, en muchas partes, elaborar una mística de sustitución. Como si fuera una mística religiosa. Pero el curso de los años ha demostrado que esto no ha sido posible, como cuando trataron de convertir en sagrados sus libros fundamentales.

Soljienitsin hablaba en una de sus novelas de lo siguiente. Cuando era joven soñaba con poder leer «El gran capitán». Pero no es éste el punto del cual me quisiera ahora ocupar más detenidamente, sino de la herencia de las grandes formas religiosas del mundo secularizado, aunque a veces aparezcan en estado de inflación, pero que con la misma facilidad pierden su contenido. Ocurre como si el hombre moderno quisiese mantener una cierta forma de cristianismo, pero depurado por la ciencia de todo contagio auténticamente religioso, aunque el resultado sea el de obtener la mística más arbitraria y limitada que haya existido en todos los tiempos. «Teología sin Dios» llamé a este fenómeno hace ya años en otra parte.<sup>61</sup>

Estas diversas sectas que aparecen en alguno de los grandes países, como los Estados Unidos, es una muestra de qué es lo que está ocurriendo tras la decadencia de la brujería que precedió hace unos años. «El Cristo Arlequín», de Cox, el «Way-Word» del Greenwich Village, «las catacumbas» de Seattle, la transformación de las «boites» de «streap-tease» en clubs nocturnos cristianos, la aparición del «Jesús negro», del «Jesús revolucionario», del «Jesús Super Star»... del Jesús teñido de tantos otros colores «ad libitum».

La mezcla entre droga y mística impera en el mundo de hoy. Ni siquiera eso es nuevo. En otra parte veremos la influencia que en los viajes<sup>62</sup> de las brujas hacia el «sabbat» y el aquelarre tenía el unguento con que se untaban y que llevaba en emulsión ingentes cantidades de drogas alucinógenas. Pero todo esto supone para los hijos del hombre medio actual una experiencia nueva, porque la hemos visto hacer y deshacer ante nuestros mismos ojos. Pero sí que recuerdan claramente a las parecidas experiencias de las fraternidades durante los siglos VIII y IX de nuestra Era. En el mismo momento en que se niega un cristianismo religioso, el hombre actual ya no se interesa más que por la técnica. No puede decir al hombre contemporáneo nada inmune a sus palabras, sino hablarle de la técnica o del placer.

La confusión en que vive la gente, algunos indudablemente de buena fe, les conduce a mezclar el Vudú con el Tantra y el Zen. Y a todos ellos con el Evangelio. Aquí, en el mundo actual, están presentes, mezcladas —y ¡confundidas!— todas las querellas entre los ritos e imágenes de la Edad Media.

Si la brujería ha disminuido en los tiempos modernos ha sido para ser sustituida por otras formas más adaptadas al momento actual. De todos modos, he aquí alguno de

<sup>61</sup> Vid. «Rebeldes», Ed. Rialp, 1962-1975 siete ediciones.

<sup>62</sup> Ya entonces se llamaba «viaje» como en las experiencias con drogas alucinógenas actuales.



los títulos que se publican ahora: «La vuelta de los astrólogos», «Poder de la magia», «Las brujas de Salem», «El triángulo de las Bermudas», «El exorcista», etc., etc., y las numerosas ediciones que tales títulos alcanzan. Aparte de ello debemos citar los libros que provienen de otras fuentes, tales como «El tercer ojo», «La gran pirámide», «Los cuadernos secretos de Moisés», «La luna llave de la biblia», «La alquimia», etc., etc.

Resalta de modo curioso que la ciencia en lugar de destruir totalmente la superstición, *la haya ayudado a desarrollarse suministrándole un vocabulario prestigioso*. Hay muchos libros que se publican que están dedicados sólo a las brujas actuales y a las reuniones de carácter mágico. Muchos hombres de hoy mezclan de una manera clara y evidente los ritos mágicos de la brujería con los ritos sexuales. Y ello ocurre de una forma que sus antecesores de la Edad Media y de los siglos XVI y XVII no hubieran podido siquiera sospechar.

Los intelectuales muestran una cierta pasión por las películas dedicadas a estos temas. Polansky es el ejemplo más a mano.<sup>63</sup> El intelectual en general, lo toma como distracción, pero no deja de sentir un cierto estremecimiento en su fondo. No cree en aquello que se proyecta en el cine, pero asiste por alguna escondida razón para su parte consciente, a las películas. Poco a poco se hacen algunas como «Rosemary's baby» y muchas más. Y se escriben libros cada vez más claros o se aceptan tomándolos como temas humorísticos. Pero no es ése el lado importante, sino el diabólico, que resulta extraordinario y fascinante para el público. Y es más, lo que asegura el éxito, como si la gente estuviera ávida de misterio y de comunicación con el demonio. Los grandes directores de cine saben presentar a un Satán de raíces medievales en su ser, pero que actúa en el contexto de la sociedad tecnificada.

El misterio está cada vez más de moda. Y lo está el problema de los orígenes del hombre. La ansiedad ante la vida se demuestra incluso en los propios libros científicos, como en el del Nobel Monod sobre el azar y la necesidad. Podría afirmarse como ya lo ha hecho algún autor que no hay mucha diferencia entre los lectores de Monod y los adeptos o seguidores de cualquier «gurú».

A través de las necesidades psicoterapéuticas se encuentran prosélitos del budismo «Zen». La peculiaridad de ciertas religiones indias, precisamente por su mezcla entre placer y religión, resulta muy seductora para la exploración de los jóvenes que viven en el planeta de la sociedad de consumo.

Algo parecido quiso hacer Wilhelm Reich cuando intentó crear el «freudomarxismo» —que no tuvo gran éxito— diciendo que por una parte el marxismo era incapaz de resolver los problemas personales y que por otra el freudismo carecía de solución para los problemas políticos. Reich intentó la unión de los dos en su libro «La función del orgasmo». Es sabido que acabó hablando del orgasmo en pleno delirio mental.<sup>64</sup> Por entonces agregó que no le extrañaría que un día H. Marcuse describiera a Dios, si es que *lograba enterarse de la lógica que existe en la Revolución a través de la liberación sexual*. Y mostraba a Marcuse como a un profeta de escasos seguidores. Del éxito posterior de este autor tras la desaparición de Reich no hace falta comentarios.<sup>65</sup>

¿Cuántos pensadores han fracasado al intentar la combinación de estos dos puntos de vista —(relación de Cristo con las creencias sociológicas fundamentales)— que necesita una sociedad para existir sin la angustia que le produce el día venidero?

En aquella parte de la vida intelectual que obtiene algunas consecuencias para la vida social, sean de una u otra clase, se observa que desde las primeras premisas que se plantean cuando éstas son aceptadas, resulta extraordinariamente difícil conmovier la fe

<sup>63</sup> Cuando escribí estas líneas, porque en el momento de dar el libro a la imprenta el número de películas, libros y obras dramáticas alcanza un número asombroso.

<sup>64</sup> Vid. mi libro «Alienación y nenúfares amarillos», Ed. Dopesa, 1976.

<sup>65</sup> Este tema está tratado con más amplitud en «Freud y sus ocultos dioses», *op. cit.*

que se ha puesto en ellas por un método racional. Es decir, por no poder impedir los hechos por otro sistema. Tampoco es posible arrumbar totalmente las conversiones en el futuro, una vez aceptadas. Tales sistemas pueden haber tenido otro modo de grandeza y acaban por convertirse en un sistema de creencias que las hace inmunes a cualquier género de argumento. Esta cualidad aparece de vez en cuando en todas ellas y un ejemplo muy claro es el de las creencias en las brujas, en los magos, en los astrólogos, etc., etc. En muchos periódicos —prácticamente en todos— se ve ahora la correspondiente predicción del porvenir e incluso de los hechos de cada día en las páginas dedicadas a la astrología. Hay mucha gente que las consulta y se preocupa si su día es fasto o «nefasto». Conozco a algún ilustre abogado que huye de informar en esos días. Hay gentes que juegan sólo en la Bolsa si los astros se lo permiten. En revistas especializadas se habla de que hemos entrado en la «Era Acuario» (Gran Zodíaco) y que acabamos de salir de la Era Piscis. Durante Piséis surgieron grandes religiones de la humanidad, entre otras el Cristianismo. Hay quien afirma que el enfriamiento religioso que existe a nivel mundial y la pasión por la técnica se debe a este cambio de signo en el Gran Zodíaco.

Una verdadera epidemia de brujería se está extendiendo por muchos países, entre ellos Inglaterra y Estados Unidos. Hay numerosos casos individuales y agrupaciones que practican los más antiguos ritos de hechicería, los cultos satánicos, orgías del mismo tinte, etc. En Inglaterra existe la «Wicca» que es una forma de brujería ligada a la tradición de los cultos a Diana.

Berld Gardner, conocido autor de tratados de brujería, estando enfermo de asma recorrió todos los países del mundo para curarse. En África y en la India se puso en contacto con la magia blanca y con la magia negra, a cuya difusión entregó más tarde todos sus esfuerzos. En el año 1939 visitó Inglaterra y se inició desde este momento en la brujería. En el año 1940 su nombre era ya muy conocido entre la mayoría de las brujas británicas. Asentó en la isla de Mann (Castletown) y compró un molino derruido que había por los alrededores y al que bautizó con el nombre de «Molino de las Brujas». Gardner murió en el año 1964 y legó casi toda su fortuna —unas 25 000 libras— a su protegida Mónica Wilson y una pequeña parte a otra bruja llamada Patricia Crowter.

Pues bien, este fenómeno se está extendiendo por todo el mundo. Es como si todo el mundo quisiera vivir una forma esotérica de existencia. Cuando se trata de un enfermo, esta fe irracional que de algún modo se pone en el curandero, por ejemplo, resulta hasta cierto punto comprensible. La fe o transferencia médica es algo mágico y puede transportarse de una a otra zona aunque sea totalmente distinta. Y resulta bien cierto que la fe por medios «no canónicos» podríamos decir, es cada día más frecuente dentro de los ambientes médicos. En algún país como Francia, la culta Francia, la cifra de curanderos supera a la de los médicos y sus ingresos por las «consultas» no son menores que los de éstos. Aunque desde el punto de vista legal se trata de una profesión clandestina, ello no hace sino aumentar el prestigio y valor del curandero por el riesgo que supone ejercerla.

*La creencia en este tipo de creencias* que afirman poseer un feudo sobrenatural es más firme de lo que se cree, en el momento actual. La lucha contra ellas, la búsqueda de una auténtica verdad se hace cada día más difícil. A mi modo de ver ha de plantearse desde un frente distinto.

El episodio de las brujas de Salem a fines del siglo XVII dejó huella en Norteamérica. Los severos castigos impuestos, no sólo produjeron horror entonces, sino aún actualmente, cuando se lee su descripción. Este episodio tuvo la virtud de suprimir el culto a la brujería por 250 años.

Alrededor de 1950 apareció una nueva actitud. Las gentes volvían hacia la

religión, pero no en sus formas ortodoxas. Especialmente ocurrió esto en el Este de los Estados Unidos donde la religión de los misterios, el budismo, el mahometismo, etc., hacían presa en gentes diversas, especialmente en jóvenes. Sybil Leek en 1967 atrajo la atención como si fuese una bruja auténtica. La publicidad de su caso fue extraordinaria, dados los recursos actuales de prensa, televisión, etc. Ha sido colaboradora de algunos periódicos femeninos muy importantes y sus escritos han conocido el éxito en el barrio de Greenwich y en otras partes. La citada historia es muestra del ocultismo. Existe prensa radicada en el mismo barrio donde tienen lugar los cultos, para difundirlos. La venta de esta prensa y de algunos ingredientes que intervienen en el cultivo de la brujería actual, que van desde la mandrágora hasta los amuletos, supone un negocio de millones de dólares. La degradación de algunas de estas actividades, convirtiéndose en anomalías sexuales, tales como el «voyeurismo», el «frotteurismo», el sadomasoquismo y tantas otras desviaciones análogas, forman parte del ritual oculto. En muchos de estos lugares, el sexo se convierte en supremo acto de adoración. En California, la invasión de estos seudocultos alcanza grados mayores. La mezcla con tóxicos para producir, mediante la droga apropiada, el estado de fascinación, es frecuente. Las supuestas brujas, dicen que tomando «amanita muscaria», hongos, alucinógenos, etc., vuelan en sus viajes. Más grave es la utilización del LSD y sus derivados.

En San Francisco y Los Ángeles y en pequeños lugares alrededor de estas grandes ciudades, la difusión de las drogas ha sido y es extraordinaria. De los cultos empleados, el más inocuo es el Zen, pero de todas maneras el practicarlo sin método produce catástrofes. Nacen nuevas religiones. Una, ligada a una reina egipcia llamada Leda, adquiere gran preponderancia con un centro de adoración en Beverly Hills. Leda es una diosa peligrosa, puesto que propone incluso el sacrificio humano, aunque probablemente nunca haya recurrido a él. El episodio en la noche del 8 de agosto de 1969, de Manson y sus acompañantes, horrorizó a las gentes. Matar y robar se convierte en manifestaciones de lo sagrado. La descripción de tales grupos como los «esclavos de Satán» produce repulsión. Lo que ocurrió en Escocia en el siglo XVII provocado por una bruja llamada Isabel Gowdi, quemada en Escocia, es pálido en comparación con lo que ocurre actualmente.

Actualmente se dice que el 60 % de los norteamericanos creen en el diablo, el diez por mil en Alemania se dedican a la brujería y en Inglaterra existen tantas asambleas de brujas que llegan a contarse tres por cada Universidad. En Birmingham existen por lo menos 24 asambleas conocidas. La magia negra, los suicidios y las agresiones son frecuentes. Últimamente se han puesto de moda las técnicas del «vudú», dado el crecimiento de la población emigrante de raza negra y de las Indias Orientales.

Algunos autores, comentando estas características de ciertas sociedades contemporáneas, afirman que sirven, al menos, para mantener una forma mostrenca de religiosidad. Pero tal religiosidad es disolvente. Lo cierto es que el hombre contemporáneo trata de buscar algo que le libere de la perspectiva de un modo tan cosificado como el que dimana de la ciencia actual. Por ello el hombre busca una ayuda positiva fuera de la tecnología, del materialismo y de una sociedad despersonalizada. Tillich se esfuerza en ver los factores positivos de esta situación. De un modo hipotético señala que el «ser uno-mismo» y el Ser universal pueden ser analizados en su coincidencia. Tales adeptos toman en serio el sentido de su propia vida y rechazan, en cambio, cualquier religión histórica, puesto que las que conocen no expresan de un modo adecuado aquello que sienten en su interior.

En Inglaterra ha descendido el número de seminaristas en un cuarto o más, desde 1961. En América en 1971 habían sido ordenados 450 ministros de Satán. La iglesia de Satán se fundó en 1966 y ahora cuenta con más de 7000 miembros como decimos en

otra parte de este libro. Hay en los Estados Unidos veinticinco lugares donde esta secta demoníaca existe. En Blay-Vey llamado anteriormente Howard Levy de Chicago, se ha delineado una liturgia detallada con su ritual correspondiente contenido en una Biblia satánica. Parte del principio que la cristiandad ha muerto, no es necesario incluir en ella elementos anticristianos. La misma «Misa Negra» ha perdido su efectividad si se usa como un ritual mágico inventado. Los tres dioses del universo son para esta secta: Satán, Lucifer y Jehová, pero el creador de este culto quiere aparecer como una reencarnación de Cristo. La iglesia se fundó en Londres en 1963 y de allí se trasladó a México y a los Estados Unidos. Afortunadamente no han inventado sus propias brujas ni su propia «Misa Negra» y se expresan como si perteneciesen a una agrupación pacifista «antidroga» que se opone a todas las ideas establecidas y que prefiere la contra-cultura a la cultura. La edad de la razón, como dice Baker, ha disipado a Pazuzu, Asmodeo, Belfegor, Leviathan y todos los demás demonios que se presentan como seres personales.

## CAPITULO XIII

### ENFERMOS QUE HUBIERAN SIDO BRUJAS O POSESOS...

#### «EL HACEDOR DE LLUVIA»

La historia clínica que sigue está sacada textualmente de la cinta magnetofónica. Se trata de una clase de psiquiatría con presentación de enfermos y por lo tanto dialogada. He querido de propósito mantener la incorrección de alguna palabra. Algunas frases corresponden a preguntas de los estudiantes. Se trata, claro está, de alumnos de medicina, quinto curso.

—Quería hoy presentarles a este enfermo —dice Vicente— que ha venido hoy a la consulta por molestias diversas. Le han empezado, dice él, hace muy poco tiempo. Es un caso muy interesante desde el punto de vista de la adaptación a la sociedad. Se trata de adaptarse a un medio rural y patriarcal que le es propio y que es, en cierto modo, protector. Otra cosa sería si viviera en la gran ciudad. Lo curioso del caso es que precisamente como enfermo y por uno de sus síntomas, por lo que resulta útil a la sociedad como veremos a continuación. Que pase el enfermo.

—¿Cómo se encuentra hoy, Vicente? —Algo mejor, muchas gracias.

—¿Cómo estaba cuando llegó a la clínica? —Pues verá. Yo llegué aquí hace diez días y me dije: «psé, ¿qué haces aquí?» Y en seguida dejó de llover.

—Vicente es de una gran religiosidad y es bondadoso en extremo, según nos ha comunicado su familia. —Pues sí, eso es bien cierto. Y las misas más valen ochenta veces más que las de los demás. Hace treinta años que he empezado a comulgar a diario.

En la tierra la Virgen es más «hombre» que todo hombre de categoría.<sup>66</sup>

—¿Qué quiere decir con eso, Vicente? —Pues que yo estoy en gracia y la Virgen me ayuda. La paz del mundo está más de la mitad en mis manos. Yo he visto el alma de mi hermano. Eso puede traer un fruto muy grande para la humanidad.<sup>67</sup>

—¿En qué trabaja ahora? —Yo soy chofer mecánico de primera. Y peregrino. Además me ocupo de otras cosas...

—¿Por qué peregrina? —Porque parece que la Providencia, el cielo, quiere algo de mí. Siento que me lo pide. Este plan de santidad y de fe como yo lo tengo, no lo veo en nadie más. ¡A los curas jóvenes les pego unas palizas...!

—Vicente nos ha dicho ayer que conoce muy bien los planetas. — Sí y cuando yo «reboto» lo de la luna... (?) Soy enemigo de los disparos esos que le hacen a la pobre luna. Marte y Venus, todo está habitado. Unos dicen que esos planetas son más gigantes y que otros son más enanos. Yo pienso que es consecuencia de la distancia enorme y no los vemos bien.

—También nos ha dicho que está muy al tanto de las lluvias... —Sí señor. Y también que *yo hago llover*. Eso de conseguir las lluvias no son milagros. Esto ya lo hacían los abuelos con un poco de buena fe. Y mi hermano que está en la gloria. Es sólo un poco de santidad. Y vea, aquí tengo los certificados de muchos alcaldes de pueblo de haber hecho llover yo en ellos. Y mi buen dinero que yo he ganado. No es nada fijo, pero pagan muy bien.

—¿Qué es el arco iris, Vicente? —El arco iris es una manguera de agua que sale

<sup>66</sup> Probablemente quiere decir que es lo más grande del mundo.

<sup>67</sup> Tenía un hermano gemelo que murió y parece que habla con él por las noches y que había visto su alma. También el hermano hacía llover...

del mar. Un capitán de marina le pegó un día un cañonazo... Si le llega a acertar y parte la manguera... que es del grueso de un hombre. Bueno, pues se va abajo y ¡menuda la que se arma!

—Pero ¿qué molestias siente o sentía que le hicieron venir a nuestra clínica? — Enfermedad, ninguna. Ahora ya estoy muy bien. De niño fui muy llorador y de tanto llorar me rompí la hernia, pero curé milagrosamente. Ahí pudo empezar el signo de las aguas, pues cuando lloraba llovía. Yo nací con otro hermano, el que se desgració, en el mes de febrero. Soy Acuario que hace llover ¿no lo sabía?

—No, no lo sabía, gracias por decírmelo. Sigue diciéndome si has tenido antes de venir aquí alguna otra enfermedad. —Nada, nada, ni la garganta, nada...

—Bueno, Vicente, muchas gracias. Todo lo que nos has contado es muy interesante para nosotros. —A usted doctor muchas gracias. Ya todos, ea, adiós.

Sale el enfermo despidiéndose muy correctamente como han visto todos ustedes (se dirige a los estudiantes del aula). La historia personal de este enfermo es la siguiente: nació de embarazo y parto gemelar normal, gemelos idénticos o univitelinos. Nunca ha tenido enfermedad grave. Tuvo hemorroides y eczema y él nos ha dicho que como «se investigó que era de la sangre le pusieron salvarsán». Le desapareció todo. Los padres han muerto. El padre era enfermo de estómago. Han sido nueve hermanos y viven seis. El es el mayor. Fue mal estudiante. Nos dice tener varios oficios: electricista, fontanero y mecánico. En la conversación primera dice: «He subido a grandes alturas. Soy corredor de coches y de motos. Todos los oficios acoplables a la mecánica me van bien.» Cuando se le pregunta sobre su actual trabajo dice:

«Desde el año 1963 es cuando empecé mi misión. Le dedico cuatro meses al año y el resto trabajo.» Esos cuatro meses son los correspondientes a la mitad de la primavera y el verano, es decir, la época de la sequía, cuando él «va de pueblo en pueblo haciendo llover». Se le pregunta por lo que hace el resto del año y contesta: «Hago trabajos gigantes, presas, minas, ferrocarriles.»

Un día, por inspiración de la Santísima Virgen en el año 1963 empezó su misión. Ese día hizo una rogativa para que lloviera y llovió. Todo el mundo le abrazaba con alegría. Trae varios certificados de alcaldes y párrocos en los cuales se afirma que ha logrado hacer llover.

Ha presentado una instancia al Sr. Nuncio que tiene que ver con una aparición de la Virgen que dice haber tenido y afirma además que también la Virgen le habló. Quiere hacer «cosas muy grandes» que sólo puede revelar al Santísimo Padre o a Franco.

«Lo más que he llegado es hasta los Tenientes Coroneles y no me lo han podido creer.»

Se le hace un examen neurológico completo que es negativo. Se le hacen igualmente pruebas serológicas de Wasserman y curva de oro coloidal, tanto en el líquido cefalorraquídeo como en sangre. Todo es normal.

Como han visto en el breve momento que le he interrogado en clase el delirio es muy florido. Tiene alucinaciones de todas clases, como habrán podido observar, no sólo por el diálogo, sino por lo que les he contado. Realmente no he querido hablarle demasiado porque si se le deja hablar no hay forma de pararle después. Lo curioso es que uno de sus síntomas —antes se hubiera considerado como productos de la «magia blanca» porque es benéfica— como es el de «hacer llover» haya sido creído por muchas gentes. «Me llaman de muchos pueblos» nos dice. Y es cierto y además hemos comprobado la veracidad de los certificados que trae. No que sea cierto que hace llover, sino que los alcaldes y los párrocos afirman que lo ha hecho...

En los pueblos primitivos uno de los atributos del mago es hacer llover o sea *mandar sobre la lluvia* y sobre el clima en general. El «Hacedor de lluvia» es un personaje importante en la magia de estos pueblos. Se trata casi siempre de magia homeopática o imitativa. Por ejemplo, si desean que llueva el mago salpica con unas varas mojadas en agua al aire o produce negras nubes de humo. O golpea cacharros para remedar el ruido del trueno y al mismo tiempo agita antorchas encendidas para simbolizar el relámpago.

Es curioso que el «hacedor de lluvias» aparezca en todas las culturas, especialmente en los países de tierra seca. El agua es símbolo de fecundidad. La tierra se resquebraja y esteriliza si no cae la benéfica lluvia. En algunas tribus indias norteamericanas los magos danzan llevando una pipa en la boca por donde echaban el agua previamente sorbida.

En nuestra cultura, si bien de un modo más moderado, está el implorar la lluvia en rogativas y se trata de un rito puramente religioso. Sin embargo, todavía en algunos países subyace el rito mágico, pues la ceremonia y oraciones van acompañadas de unas gentes que mojan ramas en una vasija de agua y la sacuden mirando al cielo. En otras partes como en Australia, en época de sequía, el anciano de la tribu se hiere con un pedernal los brazos y la sangre ha de caer al suelo, al mismo tiempo que otros hombres echan semillas al aire y otros plumas de ave hacia las nubes. Este rito asegura las cosechas.

Habrán observado que Vicente está completamente vestido de negro. Le habíamos preguntado la razón y nos contestó que llevaba luto por su hermano y que lo llevaría siempre. «Además éste es el traje de trabajo cuando hago llover.»

Otra creencia muy curiosa asegura que los mellizos están dotados de poderes mágicos para producir la lluvia. «Cálmate aliento de mellizos» cantan en diversas partes del mundo cuando hay alguna inundación. A los mellizos se les atribuye una gracia especial y se les llama «acrecentadores». Creyendo que son salmones transformados en seres humanos, no les dejan acercarse a los ríos, ni al mar, por miedo a que se vuelvan a convertir en peces. Incluso la mujer que ha parido mellizos la creen dotada de poderes mágicos para producir lluvia. Es más, existen ciertos ritos en torno a la tumba de los mellizos que murieron al nacer. Se dice que hay que enterrarlos junto a los ríos para que con su sepultura atraigan las lluvias.

—Creo que en México también ocurre algo de esto. —(Colaborador mexicano.) Sí, maestro, los antiguos de mi país imploraban a Tlaloc el dios de la lluvia y le ofrecían sacrificios sangrientos. La sangre tenía que correr. Las lágrimas del dios de la lluvia eran el comienzo de la benéfica lluvia. Todo ello se puede ver hoy muy bien representado en el Museo Antropológico de la capital.

—¿No hay pueblos en el interior de su país donde persistan parecidos ritos? —  
Creo que sí.

—Porque no crean que estas ceremonias se han producido sólo en la antigüedad; en nuestros días y en algunas regiones europeas, persisten los mismos anhelos que antes y se utilizan idénticos recursos para provocar la lluvia. Hay ritos actuales muy parecidos a los antiguos. En Tesalia cuando aprieta la sequía, se organiza una peregrinación de todos los niños de un pueblo y al frente de ellos va una muchacha cubierta de flores. Los niños la remojan cada vez que ella pasa cerca de una fuente. En nuestros días se elige en la India a un muchacho como «Rey de la lluvia» y todos los habitantes del pueblo han de rendirle pleitesía. Otros países cuando invocan a la lluvia echan al convecino unas gotas de agua.

Otros realizan una ceremonia llamada «arar la lluvia» que consiste en que unas jóvenes se uncen a un arado y vadean de esta forma el río.

Hay regiones como Nueva Caledonia en las que los ritos de la lluvia están estrechamente ligados a los ritos funerarios. Los «hacedores de lluvia» riegan a los esqueletos del Camposanto. No hace mucho leí que en la Unión Soviética —creo recordar que en Ucrania— desenterraron a un muerto y lo echaron a un lago para asegurar sus cosechas con la lluvia. Y hay pueblos que incineran a sus cadáveres y esparcen la ceniza al aire creyendo que se transformará en lluvia.

Otro dato muy curioso, que figura en todas las culturas, es que el «hacedor de lluvia» debe vestirse de negro, como el que hemos presentado en clase. Negro como las nubes en estación de lluvias. También es frecuente que los amigos les regalen animales negros y se lleva a uno de estos animales sobre un cerro y si se le sacrifica se ha de salpicar el valle con su sangre. Seguro, creen, que vendrá la lluvia. Por supuesto que el enfermo que han visto no conoce esta costumbre y explica su vestimenta por el luto de su hermano gemelo, que llevará para siempre.

Los chinos tienen un dragón al que llaman el «Dios de la lluvia». Le piden que envíe el agua y si no lo hace le maltratan pegándole palos. Si envía demasiada lluvia le encierran en la cárcel hasta que sale el sol y cesa la lluvia. Y si pasa mucho tiempo sin volver a llover, a pesar de los malos tratos, le sacan al sol abrasador para que conozca la necesidad de agua.

Pensarán ustedes que todos estos procedimientos son pueriles y los ritos y magias son algo propio de los pueblos primitivos y algo ya pasado en nuestra cultura. Esta explicación no basta. Además, en nuestra época, llena de racionalismo, todavía ocurren hechos como éstos. Y no solamente en pueblos más o menos primitivos como Sicilia o el pueblo del enfermo citado —pueblos primitivos y resecos— sino también en muchas regiones de Norteamérica.

Probablemente alguno recuerde una película sobre el «Rainmaker» que se proyectó en Madrid hace unos años y que señala un dato real.

En Sicilia hubo, no hace mucho, una tremenda sequía y al fracasar las rogativas y a pesar de cientos de cirios ardiendo y rosarios rezados por la masa, no llovió. Entonces recordaron una vieja tradición que es recoger el polvo de la iglesia del día del domingo de Ramos y esparcirlo por los campos. Tampoco surtió efecto. En resumen, que los campesinos perdieron la paciencia, quitaron a los santos de sus altares y los expusieron al sol, para que ellos mismos comprobaran la catástrofe de la sequía. En otros pueblos castigaron a sus santos de cara a la pared. Hay un santo que es famoso por traer la lluvia. Me refiero a San Francisco de Paula. Claro que su festividad es el día 2 de abril... el de las aguas mil. También he oído que en algunas aldeas del norte de España llevan a San Pedro en procesión hasta el río y si no llueve, lo echan al agua...

## **EL PROFETA ELIAS**

*Germán.* — Quiero presentarles hoy a este señor que ha venido a visitarnos tras de una larga peregrinación. Tiene una idea misional de su vida, pero todas las cosas no le han salido como él quisiera. Y ello es debido a una serie de circunstancias que él nos va a explicar. El ha ido a Caritas y allí le han aconsejado que viniera a vernos. No tenía dónde recogerse en Madrid.

—¿Cómo se llama usted? —Elías, soy el profeta Elías.

—Pero aquí, en su ficha clínica, figura otro nombre... —No importa. Soy el profeta Elías, la tercera persona de la Santísima Trinidad.

—Bueno ¿y en qué se ocupa? ¿Por qué está en Madrid? —Estoy de peregrinación. Si alguien viene a buscarme y le impongo las manos se arreglan todos sus problemas, lo mismo sea de enfermedad, que de dinero, que de...

—¿Hace mucho tiempo que está peregrinando? —Pues verás, mi peregrinar es



largo y me dice la «inspiración» que ha de durar unos trece años.

—¿Qué es la inspiración? —Algo que siento dentro de mí. Me llama y voy.

—¿Qué hace ahora en Madrid? —He venido a buscar a Enoch, que no sé si los señores saben, que vive en Madrid.

—No, yo por lo menos no lo sabía. ¿Le ha encontrado ya?

—No. Todavía no, pero estoy seguro de que está aquí. Vengo a buscarle porque la «inspiración» me dice que Enoch ha de acompañarme en la peregrinación.

—¿Y qué hacía usted antes de que la inspiración le mandara peregrinar? —Yo he tenido desde siempre «inspiraciones». Pero le contaré la más importante. El día 25 de noviembre de 1959, el Señor me inspiró que era el momento de salir de mi casa para la peregrinación. Me dirigí a Zaragoza a prepararme para esta misión y desde entonces que dura.

—¿Siempre lleva barba? —Desde ese día, nadie ha tocado un pelo de mi cara. El Señor me ordenó que me dejara crecer el pelo y la barba porque tenía que salir como Jesucristo al apostolado, a predicar por todo el mundo. Al que impongo las manos con fe le curo, sea de lo que sea.

—Bueno, está bien, pero ¿de qué vive? ¿Quién le paga sus viajes? —Al que curo me paga, sin pedir nada. Además que yo soy de familia acomodada. Cuando salí de casa llevaba 14 000 pesetas. Eso es mucho dinero cuando el Señor le ampara a uno. Pedí una audiencia al Jefe del Estado y me contestaron que necesitaban una aclaración. Yo le podía haber ayudado sin tanto trámite. Entonces me vine a Madrid.

—¿La hizo esa aclaración? —Sí y me dijeron que estaba muy bien y que conseguiría la audiencia con el Jefe del Estado.

—¿La ha conseguido? —Nada, nada. He insistido varias veces, pero ahora ya ni siquiera me contestan.

—¿Por qué no se volvió a Zaragoza con su familia? —Porque estoy buscando a Enoch desde que llegué, creo que ya se lo he dicho. Busco a Enoch y espero la audiencia. No pierdo las esperanzas todavía.

—¿Tanto le duran las 14.000 pesetas? —¡Qué va! Ya hace tiempo que se acabaron. La «inspiración» me ha dicho que no lleve dinero encima y ahora vivo de la bondad de los hombres y de Caritas.

—¿No ha hecho otras gestiones con la Iglesia? —Sí. Por conducto de unos sacerdotes quiero que mi manifiesto llegue a Dios, bueno al Papa que es su representante en la Tierra.

—¿Hay sacerdotes convencidos de su manifiesto? —¡Claro! ¿No ve que he hecho milagros? Curaciones y todo, con sólo imponer mis manos...

—¿En qué consiste su manifiesto? —Perdone el señor que no pueda decírselo todo.

—Bueno, hombre, díganos sólo alguna parte, lo que pueda... —¡El mundo terminará del año 1970 al 2000! Seguro. Ya es tiempo para prepararse. Hay quien no me cree, aunque yo voy predicando esto hace ya tiempo, por las calles. Pero un día, por hacerme callar, gentes perversas, que las hay, me amenazaron con denunciarme a la policía para que me detuviesen.

—¿Ha estado detenido? —Sí. Un día me detuvo la policía y me retuvo lo menos quince días en la cárcel.

—No fue mucho... —Para mí sí que lo fue. Lo importante es que esos días tuve mucha «inspiración» y me resultaron muy provechosos.

—¿No ha trabajado nunca en otras cosas? —Sí. Cuando era joven tuve la «inspiración» de trabajar en casa de labrador, hasta el día de recibir la orden de salir a la publicidad. Y también, que antes de salir debía de hacer ayunos y penitencias.

—¿Y los hizo? —Sí. Así lo cumplí. He estado en casa orando y haciendo ayunos y penitencias y no probando nada de alcohol durante tres años... Ni alcohol, ni comer manzanas, nada.

—¿Por qué manzanas? —Árbol prohibido. Y no las comí a pesar de tener estos años muy buena cosecha, unos cinco mil kilos. Todo ese sacrificio me lo pedía el Señor. Y muy a gusto que lo hice...

—¿No le parece que ahora debe de volver a pasar algún tiempo en su casa? ¿No está cansado de tanto peregrinar? —Sí señor, pero está el asunto de Enoch.

—Creo que mientras le encuentra o no lo encuentra, debería de irse con la familia. Piénselo unos días y ya me lo dirá. Ya sabe que estamos dispuestos siempre a ayudarlo. Y gracias por todo lo que nos ha contado. —A usted, señor, gracias por todo. Han sido muy amables conmigo.

Se trata de un enfermo de 73 años, de un pueblecito de Aragón. Su historia es la siguiente. No hay antecedentes familiares de interés. Sus padres murieron ambos muy ancianos. El enfermo dice que viene de una familia de misioneros, pues ha visto una fotografía de un misionero en China que se le parece mucho y que además lleva su mismo apellido. También dice que otro antepasado suyo fue misionero en el Japón. Tiene un hermano menor que está bien. Se casó a los 32 años. Ahora es viudo. Ha tenido cuatro hijos de los cuales le viven dos, ambos casados. Está operado de hernia hace cuatro años. Está bastante sordo. Antes, dice que era completamente sordo, pero el día de la Inmaculada, hace diez años, recobró en parte el oído. Y fue así de repente. Dice haber tenido fiebres pero no sabe de qué clase.

A los 25 años sentía que algún día debería salir al mundo para convertir almas. Rezando el rosario un día saltaron del fuego tres chispas que recorrieron la habitación. Al cabo de unos tres minutos, puso el rosario encima y se apagaron. Creyó ser cosa de Dios.

En el año 1929 el Señor le puso a prueba. Tuvo una «inspiración» en el entendimiento para echarse de cabeza desde una pared de su casa, a modo de muro, a una huerta. Y no le pasó nada. Pero la familia se asustó y llamó al médico. Lo amarraron en la cama y el médico les dijo que estaba loco. Lo tuvieron allí amarrado cuatro días y en esos días murió su mujer sin saberlo él. El médico le dijo que lo que él había tenido no era un ataque cerebral, «sino avanzamiento ideal». Desde entonces le empezaron las «inspiraciones». A pesar de ellas hace una vida más o menos normal. En el año 1951 tuvo otra vez la «inspiración» de echarse de cabeza, a media noche, desde una ventana a la era. Se resistía a hacerlo, pero la Virgen le decía: «¡Germán, tírate, obedece que no te pasa nada, que aquí estoy yo!» Y viendo que era un mandato segurísimo del Señor se echó y no le pasó nada. Al enterarse sus hijos por el ruido, salieron en su auxilio y la hija dijo al llegar: «No se ha matado.» Los hijos le reconvinieron por esas cosas que hacía, pero el enfermo dice que no le estaba permitido aclarar el hecho a nadie.

El Señor le había dicho en cierta ocasión: «Eres un hombre muy grande. Serás mi Comandante en la tierra.» Luego, en 1959, viene a Madrid y ocurre más o menos lo que él ha contado.

Ya en 1923 dice que el Señor le había inspirado una poesía. Se la presentó a los Carmelitas, los cuales lo tomaron a burla y no le hicieron caso. Entonces se la envió al General Primo de Rivera. Cree que la llegó a leer.

Otro dato que olvidaba decirles y que demuestra la forma perfecta que este enfermo está adaptado a la sociedad es que ha sido durante muchos años alcalde de su pueblo. Fue nombrado durante la Monarquía en tiempos del General Primo de Rivera, siguió siendo alcalde durante la república y lo ha sido hasta hace tres años. Por cierto,

que como alcalde de su pueblo siempre ha sido perfecto. Los datos que nos han enviado del pueblo lo confirman, así como confirman todo lo que él ha contado. Dicen que es un ser muy pacífico y que dejando aparte los períodos de sus «inspiraciones» procede con toda naturalidad. «No hemos tenido ni tendremos alcalde mejor que Germán...»

Desde siempre este enfermo se creyó un ser iluminado. Habla «del que ha de venir», «de la gran parousía», «del fin del mundo» como alguien que conoce el tema, pero no hace demasiado hincapié en que los demás compartan sus tesis. Pudiera calificársele de «fanático civilizado», si la expresión fuera posible. Ha leído muchos libros de espiritualidad y de teología, pero por falta de preparación no los ha digerido y él mismo lo confiesa con toda naturalidad.

De Caritas nos han confirmado también todos los datos y que tiene dos hijos casados, labradores y que están deseando que su padre vuelva con ellos.-Piden que aprovechando su estancia en Madrid «le vean los médicos, pues parece que tiene algo que no es normal» y reflejando con ello que la enfermedad mental ha pasado desapercibida casi hasta para la familia. El enfermo ha manifestado que no vuelve al pueblo más que por mandato divino. Nosotros así se lo hemos aconsejado y ustedes han tenido ocasión de oír, como acabo de decirle que vuelva a su pueblo con sus hijos y sus nietos. Es muy curioso que la primera vez que se lo dijimos reaccionara de manera muy distinta que hoy. Se negaba rotundamente y decía que lo que estaba haciendo en Madrid eran cosas «inspiradas» por el Señor y que nadie podía mandarle otra cosa. «Yo soy superior a todos los sacerdotes y al Papa, puesto que soy la Tercera persona de la Santísima Trinidad.» Al fin accedió a consultar la proposición que le hacíamos con el Señor. Hoy, como han podido ver ya está más dispuesto a volver, pues acepta que está cansado de tanto peregrinar. Tan sólo nos ha dicho «está el asunto de Enoch». Mi impresión es que ya está casi convencido y que con dos o tres días más de medicación volverá con su familia.

## **LOS ESCRITOS DE AQUILINO**

—Vamos a ver, Aquilino, ¿por qué crees que tus escritos chocan con la Iglesia?

—No, señor. Lo que chocaba era la novela esa.

—Bueno, sí, la novela, pero ¿en qué chocaba con la Iglesia?

—Pues verás, hombre. En el momento en que uno, es un ejemplo, está casado y es feliz con otra... Parece ser que el público decía: «¡Hombre, es más natural que lo sea con su mujer!»

—¿No había muerto su mujer antes? Creo haber entendido algo de eso...

—Ya, ya, pero parece ser que él está enamorado de la chica, ¿no? La chica está enamorada de él también, completamente enamorada. Y claro, resulta que él se ha casado con otra por las cosas de la vida. Y el público diría ¿por qué no se casó con la otra y por qué viene a buscarla al final? O sea que ya no es lo normal en el momento en que lo alcanza, precisamente, con otra mujer que no es la propia. Y yo, para dar una salida y quedar bien tengo que quedar con esa mujer.

—¿Y qué se le ha ocurrido, Aquilino?

—Pues no se me ha ocurrido más idea que la de decir que es una diosa de la música. Pero la realidad es que es de carne y hueso. Claro, es mi salida.

—¿Qué quieres decir con eso de que es una diosa de la música?

—Como si fuera una musa o como si fuera una mujer que le gustara la música. A él le gustaba mucho la música y por azares de la vida él está casado y ha sido feliz. O sea en la vida matrimonial todo lo ordinario ¿no?, pero claro la muerte para él es la vida de otra mujer con la que alcanza la felicidad.

—Tú me dijiste el otro día que no creías en la muerte. ¿Puedes explicarnos ahora

lo que piensas sobre eso?

—Pues mire usted, la muerte a nosotros nos tocará o sea que todo es un círculo cerrado. Pero resulta que la muerte no es como se piensa, sino que nosotros no morimos.

—¿Cómo dice, Aquilino?

—No. Llega un momento en que todo se pone mal. Hasta ese momento todo se da bien, ¿no?, pero claro mientras va todo evolucionando llega un momento en que todo desaparece... a no ser que se sostenga como hasta ahora de una manera artificial. Pero llega un momento en que se pone mal y como el infinito ha de estar procreando, el infinito crece aumentando al infinito y todo eso queda en un mal.

—Lo que no entiendo es por qué el infinito crea un mal.

—Sí, doctor, es muy fácil. El infinito es algo que no tiene límite. Y necesita un bien, por ejemplo, algo que lo limitara. Eso es la creación del mundo. ¿Me comprende ahora?

—Más o menos. ¿La creación del mundo es un bien porque lo limita?

—Es un bien claro, relativo, porque limita al infinito. Es como el que existamos nosotros.

—¿Cómo existimos nosotros?

—Todos salimos de una idea y luz del Creador. Unos cayeron y volvieron a las tinieblas. Luzbel se convirtió en Lucifer.

—¿Qué pasa, pues, con la muerte?

—La muerte no la tenemos. Lo que pasa es que tendremos un mal muy grande o sea el infinito elevado al infinito, que yo lo equiparo a un millón, aunque acaso sea un cálculo matemático más relativo.

—¿Entonces tú crees que la muerte es un infinito elevado a un infinito?

—La muerte se hubiese dado, sabe usted, si por ejemplo una mujer normal existiese y yo hubiera procreado con ella. Bien. Esa mujer ya no tenía vida, sino que se agotaba. ¿Comprende usted?

—No totalmente. Sigue explicando, Aquilino.

—Bien, al agotarse esa mujer rehace el compromiso dentro y de ahí esa mujer moría, pues como muriese ésa moriríamos todos.

—¿Por qué moriríamos todos?

—Hombre, porque ya una cosa que se descompone produce que se descompongan las otras. El matrimonio es descomposición. Es que, claro, como usted no ve mis pensamientos...

—Trato de verlos, Aquilino.

—Gracias. Y entonces eso era el ideal para nosotros. El hombre, esa mujer, porque ya no cabía más, ya no tenía más existencia, no había muerto. Después habría más muertos y habría otros...

—Es decir, a ver si le sigo, en el momento en que se murió su mujer, la de ese individuo, la descomposición de ella será la de todo el mundo.

—Justamente. Por ejemplo, yo en mi descomposición del cuerpo haría que las otras partes se descompusieran también o quedaran en estado de muerte. El caso grave es que yo tengo interés porque a esa mujer no se le quite completamente la vida, como la tenemos los demás. Se da el caso que es tal el círculo que lo vi así desde el principio... A lo mejor me pueden ayudar ustedes.

—¡Ojalá! Tú tienes un poder distinto del de los demás. ¿En qué estado lo pones?

—Es un estado lastimoso de momento. Allí va todo sufriendo.

—¿La mujer sufre?

—Todos sufrimos. Todos, los demás también.

—¿La muerte puede llegarte a ti?

—Creo que no. Porque no. Mire, se lo voy a explicar de nuevo a ver si nos entendemos. Es una cosa del infinito ilimitado. Bueno. Dentro de ese ilimitado se tiene bienestar y se va produciendo poco a poco, se va creando el mundo, se van creando las personas... Todos adquirimos un poder que creemos superior y en realidad es lo que yo tengo. Puedo decir ahora mismo que tengo más poder y abarco más que el infinito. Bien, pero estoy dentro de él. ¿Y qué pasa? Pues que lo que creemos es una muerte, como tenemos más poder lo anulamos. Anulamos a esa muerte y claro se va a ese estado, digamos, viviendo así. Pero llega un momento en que todo ese bien que va surgiendo llega a un límite y como el infinito sigue creciendo llega al mal. Pero aunque llegáramos al final del bien, como no se puede llegar al bien completo, pues sería lo mismo.

—¿No se puede llegar al bien completo?

—Creo que no se llega, porque es una cosa que sólo produce el mal. O sea que sólo se hace un bien relativo. No sé si lo entiende usted y los otros señores.

—Relativamente también, pero siga explicándonos.

—Pues llega un momento en que todo lo que ha surgido del mal se produce en mal y claro cuando anda tras de mí tenemos que conformarnos y así surgen los sufrimientos.

—¿Qué sufrimiento? Yo te pregunto ahora si crees que vas a morir o si crees que yo me voy a morir.

—Yo no me voy a morir. Usted tal vez, pero le deseo que sea tarde, porque me cae muy bien.

—Gracias, pero ¿por qué no te puedes morir tú? Todos moriremos un día u otro. Tú nos has hablado de la muerte de tu vecino hace unos días y que te ha disgustado mucho.

—Pero la otra tarde le diré que precisamente lo que ocurrió fue distinto. Es muy difícil mi pensamiento, vamos, mi concepto que es puro y elevado y la prueba es que yo mismo tengo dificultad en exponérselo. Hoy tengo un mal día, otras veces me sale todo mucho más claro.

—No te preocupes y explícalo como puedas: si uno se muere o si no.

—No, no se muere del todo porque es una fuerza la que tenemos que es superior a la muerte. Y después no se muere, porque tendría que haber descomposición y eso no se da.

—¿Por qué?

—Simplemente es una transformación sin límite. Lo veo muy claro.

—¿Y tu pobre vecino?

—Pues verá usted, hay muchos casos. Por ejemplo, algunos después de muertos han resucitado porque se daba otra vez el cambio. Un ejemplo, lo que toma uno pues luego se devuelve y se vuelve a tomar otra vez. A ese vecino mío luego se le volvía a formar. Pero en otros casos que se mueren y están enterrados —lo que está bien de cierta manera— y aunque los huesos estén por allí, el espíritu no está o se vuelve a reponer. Cada vez es peor que se vuelva a reponer, porque según vamos avanzando, pues ya vamos tomando otras cosas y otra sangre.

—¿Piensas, Aquilino, que la vida es sufrimiento y la muerte paz?

—Para mí si hubiera muerte sería paz, porque era el descanso eterno. Pero no la hay.

—¿Y en eso es en lo que tú no crees?

—Yo en eso no es que no crea, es que no admito esos casos. Estamos en el momento crucial y yo ya contaba con él. Estamos pasando los años artificialmente, es decir que uno se sostiene porque todavía el infinito está mal y ese mal se transforma en

bien. Yo, al estar bien, me importa tres pepinos que el infinito no esté todavía conforme a eso. Pero ese mal me va transformando y llegará un momento en que tendría un poder inmenso para decir: «¡Venga, todo está bien!»

—¿Ese momento puede llegar?

—Sí, pero fíjese que en este caso está el infinito, que es una cosa cerrada: Nada. Nada. Aquí mis ideas lo están sosteniendo artificialmente, pero es que en el momento en que yo estoy dentro de mis ideas, estoy dentro de algo cerrado. O sea que en fin de cuentas, al ajuste, pues todo queda mal.

—Sí, comprendo. ¿No me enseñarías tus papeles?

—Yo lo que quisiera ahora añadir es lo siguiente: le decía que hemos llegado al momento crítico, crucial de la historia. Ahora nosotros teníamos que... por ejemplo, los medicamentos. Y ya no veo a las personas igual que antes de los medicamentos. Porque éstos me venían bien, era como se me da mejor. Los escritos son antes del medicamento, claro.

—No te preocupes por los medicamentos. Nosotros somos médicos y sólo tratamos de ayudarte. Tráeme tus escritos y sigue tomando los medicamentos que irán muy bien.

—Bueno, doctor, la verdad es que mis escritos son más que nada literarios, fantasías, pero se los traeré y además se los regalo a usted.

—Gracias, Aquilino, estoy deseando leerlos.

Ya han visto que el delirio es muy florido. Realmente los escritos que he ojeado son impresionantes. Hace unos siglos se le hubiera juzgado por el tribunal de la Inquisición por hereje y su fin ya imaginan cuál podía ser. Hoy, aunque sus escritos recuerdan mucho a los de cierto sabio que no voy a nombrar, Aquilino es considerado como enfermo por la psiquiatría. Sólo lleva en tratamiento dos semanas y está mucho más accesible a la conversación. Incluso habrán observado por el interrogatorio, que a veces duda de sus ideas. Y para terminar les diré que este enfermo lleva una vida completamente normal. Es viudo desde hace unos meses. Trabaja en un banco de cajero y los informes que de él nos han dado son excelentes. Como no tiene hijos protege a unos sobrinos económicamente y hasta se los lleva en vacaciones. Esta es la razón por lo que nunca tiene dinero, porque todo se lo da a los demás.

Si Aquilino hubiera vivido en la Edad Media o en los comienzos de la modernidad probablemente hubiera de verdad tropezado con la Iglesia, como él cree ahora. Y sin embargo ya le han visto, es un enfermo mental grave pero que por diversas circunstancias está totalmente adaptado a la sociedad. Ha venido a nuestra consulta por unas quejas hipocondríacas sin importancia y sólo después de varias entrevistas hemos podido descubrir su delirio. Ya está algo mejor y con un poco más de medicación seguirá su vida normalmente.

## PARSIFAL

Parsifal viene a ser como el elegido de Dios. Se opone al tipo Tristán que es el héroe de la pasión humana. Parsifal resulta el héroe del renunciamiento y gracias a su pureza desafía a todos los obstáculos. Resiste a todas las tentaciones y encantamientos y logra conquistar el Santo Grial. Wagner escribió el libreto y compuso la ópera en el siglo XIX, pero la leyenda viene del siglo XIII. Se trata de un poema al modo homérico. Parsifal, educado por su madre que es viuda en la soledad, quiere evitarle todos los peligros de la vida de los caballeros andantes. Parsifal, sin embargo, se dedica a las armas y tras un sinnúmero de aventuras llega a las puertas del templo donde está el Santo Grial. Pero olvida algo importante y por esta razón ha de volver a su vida de caballero andante, hasta que un ermitaño le instruye sobre la mística del Santo Grial y

sobre muchos conocimientos religiosos que Parsifal ignoraba. Preparado así para su misión excelsa logra conquistar el Santo Grial. Los orígenes de esta leyenda no están claros todavía. El héroe aparece en Alemania y en Inglaterra como uno de los caballeros de la corte del Rey Arturo (se llama Perceval), en Francia y especialmente en Provenza de donde pasó, probablemente, a la montaña sagrada de Montserrat. El pecado cometido por Parsifal por el cual no podía conquistar el Santo Grial fue seguramente el haber huido siendo niño del lado de su madre y por dedicarse a las gestas de la caballería andante sin permiso de ella.

Pues bien, ahora les voy a presentar a un Parsifal femenino. Quisiera poner un ejemplo práctico y al mismo tiempo muy plástico de cómo el área de la psiquiatría se va extendiendo. Y por consiguiente el de la medicina. Hace unos años no se hubiera requerido la presencia del médico. Piensen un momento en lo que hubiera ocurrido con esta señora en los albores del Renacimiento o en la Edad Media. El problema se hubiera resuelto de muy distinta manera y con intervención de personas ajenas al campo de la medicina. *Y sin embargo es una enferma.* En una sociedad como la nuestra, uno de cuyos movimientos consiste en adquirir el bienestar físico y corporal ha de apoyarse en la medicina y en la psiquiatría. Y así nos enfrentamos con problemas que en otros tiempos no nos hubieran correspondido. *Esta señora, repito:*

—*Puede pasar, es enferma.*

Una hermana de su abuela tuvo trastornos psíquicos. Una hija de esta señora también hizo al parecer varios intentos de suicidio. Una prima murió en un sanatorio psiquiátrico de Buenos Aires. La enferma que está presente interrumpe a su hermano que daba los datos familiares y le dice: «Recuerda que la prima murió por "brujerías".» No hay ningún antecedente personal de interés. Embarazo y parto normales, escolaridad también. Aprendió rápidamente a leer y a escribir. A los 18 años se fue a servir y estuvo en varias casas siempre con excelente conducta. Estuvo en Francia en casa de un dentista. «Allí —dice ella— cogí miedo de que me persiguieran y creía que algo había pasado y no sabía lo que era.» Es curioso que este tipo de reacción ocurra en personas desarraigadas y hay un tipo de dolencia descrita así. Una amiga sevillana que estaba en Francia la llevó a su casa porque decía que no coordinaba bien y decía tonterías. Estuvo en París unos ocho meses y luego, al repatriarse, estuvo en Galicia donde vive su familia y en un hospital psiquiátrico.

—¿Qué le ocurría entonces para llevarla al hospital?

—Me daba por enfadarme mucho y decía blasfemias. Se me metió en la cabeza que me habían *hablado las almas*. Yo antes era muy buena y ahora ya no tengo aquella bondad y alegría, porque digo blasfemias.

—Su familia no la encuentra tan mal.

—Pues yo creo que por la televisión me han adivinado secretos míos y de mi madre. Se me metió en la cabeza que un chico casado andaba con la televisión en nuestra casa y se enteró de todo lo que yo hacía. Yo pedí que me devolvieran mis almas porque yo no quería estar en el cuerpo de nadie.

—¿Qué hace durante el día?

—Algunos ratos lloro con desesperación, me tiro de los pelos y me doy golpes en la garganta. Otras veces también me doy golpes con el cuchillo. (Al parecer se da golpes con el mango de un cuchillo.) Se me meten ideas en la cabeza, manías, pero yo digo que a lo mejor es cosa de los nervios. Sé que algo me pasa, pero no sé lo que es. (Sale.)

La enferma ingresó a principios de esta semana. Estaba bien orientada y relativamente lúcida, sintónica y coherente. Tenía tendencia a la locuacidad y describía con detalle sus creencias en hechiceros y brujas. Lleva debajo del vestido una profusión

de estampas de santos y una gran cruz de metal que tiene propiedades contra las tempestades. Ella dice que es la cruz de Cara-vaca que le enviaron desde el Brasil y que es milagrosa. También lleva una aguja larga con un hilo que sirve para que sus enemigos no le hagan maldades. Esta aguja permitirá que al final de su vida pueda matar con ella a muchos judíos. Está tomando medicación y en una semana se ha tranquilizado mucho. Que vuelva a entrar la enferma.

—¿Quiere pasar, Teresa?

—Buenos días otra vez, doctor y los otros señores.

—¿Para qué sirve esa cruz que lleva?

—Pues le llaman la cruz de Caravaca y cuando hay tormentas se la pone en la ventana para que el mal se esparza por el aire y no haga daño. Y si se pone donde hay cosechas, pues es lo mismo. Esparce afuera la tormenta y no causa maldad mediante ella.

—¿Quién le dio la cruz y le enseñó sus poderes?

—Pues me la regaló un señor que entendía algo de estas cosas, como creemos en mi pueblo. Yo decía para mí: «Si parece que estoy embrujada, porque no engordo, me parece que tengo maldad me queda toda mi casa dentro del cuerpo.» Y me dijo el señor aquél: «Te vamos a regalar esta cruz o te la prestamos. Si la necesitamos te la pedimos y si no te quedas con ella. Va para un año que la tengo.» Y dijo también: «Es para ver si tienes alguna maldad para que se te quite.» Y yo no sé, el caso es que yo engordar no he engordado y sigo más o menos igual.

—O sea, Teresa, que a pesar de la cruz no ha mejorado...

—Nada por ahora.

—Y esa aguja tan larga, ¿para qué sirve?

—Es un alfiler que sirve mucho y se llama «lanzaticatrices».

—¿Qué significa?

—Pues que cuando los judíos crucificaron al Señor lo mataron con una lanza. Y esto que yo traigo es una lanza. Si tengo alguna maldad en el cuerpo me sale y ya no pueden hacerme mal. Tendré la que me metieron antes, pero más que ésa ya no puede ser.

—Gracias, Teresa, ¿quiere esperar un momento fuera?

Yo no sé si alguno de ustedes ha visto Parsifal, cuyo argumento ya les he narrado. Ya saben que al componer Wagner las óperas las estructuró sobre los mitos germánicos. La lanza que hirió el costado del Señor según el rito germánico, resulta ser la misma que cura al rey Elanfortas de una grave enfermedad que le había producido un mago. En el fondo esta enferma nos presenta el mismo tema que Parsifal. Inútil es decirles que la enferma ni ha visto la ópera ni conoce el tema de Parsifal. Tal vez ella adquiriese algunas ideas del mundo de supersticiones propias de Galicia, de donde es. Ya saben que este tipo de creencias en brujas y encantamientos son más frecuentes en el norte de España y especialmente en Galicia, Asturias y los montes vascos.

Yo quisiera hacerme una pregunta, ¿es o no Teresa una enferma mental? Ella no causa trastorno alguno a la sociedad. Ella no parece sufrir ni sentirse enferma. Cumple una misión. A una persona le han dado una cruz de metal con la cual va a eliminar determinados males de la naturaleza como las tormentas que acaban con las cosechas. Por su cuenta, ha cogido una larga aguja que para ella es el símbolo de la lanza que hirió al Señor en el costado y que dice tener propiedades curativas y protectoras. ¿Es todo ello muestra de una enfermedad mental o pertenece a una persona normal que es víctima de una idea de posesión o incluso de una idea misional?

En primer lugar nos tendríamos que preguntar lo que es una enfermedad mental y si es lo mismo que una somática. La enfermedad es muy difícil de definir y también lo



que es normal y anormal. En líneas generales por no alargar un tema que he tratado ampliamente en otra parte<sup>68</sup> por la frecuencia, anómalo es el que tiene una nariz extraña o una talla muy elevada, *lo normal es el término medio*. Todos los fenómenos aparecen en la naturaleza con arreglo a la curva de Gauss. Lo que está en el centro es lo normal, lo que está en los extremos, en más o en menos, es lo anormal. Pero si esto resulta insuficiente en los fenómenos orgánicos mucho más lo es en los psíquicos. En la inteligencia nos encontramos con superdotados y con infradotados. Según el criterio de Gauss lo mismo son anormales los genios que los idiotas. Lo que hay es *una norma ideal*, apriorística, muchas veces en ella basamos el criterio de normalidad.

---

<sup>68</sup> Vid. «Lecciones de psicología», Ed. Paz Montalvo, Madrid, 1960-75. 8.ª edición.

## CAPITULO XIV

### EL MITO GNÓSTICO Y LA GNOSIS CRISTIANA

*«El conocimiento de lo que somos y hemos de llegar a ser. El lugar de donde venimos y de aquel en que hemos caído. Del fin hacia el cual nos apresuramos y de aquel que hemos sido redimidos. De la naturaleza de nuestro patrimonio y de nuestro patrimonio.» (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.)*

#### EL MITO GNÓSTICO

La gnosis pertenece a la historia de las religiones y aunque adopte diversas fórmulas, tiene un fondo común. Muchos la aceptan dentro del cristianismo, como una especie de transformación de la fe cristiana en una Teología especulativa. También se habla de *helenización radical del cristianismo*. Es un movimiento anterior a él. Nace en oriente y aparece más tarde en occidente, estableciéndose poco a poco una rivalidad entre ambas corrientes. Poseyó la virtualidad de explicar sus propios misterios y asimilar las tradiciones mitológicas y filosóficas de la época. Logró un sincretismo de los elementos más dispares.

*El mito gnóstico viene a revelar, a través de múltiples variantes, el destino del alma.* Su origen se sitúa en un mundo luminoso celeste y su caída y extraña existencia en la tierra, con su cautividad en el cuerpo, su salvación y al fin su ascensión hacia el mundo luminoso. En este resumen se ve la analogía entre este período primitivo y creador de lo que se puede considerar como una fragua de la religión. El «yo» del hombre, es decir el «yo interior» o propio, es para la gnosis un fragmento, una chispa saliendo de una forma luminosa celeste. Eso debió de ser el primer hombre. En tiempos anteriores cayó bajo el poder de las potencias demoníacas de las tinieblas.

Del caos de las tinieblas y de su dislaceración, partiendo del caos, surgió un mundo que imitaba en sus estructuras al mundo luminoso. Estaba lleno de vida y sus habitantes miraban a la luz. El cosmos volvió al caos y quedaron libres las potencias vigilantes, celosas de las chispas luminosas. Estas fueron encerradas en la forma y *constituyeron el «yo profundo»*.

Los demonios tratan de dormirlas y, en definitiva, de producirles tal estupefacción que no puedan invadir la patria celeste. Si unos se adherían para formar un pequeño grupo, los otros quedaban fuera de él. Pero *su ardiente deseo era volver a ser libres*. La divinidad envió una forma celeste luminosa, «su Hijo», revestido de un cuerpo doliente para que los demonios no le reconociesen. El Hijo llamó a todos, transmitiendo las formas sacras que deben conocer para lograr su ascensión, franqueando la frontera del cielo sin obstáculos. Así, a través de las esferas planetarias, podrían llegar a los observadores de las potencias cósmicas demoníacas.

En definitiva, este mito expresa una cierta concepción *del ser y de la existencia*. Señala el carácter diferente que separa al «yo» humano de todo otro ser que no pertenece al mundo. El hombre, cuando aparece, se siente sobrecogido por una angustia terrible. Angustia ante los espacios estelares. Angustia ante el tiempo que se dilata y prolonga indefinidamente. Ante el ruido del mundo. Es decir, ante las potencias demoníacas que quieren seducirlo volviéndolo extraño a sí mismo. En lenguaje

moderno hablamos de «alienación».

Cuando el hombre a que nos referimos, se libera de la angustia, también se siente entregado a las potencias demoníacas. Entonces sufre por su «yo profundo» que se halla abstraído a su propio poder. La vida corporal es sensible. No es la materia la que debe recibir su forma del espíritu, o sea de un elemento extraño, tal como los estoicos lo entendían. Es enemigo de su «yo» y de su vida psíquica, siendo su enemigo en la medida que es víctima de la tiranía.

En las oscuras profundidades de las potencias de este abismo a que nos referimos en el párrafo anterior, algo se levanta contra el hombre. Frente a la voluntad y al deseo de vivir no es posible acogerse sólo a la vida del espíritu y de la razón. Todo está envenenado. Todo parece infectado por los demonios. El hombre debe, por lo tanto, distinguir su «yo» verdadero y no sólo de su cuerpo y de sus sentidos, *sino también de su alma*.

La antropología de los gnósticos es trimembre: cuerpo, alma y «yo». El lenguaje griego se refiere al «yo» como «pneuma» o espíritu,<sup>69</sup> pero en sentido diferente a la noción griega del espíritu.

Los gnósticos no sabían dar un sentido positivo a la trascendencia, porque tras de haber abandonado la noción griega del espíritu y la misma idea de trascendencia que implica, están necesariamente abocados a representarse al «yo» en el plano de la fantasía y concebir el destino del «yo» como el de cualquier otro elemento de la Naturaleza.

La noción de cosmos se mantiene en la gnosis griega. Cosmos es una unidad armónicamente ordenada por las leyes. Pero el Cosmos más tarde es despreciado, porque el rigor de sus leyes resulta amedrentador. Los mismos rayos partidos de los astros, se vuelven potencias satánicas que mantienen cautivas a las chispas luminosas. *Así la separación entre mundo y Dios es completa*.

El mundo se halla privado de todo carácter divino. Después de la desaparición de la interpretación mitológica del mundo, éste queda en su pura materialidad e incluso un desarrollo técnico puede apoderarse de él.

La ambigüedad procede de llegar a la conclusión de que un Dios, definido como no perteneciendo al mundo, puede revestir cualquier grado de importancia respecto a la vida concreta.

El lenguaje mitológico pregunta, ¿cómo la chispa luminosa cautiva puede ser liberada? La liberación no puede ser más que mediante la redención que libere al hombre de su prisión y le libre de sí mismo. Nunca las propias obras del hombre lo consiguieron, a no ser que se transforme interiormente. La redención se debe a un mensaje que viene del «más allá». Un llamamiento que aporte el mensajero del mundo de la luz. Cuando descubre que no pertenece a este mundo, el «yo» toma conciencia de sí mismo, de su superioridad absoluta con relación a este mundo y, además, interpreta el descubrimiento que hace de sí mismo, como una revelación venida del más allá. La fe, en verdad, de este llamamiento es por consiguiente, la misma existencia gnóstica comprendida en recto sentido. La fe viene acompañada de una enseñanza cosmológica. Es la esperanza de una liberación y ascensión del alma.

## ¿QUE ES LA GNOSIS?

La palabra «gnosis» significa conocimiento. No fue una herejía cristiana

<sup>69</sup> «Pneuma» (soplo, respiración), sustancia etérea o aérea que producen la respiración y la pulsación en el hombre. Los estoicos la consideraban como el «principio vital». El cristianismo lo hizo equivalente a espíritu y lo sobrepuso a la «psyché». Los gnósticos y muchos teólogos cristianos sostuvieron esa jerarquía entre «pneuma» y «psyché». En Teología se llama «pneumatología» al tratado sobre los espíritus, sean ángeles o demonios.

exclusivamente, sino que constituyó por sí misma un credo casi religioso. Su origen es muy antiguo. Nació en fuentes paganas como el «Corpus Hermeticum» y el «Oracula chaldaica» y también en otras fuentes de misticismo judaico. De ellas se encuentran vestigios en la primera y segunda centuria antes de Cristo. Hay fuentes más antiguas en Egipto y en los países mesopotámicos.<sup>70</sup>

Para algunos autores antiguos, no resulta fácil, a veces, distinguir entre el gnosticismo de la filosofía griega y el de la religión cristiana. No es extraño dado su origen y tradición común. La forma más típica del gnosticismo cristiano es la que existió en el siglo u después de Cristo y que se concretó en una herejía, el maniqueísmo, cuyas ramas se extienden hasta nuestros días. En los papiros encontrados en las excavaciones del Mar Muerto, el conocimiento de dios y la oposición entre la luz y las tinieblas —o sea el principio del bien y el del mal— se halla ya subrayada. Sus autores, probablemente los esenios, pueden considerarse como precursores del maniqueísmo. Es cierto que no puede pensarse que haya un sistema gnóstico coherente. Mucha importancia tienen las corrientes místicas del judaísmo palestino, de donde surgió más tarde la «kabbalah». Su doctrina se refería al «ascenso a los cielos» para medir el cuerpo de Dios, «como un bien concedido al elegido».

Ya que he tropezado con el tema de la gnosis ofreceré a continuación un breve resumen, por otra parte ya señalado en otras páginas. El legado de la gnosis egipcia fue a parar entre otros a los maniqueos. El fundador de éstos fue el esclavo Manes, educado en la magia y en el Zend-Avesta. Apoyándose en algunos principios de la gnosis se apellidó «Paráclito» o enviado de Dios para la depuración del cristianismo que había degenerado en manos de los apóstoles. Lo que nos interesa es su doctrina dualista. El bien contradice al mal. Las tinieblas a la luz. *Satanás es el príncipe de la materia y Dios el del espíritu*. Ambos son eternos y Satanás no es un ángel caído, sino el dios de la materia o la materia misma. En el imperio de la luz, Manes establece una serie de espíritus o eones, que en último extremo se reducen a Dios y a sus atributos. Lo mismo ocurre en el reino de las tinieblas, donde pelean incesantemente Ormuz y Ariman. En cierta ocasión los demonios se sublevaron y quisieron penetrar en el reino del bien, para asimilarse a los «eones». Y Dios, para destruirlos produjo una nueva emanación: *la madre de la vida*, que entrará en relación con la materia y corregirá la perversidad. El Hijo de esta Madre, el primer hombre, engendra el alma del mundo que anima a la materia, fecundándola y produciendo la Creación. La parte de esta alma que no se mezcla con el mundo visible vuelve a las regiones celestiales y es el Cristo o Salvador.

El cuerpo del hombre fue creación de los demonios. Impusieron la prohibición del Árbol de la Ciencia que Adán quebrantó y, aconsejado por espíritu celeste, crearon a Eva para encadenarla a los estímulos de la carne. Someten al hombre a un *fatalismo* sideral en el que los dos príncipes se disputan, desde los astros donde moran, el absoluto dominio de su voluntad y entendimiento. Los maniqueos entienden la religión en sentido «docketista», por eso decían que la luz no puede unirse a las tinieblas y no lo comprendían. La luz fue una aparición externa para los «psíquicos», pero no para los *elegidos*, que en otros sistemas análogos se llaman «pneumáticos» como señalamos en otra parte. Las almas en la otra vida, libres de lazos terrestres por su ascetismo, entran en la región de la luna donde se purifican en un lago. De allí pasan al sol donde reciben el castigo del fuego. Luego pasan a las esferas superiores y a la unión con la divinidad. Las almas impuras están condenadas a transformarse o sea a la transmigración, hasta que se santifiquen. Manes niega la resurrección de los cuerpos y limita mucho la palingenesia de los espíritus. La materia debe ser, según él, aniquilada.

<sup>70</sup> Para la Teología es una ciencia superior al conocimiento vulgar. Para el ocultismo es la filosofía suprema, con todos los conocimientos sagrados, y objeto de enseñanza para los iniciados.

La gnosis comenzó a cuajar de una manera más manifiesta en las enseñanzas de Simón el Mago, un judío heterodoxo que vivió en Guitta (Samaría). Simón creía haber incorporado mágicamente un poder como el de Dios. En su escuela una mujer llamada Helena se veneraba como la imagen de «Sophia» (sabiduría), primera imagen de Dios.

El pensamiento fundamental de Simón el Mago consiste en una combinación de la filosofía griega y la sabiduría hebrea. La idea básica de que *el mal se debe a una ruptura con Dios* es características de las escuelas gnósticas.<sup>71</sup>

El gnosticismo era, pues, monoteísta. Fundamentalmente consistió en el despliegue del conocimiento en el culto a los ángeles, en tendencias ascéticas o libertinas, pero nunca implicaba el dualismo o sea el «duoteísmo». En suma, se puede decir que *la gnosis es un sistema de filosofía religiosa* cuyos partidarios pretendían tener un conocimiento completo y trascendental de la naturaleza y de los atributos de Dios. Por una parte, los gnósticos se aproximaron al platonismo y por otra a los maniqueos. Dicen los gnósticos que el mundo actual surgió de un Dios inefable. Comenzó por los espíritus puros de toda clase. Luego surgió la materia o el principio del mal. También la vida, el matrimonio, la propiedad de las cosas materiales deben ser condenadas. Las gnosis eludía las dificultades que *su doctrina podría acarrear a un mundo humano*, diciendo que la materia y la carne son malos, pero que no hay que despreciarlos más que «in mente», cediendo sin preocupación alguna a su atracción.

Históricamente, el gnosticismo contó con unas setenta sectas que, a su vez, se pueden agrupar en cinco: *los palestinos*, uno de cuyos jefes fue el ya citado Simón el Mago que tomó creencias derivadas del politeísmo, unas y otras de la Biblia. *Los asirlos* más cercanos a Zoroastro. *Los egipcios* que contaron con Valentino y Basilio. *Los esporádicos o diseminados*, neoplatónicos o eclécticos, donde enseñó Carpócrates *el asiático* que con Marción y los marcionitas utilizó más que otros grupos, los textos evangélicos.

La fase dualista se desarrolló más tarde en el mundo heleno bajo la influencia platónica, haciendo responsable a un demiurgo inferior de la creación del mundo (vid. Timeo). Esta afirmación se puede encontrar en los apócrifos de San Juan (comienzo de la segunda centuria) y en otros documentos de la gnosis popular, encontrados cerca de Naj-Hammadi y en la Pistis Sophia. Son del siglo n y pertenecen a una misma escuela.

¿Cuál es la causa de la permanencia de todas estas ideas a través de los tiempos? Muchas veces he reflexionado sobre este punto, pero no quisiera aventurar todavía una respuesta. Creo que se necesita más reflexión.

Como avance, podría decir que el secreto de todas estas y muchas otras cuestiones *se halla en la propia naturaleza humana*. Según la doctrina cristiana en el hombre hay un cuerpo y un alma. *Pero, como ser, el hombre es único*. Transportando esta cuestión a otro plano, podríamos decir que existe el bien y el mal, como decían los maniqueos. Nuestra doble naturaleza se asienta sobre *la ambigüedad*, al mismo tiempo que buscamos *la identidad de nuestro ser y de nuestro estar en el mundo*. ¿Cómo hallarla? ¿Cómo lograr esa identidad del hombre y su mundo, a cuya formulación ha aspirado siempre la filosofía?

Descartes fue relativamente claro en esta separación. Claro que es más fácil separar que unir. ¿Es posible *unir doctrinalmente* sustancias tan distintas como el cuerpo y el alma? La medicina moderna busca tal unión hablando de *la corporalidad* y del *cuerpo animado*.<sup>72</sup> Yo mismo he contribuido reiteradamente a tal designación en otras publicaciones. La designación el *cuerpo animado* está ya infiltrada de

<sup>71</sup> «Los Hechos de los Apóstoles» cuentan que el discípulo Felipe había encontrado en Samaría a Simón el Mago, famoso por sus sortilegios. Pidió y recibió el bautismo. Pedro y Juan le vieron a su vez y Simón quiso comprarles el poder de conferir el Espíritu Santo. (De ahí viene la palabra simonía.)

<sup>72</sup> Vid. el libro «El cuerpo y la corporalidad», ed. Gredos, Madrid, 1974, en colaboración con López-Ibor Aliño.

*intencionalidad*, la misma que se considera como la principal característica de los actos psíquicos, a diferencia de los actos físicos desde Brentano. En el fondo, se trata de una «aporía» como la de distinguir el bien del mal, como hijo de nuestras obras. En una u otra forma esta distinción se halla en el subsuelo de la historia humana. La citada aporía no puede resolverse mediante la ciencia, *sino mediante la creencia*. El mal existe y está entre nosotros. Nunca el hombre lo podrá borrar totalmente del haz de la tierra y de su interioridad. *Las utopías no son más que anhelos para lograr que se borre esta dehisencia*. Han existido tantas veces, como presentes lo son ahora, los sueños irrealizables. La dificultad de hacer convivir en unidad tal antítesis, no ha sido resuelta mediante una fórmula racional, desde que el hombre emprendió su camino hacia el Este del Edén.

La gnosis se ha interpretado desde un punto de vista analítico-existencial, como una contestación de los pueblos del Asia Menor al poder e influencia de los helenos. A partir de ese desnivel de poderes, la «posesión» como fenómeno no religioso se interpretaba *como una posesión por extraños*, en el sentido de una superposición y dominación por pueblos étnicamente diferentes. La misma noción de Cosmos se influencia por tales factores socioculturales.

Para los griegos el mundo —el Cosmos— era un lugar habitado o conocido, mientras que para los gnósticos del Asia Menor, siguiendo su idea del poder dominante de los helenos, lo interpretaban demonológicamente y, por tanto, su destino estaba formulado por alguna extraña potencia extramundana. La mutación se debía a una pura internalización de ese cosmos demoníaco, que se vivenciaba debido a la posesión por su demonio interior. *El demonio interior era la propia alma*. Tratándose de tal internalización, las fronteras entre lo que estaba dentro y lo que estaba fuera desaparecían. La psicología gnóstica era demonológica y demonopática, supliendo de esta manera a la concepción griega del cosmos. *Los arcantes dominaban el mundo exterior y el interior*.

En todas las religiones aparece el tema de la «posesión». Sentirse poseído equivale a sentirse dominado por fuerzas extrañas. Lo que antes se llamaba «demonio» hoy se denominan fuerzas cósmicas, etológicas, físicas, etc. Las fuerzas extrañas se sentían ya en aquellos tiempos y lugares como fuerzas demoníacas. Lo demoníaco se internalizó, de tal modo, que todo lo que acaecía a uno era una manifestación de aquel poder, aunque la percepción del mismo se vivía sólo en ciertos casos. *A eso se llamó, más tarde, estado de posesión*.

Los arcontes ejercieron su actividad en Grecia, pero los casos de posesión suponían algo más y distinto de los demiurgos orientales. Eran *la imagen del poder supremo en el cosmos y en la interioridad del hombre*. También hay que citar en relación con la gnosis a los misterios órfico-dionisiacos. En ellos el éxtasis y la alienación mental jugaron un gran papel. La idea de la alienación mental, como veremos en otra parte, es de origen gnóstico.

Rudolf Otto habla de los exorcismos en el evangelio y hace una referencia a las personas endemoniadas. A los judíos palestinos les ocurría el mismo proceso psicológico durante el dominio romano. Se ha citado a chamanes siberianos, que también se sienten poseídos por demonios extraños a su cultura y que les hacen hablar otra lengua cuando están en trance.

Analizando detenidamente el colorido significativo que tales situaciones dieron a la gnosis, la palabra «Gewofrenheit» introducida en el sentido actual de «estar arrojado a la existencia», ha sido incluida por Heidegger en su vocabulario. Ya esa misma manifestación residual de una antigua concepción corresponde el concepto de

alienación de Hegel.<sup>73</sup>

Incluso en los mismos *misterios órfico-dionisiacos*, el éxtasis tomó tardíamente carácter alienatorio. Por eso se habla de ellos como productores de una «alienado mentis». La vida se arroja al mundo. La luz a las tinieblas. El alma al cuerpo. Así se ejerce sobre la misma una fuerza sin dejarme preguntar, «¿dónde estoy?», ni lo «que soy yo». Y sufriendo pasivamente *los azares de un mundo que yo no he hecho y cuyas leyes no son las mías*.

Bultmann supone que existió un mito gnóstico pre-cristiano que creía en el Salvador y que era de origen persa. Al parecer se le atribuyó una cierta influencia en los evangelios sinópticos. No se habla de este mito ni en el «Evangelio de la Verdad» de Valentino, ni en los manuscritos del Mar Muerto. En Irán existe una secta gnóstica, «los mandeanos», desarrollados fuera de la influencia del gnosticismo sirio del siglo III. Es más que dudoso que esta secta pudiera tener una influencia sobre la cristiandad primitiva. El hecho en el cual están de acuerdo los autores es en que la expansión del gnosticismo fue un producto del siglo n después de Cristo y que tuvo por su parte una cierta influencia cristiana. Lo mismo ocurrió en la gnosis de Valentino.

Según muchos autores la influencia de la gnosis sobre el cristianismo apenas ha existido. Otros opinan lo contrario. Negaban la humanidad de Cristo, lo cual llevaba al «*docetismo*». En cambio, los Padres de la Iglesia, especialmente Ireneo, como vemos en otro lugar, insistían mucho en la realidad de la encarnación. Los gnósticos negaban la realidad de la creación como revelación de la gloria de Dios. Rechazaban el Antiguo Testamento, anulaban la *unidad de la especie humana* y la dividían en tres: espiritual, psíquica y material. Incluso se puede pensar que el gnosticismo contribuyó a desarrollar la doctrina cristiana, como piensan algunos autores, ya que Clemente de Alejandría y Orígenes trataron de integrar algunos valores gnósticos a la religión cristiana. No puede precisarse el momento justo en que la Iglesia trató de detener los avances del gnosticismo. En el año 150 ya fueron excomulgados Valentino y Marción como simpatizantes o filo-gnósticos. Este hecho ocurrió en Roma, pero en Egipto los gnósticos siguieron perteneciendo a la Iglesia. En adelante los gnósticos fueron sólo disueltos por la autoridad del Estado. La influencia de ellos y su situación histórica siguió con los «bogomilos» y los cátaros. El «maniqueísmo gnóstico» pasó a Turquistán y China. Después del siglo IV se habló menos, pero en el siglo XVI despertó una nueva atención fomentada por el teólogo protestante Gottfried. Más tarde, estuvieron influidos por la gnosis Novalis, Hegel y Goethe, entre otros.

Bultmann estudia la gnosis en la parte que corresponde a la historia de las religiones. Señala su unidad de estructura, a pesar de las manifestaciones a lo largo de la historia. Al principio muchos interpretaron la gnosis como un movimiento aparecido dentro del cristianismo, pero con una nota peculiar: la de *transformar la fe cristiana en una teología especulativa*. Pero ya hemos visto que la gnosis es probablemente anterior al cristianismo. Vino de Oriente. Penetró en Occidente. Fue más bien rival del cristianismo.

El origen de la gnosis se ha interpretado de muy diversas maneras, incluso como *sincretismo de formas religiosas primigenias*. Pero se ha descartado tal interpretación, aceptando en cambio que *se trata de una actitud determinada con respecto a la interpretación del ser y de su existencia*. Es algo radical permanente en el hombre, cualquiera que sea su época.

Podría tratarse de una piedad dualista que se orienta hacia la redención. Por eso es por lo que se ha parecido siempre tanto al Cristianismo. Por eso se han influenciado en cierto modo recíprocamente. Poco a poco y tras no pocas luchas, el auténtico

<sup>73</sup> Vid. en otra parte «concepto de la alienación».

cristianismo ha delimitado sus fronteras respecto a la gnosis.

Es curioso que las corrientes gnósticas que vivían dentro de la iglesia cristiana fueron las que combatieron después contra ella con mayor violencia. Las comunidades gnósticas aparecieron en forma de sectas bautistas en las orillas del Jordán. Otras veces, se constituyeron como comunidades mistagogas, de tendencia sincretista, pero ofreciendo culto a los misterios, como cuando el Attis Frigio era el «redentor gnóstico».

Los temas gnósticos penetraron también en la filosofía religiosa del helenismo. Lo fundamental en la mitología gnóstica es lo siguiente: «El alma tiene su origen en un mundo luminoso del cual cae trágicamente para emprender su existencia terrena. Y así permanece cautiva en el cuerpo hasta que se puede liberar y ascender al mundo luminoso del cual procede.»

A partir de ahí sobrevienen algunas divisiones. Para algunos esta forma ha sido lacerada y sirve a los demonios proporcionándoles, merced a sus elementos luminosos, fuerzas magnéticas de cohesión, que les son necesarias para crear, a partir del caos de las tinieblas, un mundo luminoso con la estructura a la que quieren regresar. Si los elementos luminosos les fueran retirados, su mundo artificial, es decir el nuestro, el cosmos, volvería al caos.

Al servicio de las potencias luminosas están velando continuamente los elementos o chispas luminosas robadas a la luz que constituyen el *yo profundo del hombre*. Los demonios quieren embriagarlas para devolverlas a su patria celestial. A veces lo consiguen, otras quedan aquí abajo conscientes de ser extrañas y cautivas hasta que sean liberadas por la forma luminosa que envía la divinidad: el Hijo, que se reviste de cuerpo terrestre para no ser reconocido por los oscuros demonios. Este Hijo llama a los suyos, los despierta, les recuerda la patria celestial y les enseña el camino para regresar. Les transmite fórmulas sagradas para franquear los obstáculos de las diversas esferas planetarias y las puertas tras las que se esconden los demonios vigilantes. O sea, las potencias demoníacas cósmicas. Y habiendo cumplido su obra se eleva al cielo abriendo la vía para que las chispas luminosas le sigan, cuando se desprendan del cuerpo: *o sea a su muerte*. El es el que ha comenzado y terminará su empresa, cuando las chispas luminosas, remontándose al cielo, se reunirán al cuerpo luminoso. Cumplido esto, el mundo de abajo acabará y caerá de nuevo en el Caos. Las tinieblas quedarán consigo mismas.

El mito gnóstico significa que *el hombre no se parece a nada de este mundo*. Explica el porqué el mundo es soledad, prisión y tierra extraña para él. El hombre ha sido expulsado desde lo alto, sin haber cometido ninguna falta. Sin saber por qué. *Lo que indica es la pre-existencia del yo*.

La soledad humana produce una angustia terrible ante el espacio, ante el tiempo personal y ante las potencias demoníacas que lleva en su seno y que intentan seducirle. El yo profundo del hombre se halla sustraído a ellas y de ahí el gran debate. Siente la vida de su alma, de sus deseos, de su voluntad, *como si fueran extraños*. Su vida corporal y sensible no es materia que pueda espiritualizarse, educarse en un elemento extranjero, como dirían los estoicos. Su yo profundo posee la razón y el pensamiento, pero el resto es enemigo de él. Lo domina, lo tiraniza. El yo recela de estas oscuras potencias y los movimientos de su vida están infestados por los demonios.

*La antropología gnóstica decíamos que es trimembre: cuerpo, alma y yo*. En lenguaje freudiano diríamos «Ello», «súper yo» y «yo». En los gnósticos descritos en lengua griega el «yo» es el «pneuma», el espíritu. El término psíquico señalaba una depreciación. El yo verdadero no puede definirse de un modo positivo, sino negativo, puesto que como chispa luminosa pre-existente, es un dato puramente trascendente. Deriva de la nostalgia de la Fe. Habiendo abandonado la noción griega del espíritu —y



por tanto de la trascendencia— tiene que representar al «yo» como sustancia, como chispa luminosa y como tal introducirlo en las categorías de los acontecimientos naturales.

Los cristianos abandonaron la noción griega del espíritu y de la trascendencia que implica, pero tomaron al «yo» de una manera distinta, con relación a lo que pertenece al mundo, *porque afirma su trascendencia con un carácter de futuro permanente. El yo verdadero se encuentra siempre entre nosotros, realizándose a cada instante en las decisiones tomadas.* Para esta consideración lo mismo da que el yo sea activo o que sea receptivo.

Cuando se habla de la *gnosis cristiana herética* se alude al enemigo interno de la Iglesia, pero nacido en su seno. No pocos cristianos de entonces convertidos en secta se apoyaban para su predicación, en las revelaciones de Zoroastro y otros análogos. Los teósofos refieren la gnosis como un conocimiento primitivo y secreto que sería la razón de todas las religiones. De todos modos conviene tener presente que los sistemas gnósticos conocidos no traicionan al espíritu de una religión oriental determinada, sino que las integran, en proporción desigual, judíos, cristianos, babilonios, egipcios y griegos, formando un *sincretismo* o mejor un *mosaico* con significación propia que no puede comprenderse si no es partiendo del conocimiento del espíritu que los creó.

La experiencia del *éxtasis* se halla en la raíz del pensamiento gnóstico. En el éxtasis se trata de los ojos del alma capaces de ver la esencia de las cosas, siendo para los antiguos una fuente legítima de la que se derivaba *la designación de apocalipsis*. Es decir, de revelación. Su foco principal recortaba la terminología de los misterios.

La palabra «gnosis» designa por tanto un movimiento religioso de la antigüedad. No se trata de una herejía cristiana, sino de una religión en sí misma, que conoció también fuentes paganas tales como el *Corpus herméticas* y el *Oracula chaldaica*. Otra fuente en que se apoyó fue el misticismo judío iniciado uno o dos siglos antes de Jesucristo. Tal origen múltiple demuestra las dificultades en conocer sus propias características, sobre todo comparándolas con la filosofía griega y con la religión cristiana primitiva. Ya en el segundo siglo era evidente la existencia de un *gnosticismo cristiano*, que luego derivó hacia el maniqueísmo.

En los orígenes de estos movimientos religiosos se encuentra siempre la oposición entre la luz y la oscuridad, tal como se indica en los manuscritos del Mar Muerto y se deduce de la doctrina de los esenios a los que se consideraba como antecedente formal del gnosticismo, aunque es difícil demostrar que exista una coherencia entre ambos modos de pensar.

También se integran otras corrientes procedentes del judaísmo palestino, como la Kábala (Merkbach) en la cual se buscaba un conocimiento profundo y esotérico del ser y cuyo conocimiento consistía en buena parte en el del Cielo y la Divinidad.

La influencia del pensamiento griego fue evidente. Estimulada por la magia y el sincretismo, siguió cobijada la gnosis en el seno del mismo judaísmo. Sin embargo, la terminología y los conceptos del misticismo judío sobrevivieron hasta más tarde. Simón el Mago fue el primer gnóstico del que poseemos conocimientos seguros. Era un judío heterodoxo que pensaba haberse incorporado el mágico poder de Dios. Helena era venerada como la imagen de Sophia. En conjunto el pensamiento de Simón el Mago parece una mezcla de filosofía griega y de sabiduría judía. El demonio se consideró procedente de la ruptura con Dios: pero a pesar de todo su gnosis poseía todos los caracteres del pensamiento judío y maniqueo. En el Nuevo Testamento, y especialmente en la Epístola a los Colosenses, se alude también a los círculos gnósticos, al culto de los ángeles y a ciertas tendencias libertinas.

Más tarde la expansión de la gnosis en el mundo helénico y la influencia de la

filosofía platónica se fusionaron en la creencia en *un demiurgo* como responsable de la creación del mundo. En el Evangelio Apócrifo de Juan que procede del siglo segundo y en otros documentos de la Pistis Sophia se expone claramente la citada evolución. Basilides defendió la gnosis helenizada y cristianizada, muy cercana al platonismo. Pero la influencia del maniqueísmo dominante en Irán obligaba a mantener una dualidad cósmica —entre alma y materia—. La doctrina gnóstica se conservó más pura entre los creyentes de Siria.

*El inconsciente humano es consustancial con la cabeza de Dios.* Debido a la trágica caída se sumió en un mundo extraño ajeno a su ser real. La Revelación le hizo consciente de su origen, esencia y destino. La Revelación se identifica con las palabras de Jesús no encontradas en los Evangelios (?) *que los gnósticos consideran como una mera alegoría esotérica.* Revelaban la existencia de una *experiencia visionaria* de iniciación en las doctrinas secretas. *El iluminismo* se distingue de la revelación gnóstica porque ésta no puede adquirirse *sólo por las fuerzas de la razón.* Es una *intuición del misterio del yo.* El mundo se halla plagado de sustancia demoníaca. Los demonios no pueden ser una creación del buen Dios, sino como una ilusión o un aborto. El mundo es ajeno a Dios. En cambio, según los gnósticos consiste en silencio y profundidad, más allá de ninguna ilusión a la que poder renunciar. Es como *lo absoluto*, la fuente de los buenos espíritus expresados en varios mitos que, en conjunto, forman con el Pleroma, *el reino de la Luz.* En tal complejo se integran varios mitos procedentes de las religiones orientales y griegas, pero con una nota fundamental: *el descubrimiento del inconsciente, del yo,* cuyo espíritu está *dormitando* en el hombre, hasta que el Salvador lo despierta.

El gnosticismo tiene que separarse del *enkratismo* que rechaza el matrimonio y el origen celestial del alma. No pertenecen al pensamiento gnóstico sino al enera tico las odas de Salomón, las enseñanzas de Taciano, los actos de Tomás. El enkratismo arranca de la cristiandad primitiva, más antigua que el gnosticismo clásico. Sirvió de puente para que las especulaciones gnósticas se ligaran a la Cristiandad. El mito del *Salvador Gnóstico* tuvo su origen en Irán, adquiriendo una considerable influencia en San Pablo, sobre el autor del evangelio de Juan y sobre la cristología de los evangelios sinópticos.

En resumen, el pensamiento cristiano es el que llega a concebir *la imagen del verdadero Dios* y a recoger los valores que puede haber en la gnosis. Sólo alrededor del año 150 después de Cristo es cuando la Iglesia cristiana trató de detener el avance del gnosticismo. Excomulgó a Marción, si bien no era un perfecto gnóstico. Inmediatamente después surgen numerosos conventículos gnósticos. Probablemente los cátaros medievales y los bogomilos sufrieron su influencia.

En cambio el maniqueísmo gnóstico se difundió por toda el Asia, Turquestán y hasta China. Sabido es que las corrientes del pensamiento cristiano no llegaron hasta Oriente más que hacia el siglo XVI y a través de misioneros españoles y portugueses.

El cristianismo primitivo predicó, aparte de la acción directa de los discípulos de Jesucristo, *otras maneras de pensar en el «más allá».* El Dios resucitado estableció *la comunidad del tiempo final*, es decir la comunidad de los santos y de los elegidos. Aquí sí que se trata del verdadero «pueblo de Dios», dados los problemas que tuvieron en el comienzo para reunirse y cumplir los preceptos a los que tal comunidad les obligaba. La comunidad escatológica no se separó del judaísmo en la participación del sentimiento de *pertenecer a algo distinto de lo anterior.*

Un gran paso se dio cuando fue conocido el mensaje anunciando la muerte y la resurrección de Jesús y el Juicio Final. Este mensaje fue llevado más allá de las fronteras del judaísmo palestino. Realmente se transmitió a las comunidades cristianas nacidas dentro del mundo griego y romano, por lo menos en los comienzos. Estas comunidades se componían, en parte, de cristianos y en parte de judeo-helenos, a los

cuales se agregaron también numerosos paganos, que se mantenían más o menos unidos a la comunidad judía. La diferencia entre el cristianismo griego y la comunidad palestina primitiva consistió en que no se manifestó sólo mediante el pensamiento escatológico, sino por el desarrollo de la piedad en el culto. Los paganos que se habían convertido esperaban el próximo fin del mundo. La venida del Juez y del Salvador. La resurrección de los muertos. Y así se lo preguntaban insistentemente a San Pablo.

Según el Antiguo Testamento, la historia tendrá un fin glorioso si el pueblo judío cumple con el pacto y se muestra obediente a Dios. En el Nuevo Testamento hay un desplazamiento en la línea significativa. El Hijo del Hombre viene a salvar al hombre. El pueblo ya no es el sujeto de la historia. Queda la Comunión de los Santos, pero el acento sobre la salvación individual, la de cada uno, es manifiesto.

En los tiempos de San Pablo la esperanza de la nueva venida del Mesías era viva. Se trataba de un suceso inminente. Los tesalonicenses se preguntaban inquietos si sus muertos participarían de la «parousía». San Pablo los consuela y les dice que los vivos no precederán a los muertos. Les dice también que la venida de Cristo puede tardar y que seguramente tardará, porque es necesario que se produzcan antes dos hechos: *la gran apostasía y el advenimiento del hombre de pecado*.

«Que nadie se engañe de ninguna manera porque, si primero viniere la apostasía y se manifiestare el hombre de pecado, el hijo de la perdición, el que se hace frente y se levanta contra todo el que se llama Dios o tiene carácter religioso, hasta llegar a invadir el santuario de Dios y poner en él su trono, ostentándose a sí mismo como el que es Dios... ¿No recordáis que estando todavía con vosotros os decía yo esto? Y ahora ya sabéis lo que le detiene, con el objeto de que no se manifieste sino a su tiempo. Porque el misterio de la iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que lo detiene ahora, desaparezca de en medio.»

«Y entonces se manifestará el impío, a quien el Señor destruirá con el sople de su boca y aniquilará con el esplendor de su advenimiento; este impío, cuyo advenimiento será por la enérgica acción de Satanás, en toda suerte de obras maravillosas y portentos y prodigios de mentira, y en toda seducción de iniquidad en daño de los que perecen, en pago de no haber abierto su corazón al amor de la verdad para ser salvos. Y por esto envíaes Dios eficiencia de seducción, para que den fe de la mentira, a fin de que sean juzgados todos aquellos que no dieron fe a la verdad, antes se complacieron en la iniquidad.»

El fervor de San Pablo da un carácter anhelante y trágico a sus escritos. Pero ¿es posible describir con más bellas y claras palabras el «misterio de la iniquidad» como él lo hace en los citados párrafos? Esta es una gran cuestión que ha sido tratada muy ampliamente por teólogos cristianos y de otras tendencias de pensamiento religioso. *Misterio de iniquidad*. Anticristo. Demonio. Misterio que todavía hoy no ha sido aclarado ni resuelto.

Ya en tiempos de San Pablo había gentes escépticas que rechazaban la escatología común a los primeros cristianos y judíos. Sobre todo la «historia de la salvación» resultaba muy extraña a la mente de los paganos convertidos.<sup>74</sup>

Al lado de la piedad original pronto se manifestó una verdadera ansia por conocer los principios del bien y del mal, pero en el propio pensamiento paulino ya se encierra claramente esta precisión: el esfuerzo hecho por el hombre para adquirir mediante sus obras la justicia de Dios, *esconde el pecado original*. El esfuerzo realizado demuestra que el hombre quiere glorificarse ante Dios y que puede vivir de su sola fuerza y adquirir su propio valor. ¿Qué tienes tú que no lo hayas recibido, y si tú no lo

<sup>74</sup> Resumo este tema en aras de brevedad y además por haber sido ya ampliamente tratado en «San Pablo, escritor comprometido». La aventura humana, ed. Rialp, 1963, 3 ediciones.

has recibido, por qué te glorificas, como si no lo hubieses recibido?» (1 a los Cor. 4-7).

Creer, precisamente, es confesar esta filiación y abandonarse pura y simplemente a la Gracia de Dios. Contra esto, contra lo que el hombre natural, por su deseo de afirmarse, disiente. El mensaje evangélico provoca por eso un «escándalo». *No he venido a traer la paz.*

## CAPITULO XV

### LA RELIGIÓN DE LOS MISTERIOS

*«El dios Pan ha muerto.  
Una religión del espíritu está a  
punto de aparecer.»*

#### COMUNIDADES

Los gnósticos se organizaban en *comunidades de misterios*. La certidumbre del «más allá» les llevaba a una vida ascética y a ritos de purificación. En la práctica, probablemente muchos de ellos derivaban hacia las actuaciones y usos mágicos. Su propio sentimiento de superioridad con respecto al mundo de los «elegidos» encontró su expresión, a veces, en el libertinaje, sin tener en cuenta ninguna regla moral.

El conocimiento del hombre es comienzo de *perfección*, y el de Dios es el de *la consolación*. Se trata de un sistema que personifica fuerzas cósmicas, entidades divinas, demonios, espíritus malignos, ángeles, héroes de la mitología griega pagana o de la cristiana —santos—. Entre sus manos está el destino del mundo y de la humanidad.

Cuando se aplica la inteligencia a las realidades superiores puede lograrse un éxtasis y una conducta espiritual, que encuentra su máxima expresión en la ascesis y *llega a los confines del espíritu*. Este mundo espiritual se conecta con el del hombre.

En todo tiempo se ha buscado este *modo de conocimiento*. Lo mismo ocurre en la brujería primitiva, en la magia sabia, en el conjuro de los demonios y en la mántica integrada en las *religiones de los misterios*. Y también en nuestra religión.

Quisiera citar un texto que consagra la investigación de las fuerzas espirituales rigiendo el Cosmos. «Yo te mostraré la vía santa, la vía escondida», dice el Salvador en el himno de los «nassanes». Al mundo griego le sorprendió la visión del mundo de los egipcios y el de los babilónicos, con la evocación de su cultura milenaria, arrancada de la sabiduría más primitiva.

En las comunidades de los misterios se trataba no sólo de transmitir fórmulas de las que el «yo» tiene necesidad para lograr su ascensión, sino también transmitir sacramentos (Bautismo y Santa Cena). Aquí deben incluirse los ritos de purificación e incluso algunas prácticas mágicas.

Las religiones de los misterios, por ejemplo, la egipcia, se rodeaban de un halo de piedad. La civilización greco-romana desconocía, por entonces, la verdadera piedad. La de los misterios era una piedad espiritualista y mística. Y los misterios no eran más que síntomas de transformaciones en la interpretación de la propia existencia.

Las religiones de los misterios eran cultos orientales y sus representaciones expresaban la creencia en los demonios y en los espíritus, que irrumpían en el mundo occidental. Es cierto que la creencia en los demonios, como la de los espíritus existía ya hacía mucho tiempo. Antes de los griegos y antes de los romanos también. *Pero nunca hasta el momento, tal creencia había jugado un papel tan esencial*. La creencia ganó en extensión y en potencia y además se enriqueció con las aportaciones de Oriente. Me refiero a las creencias procedentes del dualismo iraní. La de los diablos y de las legiones de espíritus malignos,<sup>75</sup> que trataban de penetrar en los cuerpos humanos, con sus gérmenes y enfermedades. *Con toda clase de males*, y maleficios. Estas creencias,

<sup>75</sup> El demonio se consideró de diversas maneras, Hay quien dice que había miles y miles. «Y bajando El a la tierra, le salió al encuentro un hombre de la ciudad poseído de los demonios.» Muchas veces se apoderaban de él, atacaban con cadenas y sujetaban con grilletes, pero rompía las ligaduras. Preguntóle Jesús: «¿Cuál es tu nombre?» Contestó él: «Legión».

aparte de las que podían existir entre los griegos y los romanos eran admitidas por las capas inferiores de la población e incluso adoptadas por las escuelas filosóficas, tales como la del neoplatonismo.

Junto a las creencias en los demonios se extendió la astrología y otras prácticas religiosas análogas, tales como el exorcismo, la conjuración de los espíritus y la magia. Esta agrupación de extraños seres condensaba la atmósfera en la cual se vivía —y se vive todavía— dando la sensación de que la frontera del nuevo mundo, gracias a las ciencias ocultas, está más permeabilizada. Buscaba las fuerzas subhumanas para, con su ayuda, tratar de hacerlas presentes en la tentativa de ser dueño o de dominar el destino. Apelaba también a las fuerzas supra-naturales para que luchasen en su ayuda. Los magos y los exorcistas han permanecido y permanecen constantemente a su servicio.

Esta línea de pensamiento y actuación no ha sido interrumpida en la actualidad, y si bien ha tomado formas no unitarias, la corriente penetra e influye gran parte de la sociedad actual y, como decimos, en otro lugar, precisamente, la que se considera más progresiva.

Las religiones de los misterios surgieron de la agrupación de varias religiones del Oriente próximo/que más tarde adoptaron, en el mundo civilizado, una apariencia y nomenclatura nuevas. De Oriente pasaron a Occidente a través de los esclavos, mercaderes y soldados. Así nacieron las comunidades culturales que se distinguían de las indígenas en que aparecían en la ciudad y se sometían a un patrón común. También algunas comunidades que permanecieron autóctonas. Esto es lo que ocurrió en Asia Menor, en Frigia con el culto de Adis, etc. En Egipto con el culto de Isis y de Osiris. En Siria con el culto de Adonis. Pero entre todas resaltaba el culto de Mithra, que siempre permaneció alejado del culto griego. Quizá por ser demasiado riguroso, puesto que trataba de desarrollar virtudes de carácter militar.

*Las religiones de los misterios* eran religiones nacionales y formaban las «comunidades». A los hombres se unían las mujeres en casi todos los grupos, menos en el de Mithra. El sacerdote, padre de la comunidad, era el «mistagogo». No tenían, como las comunidades cristianas, un carácter exclusivo. Estaban abiertas a la recepción de cualquier sujeto. Pero, una vez ingresado en ellas, tropezaban con una oposición dispuesta a su expulsión con objeto de mantener la unidad eclesiástica.

La admisión en la comunidad se hacía en una ceremonia secreta, llamada «acto de iniciación» y que ya de por sí constituía un misterio, que unía entre ellos a los iniciados para que pudieran distinguirse de los no iniciados. El secreto se guardaba bajo juramento. Después venían los ritos de purificación, como la abstinencia y los bautismos. En el culto de Mithra existían flagelaciones. Después de esta preparación tenía lugar la transmisión según la fórmula sagrada y una contemplación final de la divinidad.

En alguna de estas sectas se llegaba hasta la unión con la divinidad, y se consagraba mediante símbolos de la unión sexual, símbolos salvíficos que aparecían finalmente. La salvación de un naufrago de cualquier peligro que le acechase alcanzaba así la inmortalidad. Existió una divinidad femenina llamada a morir, pero que renació. Entre los dioses se incluía a los de la vegetación, que nunca perdieron su carácter natural. La vuelta a los dioses era como un renacimiento y el renacido era metamorfoseado, desfigurado y deificado. Así llegaban a obtener relaciones de confianza con la divinidad (Narciso, Adonis, etc.).

Con el tiempo apareció entre los egipcios una piedad expresada en culto, que era ignorada por la antigüedad greco-romana. En presencia de tantas variaciones, no se podía hablar de una sola tecnología ni de una sola religión, *sino de una interpretación movediza de la existencia*. A la luz de aquellas creencias se veía claro que las relaciones

entre el hombre y el mundo se mantenían muchas veces dependiendo de la rueda de la fortuna. En las vicisitudes entre el bien y el mal, la divinidad podía venir en su ayuda. Pero *ni las leyes del logos, ni la naturaleza racional del cosmos*, podían prestar un apoyo definitivo. Realmente, de la interpretación dualista del mundo se deducían consecuencias místicas, de las que surgió *la piedad incubada al calor de los misterios*.

O sea que la gnosis se define claramente por su interpretación de la existencia y del ser que deriva de ella. En la creencia en una redención se aproxima al cristianismo. Decimos en otra parte que gnosis y cristianismo en un momento de indecisión doctrinal se influyeron de algún modo, aunque su oposición se hizo cada vez más patente y clara, y muchas veces se encontraron en cerradas polémicas.

*Las comunidades gnósticas* elaboraron sus ritos y doctrinas bajo la influencia del mundo helénico y de otros grupos como las sectas bautistas existentes en la región del río Jordán. Y así se formaron como *comunidades de misterios*, de tendencias sincretistas, aunque siempre bajo la forma citada de «cultos de misterios». Además de estas líneas de desarrollo hubo otras, tales como las diversas creencias que provenían de la filosofía religiosa de Grecia. Aquí deben incluirse los ritos de purificación e incluso las prácticas mágicas.

## RITOS DE INICIACIÓN

Con las religiones de los misterios aparece un culto piadoso que la antigüedad greco-romana no conocía. En fase posterior los actos de culto son sólo la expresión simbólica de fenómenos psíquicos interiores. En el fondo, son modos de interpretar la existencia humana, puesto que las relaciones entre hombre y mundo en aquellos tiempos, se habían tornado inciertas. La vida no termina en el cumplimiento de los deberes para con la Ciudad. El hombre se halla expuesto siempre a las vicisitudes de la vida. No se siente protegido por el *logos*, ni por el *cosmos*. El logos es racionalismo, el cosmos es idea del logos.

De esta manera nacieron las religiones de los misterios en el Oriente próximo y de ahí pasaron a Occidente a través de los esclavos y de los soldados, dando origen a las comunidades dedicadas al culto de la Ciudad del que acabamos de hablar. El culto de Attis y Osiris se difunden rápidamente, y en el culto a Mitra sólo participan los hombres. Con estos caracteres, las religiones de los misterios dejaron de estar limitadas a una «nación» y se convirtieron en «religiones de comunidades», sin tener en cuenta diferencias de raza ni de nacionalidad. Congregaban a señores y a esclavos sin diferencias de sangre ni posición social. No tenían carácter excluyente, aunque sí se reservaban sus ritos propios. No constituyeron, como dice Bultmann, *una unidad eclesiástica*.

Admitían a los nuevos adeptos, mediante un acto de iniciación, en una ceremonia solemne y secreta. El secreto se mantiene y une a unos miembros con otros, que juran guardarlo. La iniciación se halla precedida de los ritos de purificación, como abstinencia, bautismos y flagelaciones. Después se transmite la fórmula sagrada y, finalmente, se alcanza la contemplación de la Divinidad y aparecen las manifestaciones luminosas. Significan la unión con la misma y por tanto la inmortalidad. En numerosos misterios, la fórmula se consagra mediante la unión sexual y otros ritos simbólicos, especialmente relacionados con la comida. La significación del misterio es la comunicación de la «salud», o sea, de todo lo que un hombre pueda desear, y la eliminación de los peligros. Es decir, postula la salvación y la inmortalidad. En el centro del culto se halla una divinidad juvenil que muere y renace. Al comienzo eran los dioses de la vegetación.

La actitud de fe respecto a los misterios es la manifestación moderna de la

gnosis. La gnosis no debe ser entendida como una categoría histórica determinada, sino universal. Ella y no el ateísmo que aniquila a Dios porque rechaza las imágenes que existen del mismo, es la antagonista de la realidad de la fe. Sus manifestaciones modernas nos conciernen específicamente, no sólo por sus pretensiones masivas de penetración, sino porque, en particular, reasumen el *carpocrafismo*.<sup>76</sup> Esta desviación motivó que se enseñase *una especie de psicoterapia en la deificación mística de los instintos, en lugar de su santificación mediante la fe*.

También para los gnósticos la sabiduría queda reservada a los iniciados. Los sacerdotes orientales, brahmanes, magos, caldeos, egipcios, etc., mantenían, como en depósito sagrado, una doctrina que no revelaban al vulgo. «Los gnósticos todo lo fiaban a la razón» (Menéndez Pelayo).

El mundo oriental, plétórico de creencias en los demonios las traspasó al mundo occidental. Los griegos y los romanos creían en los demonios. Estas creencias se enriquecieron y se difundieron elaborando una temática propia y adquiriendo gran poder. Los temas iniciales *procedían de Oriente*. Prevalentemente mostraban influencias caldeas, egipcias e iránicas. Se condensaban alrededor del temor a las legiones de espíritus demoníacos malvados, que se extendían en torno a la carne y al humo de los holocaustos. Se introducían en los cuerpos humanos, engendraban enfermedades y toda clase de malaventuranzas y desgracias. También aplicaban las mismas ideas a los males de la naturaleza, como las tormentas, vientos adversos, etc.

La creencia en los demonios, lo mismo que la astrología, se extendió, dando origen a prácticas diversas para la conjuración de los espíritus. También se entregaron a la magia. El mundo, que comenzaba a parecer accesible a la ciencia racional, se sintió amenazado. El hombre lleva inserta *en su eje la angustia*. Quien dice angustia quiere decir miedo y terror ancestrales a lo desconocido. Racionalizar es un modo de liberarse de esas antiguas amenazas que yacen en su fondo. Como a los niños, la oscuridad les producía pánico. El hombre, por la potencia de su espíritu, se siente libre y dueño de su destino. La potencia propia, personal, le falla ante los poderes perversos que desconoce. Por eso, en las religiones primitivas, busca ese apoyo en los exorcismos mágicos.

## LA RELIGIÓN ASTRAL

La religión astral, que se practicó en cierta época del helenismo, consiste en la adoración de los astros. Penetró en Grecia procedente del Oriente próximo e incluso logró penetrar en él el mundo romano. Los dioses griegos constituían una defensa contra las religiones astrales. Sin embargo, alguna influencia ejercieron, especialmente en lo que podría llamarse «piedad astral». Fueron los «señores sirios» (ba-a-lum) los que practicaban y propugnaban el culto de este tipo de religiosidad.

Septimio Severo (193-211) tuvo una hija llamada Julia Donna, que se casó con un hijo de un «señor sirio». Se convirtió a la religión de su marido y fue nuera del gran sacerdote de Baal en Efeso. El famoso Heliogábalo, que subió al trono en 218, también fue sacerdote de Baal. Aureliano, que reinó de 270 a 275, hablaba del «culto sirio al Sol» y del Dios del imperio con el nombre de «Sol invictus». Estas tendencias de origen oriental acabaron por fundirse en una divinidad universal, es decir, en un *monoteísmo*. Pasaron de la tensión de la multiplicidad a la unidad. El panteísmo solar que se extendió por todo el mundo romano se hallaba impregnado de esta tendencia. Una divinidad única, todopoderosa y eterna, universal e inefable, sensible a las emanaciones de la

<sup>76</sup> Carpócrates fue un filósofo platónico y gnóstico sectario que vivió en Alejandría en el siglo II. Criticó la creación del mundo que constituyó independiente del principio divino. Mezcló las ideas cristianas con las helénicas. Sus discípulos aplicaron de forma grosera estas teorías y celebraron ritos totalmente paganos y mágicos.



naturaleza, constituyó un ideal religioso. El sol fue su más espléndida manifestación.

Dentro del círculo de esta religiosidad apareció, también, el sentido de *la trascendencia y el fatalismo*. Su antropología fue una expresión de su rostro. El sentimiento de ser *juguete del destino* se apoderó de sus creyentes, sobre todo en las grandes ciudades. El desorden de los acontecimientos, las guerras, las conquistas, etc., compensadas por el poder social, fecundaron, en el resto del pueblo, la conciencia de su propia impotencia. Era la casualidad, como caprichoso agente, la que dirigía la historia del mundo. Muchos se sentían *esclavos del destino y condenados a una muerte inevitable*.

En Oriente existieron cierto número de religiones que poco a poco se fueron trasvasando a Occidente. Un aspecto fundamental de ellas consistió *en la creencia en los demonios*, que habían irrumpido en el mundo. Además, trataban de insinuarse en el cuerpo humano provocando las enfermedades y toda clase de males. Los mismos neoplatónicos aceptaban ideas análogas.

Contra dichas creencias no había más que las prácticas *del exorcismo y la magia*. La creencia en los demonios y en la magia profundían la atmósfera en la cual se vivía. Grandes capas de población deseaban, mediante la propia potencia de su espíritu, hacerse dueños de su destino. Las potencias pérfidas lo impedían. Las religiones de los misterios pertenecen a este ciclo. Habían nacido como vimos más arriba en el Oriente Próximo y al principio eran religiones nacionales, siendo introducidas en Occidente por los esclavos, los comerciantes y los soldados. Hay que citar el culto «Attis», el de «Phrygio», etc.

El contacto entre los diversos cultos caracterizó a esta época. El concepto de nacionalidad nació paulatinamente. La comunidad se organizaba jerárquicamente y el sacerdote, es decir, el «mistagogo» *era el padre de la comunidad*. Estas religiones de los misterios se distinguieron del cristianismo en que podían convivir unas con otras, en tanto que el cristianismo, desde el primer momento, se constituyó *en religión única*.

En las religiones de los misterios se ingresaba mediante una ceremonia de iniciación secreta y «misteriosa». La iniciación era precedida de ritos de purificación, abstinencia, etc. Tras la iniciación tenía lugar la transmisión de la fórmula sagrada y, finalmente, la contemplación de la divinidad. La unión con la divinidad aparecía vinculada a un cierto simbolismo sexual.

## TEÓSOFOS Y GNOSIS

Los teósofos se refieren a una sabiduría primitiva, *secreta raíz* de todas las religiones. Los sistemas gnósticos no tienen ciertamente el espíritu de una religión oriental determinada, sino que forman una síntesis de todas ellas y llegan a adquirir significación propia y distinta. Esta conjunción de varias direcciones, al principio era muy tosca, pero después alcanzó una verdadera fusión. Hornero y Hesiodo siempre propugnaban la fusión de las divinidades locales. Los mitos de los griegos encerraban una filosofía profunda que se fue descubriendo poco a poco. Si leemos a Freud todavía puede intuirse que el mito de Edipo fue redescubierto por él en la sociedad contemporánea. Los griegos no comprendieron ninguna religión oriental en su sentido profundo. De ahí las grotescas creaciones de algunas religiones occidentales, aunque después se hicieran familiares. Recordemos que el griego era la lengua del mundo. Hasta los judíos de Alejandría se vieron obligados en el siglo ni a. C. a traducir al griego el Antiguo Testamento. La comunidad griega no conocía el hebreo.

En la gnosis se detecta en su primera fase, *una marcha insegura en la oscuridad y después aparece la iluminación súbita y el misterio acaba en la visión de lo divino*. El pensamiento gnóstico no es sólo una manera de afrontar las cosas por vía diferente, sino

de describir la realidad del mundo como distancia de la ciencia y de la filosofía modernas. Las grandes corrientes filosóficas que nos vienen de los griegos (Academia platónica, Peripatéticos y Estoicos) se fundieron también en esa especie de *religión universal* de las gentes cultivadas. Los estoicos sostenían la teoría de un cosmos viviente, como un gran organismo. Y como tal ser viviente se componía de cuerpo, alma y espíritu.

El hombre, como ser más elevado en la jerarquía de la creación, recapitulaba todos los grados diversos por los que ha pasado la naturaleza: materia, planta, animal, psique y espíritu. Es un macrocosmos en pequeño o sea, valga la paradoja, una especie de *microcosmos*. Pero una parte de su ser se eleva hasta el espíritu divino que se halla fuera del mundo y de la naturaleza.

El pensamiento de un Dios extraño y desconocido del hombre dominando el mundo, toma cuerpo en la *gnosis moderna* y en Marción, así como en la doctrina indobúdica de Oriente. Pueden verse coincidencias entre diversas cosmologías, por ejemplo, entre la gnóstica y la búdica a través de la *serpiente cósmica*, del monstruo Leviatán que separa al mundo de la luz.

*Sexualidad.* — El pensamiento gnóstico echó sus raíces en la experiencia unificadora del «yo» con el mundo. La fe gnóstica consiste en la creencia en un concepto unívoco del organismo humano y del organismo cósmico. Esta creencia la vemos clara en el pensamiento de Freud<sup>77</sup> que une la vida con el cosmos sexual, tanto más cuanto que la ascensión gnóstica del hombre se realizó mediante un acto de fecundación. El alma virginal recibe la semilla divina de la luz, queda fecundada y nace el «hombre nuevo espiritual». Las analogías con el esquema de Freud resultan evidentes. Las acciones de culto cósmico se hallaban pictóricas de motivos relacionados con el acto sexual y la fecundación.

La unión mística, el «hierogamos», o sea las nupcias sagradas, las experimentó el gnosticismo en su unión con el nacimiento. O sea, con una situación que tiene que ver con la sexualidad. En la gnosis existe, primordialmente, un pensamiento sexual tan esotérico como el de Freud.

La palabra gnosis se refiere al *acto generador* y procede de la misma raíz que «Giner», engendrar. La acción de la libido freudiana pertenece al círculo de la gnosis. En su amanecer histórico, el cosmos mismo se engendró espiritualmente fecundado por la divinidad. Siempre que en la evolución del mundo existe una fase de decadencia, se cree que una *impulsión del otro mundo frena el grado de «desespiritualización»*. Cada generación se aliena de lo divino y su corrupción crece. Cuando la degradación ha llegado al más bajo nivel, interviene el Salvador para mostrarle el camino por el cual debe marchar. De esta manera podrá pasar de un grado de espiritualidad a otro mejor. *Esta salvación consiste en una recapitulación de la historia del mundo y del pensamiento humano.* Tal línea de pensamiento ha atravesado la historia. Como ejemplos de ella tenemos a Hildegard de Bingen y al místico Erckhardt. Hasta en la biblia de Lutero se puede ver un grabado de la historia de la creación que tiene caracteres gnósticos. Lo que separa la gnosis del cristianismo es que la fe no basta. La fe se convierte en saber y ciencia en la gnosis. *El saber humano no procede de la experiencia* más que parcialmente. Sobre todo, es fruto del ejercicio del pensamiento y del sentimiento, puesto que siempre se exige una confirmación científica de lo que es el campo de la realidad. Por eso el pensamiento gnóstico busca su confirmación en la obsesión inmediata.

Son curiosas las relaciones entre la matemática gnóstica y las letras del alfabeto griego. Los pitagóricos usaban las letras como cifras y viceversa. El cielo consta de 7

<sup>77</sup> Vid. «Freud y sus ocultos dioses», *op. cit.*

círculos, mostrando esa fusión entre las dos series citadas. El mes 7.º por ejemplo es aquel en el que se celebraban las grandes fiestas del año con concurso del pueblo, porque es el tiempo de la maduración de los frutos. El mito, dijo Nietzsche, no se basa en una idea de una cultura elevada, como se la imaginan los niños. *El mundo es la idea misma que comunica una acción del mundo y evoca una sucesión de sufrimientos y de acciones.* Sólo los niños y los artistas atraviesan impunemente el bosque y la pradera de las fábulas y de los cultos. Los neuróticos también atraviesan el bosque de sus síntomas y buscan, en el anhelo de la satisfacción sexual, su liberación, en el pensamiento de Freud.

La filosofía de la religión ve establecida la unidad entre Dios y el hombre, *pero no como una unidad sintética.* La separación es un factor imprescindible para entenderla. En el discurso de Diótimo del Simposio puede comprobarse si la unión entre Dios y el hombre se debe a Eros, como enviado intermediario entre la interpretación de Dios que viene del hombre y aquello que viene de Dios. Los poderes planetarios demoníacos son enemigos de la gnosis, puesto que en ellos está encerrado el poder del destino.

## FIESTAS DIONISIACAS Y ORFICAS

Dionisos era una divinidad de la antigua Tracia, hijo de Zeus y Semelé, que murió antes de nacer su hijo por haber intentado ver a su amante en plena gloria. Entonces, al niño, cuya hora de nacer no había llegado todavía, hubieron de encerrarle y le injertaron en el muslo de Zeus, de donde salió a su debido tiempo. Por eso se dice que Dionisos nació dos veces. Educado por las ninfas de Nysa en plena naturaleza<sup>78</sup> se le ocurrió cultivar las viñas y por eso se le suele representar cubierto de pámpanos y vides. A Dionisos se le atribuyen numerosas aventuras. Se había vengado de los piratas tirrenos.<sup>79</sup> Fue amado por Ariadna en Naxos, lo que, probablemente, significa que, siendo abandonada en dicha isla por Teseo, se entregó a la bebida o sea a Dionisos. Este condujo una expedición triunfal a la India. Está mezclado en todas las leyendas de Zeus, Apolo y Demeter. Otros nombres con los que se le conoce son Nyseos, Bromios, Dithyrambos, Evios, Bakkos, Zagreuz, Sebazios, Lyseos, etc. Estas diversas personificaciones recuerdan circunstancias de su vida o de su culto. Se le representa seguido de un alegre cortejo formado por sátiros, sueños, Pan, Príapo, Ménades, etc. Y las Bacantes. La historia de este culto es muy compleja, pues el Dionisos clásico ofrece dos aspectos: 1) El de un dios nacional campesino y popular. 2) El de un dios de los *éxtasis y misterios*, dios extranjero originario del Asia Menor y que se introdujo en Grecia en el siglo VI a. C. El culto de Dionisos tuvo en Grecia una influencia considerable: *contribuyó a introducir en la religión el sentido del misterio.* En la poesía lírica, el sentido de la naturaleza. En las artes plásticas, el movimiento apasionado. Varios géneros literarios han nacido de él: las poesías órficas, los dithyrambos y, en general, todo el teatro.

*Las fiestas dionisiacas* se celebraron en todo el mundo griego, unas veces eran fiestas campestres y *otras de misterio.* Siempre eran estas fiestas ocasión de banquetes, procesiones grotescas y faloforías. Todas estas fiestas han tenido un gran papel en la historia de la poesía lírica y del teatro. Los misterios han inspirado la poesía órfica.

Los *órficos* tenían del mundo (VI a. C.) una concepción afín al panteísmo. Creían que el universo había sido creado por el Amor y por el Tiempo. Creían también que Zeus era la fuerza universal. El corazón de Dionisos, salvado por Pallas Atenea cuando los Titanes lo despedazaron, había sido conservado y se creía que reservaba toda

<sup>78</sup> Dionysos significa: «Zeus de Nysa».

<sup>79</sup> A los que convirtió en delfines.

la fuerza divina del joven dios.

Dice el mito que Dionisos siendo aún niño, había sido sorprendido por los Titanes, sus hermanos, y despedazado y echado en una caldera hirviente. Una parte de la víctima había escapado a los Titanes. Pallas Atenea, en el momento del crimen, robó el corazón del dios y se lo llevó palpitante a Zeus. Esta parte del cuerpo de Dionisos se había convertido en el centro de una vida renaciente. La sustancia inmortal del dios había sido modificada pero no destruida. O sea que se había reformado. Dionisos era, en el pensamiento de los órficos, un símbolo de esta vida poderosa que circula por todo el universo y que anima, sin interrupción, todas las partes de la naturaleza y que, en las apariencias de destrucción, no son más que los signos de una transformación de la vida. Para los órficos, efectivamente, Dionisos no era sino *el alma universal*, la fuente común de todas las almas humanas, *las cuales deben tender a purificarse* y a mantener el elemento divino que les viene del dios hijo de Zeus. Aquellos que se consagran al dios Dionisos buscan, por medio de ciertos ritos, entrar en relación con él.

Este mito simboliza toda la doctrina órfica y la preocupación por la vida futura. Aquí en la tierra, el hombre debía llevar una vida ascética («la vida órfica») para prepararse a futuras existencias. Recordemos que Orfeo era un poeta y músico de Tracia, hijo del rey Eagro según unos y según otros de Apolo y la ninfa Calliope. Con sus cantos fascinaba a toda la naturaleza. Tomó parte en la expedición de los Argonautas. La muerte de Eurídice, su mujer, le hizo bajar a los infiernos a reclamarla y la consiguió, con la condición de no volver su mirada hacia ella antes de subir al reino de la luz. No cumplió su promesa y fue herido y desintegrado por el rayo de Zeus.

Desde el principio del siglo v de nuestra era, la doctrina órfica tendió a confundirse con la casi idéntica de los pitagóricos y los misterios de Eleusis. Más tarde fue muy apreciada por los neoplatónicos. La propaganda principal del orfismo se hizo, sobre todo, a base del rito principal que era un banquete sagrado en el que se repartían los manjares y los iniciados comían carne de toro cruda. Esto era en recuerdo de la muerte de Dionisos y se llamaba «omofagia». Los iniciados practicaban habitualmente la abstinencia de carnes. Como símbolo de pureza iban vestidos de blanco.

## UN TEÓSOFO MODERNO

Como teósofo de la Edad Moderna debemos citar a modo de ejemplo a Enmanuel Swedenborg. Nació en Suecia —¿Estocolmo o Upsala?— en 1688 y murió en Londres en 1722. Era hijo de un pastor y más tarde obispo protestante de Skara. La primera parte de su vida se dedicó tenazmente al estudio. Quería convertirse, según sus propias palabras, en «sabio», científico, mineralogo, matemático, etc. Hacia la mitad de su vida realizó un verdadero «giro». Hallándose en Londres tuvo sus primeras visiones. Estando en un restaurante de dicha ciudad, en el año 1743, y después de una copiosa comida, vio a un ángel que le decía: «¿Por qué comes tanto?» A partir de ese momento Swedenborg cambia completamente. Según él, un mundo espiritual nos envuelve. Los seres que lo pueblan, ángeles o demonios, actúan sobre nosotros. En el sentido literal de las Sagradas Escrituras se halla oculto un sentido espiritual. La Trinidad se concentra en la única persona de Cristo. *La muerte de Cristo ha sido el triunfo de la luz sobre las tinieblas*. Este lema, cuyo tinte gnóstico no necesito subrayar, es el pivote de sus teorías y doctrinas.

A Cristo se llega por amor y en él la humanidad se purifica y se diviniza. Swedenborg ha expuesto su doctrina en extensas obras. Una es «Arcana caelestia», 1757. «De cáelo et inferno ex auditis et visis», 1758. «De nova Hyerosolyma», 1758, etcétera. La mayor parte de estas obras han sido traducidas a varios idiomas. Sus

discípulos<sup>80</sup> han fundado asociaciones swedenborguianas, que se han multiplicado especialmente en Inglaterra (Iglesia de la Nueva Jerusalén) y en los Estados Unidos. Todas las obras, según Swedenborg, le fueron dictadas por los ángeles. Se trata de una doctrina optimista y consoladora. Tal vez ahí radique la razón de su éxito.<sup>81</sup>

Los puntos principales de estas teorías son los siguientes:

1. Los ángeles han sido antes hombres que se han unido a Dios en unión que Dios nunca rechaza.
2. Los ángeles pasan por tres fases, tres naturalezas de amor. La regeneración del hombre es progresiva: amor a sí mismo, amor del mundo y amor del cielo.
3. La primera transformación del hombre es el amor; después viene la sabiduría y la bondad. La unión entre el amor y la bondad lleva a la criatura a un estado divino en el cual su alma es «mujer» o principio femenino y su cuerpo es «hombre» o principio masculino. Así se llega a la última expresión humana donde el espíritu vence a la forma. Y donde la forma se debate aún con el espíritu divino.
4. Los tres grados de «existir» son *el natural* que comprende los seres regenerados, *el espiritual* donde están los espíritus angélicos y *el divino* o estado en el que se queda el ángel. Por estos tres modos de existir ha de pasar el hombre, si quiere alcanzar el cielo.
5. Los matrimonios de los ángeles son perfectos. El hombre-entendimiento y la mujer-voluntad forman un solo ser ya aquí en la tierra. Esta unión debe inspirarse sólo en motivos espirituales.

---

<sup>80</sup> En España, Eugenio d'Ors hizo revivir en parte esta doctrina angélica.

<sup>81</sup> Nótese la influencia en la teoría de Jung sobre el «ánimo» y el «ánima».

## **CAPITULO XVI**

### **EL PENSAMIENTO GNÓSTICO Y LA ALQUIMIA**

Al pensamiento gnóstico pertenece la alquimia. No es necesario recordar la influencia de la gnosis en Jung. Fue muy penetrante y ampliamente reconocida por él mismo, que nunca se quiso confesar gnóstico. La afirmación de que, en otra forma, el pensamiento de Freud posee también una filiación gnóstica es mi opinión y está ampliamente expuesta en otra parte. A mi modo de ver es indudable. Aparte de incidentes entre Freud y Jung que casi podríamos llamar de la vida cotidiana, aunque para ellos revistieran un carácter simbólico, la mayor y más aparente influencia gnóstica fue una de las diferencias que hubo entre ambos. Freud pretendía como psiquiatra quedar en el terreno de la ciencia natural. Esto ha conducido al psicoanálisis a una situación insostenible. Jung, por el contrario, se entregó cada vez más al estudio de la gnosis. La ruptura entre ambos era inevitable. Y así sucedió.

En los últimos años se ha estudiado muy detenidamente la historia de la alquimia, pero todavía no se han revelado más que ciertos aspectos de la misma. Quizá posea demasiadas opacidades para el hombre contemporáneo. La alquimia es una forma de pensamiento esotérico sobre la que existe abundante bibliografía. Por mi parte, me limitaré aquí a lo que es esencia en relación con la ortodoxia psicoanalítica. El conocimiento de la alquimia no pertenece más que a los iniciados, se dice. ¿No ocurre lo mismo con el psicoanálisis? ¿Como ciencia esotérica no permanece también, como el psicoanálisis, en el centro del mundo moderno y de sus inquietudes? El psicoanálisis no puede aprenderse, ni siquiera leyendo concienzudamente las publicaciones de Freud, según él mismo afirmó. Hace falta ser psicoanalizado según los cánones. ¿No es ésta una forma de aprendizaje análoga a la de las ciencias esotéricas? ¿No poseen los discípulos de Hermes la misma contextura psicológica que los de Freud? Con la excusa para los primeros de no haber, en el tiempo en que florecieron, la enorme cantidad de publicaciones sobre el tema que hay en el mercado actual...

En la gnosis del período tardío de la antigüedad se halla la vivencia antedicha. El hombre de carne se convierte a la gnosis, vivencia del renacimiento del espíritu tras la muerte de la carne. Vivencia de «elegido». También en la alquimia se habla de renacimiento de lo inmortal mediante las terribles experiencias de la muerte negra o espiritual que es un «descenso ad inferos».

La bibliografía sobre la alquimia y también la del psicoanálisis comprende varios miles de títulos (me refiero sólo a los libros). En el siglo XVIII en Francia se calculaba que existían 8000 tratados sobre alquimia. El lector comprenderá que en estas páginas he de limitarme a ofrecer un apretado resumen, que incite a reflexionar sobre esta parte del pensamiento humano.

La alquimia tropezó en la Edad Media con el horror que tenían a la representación de la imagen árabes y bizantinos, aunque Hermes Trimegisto fuera procedente de Alejandría. Los libros que se publicaron en los comienzos fueron extraordinariamente dificultosos de entender, entre otras cosas por carecer de imágenes. Lo cierto es que, con el tiempo, se logró establecer una simbiosis entre la alquimia y el pensamiento cristiano. Esto ocurrió avanzado ya el siglo XI. En el siglo XII aparecieron claramente las primeras manifestaciones del arte en la alquimia. En los siglos XIII y XIV el arte alquimista se encontró ya en posesión de abundantes medios para expresarse. Las ilustraciones alquimistas pertenecen, de pleno derecho, a la historia del arte. Recordemos las pinturas de Jerónimo Bosch, probable miembro de una secta oculta

en su tiempo, cómo Peter Breughel, Lucas Cranach por no citar más que los más conocidos. Resulta curioso que después de la muerte de Rafael hubiese un renacimiento del pensamiento alquimista (Nostradamus, Cornelio Agrippa, Paracelso, etc.). *La locura empezó a intrigar a los hombres de la época*. Surgió el «manierismo» que alcanzó su acmé en Archimboldo. Ciencia y locura parecían entremezclarse. Como ocurre ahora mismo.

Con la confluencia entre ciencia y locura se interpola un florecer del erotismo, que ahora llamamos «permisividad». El «orden del discurso» que Foucault establece como método filosófico, teñido de evidente exageración catatímica, se repite en el curso de la historia. Las torturas, las perversiones sexuales, la crueldad que por piedad llamamos «morbosa», las cópulas antinaturales, etc., dicen los que escriben con gran veneración de la alquimia, hacían perder a ésta su integridad espiritual. Lo malo es que actualmente en lugar de integridad nos vemos forzados a hablar de «desintegración».

En Rodolfo II y en Praga encontraron los alquimistas un apoyo eficaz. Praga siempre ha sido una ciudad propicia al cultivo de lo extraño, sea o no genial. La ciencia hermética se daba la mano con los adheridos a los secuaces de la Rosa-Cruz. Resulta apasionante anotar que tal modo de pensar ocurría en uno de los momentos en los que la melancolía ocupaba el primer plano histórico-médico. El famoso cuadro de Durero caracteriza a esta compleja singladura de la historia, no ya del pensamiento sino del estado de ánimo de la colectividad de aquellas gentes.

El progreso esclarece y oculta. Quizá se pudiera decir actualmente que la melancolía —la depresión— sea tan frecuente porque atravesamos una época histórica cuyo parecido con aquella no podemos desechar. Entonces Durero, el superrealismo ahora. Ya sé que superrealismo no está en cuarto creciente, pero tampoco lo están otros equivalentes históricos de la citada singladura histórica. El ocaso de un «modo de vivir» no significa el ocaso de la historia.

La alquimia tiene que ser esotérica y por tanto exigir una fase de iniciación a los futuros adeptos. Los psicoanalistas junguianos afirman que se puede llegar a desentrañar, mediante ella, un fragmento de la vida psíquica. Tal vez, *pero eso no significa poseerla*. Ni menos poder actuar sobre ella. En el esoterismo hermético se dice que lo importante no es comprender la significación de una imagen, *sino apreciar su forma*.

En definitiva, como ocurre en el pensamiento gnóstico en general, lo importante no es el conocimiento, *sino su participación en él*. Freud nos ha relatado sueños propios y de sus enfermos. No basta. El orden del discurso se transforma en un *orden del inconsciente*. Y no en un puro orden en que lo instala el psicoterapeuta. Es más, la experiencia enseña que, según Freud, lo más importante no consiste en lograr una interpretación correcta de los sueños, *sino una interpretación viva*. Una interpretación que se convierta en un impacto tan profundo, que sea vivida como *una nueva verdad*. Una verdad capaz de iluminar todo un pasado histórico individual.

A primera vista, parece que la alquimia se pudiese definir como una ciencia experimental, como una química de determinada época. En tal caso ¿de dónde surge su preocupación por la vida sexual? *La alquimia es una ciencia erótica*. Véanse las imágenes del «falo arboriforme», del «Pan silvestre» o de «la mujer yacente» ante un altar funerario (tratado existente en la biblioteca Laurentina de Florencia). O de la «Virgen del Unicornio». O los tratados de alquimia de la biblioteca de Leyden. O más fácil, por cercano para nosotros, el Jardín de las Delicias del Bosco, en el Prado.

El héroe alquimista vuelve a sus fuentes como Jasón. Su camino debe sobreponerse a la muerte, porque su vitalidad creadora es la misma que tenía cuando era una forma primigenia de existencia. Eterna fuente de juventud, que le permite vencer a

la materia. Como el enfermo quisiera vencer sus síntomas y su angustia. En suma, vencer a la enfermedad y al cuerpo en el que anida.

¡Si el hombre pudiese lograr por medios esotéricos la salud, qué gran felicidad! No hubiesen tenido que escribir Freud y otros sobre el malestar que impone la cultura. Ni hablar del análisis interminable. Ni mostrar tan honesta como reiteradamente sus grandes errores.

Roszak ha escrito un ensayo lleno de ingenio en el que trata de aproximar la ciencia actual al conocimiento y a la gnosis. La gnosis forma parte de un espectro que pone en contacto —incluso en superposición— a la ciencia por un lado y a las religiones «visionarias» por otro. Los artistas han encontrado la belleza fría del orden estructural en la naturaleza, pero han encontrado también la presencia ardiente de lo sagrado. Científicos deístas como Newton, mantenían que los ciclos rítmicos y las regulaciones en la naturaleza, pertenecían a este orden de hechos. A otros en cambio, como Blake, Keats, Hopkins, etc., la divina grandeza del mundo les aparecía de un modo unitario, *como en una visión en pleno éxtasis*. Conocer a Dios en el momento del poder es una epifanía, un conocimiento que merece ser respetado científicamente. *La gnosis asciende hasta una altura análoga a lo conseguido por las drogas* y el conocimiento se muestra ascendente y se refugia en laseudodisciplina de lo sacro. La experiencia se expande y lo rellena todo.

Galileo tenía razón al llamar «locos» a los semejantes que rechazaban ver la luna a través del telescopio. Pero ¿qué decir de la invitación de Blake a ver la eternidad en un grano de arena? La gnosis intuye estos momentos de éxtasis y los considera como una profundización en la verdadera realidad. *La mente es un espectro de posibilidades*, a no ser que se quieran erigir barreras que detengan el fluir natural de nuestra experiencia. De una parte está la ciencia, a la que se pide información. En el centro está la sensibilidad por el mundo artístico y el mundo estético. Más lejos se encuentran los tonos oscuros de la experiencia religiosa. *La gnosis abarca el espectro completo*. Este punto de vista tiene sus contactos estrechos con el pensamiento de Jung. No existe una tradición visionaria que haya rechazado siempre la afirmación de que los objetos naturales posean una estructura y función dignos de estudio. Platón deseaba la iluminación estática, pero nunca dijo que el conocimiento esotérico fuese signo de locura o de incompetencia intelectual.

*Los alquimistas han buscado la regeneración espiritual a través de los fenómenos naturales, sin rechazar nunca las obras mismas de la naturaleza*. La gnosis se reconoce hoy en la fusión de conocimiento, ciencia y tecnología. La gnosis no debe considerarse desprovista de trascendencia práctica, *sino que abarca lo mismo el espíritu que el cuerpo*. Lo físico y lo psíquico proceden de las sociedades primitivas y paganas, sociedades que han sido capaces de inventar el cultivo del campo y la técnica de la caza. La tecnología actual se aleja de una visión poética y sacra de los elementos naturales. Pero yerra en este punto. *El Occidente se halla buscando el ideal de la gnosis*, que consiste en la contemplación unitaria del arte, de la religión, la ciencia y la técnica. La «kabala» y el «hermetismo» son expresión de la magia ritual y de los ritos de fertilidad, símbolos de la continuidad que une al hombre con la naturaleza y, al mismo tiempo, *le ordena valores*.

Las tradiciones místicas reconocen la realidad de conocer lo bueno, lo bello y lo sacro al mismo tiempo. *La mente humana puede enloquecer con los éxtasis, lo mismo que con la lógica*. La experiencia transracional tiene su valor propio, consistente en la unión de la mente alucinada con el intelecto. El origen de la ciencia también se encuentra en la gnosis y no sólo en la medida: la comparación, la sistematización, etc. La separación entre ambas direcciones de la mente se hizo en un tiempo determinado.



Copérnico se refugiaba en la adoración pagana para lograr un soporte de su teoría heliocéntrica. La astronomía de Kepler fluye de la búsqueda de las esferas del mundo, que ya perseguía Pitágoras.

Newton fue toda su vida un alquimista y un estudiante de Jacobo Boehme. Francis Yates afirma *que la ciencia sólo florece en las sociedades que tuvieron un gran influjo hermético y cabalístico*. La confabulación de la tradición oculta se mostró claramente en el siglo XVII y en ella hay que incluir las palabras verdaderas de la nueva filosofía, que debía suplir al dogmatismo decadente de la cristiandad. Era necesario para ello que *la conciencia se extendiera y abarcara la iluminación visionaria*. A Descartes le inspiró, para formular sus matemáticas, un Ángel de Verdad que le apareció en sueños numinosos y en tres noches sucesivas, se dice. Newton, hombre de gran profundidad psicológica, entregó gran parte de su vida a la especulación teológica y alquimista. Arthur Koestler lo explica muy bien en su libro sobre los sonámbulos. La Cristiandad parecía unirse a una especie de geometría lineal con la que alfombró su camino hacia el escepticismo. En cambio, las escuelas alquimistas neoplatónicas, cabalísticas y herméticas del Renacimiento, se movían en el ancho río de la gnosis: mitos, símbolos, quietud meditativa, etc., eran capaces de combatir, con ventaja, al misticismo tántrico o taoísta. La austeridad cuantitativa de Galileo y el dualismo de Descartes impusieron una pureza científica. La revolución «cuántica» de la física moderna ha cesado con el mecanismo interpretativo de tiempos anteriores y que, en un cierto sentido, resulta mística. Las ciencias naturales sólo progresan cuando cesan de personificar las cosas.

La supresión de la gnosis es *la consecuencia de una despersonalización agresiva*, como ocurre en el mito moderno del Doctor Frankenstein con su intento de crear un nuevo tipo humano. Conocía el plan para lograr una criatura física. Sabía cómo manipular sus puntos materiales. Pero *no conocía el secreto de su personalidad*. Y así surgió el monstruo Frankenstein. Boyle decía que había que dominar a la naturaleza como un autómatas. La ciencia se separaba de la influencia hermética y alquimista y por consiguiente de la tradición visionaria. La nueva filosofía podía pregonar su poder, *pero se había perdido el «anima mundi»*. La gnosis volvió a penetrar poco a poco, en el pensamiento científico a través de los aspectos éticos y estéticos de la realidad humana. Los iletrados todavía sostienen los puntos de vista anteriores, pero la reforma prometeica de la ciencia moderna consiste en la *integración del pensamiento netamente científico con el visionario*. Es decir, en la gnosis, de acuerdo con Roszak.

También Freud quiso descubrir un nuevo camino en la psicología humana racionalizando el inconsciente. Sus equilibrios mentales parecieron al principio prodigiosos. Aparecían como una nueva ciencia, que además según él curaba al hombre de sus sufrimientos «neuróticos». Se ha necesitado más de medio siglo para conocer que no eran más que sueños de una noche de verano. La medicación y, por lo tanto la psiquiatría, *siguió implacable su camino*. Las neurosis no son alteraciones del tipo que se creía en los tiempos de Freud. *El mal es otro*. Las depresiones, la antigua melancolía, nos ha mostrado su secreto. *Y la ciencia ha logrado en pocos años destruir el mito freudiano*.

## **PARACELSO, MEDICO, ALQUIMISTA Y GENIO PROBLEMÁTICO**

El día 24 de septiembre de 1541 muere en Salzburgo Paracelso. Corta vida la suya para la obra que nos dejó. Su muerte prematura —había nacido en 1493— y su vida agitada, dieron pie a la fábula de su desaparición violenta. Una carta suya de comienzos de 1540 a von Sonneg, delata sin embargo que la vida de aquel eterno

caminante se hallaba ya herida. Uno de sus últimos retratos que se halla en el Museo de Salzburgo, nos lo muestra con un tinte icterico, signo revelador del padecimiento que más tarde apagaría su existencia.

Paracelso anduvo durante ella por todos los caminos del mundo. Estuvo también en España, en Barcelona, Granada y Salamanca. De todos los países y gentes quiso aprender. A todos quiso enseñar. Quizá debiera a influencias telúricas su naturaleza viajera. O tal vez persiguiera un ideal inalcanzable como la vida misma.

Había nacido en una aldea próxima a Einsiedeln, cerca de Zurich. Eran tierras de María la Virgen. Probablemente, Paracelso hubiera preferido atribuir su estrella viajera al signo de su natalicio. Y la misma inseguridad que tienen los eruditos al fijar esta fecha no hubiera dejado de estremecerle gratamente. Paracelso hubiera sin duda elegido la sombra astrológica del signo de Escorpión, que en el Zodiaco llama al destino de los buenos médicos, de los audaces inquisidores de los arcanos. Y gustoso se hubiera sometido al señorío de Marte, al cual le arrastraba su naturaleza violenta, luchadora y querulante.

Y así fue Escorpión su signo, pues Teofrasto Bombasto von Hohenheim, hijo del médico Wilhelm von Hohenheim, nació el 10 de noviembre en el señalado lugar. En el momento de su nacimiento ya Einsiedeln era un lugar famoso de peregrinación y de culto a la Virgen María. Y sigue siéndolo en la actualidad. En sus fantasías y en su piedad infantil fue la Virgen una madre para él, que la había perdido en el momento de dar su madre a luz al poco de nacer. Gran desgracia es para un niño el no haber conocido a su madre, ni haber recibido su cariño en la infancia. Tal vez este hecho le marcó para toda su vida. El elemento femenino real faltó de su vida. Paracelso idealizó a la mujer a través de ensueños y fantasías de una infancia desprovista del paraíso del primer amor, su madre. Por esta razón idealizó por una parte a su madre y por otra adoptó como protectora a la Virgen santa de los peregrinos.

Se dice que Teofrasto era mínimo de estatura. El estudio de su esqueleto mostró una pelvis de características feminoideas. Era también algo tartamudo y estaba lleno de complejos. Uno de ellos, tal vez más marcado, fue el sentimiento de que su padre fracasó como médico a la cabecera de su madre enferma. No supo hasta muchos años después que su madre había muerto al darle a luz. Esto influyó probablemente en su aversión hacia el matrimonio. Es normal en los hijos el querer ir más allá que sus padres en el camino de la vida. En el caso que nos ocupa, Paracelso siempre quiso ser un médico notable, y no tanto por alcanzar la fama, sino por salvar muchas vidas humanas. Por tener éxito allí donde su padre había fracasado. Para el pequeño Teofrasto no había más muerte que cargar sobre las espaldas de su padre que la sobrevenida a su madre en el momento de darle a luz a él.

Decía más arriba que al desenterrar sus restos llamó la atención la pequeñez de su figura y los rasgos femeninos de su pelvis. Y en contraste con esta figura delicada, vérnosle en los grabados que reproducen los óleos de Hirschvogel, armado de una gigantesca espada. En lo alto aparece su famosa divisa: «Alterus non sit qui suus esse potest.» Con la espada batallaba sin duda con los endriagos de su imaginación. Con esa espada recordaba ciertamente sus trabajos en la guerra de los Países Bajos. Con ella, probablemente hubiera querido emular a los Cruzados...

En el puño de la espada de Paracelso se lee la palabra: «Azoth», manuscrito del principio creador de la naturaleza. Esta palabra alegórica está formada a la manera cabalística: la primera letra es la A y las últimas son las de los alfabetos latino, griego y hebraico (Z.O.Th.). Y cuenta la leyenda que en el puño de su espada guardaba el más poderoso y secreto remedio, el láudano, con el cual alivió tantos dolores y recogió tan larga fama.

Todo en Paracelso es así: puro contraste, como el de un cuerpo y sus ensueños. Paracelso era lo que después se ha llamado una «naturaleza problemática». Murió creyente y, sin embargo, forma con Giordano Bruno y Nicolás Gúspano el haz que engendra la rebelión del pensamiento moderno contra el ideal medieval cristiano. Estuvo muy cerca de los reformados. Conocida es su amistad con Erasmo y su formación intelectual con Tritemo, cuando éste escribía sus trabajos sobre «Poligraphia Cabbalistica».

Las conversaciones de Paracelso versaban, según se lee en sus textos, en las siguientes líneas que extractan su pensamiento: «Ante todo existe un mundo superior que es modelo del mundo inferior. Ambos forman como dos caras similares y están unidos por el amor recíproco entre Universo y Hombre. Por otra parte, la Creación está marcada por la señal y el hombre es la síntesis de las criaturas. Como ha sido modelado según la imagen divina, su fuerza está compuesta de organismos copiados de la forma superior. La forma humana según sus principales órganos (cabeza, cerebro, corazón, brazos, pecho, piernas, sexo, pies) corresponde a los tipos espirituales que la Kabbala llama "Sephiroth" y que llevan los nombres de Corona, Sabiduría, Inteligencia, Clemencia, Rigor, Belleza, Eternidad, Majestad, Base y Reino. A partir de ello no hay pensamiento, palabra ni acción del hombre que no repercuta, por su lazo espiritual, en el más lejano de los cielos. Unido a la obra de la Creación se convierte en un pensamiento de armonía o de desorden.»

Paracelso pasó su vida escribiendo libros esotéricos y es considerado como el iniciador de una medicina fundada en la pura ciencia de la Naturaleza. Y así cabalga su mente, por un lado escindida en dos polos inconciliables, mientras que por otro busca la unión armónica del Universo, como ensambladura perfecta entre un macrocosmos y el microcosmos humano. Quizás esta desgarradura interior, junto a los demás matices ya señalados, fuera la causa real de su inquietud de caminante. Y quizá también sus viajes, más que a la búsqueda de la paz externa, fueran en pos de un remanso de paz interior.

Paracelso, que durante muchos años estuvo en el olvido, es de nuevo resucitado. Su figura llega a establecerse como un símbolo de la actitud de la Medicina actual y, más aún, de la Cultura actual. Que no en vano la Medicina es una manifestación más del mundo de la cultura. Paracelso, como Jakob Koehme, Eckhart, Agrippa y Silesius, representan una singular posición del hombre. Rompíanse por entonces los lazos tradicionales de ligazón con el mundo presente y trascendente que estaban constituidos por la idea cristiana al modo medieval. La escolástica había hecho de ellos una arquitectura perfecta y esquemática y, al desprenderse de tal arquitectura, Paracelso y sus compañeros de línea *vuelven a una jornia primitiva de percibir la presencia del espíritu*. Quizás en Paracelso se vea esto con más claridad que en los otros.

Se trata de una forma primaria de percepción de «lo otro», de aquello que no es la materia. Así ésta se ve ornada por un halo especial. De esta manera *la siente animada*. El principio cosmogónico superior paracelsiano fue el «Yiaster» (una mezcla de «hylè» o materia y «áster» astro). En este sentido, el mundo de Paracelso empieza con la materia. Esta mezcla telúrico-astral es lo que está en base del Universo.

Cuando se abandona la idea cristiana del Universo, unos buscan el ideal de vida en los tipos ya logrados por la antigüedad clásica. Es la postura humanística. Pero en los pueblos germánicos se busca crear un especial mundo referido a sus vivencias originarias. Paracelso resulta por ello un representante típico del círculo germánico.

Sabido es que Paracelso viajó mucho. Y de todos sus viajes durante dos años se fijó en países latinos. Decía más arriba que Paracelso estuvo en varias ciudades españolas. Fue casi siempre de paso y de nuestro país lo que más le interesó fue la cultura judía y la musulmana. Pasó a Lisboa y de allí rápidamente saltó a Oxford, donde

probablemente encontró por vez primera a Erasmo, aunque su amistad con él se hiciera más profunda en Basilea y casi diez años más tarde. Por aquella época comenzaba a tener fama en Inglaterra Tomás Moro y acababa de aparecer su libro «El estado republicano ideal o la Utopía». Por primera vez se hablaba en Inglaterra de unas ideas de tinte comunista, referidas especialmente al reparto de los bienes entre la comunidad. Claro está que no causaron en aquel tiempo —tiempos de absolutismo de los Tudor— escándalo alguno. Se tomaron simplemente como puros productos de la fantasía.

De Inglaterra pasó Paracelso a los Países Bajos, que estaban en guerra, y a los Escandinavos. En ambas partes practicó la cirugía y escribió un tratado muy curioso, donde da una serie de detalles sobre las mujeres como «curadoras» de numerosas enfermedades y como poseedoras en grado extremo del conocimiento de hierbas, cocciones y ungüentos. La mujer era considerada por hiperbóreos, sajones y los países célticos, como sacerdotisa y como maga, en contraposición con los países latinos, cuya situación era muy inferior a la de los varones que debían sojuzgarla o, si se quiere, protegerla.

En el aludido tratado llamado «Cirugía Mayor», Paracelso cuenta su reacción contra la Medicina de su tiempo, que era demasiado «conservadora» y muy teórica. Y dice en el prólogo: «Cada día me siento más incitado a creer que la Medicina es inconstante, incierta y prohibida, y soy de la opinión de que se trata de una ilusión diabólica. De tal manera, que la abandoné para seguir otro camino, hasta que leí en el Evangelio esta sentencia de Jesús: "los sanos no necesitan medicinas, sino los enfermos". Y entonces empecé a comprender que, según sus palabras, la medicina podía convertirse en algo cierto, verdadero, valioso y duradero. No había que atribuir nada a la aventura, ni a la superstición, ni al diablo. Por eso, después de volver al camino que antes había abandonado, comprendí que los antiguos no habían conocido la verdadera fuente de la Medicina, ni sus raíces, y que se habían detenido en los arroyos sin ascender al nacimiento de los mismos.»

Por eso, como médico, Paracelso estuvo a partir de entonces y permanentemente, bajo un signo de crítica del pasado. Una vez en Basilea quemó los clásicos de la Medicina para demostrar que toda la vieja arquitectura debía ser derrumbada. Algunos autores niegan este hecho y afirman que lo que Paracelso quemó fue una de esas «Summa medicinalis» que estaba escrita por autores de segunda categoría y sin embargo era la que más andaba entonces entre las manos de los estudiantes. Se trataba de unos resúmenes agostadores como todo lo esquemático. Ya en el siglo XVI los estudiantes suizos buscaban la vía fácil.

Creía Paracelso que a los viejos maestros, y sobre todo a sus libros, había que sustituirlos por la observación primaria y radical de la Naturaleza. También en este terreno mantiene por lo tanto la misma postura de ingenuidad vivencial frente al mundo. La Naturaleza adquiere para él un carácter y un valor fisiognómico, en un grado tal de exaltación, que no han alcanzado después los pensadores de este tipo, ni siquiera los románticos. Lo malo es que en Medicina esta visión fisiognómica había de conducir a más de un desatino. Y así vemos cómo la medicina paracelsiana preconiza las nueces como tratamiento de las enfermedades de la cabeza, por una supuesta afinidad de este fruto con el cerebro. La nuez tiene, como la cabeza del hombre, una capa exterior dura y protectora y un contenido blando recubierto también de una membrana...

La estirpe paterna de Paracelso era noble. Un tal Egilofus de Hohenheim hizo en 1110 una espléndida donación al convento de Hirsau. Su padre, el Dr. Wilhelm, sin embargo, fue un hijo ilegítimo. Tal vez este complejo social cortó horizontes a su vida y seguramente este complejo del padre se transmitió como uno más a los ya citados de Paracelso y le arrastró a tanta aventura intelectual y vital. Limitado éste a los horizontes

de Villach, ciudad en donde vivió casi toda su vida y allí murió. Esta hermosa ciudad situada en la región montañosa de Karintia no permitía ampliar horizontes. Todavía hoy puede visitarse su casa adornada de viejos escudos nobiliarios y con la inscripción en góticos caracteres de su nombre pasado a la posteridad por su hijo.

Paracelso fue, pues, por lo que de él sabemos y por la lectura de los libros que nos dejó, una naturaleza problemática. Por su herencia biológica y por su herencia espiritual. Y probablemente es debido a esta nota característica de lo problemático y por su sentido primario y no tradicional de la presencia del espíritu, por lo que mantiene hoy su vigencia. Porque, a decir verdad, hay una vigencia simbólica de las ideas paracelsianas, y no sólo en países de habla alemana, sino en todo el mundo cultural occidental.

Las interpretaciones que Paracelso hacía de la alquimia, como la de sus antecesores, vuelven a hacerse en la modernidad a través de Jung y de sus discípulos, pero limitándolas a las interpretaciones de los sueños. La alquimia era una búsqueda espiritual en la transmutación de la personalidad, aunque a veces pareciese la transmutación de los metales menos nobles, en oro. Y cuando algún error se hace patente en todo ello, se corrige con gran facilidad. Cuando unos peregrinos visitaron a San Benito y éste se negó a curarlos, después de habérselo pedido por tres veces, no perdieron su fe. Murió el santo. Los peregrinos pensaron que su propósito fue el de darles gracias sobrenaturales, es decir espirituales. Su ansia de ser curados se satisfizo así.

El problema más dificultoso de ser aplicado es el de la existencia de una ruptura con la fe, que lleva a determinados actos. Los historiadores de Inglaterra del tiempo de los Tudor y los socioantropólogos actuales, han demostrado que, aun tras de una serie de fracasos en los resultados de sus creencias, *no apareció una plaga de escépticos*. Sólo algún hombre, de vez en cuando y de forma individual, perdía su fe. Los escritores de entonces poco ayudaban con sus escritos para que la gente cambiase su modo de ver las cosas. Ni tampoco la gente estaba preparada intelectualmente como ahora. Me refiero a una cultura masificada como la nuestra.

Aunque las cosas son así, sin embargo, lo cierto es que históricamente los cambios han existido. La teoría consiste en averiguar cuáles han sido eficaces, a partir sobre todo del siglo XVIII. En primer lugar porque entonces una verdadera «élite» intelectual, fue capaz de ir destilando la esencia de su pensamiento para las gentes más vulgares. Por otro lado, contaba con argumentos muy visibles, derivados de algo que podríamos calificar de «felicidad mecánica».

El rechazo del aristotelismo y de la teoría neoplatónica fueron, poco a poco, perdiendo su valor. El colapso de la teoría del microcosmos destruyó la base intelectual de la astrología, de la quiromancia, de la alquimia, de la fisiognómica y de tantas otras creencias análogas. La exposición rígida y la demostración que se hizo de las leyes naturales a las cuales se sometió el universo, infravaloró, destruyó o desintegró en buena parte el concepto de los milagros en la tierra. Correlativamente, disminuyó también la eficacia de las plegarias y la de la fe. Este cambio hay que tomarlo en cuenta como un cambio de perspectiva, porque la fe y la creencia en los milagros estaba como introducida en una economía del pensamiento, que no sometió a éste a las más puras liberaciones, como ocurriría años después.

A comienzos del siglo XVII el deseo mágico por el poder creó un medio favorable para que se pudiesen experimentar y aplicar los principios de la inducción, quebrando la resignación que va implícita en la actitud medieval. Es curioso que el hermetismo y también el neo-cristianismo estimularan descubrimientos en la historia de la ciencia, tan importantes como el heliocentrismo, la infinidad de los mundos y la

circulación de la sangre. Recuérdese el papel que desempeñó Miguel Servet en este descubrimiento que tuvo que pagar con su vida, condenado por Calvino en Ginebra. En tiempos anteriores, los números se habían teñido de un aspecto místico, como todavía hoy se ve en ciertos juegos de barajas, en algunos países. Pero, realmente, en aquella época, lo que hicieron fue aumentar el interés por las matemáticas, así como también hizo aparecer y fomentó el interés por la astrología.

Naturalmente que estas uniones y afinidades entre ciencia y magia no podían durar mucho tiempo. Tanto la influencia de Gasendi, como la de Robert Boyle en sus investigaciones químicas, destruyeron muchas de las afirmaciones de los alquimistas. El mismo Newton que realizó investigaciones secretas alquimistas es la demostración de que el cambio entre magia y ciencia debió de ser paulatino. Era fácil admitir el principio de que la verdad tenía que ser demostrada por una experiencia directa, pero ya no lo era tanto, por un lado hacerlo y, por otro, desprenderse del cúmulo de creencias que se venían arrastrando desde hacía muchos siglos.

La aparición, pues, de los conocimientos científicos fue decisiva en el curso de la historia. La persecución de las brujas se desacreditó. Lo mismo digo de la astrología y de tantos otros modos de pensar, por entusiastas que sean de una religión mal entendida, aunque la creyesen directamente inspirada por Dios. Al final del siglo XVII, exactamente en el año 1677, John Webster volvió a insistir en la necesidad de ser muy cauto en encontrar la verdad y no dejarse llevar por aventuras místicas ni mágicas. Así las antiguas creencias perdieron valor, aunque todos estos procesos no sean siempre tan fáciles de explicar. Especialmente, cuando se trata de una mente cultivada en las ciencias actuales. Por ejemplo, Pritchard, antropólogo moderno, señaló la dificultad en oponerse a las ciencias mágicas, por el contraste con la insistencia en discutir siempre las viejas opiniones.

## CAPITULO XVII

### GNÓSTICOS Y LUNÁTICOS

Dos líneas se siguen a lo largo del tiempo en el intento de comprender la conciencia. Especialmente a partir del Renacimiento, esta dualidad es digna de ser subrayada, porque ha enmascarado aspectos tan distintos del pensamiento, que ha resultado difícil seguir su pista.

Lo que realmente caracteriza al hombre en *su pura conciencia de ser es su aspecto cognitivo*. Hasta el hecho de existir es *un saber que se existe*. Por eso se sigue diciendo «pienso, luego existo». En Calvino la conciencia se manifiesta, sobre todo, como conciencia moral. Es decir, como un centro de control de la conducta. En Lutero se muestra el aspecto cognitivo de la conciencia, que dominan los aspectos irracionales que la voluntad puede mostrar en capas infraconscientes.

Este problema que llamamos «conciencia» podríamos calificarlo también en términos más modernos como el «ego» o el «yo». El problema debió inquietar al ser humano desde los albores de su existir. Limitando referencias, basta con citar las preocupaciones de Aristóteles y su meditación sobre *la cualidad que convierte en algo, en un ser, al hombre*. Platón distinguió entre el mitos y el logos tratando de sujetar a cada cual en su propio terreno. Las ideas las situó en su pura espiritualidad. Pero los gnósticos se mostraron reacios a admitir tal distinción. La idea de la sabiduría es para ellos *una entidad espiritual jeme-niña* susceptible de ser vista. La persona del hijo de Dios podría convertirse en idea impersonal del «logos». Clemente de Alejandría y Orígenes se ocuparon mucho del tema. En el Concilio de Nicea (año 325) continuó la discusión.

Todos los heresiarcas, decía Juan Crisóstomo, se llaman a sí mismos «gnósticos» porque aspiran a *la ciencia perfecta y total*. Tienen por ignorantes al resto de los cristianos. Los gnósticos o «pneumáticos» se apartaban siempre de los psíquicos, sumidos en las tinieblas del error. Un punto crucial para esclarecer este problema es dejar constancia de que los maniqueos decían, que no somos nosotros los que pecamos, sino *la otra naturaleza*, que se halla infiltrada en nosotros. Los postnicenses se ocuparon muy detenidamente de la cuestión de las dos naturalezas. No es objeto de este libro insistir más en estas disquisiciones conciliares.

Adelardo de Bath, siguiendo su propio pensamiento, decía que cada individuo consta de dos partes: una esencial y otra universal. Tomás de Aquino defendió la idea de Aristóteles que propugnaba una consideración sistemática del «Ego». El hombre posee, decía, una humanidad irreductible en el orden de nuestra percepción, cualquiera que haya sido o sea otra la cualidad que posea. El escolasticismo declinó hasta Descartes que lanzó de nuevo en el año 1634 su «Cogito ergo sum». Ya sé que Parménides había dicho muchos siglos antes que «ser y conocer son una y la misma cosa» y que Tomás de Aquino decía «soy el mismo aunque dude».

### LA INTUICIÓN

Jung se ha ocupado mucho de la intuición. Según este autor es «la función psicológica transmisora de percepciones *por la vía inconsciente*. Todo puede ser objeto de esas percepciones: objetos interiores, exteriores o sus conexiones. Lo peculiar de la intuición es que ni es percepción sensible, ni sentimiento, ni conclusión intelectual, aunque pueda presentarse en estas formas»... «La intuición es una especie de adaptación instintiva de un contenido cualquiera. Lo mismo que la percepción es una función

*irracional.*» Hay pues un contraste claro con la función del pensar.

Spinoza decía que la «*ciencia intuitiva* era la forma suprema de conocimiento». Lo mismo que la percepción, el fundamento físico es base y causa de certeza. Y todo ello en la libertad inconsciente.

Más recientemente, Zergson fue el filósofo de la intuición. Lo que este autor entendía por intuición es algo peculiar, por eso lo cito aquí. Es una experiencia interna e inmediata, *sin análisis*.

Para marcar claramente las distinciones entre «inteligencia» e «intuición» lo mejor es estudiar su origen. Intuición viene del latín «in-tueri», contemplar por dentro, y la inteligencia de «intuslegere», leer por dentro, o mejor aún, leer en el interior. La intuición es un conocimiento claro, directo, rápido e inmediato de la verdad, sin recurrir al razonamiento. La intuición es cualidad típicamente femenina. La inteligencia masculina (generalizando, claro está, porque hay muchas mujeres inteligentes y muchos hombres intuitivos). Se ha dicho que la pura intuición del presente es imposible y que está fuera de las posibilidades humanas. El conocimiento discursivo se adquiere por el razonamiento. Lo intuitivo no necesita de la razón. La intuición es un sentimiento irracional de las cosas, por eso se dice «tengo la intuición de un peligro». Es algo parecido al *presentimiento*.

Jung habla de disposición introvertida y extrovertida. Citamos textualmente: «Así como en la disposición extrovertida la percepción procura alcanzar una fuerte efectividad —sólo así se suscita la apariencia de una vida plena— así también la intuición aspira a la aprehensión de *las máximas posibilidades*, pues con la visión de las posibilidades es como más se satisface *el presentimiento*.» «La intuición aspira al descubrimiento de posibilidades en lo objetivo, por eso también como mera función coordinada —es decir, cuando no se atribuye la primacía— es el instrumento que obra automáticamente cuando ninguna otra función acierta a dar con la salida de una situación que parece no tenerla.»

Una bruja es una mujer con una intuición extraordinaria. Las hay «blancas» y «negras», como buenas y malas. La intuición es algo sorprendente para el espectador. Misteriosa, extraña. El poder intuitivo recuerda a la luna por sus inesperadas variaciones. Las brujas son introvertidas, compensadas por su actividad exterior. Sus saberes intuitivos les hacían aparecer ante los ojos de los demás como si tuvieran un pacto secreto con los poderes infernales. La sagacidad de las brujas adivinas es como la intuición que actúa por caminos invisibles.

La luna es por excelencia un símbolo de *la intuición*. La luna es la luz en las tinieblas que guía al hombre por el inconsciente. La intuición es para el bien o para el mal, positiva o negativa.

Los enfermos mentales están también relacionados con la luna. Me refiero a los lunáticos.

## LOS LUNÁTICOS

Es una lástima que las palabras se estropeen con el uso, como los trajes. «Lunático» es un bello vocablo decaído. Ahora les llamamos a los lunáticos, más pedantemente, ciclotímicos. O sea gentes que sufren o conllevan su humor en oscilaciones cíclicas. «Up and down» les llaman los anglosajones.

Claro que todo el mundo padece ciclos de humor. El humor invariable, rígido, pétreo, tiene algo de inhumano. La vida es variación, oscilación, ritmo. Hay ritmos en la naturaleza cósmica y los hay en la humana. El día y la noche, los ciclos lunares, las estaciones y quizás otros ciclos cósmicos, no conocidos, no pueden dejar impermeable al ser humano.



El error sufrido en otros tiempos consistió en supervalorar los efectos de los ritmos cósmicos, en pensar que todo dependía de la Luna. El lunático presenta variaciones inexplicables del humor, pero su explicación no está sólo en el ritmo lunar. Otros ritmos cósmicos actúan y, además, hay que tener en cuenta los ritmos biológicos y personales.

Existe tanta necesidad de descifrar el misterio que envuelve la vida, que aún ahora hay mucha gente que cree en la influencia de los astros, aunque la astrología haya dejado hace siglos de ser una ciencia. Bien es verdad que en la astrología actual la luna ha perdido terreno, como pierde terreno todo lo poético. En cambio lo ganan Saturno y Marte y otros astros más inquietantes como Urano y Neptuno. *Estamos en la era de Acuario*, según el Gran Zodíaco. Ya terminamos, en mala hora, la mística y misteriosa Era de Piscis.

Los ciclos existen en todo el mundo. Goethe fue un ciclotímico genial. Y tantos otros. El peligro empieza cuando los ciclos se agigantan y las turbinas del ánimo aceleran su velocidad. *La vida necesita siempre temple y mesura*. La oscilación en el humor es sana y compensadora, mantenida dentro de ciertos límites. Cuando se desborda, empieza la patología.

La mujer se halla más en contacto con los ritmos cósmicos que el hombre y sobre todo con *el ritmo lunar*. (Véase en otra parte de este libro el por qué es más frecuente que haya brujas que hombres embrujados o brujos.) La luna es algo que pertenece al mundo femenino, aunque en algunos idiomas, como en alemán, «Luna» sea masculino («der Mond») y «sol» femenino («die Sonne»). El varón, por su propia biología, se halla más distante de los ritmos lunares. Su autonomía es, sí, de raíz biológica, pero se halla reforzada por su necesidad de sembrar de historia su propia vida.

Pero los lunáticos no se caracterizan sólo por los cambios de humor, por sus oscilaciones cíclicas. En el lunático hay, además, la secreta adoración por la sombra, por la noche. Esta inclinación es muy antigua. Los griegos no practicaban el culto a la Luna. Eran demasiado luminosos, como el Mediterráneo. Por eso la perfección de los griegos fue tan unilateral y monolítica. Dejó de lado amplias franjas humanas que el hombre ya conocía y ha necesitado reconquistar.

La noche en el hombre es reposo y también disolución. En la noche surgen los ensueños y las preocupaciones. En la noche se engendra la vida y se llevan a cabo los asaltos de la muerte. En la noche es posible que el hombre vuelva las espaldas a la realidad y se entregue a una vida distinta, fantasmagórica, que se disipa en la claridad del día. En la noche emprenden las brujas su «viaje» hacia el misterioso «sabbat». En la noche surgen los vampiros y los lobos de la licantrópía. Durante la noche duerme el sol.

El lunático tiene dos caras: su cara oscura y sombría le aleja de los demás. Refleja su mundo interior, en estado de sublevación. En la noche no existe sólo el olvido o el recuerdo de lo que ha ocurrido durante el día, sino el despertar de fuerzas e imágenes oscuras ancestrales, que están en el fondo de cada ser. Lo onírico y lo poético viven sólo durante la noche.

Si la noche es total, absoluta, las imágenes también duermen. Cuando la Luna esparce su imprecisa y fría luminosidad, las sombras se animan y se convierten en personajes. Su luz evocadora llama al mundo de los espíritus menores.

El peligro del hombre consiste siempre en perder su unidad y su tensión hacia esa realización armónica que llamamos *perfección* y que tiene su sentido fuera de él mismo. De esa tensión hacia la unidad, que es la *sed de absoluto*, se descansa durante la noche.

El sueño es protector porque evita la fatiga. El hombre no puede estar en vuelo

permanente. Sus materiales se quebrarían. Pero, al dejar de volar a la luz del día, le amenazan los peligros de la disolución.

*La disolución de la personalidad es la locura.* En el hombre normal sus instintos se hallan sujetos por un centro misterioso, personal, a cuyo cargo está la construcción y ejecución del plan de vida. En el enfermo de la mente esos resortes se aflojan. Los lunáticos dejan que sus propias sombras floten, aunque tomen el mando de la embarcación. Ahí empiezan los peligros. Los aquelarres y los viajes al «sabbat».

Existe una frontera peligrosa, porque es cierto que en la noche se crea vida. Grandes lunáticos han sido grandes creadores de vida e historia de la cual nos seguimos nutriendo. Antes he citado el ejemplo de Goethe. Otros muchos podrían agregar pero no lo hago por mor de la brevedad.

El descenso al reino de las sombras —«descenso ad inferos»— proporciona hallazgos nuevos. La existencia humana se enriquece, pero tiene que ser un descenso rápido, no un viaje en el que se detenga y se deleite. Mucho menos un viaje en el que se corra el peligro de la alienación. Un viaje prolongado por el reino de las sombras es la locura. Entonces, ese reino cristaliza en personajes secundarios, trasgos y brujas, cuya presencia anula al único personaje que ha de haber en cada hombre. *Un solo personaje y un solo eje personal.* La unidad se disuelve en el caos y la mente ya no vuelve a conocer el reino de la luz.

Por eso para el hombre la mayor dificultad con que tropieza en la vida es la de «ser». La luz continua, sin sombra, es insoportable. El hombre sin sombra es un espectro atormentado. De este detalle se han olvidado, ¡ay!, muchas filosofías y muchos altos políticos. *El hombre necesita de la luz y de la sombra.* Como necesita del sonido y del silencio. Mantenerse en esa «res media» exige una lucha constante y denodada. Aun durante el sueño se *necesita ser.* Y para ser es imprescindible que la unidad no se rompa. Aunque oscile como una débil llama.

«Lunático» es, sin duda, una bella palabra. La Luna estimula la imaginación de los poetas y de los amantes. Pero huyamos de la cara negra y oculta de la Luna. Porque el que se entrega sin reservas al reino de la Luna, corre el grave riesgo de alejarse definitivamente de la luz. Hablar de la «luz de la razón» no es un tópico. Es algo más que un tópico. *Es una realidad.*

En esa lucha entre el ser y el no ser transcurre toda nuestra vida. Todos oscilamos. Todos variamos. Todos somos algo lunáticos, un poco inestables. La uniformidad es la monotonía, el tedio que lleva a una desesperada negación de la vida. La variación es una exigencia de definición, de afirmación vital. La variación nos impele al uso de la libertad. Nos hace hombres. Pero para vivir necesitamos del Sol y de la Luna.

Decíamos que la luna es por excelencia el símbolo de la intuición. Luz en las tinieblas que guía al viajero a través de los espacios ilimitados de este país desconocido que los psicólogos llaman *inconsciente*. La intuición, como la luna, tiene su cara luminosa y su cara oscura y negativa. La intuición aparece como llovida del cielo y nos puede llevar a un alto conocimiento espiritual. Pero también a los abismos destructores de la nada.

## LA MAGIA COMO BÚSQUEDA DE UNA SEGURIDAD

Las seguridades omnímodas se buscan cuando el hombre se siente inseguro. Una de las razones por las que a fines de la Edad Media, como ya hemos dicho en otra parte de este libro, prosperó la brujería, fue la miseria existente en Europa. Guerras, pestes, persecuciones, no hicieron sino aumentar la desesperación de las gentes. La religión les ofrecía la felicidad eterna, pero aquello parecía demasiado tarde. La religión les decía

que era grave pecado la magia y hechicería. Sí, pero muchas veces permitía medrar de inmediato y no pensaban en la hoguera inquisitorial, ni tampoco en las infernales hogueras.

*El hombre inseguro busca seguridad.* Pero ¿cuáles son los motivos para la inseguridad? Si continuamos indagando además en la miseria daremos con *la falta de ordenación*<sup>82</sup> de la existencia y la posición del hombre dentro de ella. Esto da verdaderos motivos para que el hombre se sienta inseguro. Una inseguridad que es tan difícil de soportar que puede ser reconocida como motivo suficiente para la creación de *seguridades imaginarias*. Así son las prácticas mágicas. Observemos alguna de estas características.

Un simbolismo dominante de la especulación gnóstica se halla constituido por un complejo de derivados del concepto cristiano de la llamada *perfección*. Existe evidentemente en este concepto un factor de inseguridad, que impulsa a los hombres a buscar una base más firme para su existencia terrenal. Por eso resultaría indicado sopesar como fuente de la inseguridad la que está derivada de la fe en el sentido cristiano. Muchas veces se ha afirmado, y muy recientemente en la historia lo ha hecho el psicoanálisis, que la religión es un engaño de las clases superiores hacia las más necesitadas. Podríamos aludir a la cara contraria del fenómeno. El diablo acomete con falsas promesas de felicidad y riqueza a las clases más humildes. Pero es una simplificación del tema que nunca me ha llegado a convencer.

La fe es definida en la epístola a los Hebreos (11.1) por San Pablo como el fundamento o firme persuasión de las cosas que se esperan y el convencimiento de la existencia de las cosas que no se ven. Esta es la definición de la fe en que se basa la exposición teológica de Santo Tomás. La definición consta de dos partes: la primera en ontológica y la segunda de reconocimiento y teoría. La frase ontológica dice que la fe es el fundamento o firme persuasión de las cosas que se esperan. La sustancia de las cosas no consiste nada más que, precisamente, en la fe y no en su simbolismo teológico. La segunda frase dice que la fe es un convencimiento de la existencia de las cosas que no se ven. De nuevo, la demostración consiste nada más que en la fe. *No se logra más que a través de la fe.*

Este hilo de la fe, del que pende toda certeza referente a la existencia divina en el «más allá», es efectivamente muy débil. El ser humano no tiene nada tangible a su alcance. La sustancia y el convencimiento de lo invisible está asegurado únicamente por la fe que el ser humano tiene que recibir de la fortaleza de su alma. Prescindo en esta observación psicológica del problema de la gracia.

Ahora bien, no todas las personas son capaces de tal fortaleza de alma. La mayoría precisa del apoyo institucional y éste tampoco será siempre suficiente. Nos encontramos ante una extraña situación consistente en que, cuanto más se extienda socialmente la creencia cristiana —o sea, cuantas más personas abarque mediante la presión institucional— y más clara destaque su esencia, *más se encontrará la fe en peligro*. El punto crítico de su riesgo lo alcanzó en la Alta Edad Media debido a su éxito social. El cristianismo llegó a abarcar, institucionalmente, a toda la humanidad. Y entonces la humanidad era en realidad toda la sociedad occidental europea. En la nueva cultura de las ciudades había llegado a alcanzar su esencia un mundo de claridad, bajo la influencia de los grandes movimientos de las órdenes monásticas.

Al mismo tiempo que se hacía visible su grandeza, el Cristianismo descubría también su punto débil. Las grandes masas de hombres cristianizados no fueron lo suficientemente fuertes para la aventura heroica de la fe. Por esta razón se hicieron

---

<sup>82</sup> «Ordenación» en el sentido que emplea Zutt esta palabra.

vulnerables a las ideas que les podían ofrecer un mayor grado de certeza —de aparente pero inmediata certeza— sobre el sentido de su existencia. La realidad de la existencia terrenal, tal y como la comprende en su verdad el cristianismo, con su sentido de sacrificio, es muy difícil de soportar para las pobres masas de gente. La fuga hacia las construcciones gnósticas y mágicas ante una verdad vista con toda claridad es harto comprensible. Y esto será siempre comprensible como ha ocurrido ya en todos aquellos lugares en los que el Cristianismo había producido una increíble civilización.

La tentación de caer desde una verdad insegura a la mentira —tenida por cierta— es más fuerte en la nitidez de la fe cristiana que en otras estructuras espirituales. Pero la falta de un apoyo firme en la realidad, así como las grandes exigencias de la elasticidad espiritual del ser humano, son típicas en general de las experiencias limítrofes. En estas experiencias se adquiere el conocimiento humano de la existencia trascendental y por tanto el origen y el sentido de la existencia terrenal.

En todo caso, encontramos precisamente en los movimientos de masas gnósticos *un desarrollo del concepto de la conciencia* que, en vez de conducir a la más profunda meditación, lo hace en sentido contrario hacia la secularización. O hacia la cara negra de la existencia.

Todavía hoy día muchos hablan de conciencia, especialmente cuando para justificar un acto inmoral o criminal de un político, se dice que «obra según su conciencia». O que es muy «consciente de su responsabilidad».

Y la conciencia no significa ya, en estos casos, el propio análisis de la acción según los principios racionales de la moral. Es más bien al contrario. *Significa cortar todo argumento racional y perseverar, obstinada y diabólicamente, en una acción hacia la que se sienten impulsados por la pasión.*

## **CAPITULO XVIII**

### **TEXTOS CRISTIANOS REFERENTES A LOS GNÓSTICOS**

Algunos textos bíblicos hablan de dos partes en el alma. Un principio de vida corporal o «nefés» y un principio de vida espiritual o «rúa». Es la línea dualista de los maniqueos, gnósticos y montañistas, que han creído verlo así.

San Pablo, en algunos pasajes, opone el espíritu al alma y también parece considerarlos como distintos (1 Thes. 1 Cor.). Pero una mirada más atenta, tanto a los textos del Génesis, como a las doctrinas del Apóstol San Pablo, nos lleva a la conclusión de que, el «alma-principio de vida», es también el «alma-pensante», que considera al hombre como una imagen de Dios y lo distingue de los animales.

La dificultad de algunos textos gnósticos se explica por el deseo de separar la parte superior y la parte inferior del alma. Es decir, la vida del espíritu de la vida de los sentidos. En el lenguaje de San Pablo, se separa la vida sobrenatural de la vida natural. El Apóstol no rehusa un alma espiritual a los que él llama «psíquicos carnales». Lo mismo que no pretende atribuir a los «pneumáticos» un alma distinta, sino simplemente un principio superior en el que opera la gracia. O sea el Espíritu Santo. «Para saber lo que es el alma —decía Sócrates a Fedro— se necesitaría una sabiduría divina y un sinnúmero de tratados.»

Los primeros cristianos tuvieron, durante la evangelización, la inspiración divina. Los tratados que se han escrito sobre ella son muchos. Los gnósticos complicaron la cuestión de la «unidad del alma» y retrotrajeron el tema más allá de Platón y de Aristóteles, que se habían limitado a la bipartición. Dos principios: uno bueno que muestra el alma inteligente y otro malo que domina el cuerpo y la parte sensible. Los gnósticos, con su división de los hombres en «pneumáticos», «psíquicos» e «hílicos» (según prevaleciera lo espiritual, lo animal o lo material) con su tendencia tripartita, consecuencia de la distinción esencial entre el alma sensible y el alma espiritual —irreconciliables entre sí— siguiendo el ejemplo del principio del bien o del mal, del cual nacen necesitados de un término intermedio. Por otra parte, según los gnósticos, el alma espiritual no es una creación de Dios a su imagen, sino la emanación de un eón inferior. En el siglo II de nuestra Era, San Ireneo dice que todos los hombres son de la misma naturaleza. O sea, que no se trata de distinguir entre «pneumáticos, psíquicos o hílicos», según su origen.

Tertuliano escribe el primer tratado de la antigüedad cristiana sobre el alma (era montañista). Comprendió muy bien la unidad del alma y su papel con respecto al cuerpo, su naturaleza y su forma sustancial. Por otra parte, afirma claramente sus propiedades espirituales: independencia del cuerpo en su ser, inteligencia y raciocinio, la inmortalidad. No vio las incompatibilidades entre ciertas condiciones de la materia y ciertas exigencias del espíritu. No vio que en un alma corporal —un alma que se transmite— la generación no podía ser espiritual. Atribuyó al alma la operación del conjunto, la sensación, y le dio también las características del mismo.

Ya entrando en el siglo ni, Orígenes, discípulo de Clemente de Alejandría, surge en franca oposición al gnosticismo, aunque conserva todavía un ligero tinte gnóstico. El alma, que es de naturaleza angélica, se une al cuerpo, que es su decadencia. El hombre es un todo accidental y el cuerpo es la prisión donde el alma expía, esperando la libertad de unas faltas desconocidas. Orígenes escribió más de dos mil obras. Su doctrina fue condenada por la Iglesia. La formaje su herejía dio lugar al «origenismo».

El origen del alma fue abordado por Orígenes con mucha reserva, pero más como hipótesis de investigador que como un maestro que enseña. Decía que todos los espíritus creados (ángeles y hombres) son de la misma naturaleza. ¿De dónde vendrían en realidad las variedades y diferencias primitivas? Estas no tienen por causa más que *el libre albedrío de cada uno*. Unos se acercan a Dios por la vía de la perfección, progresando. Otros, se dejan caer por negligencia. Orígenes rehusa precisar más sobre la naturaleza de estos actos. Sólo cree que no se podrían explicar más que por la desigualdad presente, siendo Dios justo y no haciendo excepción con nadie. «Dios no es injusto... los bienes y los males no son distribuidos al azar, no tenemos que recurrir a diversos principios creadores, ni a la diversidad en la naturaleza de las almas.»

Tanto Tertuliano como Orígenes fueron las dos cabezas filosóficas de los siglos u y ni de nuestra Era. Ambos tuvieron errores, pero hay que considerar que la atmósfera de aquel tiempo estaba cargada de nociones confusas. El primero fue más materialista y estoico, más racionalista y sus tendencias fueron claramente aristotélicas. Orígenes fue de un excesivo espiritualismo y el nexo de su pensamiento hay que buscarlo en las ideas platónicas.

Del siglo IV al siglo XIII son numerosísimos los Padres de la Iglesia que tratan de estas cuestiones. San Gregorio de Nisa se enlaza con el pensamiento aristotélico y estoico. San Agustín fue un platónico. De esta época son las luchas contra la herejía de los maniqueos, priscilianistas y pelagianos. San Agustín recogió — fines del siglo IV y mediados del V— todo lo que hasta su época se había escrito sobre el alma, y su doctrina es la que prevalece como justa. Es, sin duda, el más grande de los Padres de la Iglesia, y llena, hasta el siglo XIII, toda el área del pensamiento cristiano. San Agustín compara el alma a la divinidad, en contraposición con otros Padres que temían atribuir al alma la inmaterialidad, comparándola con la divinidad creadora. El alma envuelve más realidad que el mundo cambiante desplegado en el espacio.

Descartes no añadirá nada esencial a las luminosas meditaciones del obispo de Hipona. No dio, cuando fue requerido para ello en la corte, más que una explicación sumaria de la relación cuerpo alma. San Agustín dejó sin terminar la teoría de la unión sustancial de cuerpo y alma; sobre todo se ocupó de distinguir ambas sustancias. Creada tal vez antes que el cuerpo, el alma tiende a unirse con él por un instinto natural y profundo, análogo al «querer vivir» del ser vivo. El alma lo penetra, pero no se difunde a la manera de un fluido. No se localiza en ninguna parte: *se le reconoce por su acción*.

En el siglo XIII el lenguaje de Santo Tomás de Aquino es mucho más cercano al nuestro. *El yo es uno e idéntico*. El alma es una parte sustancial del yo. La vida psicológica tiende a la unidad real. De todos los estados de conciencia no hay uno que no se oriente hacia su centro virtual, el Yo. En la base de la personalidad humana se encuentran sensaciones que emanan, sea de la periferia externa del cuerpo, o sensaciones orgánicas, viscerales, intracraneales, musculares, óseas, etc. La desaparición o la alteración de uno de estos grupos de sensaciones estrecha la base o modifica la naturaleza de la persona física. La mayor parte de los trastornos de la vida interior —o escisiones del Yo— se explican por trastornos de la sensibilidad corporal y de la motilidad. Las otras sensaciones, y de un modo general todos los estados psicológicos, que constituyen el plano presente, en cada momento de la conciencia, revisten la forma personal y su naturaleza converge dirigiéndose hacia un mismo punto central. Todo desorden padecido por ellos induce a un desorden correspondiente en el sentimiento del Yo. El pasado obedece a la ley de la convergencia, como el presente. Gozamos del poder de conocer gran número de recuerdos. La conciencia de esta facultad no es extraña a la constitución de la persona. Esta se halla disminuida por todo lo que la memoria no puede reproducir o reproduce mal: los recuerdos alucinatorios

ocasionan transposiciones del yo. Las asociaciones irregulares y anormales desorientan el curso de nuestra vida. En fin, *si el Yo comprende todo lo que somos y fuimos, comprenderá también todo lo que quisiéramos ser*. La representación del porvenir y del ideal del Yo se mezclan con el Yo real y vivido. Los sueños de perfección están en íntima relación con nuestra vida afectiva e intelectual, forman parte de ella.

*La unidad y la pluralidad del Yo: prevalecen en una pluralidad única que es simultáneamente una unidad múltiple*. Además, el Yo es a sí mismo idéntico. Sensaciones, imágenes, recuerdos, etc., se suceden en nosotros como un flujo y reflujo, sin desaparecer jamás completamente. Su identidad se nota sobre todo en la memoria. Acordarse es conocer, identificar. Y si se supone que el yo varía a medida que los fenómenos se suceden, la identificación resulta imposible. Negar que la persona presente sea la misma que la persona pasada, es quitar toda base a la responsabilidad moral.

## **CAPITULO XIX**

### **EL DOCTOR EUGENIO TORRALBA, UN FAUSTO ESPAÑOL**

Debo gran parte de esta información a mi amigo Federico Muelas. Me prometió enviarme más «monstruos» de su tierra. La muerte truncó su promesa. Vaya hoy con mi agradecimiento la expresión de lo mucho que admiré a este poeta de Cuenca.

El doctor Eugenio de Torralba nació en la ciudad de Cuenca y declaró en su proceso que, siendo de edad de quince años pasó a Roma, donde sirvió de paje a don Francisco Soderini, obispo de Volterra y luego Cardenal creado en 31 de mayo de 1503. En aquella capital estudió filosofía y medicina con el médico Cipión y los maestros Mariana, Avanselo y Manquera, con los cuales tuvo posteriormente, siendo ya médico, muchas contiendas sobre la inmortalidad del alma. Ellos sostenían como dogma de física, su mortalidad, y con razones tan fuertes que, aunque Torralba no arrancó de su corazón la religión aprendida en su infancia, quedó en el estado de pirronista, dudando de todo.

Era ya médico hacia el año 1501 y se unió en amistad íntima con maestro Alfonso, vecino de Roma, que habiendo sido judío, había dejado la religión de Moisés por la de Mahoma. Después dejó ésta por la cristiana y últimamente ésta por la natural. Alfonso le decía que Jesús había sido puro hombre y no Dios, lo que sostenía con muchos argumentos, destruyendo por consecuencia los artículos de fe sobre la Divinidad. Y, aunque Torralba tampoco tuvo fuerza para desprenderse de la Fe recibida de sus padres, quedó también dudoso de cuál extremo sería el verdadero. O las nuevas opiniones de los herejes arríanos o la creencia desde la cuna del cristianismo de la Iglesia Católica.

Uno de los amigos adquiridos en Roma fue ciertamente un fraile dominico que se llamaba Fray Pedro y éste le dijo un día que tenía por servidor a un ángel bueno, espíritu de inteligencia, cuyo nombre era Zequiél. Tan poderoso en saber cosas ocultas y futuras, que no cabía en ponderaciones, pero de condición tan especial que, lejos de querer pacto para comunicar sus noticias, lo aborrecía. Decía que quería ser libre y servir por amistad al hombre que pusiera su confianza en él. Haría esto con libertad plena de revelar o no secretos, porque si negándose a ello con tesón, le quisieran porfiar con importunidades, se retiraría de la sociedad del hombre a la que se hallase agregado y jamás volvería a ella. Fray Pedro preguntó a Torralba si le vendría bien tomar a Zequiél por amigo y servidor, para pedírselo mediante su amistad. Torralba manifestó que tendría mucho gusto en hacerlo.

Zequiél era un joven blanco y rubio con vestido encarnado y sobretodo negro, y dijo a Torralba: «Yo seré tuyo mientras vivas y te seguiré a donde quiera que vayas.» Según esta promesa, se le dejaba ver en los novilunios, cuadrantes de luna, plenilunios y otros días que le acomodaban con el traje indicado, algunas veces con el de peregrino y otras iba vestido de ermitaño. No hablaba jamás Zequiél contra la religión cristiana ni le había inducido a error alguno, ni a obras malas. Antes bien, le reprendía alguna vez por haber pecado y asistía con él al templo al santo sacrificio de la misa. Por lo cual creía Torralba que Zequiél era ángel bueno, pues de ser malo se conduciría de otro modo. Zequiél hablaba siempre a Torralba en latín o en italiano, y aunque había estado con él en España, Francia y Turquía, no sabía estos idiomas. Declaró que proseguía haciéndole visitas en la cárcel del Santo Oficio, pero pocas veces, y no le revelaba secreto alguno. Por eso Torralba quería que se le retirase, porque sólo servía para agitar su imaginación



y quitarle el sueño. No obstante, aún no había podido lograr que dejase de venir ni de hablar cosas que ya le incomodaban.

Torralba vino a España hacia el año 1502 y tras de algún tiempo volvió a Italia y volvió a fijar su domicilio en Roma con el favor del Cardenal Volterra. Consiguió crédito de buen médico y trabar amistad con otros Cardenales. Dijo que habiendo leído unos libros de quiromancia quiso estudiarla por principio y llegó a manejarla bien de manera que algunas personas le buscaban para que vaticinase cosas futuras leyendo las rayas de las manos. Zequiél enseñó a Torralba la virtud oculta de muchas hierbas y plantas para curar ciertas enfermedades. Torralba las usó con éxito y recibió dinero por estas curaciones, pero Zequiél le reprendía y decía que no debía recibirlo, pues no le había costado estudio ni trabajo el antídoto.

Torralba estaba, a veces, triste por falta de dinero, y le dijo Zequiél: «¿Por qué estás triste, aunque no tengas dinero?» Y halló después seis ducados en la cama, y esto se repitió en varias ocasiones. Torralba creyó que lo ponía Zequiél, aunque si se le preguntaba, se iba sin responder.

El ángel, dijo, le anunciaba sucesos políticos, como por ejemplo, estando en España de nuevo en el año 1510, siguiendo la corte del rey Fernando el Católico, le dijo Zequiél, que pronto recibiría el monarca una noticia desagradable. Así se lo comunicó Torralba al Cardenal Giménez de Cisneros y al gran Capitán Gonzalo de Córdoba. En efecto aquel mismo día trajo un correo la noticia de haber muerto en África don García de Toledo, hijo del Duque de Alba, en la desgraciada expedición contra los moros.

El mismo Cardenal Cisneros, de resultas de haber oído que el Cardenal Volterra había conseguido que se le dejara ver el ángel Zequiél, quiso verlo y adquirir conocimiento exacto de la naturaleza y calidades del espíritu. Torralba deseó complacerle y por más que suplicó a Zequiél que se dejase ver del Cardenal Inquisidor General en la figura humana que más le acomodase, el ángel no quiso condescender. Pero, en compensación de este desaire, mandó a Torralba le anunciase que llegaría a ser rey, lo cual se verificó, pues fue gobernador soberano de todas las Españas y las Indias. Y por este estilo hacía Zequiél con palabras de sentido ambiguo otros anuncios, que con el tiempo se verificaban ciertas cosas que aclaraban el vaticinio. Por ejemplo, el Cardenal valenciano don Francisco Remolinos le dijo que sería rey y llegó a ser virrey de Nápoles, lo cual equivale a ser rey, atendida la separación y distancia del soberano.

Otra vez anunció Zequiél en Roma que a su amigo Pedro Margano no le convenía salir de la ciudad porque perdería la vida. Torralba no pudo ver a su amigo aquel día y buscándole al inmediato supo que Margano había sido muerto fuera de Roma, donde se encontró su cadáver hecho trozos.

Zequiél anunció que había de tener un fin desastroso el Cardenal de Sena, y pasado el tiempo murió ajusticiado por orden del Papa León X en el año 1517. Camilo Rufini, natural de Nápoles, amigo de Torralba, encargó a éste que rogara a Zequiél que revelase algún medio de ganar en el juego, al que tenía gran afición, y condescendiendo Torralba, le dictó Zequiél una cédula, enseñándole ciertos caracteres extraños con que había de escribir, algo parecido a las letras M.Q.L. y la diese a Camilo. La tomó éste y ganó cien ducados. Zequiél le dijo que no jugara al día siguiente, que era cuarto de luna, porque perdería.

Regresando Torralba a Roma en 1513, deseó ver a Tomás de Becara, íntimo amigo suyo que se hallaba en Venecia, y sabiéndolo Zequiél le condujo allá y le volvió a traer con tal brevedad que no le echaron de menos en Roma las personas de su continuo trato. El Cardenal de Santa Cruz, don Bernardino Carbajal, dijo a Torralba, por los años 1516, que fuese a pasear una noche con el Dr. Morales, su médico, en casa de una española llamada la Rosales, porque deseaba saber lo que había de cierto sobre lo

que ella decía, de que todas las noches se le aparecía un fantasma en figura de un hombre muerto a puñaladas. Y aunque el doctor Morales había pasado allí una noche sin ver nada cuando la Rosales gritaba lo que estaba viendo, esperaba instruir más por medio de Torralba. Concurrieron ambos y a eso de la una de la noche gritó la mujer según costumbre. Morales nada vio y Torralba observó la figura de un hombre como muerto y un fantasma detrás que parecía de mujer. Le preguntó con valor: «¿Qué buscas aquí?» El fantasma respondió «un tesoro», y desapareció. Rogado Zequiél para que descifrara el enigma dijo que había de verdad enterrado en la casa un hombre muerto a puñaladas.

Luego que falleció el Rey Católico, Zequiél anunció a Torralba que su patria tendría guerras civiles. Torralba lo dijo al cardenal Volterra y al duque de Béjar residente por entonces en Roma. Este lo escribió al Cardenal Giménez de Cisneros, regente del reino, y no tardó mucho en verificarse la guerra de las Comunidades de Castilla.

Viniendo a Barcelona, Eugenio de Torralba vio en casa del canónigo Juan García un libro de quiromancia y en él unas notas de cierto modo de ganar en el juego. Don Diego de Zúñiga quiso que se las enseñase. Eugenio copió los caracteres y le previno que debería de escribirlos Zúñiga por sí mismo en una cédula con sangre de murciélago en día de miércoles, dedicado a Mercurio, y tenerla en su poder el día que jugase. Habiendo dicho la señora de la casa donde se alojaban que había oído afirmar que en ella había un tesoro escondido, y manifestando Zúñiga deseos fuertes de saber si era cierto, Zequiél, a ruegos de Torralba, respondió que lo había, pero que no había llegado el tiempo de su descubrimiento. Había tenido dos espíritus encantados por los moros y esto era un gran obstáculo.

Estando en Valladolid el año 1520 dijo el doctor Eugenio a don Diego que quería volverse a Roma, porque tenía ocasión de hacerlo brevemente cabalgando en una caña por los aires y guiado por una nube de fuego. Y, en efecto, regresó a Roma, donde el Cardenal de Volterra y el prior de la orden de San Juan le rogaron les cediera su espíritu familiar. Torralba propuso a Zequiél esto, y aún se lo rogó con grandes insistencias, pero no logró su aquiescencia.

En 1525 díjole su ángel a Torralba que haría bien en volver a España, porque lograría ser médico de la infanta Doña Leonor, reina viuda de Portugal y después reina de Francia con Francisco I. El doctor comunicó la especie al duque de Béjar y a don Esteban Manuel Merino, Arzobispo de Bari y que luego fue Cardenal. Y estos señores le proporcionaron con su influencia la gracia que, con efecto, logró el año inmediato.

Hallándose en Valladolid a principios de abril de 1527, Zequiél anunció que la emperatriz reina de España pariría varón. Torralba lo dijo a Don Diego de Zúñiga y a su hermano Don Pedro, que residían en la corte. Y así fue que la emperatriz dio a luz en el día 22 de aquel mes al príncipe Felipe.

Últimamente, Zequiél comunicó a Torralba el 5 de mayo de aquel mismo año que, a la mañana siguiente, sería tomada la ciudad de Roma por las tropas imperiales, y deseando el doctor presenciar suceso tan grande del pueblo que miraba como segunda patria, rogó al ángel que lo condujese a tiempo de verlo. Condescendió Zequiél y ambos salieron de Valladolid paseando a las 11 de la noche. A poca distancia de la ciudad dio Zequiél a Torralba un palo lleno de nudos y le dijo: «Cierra los ojos, no tengas miedo, ten eso en la mano y no te sucederá mal alguno». Comenzaron a volar y cuando llegó el caso de abrir los ojos creyó estar tan cerca del mar que podía tocar sus aguas, y metido en una nube muy oscura, que pronto se iluminó hasta el punto de recelar quemarse Torralba, lo cual observó Zequiél y le dijo: «No temas, bestia fiera.» Vueltos a cerrar los ojos y pasado algún tiempo, creyó estar en tierra. Zequiél le mandó descubrirse y le

preguntó si conocía dónde se hallaba. El doctor observó los objetos, conoció estar en Roma y respondió que en la torre de Nona. Entonces sonó el reloj de San Angelo dando las cinco horas de la tarde. Es decir la doce hora española, de manera que se había hecho el viaje en una sola hora. Paseó Torralba con Zequiél por las calles de Roma y vio después saquear sus casas. Entró en la del obispo Lopis, tudesco de nacionalidad, que vivía en la torre de Santa Ginia. Vio morir al condestable de Francia, Carlos de Borbón, y la reclusión del Papa en el castillo de San Angelo, con todo lo demás de aquel terrible día. Volvió a Valladolid en hora y media, donde se le despidió Zequiél diciendo: «Desde ahora ya deberá creer cuanto yo le digo».

Comunicó las noticias el doctor y como luego se vieron confirmadas por la corte y el suceso era de tal naturaleza, Torralba, por entonces médico del Almirante de Castilla, se hallaba en todas partes considerado como un gran y verdadero nigromante, brujo, hechicero y mago.

Estas voces ocasionaron la delación que produjo su prisión en Cuenca a principios del año 1528. Como este hombre salió al auto general, publicó de fe el día 6 de marzo de 1531, después de más de tres años de cárcel, y se leyó el extracto del acta de su proceso, conforme era costumbre, mereció al público español más atención esta causa que todas las de los tribunales del reino en aquel año.

Era consiguiente el formarse muchas relaciones y enviarlas a la corte, y hubo tal variedad de unas y otras, como en los oídos y entendimiento de los oyentes. A esto y a las licencias poéticas se le atribuyen algunas especias que añadió o alteró Luis Zapata en el poema de Carlos Famoso, treinta años después del suceso. Y las que ochenta años después contó Cervantes en la persona de Don Quijote. Pero las narraciones de ambos deberían corregirse por ésta, sacada del proceso, de cuya formación parece justo dar ya noticia.

El delator fue don Diego de Zúñiga, su amigo, que después de haber sido tan mala cabeza como el doctor Eugenio, vino a parar con muchos de su rango, en fanático y supersticioso. Hacía confesión general con un fraile misionero apostólico, y como era ya tan general la fama de la brujería de Torralba, *porque este loco había hecho las más eficaces diligencias para ello* jactándose públicamente de tener por asistente suyo a un ángel familiar nombrado Zequiél, la prueba de sus jactancias fue completa. Y si él no hubiera mentido tanto por necios caprichos o locuras perniciosas, es evidente que siendo verdaderas sus relaciones, había materia de inquisición en el sistema español. Atendiendo a esto, fueron justos los inquisidores de Cuenca con el decreto de prisión.

El doctor confesó desde luego todo lo relativo al ángel Zequiél y sus efectos, creyendo, y así fue al principio, que sólo trataría de estos asuntos, pero nada respectivo a las disputas y dudas sobre la inmortalidad del alma, divinidad de Jesucristo, hasta que la causa presentó distinto estado. Cuando creyeron los jueces tener el de sentencia, se juntaron para la conferencia de votos y hubo discordia, por lo que remitieron el proceso al Consejo de la Suprema, el cual decretó el 10 de diciembre de 1528 su devolución, mandando dar tormento al doctor Eugenio de Torralba, cuando la calidad y edad de su persona sufriesen para que declarase cuál había sido la intención con que recibió y conservó el espíritu de Zequiél. Si conocía de veras que era un espíritu malo, como algún testigo dijo haberle sido manifestado. Si hubo pacto para recibirlo y cuál fue. Cómo se verificó el recibimiento. Si entonces o después usó de conjuros para invocarle. Hecho todo lo cual, volviere el proceso a votarse.

Sufrió Torralba el tormento, que no merecía como mal confidente *sino como gran embustero y loco* e incurrió en bastantes contradicciones en ocho distintas declaraciones, como acontece a los que mienten mucho en diferentes tiempos y circunstancias. Había estado siempre consecuente en decir que su familiar era espíritu

bueno; pero ahora declaró en el tormento primero de cuerda, que ya lo tenía por malo; puesto que lo miraba como origen de su actual desgracia.

Se le preguntó si el espíritu le había vaticinado que sería preso por el Santo Oficio y respondió que bastante le había dicho, si él le hiciera caso, pues le tenía prevenido que no volviese a Cuenca, porque le iría mal. En lo demás, contestó no haber intervenido nunca en pacto, ni otra cosa de lo ya referido.

Los inquisidores creyeron los hechos contados por el doctor Torralba, y habiéndole tomado nueva declaración el 6 de marzo de 1529, detuvieron un año el curso de la causa por compasión, deseando que tan famoso nigromante se convirtiera y confesara los pactos y hechizos que siempre negó.

Sobrevino un testigo que dio alguna noticia de las opiniones antiguas sobre la inmortalidad del alma y divinidad de Jesucristo, por cuyo motivo declaró el doctor en 29 de enero de 1530 lo que ya se ha referido y acabó de explicarlo el 28 de enero de 1531. Informado el Consejo de la Suprema, encargó buscar personas sabias y timoratas que procuraran convertir al reo y persuadirle que abandonase de corazón la nigromancia y cuantos pactos tenía, confesando éstos y todos los hechizos para descargo de su conciencia. Le predicaron mucho Fray Francisco Antonio Barragán, prior del convento de dominicos de Cuenca y Diego Manrique, canónigo de la catedral. Respondía el doctor estar muy arrepentido de todas sus culpas, pero no podía confesar pactos y hechizos porque jamás habían intervenido, ni desprenderse de la vista del ángel Zequiél, porque no era arbitro para impedirle que viniese y no condescender a propuestas algunas que le indicase.

Los inquisidores de Cuenca tuvieron la candidez de interrogar a Torralba qué decía su familiar Zequiél de las personas y doctrinas de Martín Lutero y de Desiderio Erasmo. El doctor Eugenio, que era muy sagaz, respondió que Zequiél reprobaba a los dos, con la diferencia de que calificaba a Lutero de muy mal hombre y a Erasmo de muy astuto para gobernarse, aunque los dos se comunicaban cartas, por lo que dejó muy contentos a los inquisidores.

En fin, sentenciaron éstos la causa el 6 de marzo de 1531, condenando al doctor Eugenio Torralba, fuera de lo general de las abjuraciones, a penitencia de cárcel y «sambenito» por el tiempo de la voluntad del Inquisidor General. No hablar ni comunicar con el ángel Zequiél, ni dar oídos a lo que le dijese de propio movimiento, porque así le convenía para el bien de su alma y tranquilidad de su conciencia.

El Cardenal Inquisidor general Manrique le dispensó luego la penitencia diciendo ser en atención a su arrepentimiento y a lo sufrido en la cárcel por espacio de cuatro años de prisión. Pero en realidad fue porque el Almirante de Castilla, don Fadrique

Enríquez, su próximo pariente y amigo, suplicó a favor de su médico, que aún volvió a serlo durante algún tiempo.

Este es el proceso del famoso doctor Torralba, en el cual no se sabe qué admirar más, si la credulidad en los inquisidores y consejeros, o la temeridad del reo en el empeño de hacer creer sus cuentos como sucesos verdaderos, aun a costa de más de tres años de prisión y del tormento de cuerda, reducido a estar suspendido de una polea que había en el techo atado a las muñecas, con una piedra atada a los pies y dejarlo caer varias veces de golpe, el cual no le excusó el sonrojo que quería evitar la sentencia con sostener que no había intervenido en pacto alguno.

Siendo por entonces la moda de los protestantes parodiar al gentil Sócrates, diciendo que como éste lo había tenido, también lo tenían sus ángeles familiares Lutero, Zuinglio, Julio César Scalígero, Jerónimo Cardano y otros, no hay duda en que el conqense Torralba quiso darse importancia diciendo que tenía por familiar a Zequiél, y

para llevar su necio tesón adelante tuvo el gran cuidado de no citar jamás sino a personas muertas. Con los anales de la inquisición de los que acabamos de copiar la biografía y proceso de este conyuente, opinamos que él fue el que sirvió de tipo a Cervantes para componer su ingenioso Hidalgo Manchego, el Caballero de la Triste Figura. Eugenio de Torralba, firme en su manía, en su prisión y primer tormento de cuerda, de ver y tratar a Zequiél, es el facsímil de la creencia del Quijote en Dulcinea, follones, vestiglos, endriagos y malandrines en las mantas, palizas y suspensiones, así como el bastón de Zequiél, nueva flecha de Abaris, es el tipo del clavileño y los espíritus encantados de Torralba el modelo de los encantamientos del Quijote. Esto se concibe porque Cervantes habla en el capítulo cuarenta y uno de su segunda parte del Quijote, de lo ocurrido al doctor Torralba. Pellicer y Clemencin se refieren en sus notas al proceso extractado de la Biblioteca.

En el Carlos Famoso de Zapata, canto 28, se dice: «A Torralba, un grande hombre nigromante, médico y familiar del Almirante», y en el canto 30, que Torralba vivía en Medina de Rioseco, lugar del Almirante. «Y en un día natural a ella viniendo —lo visto el almirante lo contaba— y en un día solo, díz, se supo cuanto en Roma había pasado por encanto.»

En la Biblioteca Nacional, estante T, código 18, hay uno en folio y en pasta, con el título de «*Liber Fatetiarum et similitudinem*», obra de Luis Pinello, o Pinedo, en que por orden alfabético se trata de varias materias. Al folio 26, letra D, hay este párrafo: «Demon: el de Torralba hizo salir de entre unas yerbas en Madrid in domo licenciati Vargas, un hombrecito muy apenado y peinado, con una espadica. Y dio una vuelta et evanuit inter herbas, a petición de un galán que le importunaba para que le mostrase el demonio.» (Manuscrito de D. Fermín Caballero.)

## BIBLIOGRAFÍA

### A

- ALBERT, Grand et Petit. *Admirables recherches de magie*, Albert Michel. París, 1962 (facsimil).  
ALEJANDRÍA, San Clemente. *Excerpta ex Theodoto* s. a.  
ALEXANDER, S. *The Historicity of things*, in Philosophy and History. Oxford, 1936.  
ADLER, A. *Studien über Minderwertigkeitskomplexe*, Bergman, Munich, 1928.  
ANDRÉAS-SALOMÉ, L. *In der Schule bei Freud*, Nihaus. Zurich, 1958.  
AUBIN, H. *L'homme et la magie*, Desclée de Brower. París, 1952.

### B

- BACHOFEN, J. J. *Urreligion und antike Symbole*. Leipzig, 1926.  
BAKAN, D. *Freud and the Mystical Tradition of Jews*, Schocken. Nueva York, 1965.  
BARTH, K. *Theologie und Kirche*. Berna, 1928.  
BAUER, G. *Geschichtlichkeit*, De Gruyter. Berlín, 1963.  
BEARD, G. M. *The Study of Trance*. Nueva York, 1882.  
BEATTIE, J. *Contemporary Trends in British Social Anthropology*, Sociologist, 1955. °^  
BITTER, W. *Magie und Wunder*, Klett. Stuttgart, 1959. !'  
BENEDICT, R. *Patterns of Culture*. Boston, 1933.  
BENSON (vid. Wallace). *The physiology of Meditation*, Scien, Amer., 1972-226.  
BERCIER (vid. Pauwels). *El retorno de los brujos*, Plaza y Janes, 1973.  
BERGSON, H. *Fântomas vivants el recherche psychique*, París, 1913.  
— *El hombre y la cultura*, Losada. Buenos Aires, 1944.  
— *L'énergie spirituelle*, P. U. F., 1973.  
— *Matière et Mémoire*, Alean. París, 1896.  
BERLÍN, I. *Jewish Slavery and Emancipation*, Herzl. Nueva York, 1961.  
BERTRAND, J. *La sorcellerie*. París, 1912.  
BINET, A. *On double consciousness*, Open Court. Chicago, 1897.  
BOEHME, G. *Grundlegun der Osychologie*, Bildung u. Erziehung, 9-1920.  
BODIN, J. *De la démonologie des sorciers*. París, 1580.  
BOGUET, H. *Discours des sorciers*. Lyon, 1608.  
BOLLNOW, O. F. *Die Lebensphilosophie*, Wert. Wiss., 1958, 70.  
BOUTEILLER, M. *Sorciers et jéteurs de sort*, Pión. París, 1958.  
BRACELAND, F. *Comunicaciones personales*.  
BREUER, J. *Studien über Hysterie*, Deuticke. Leipzig, 1895.  
BLAKE, W. *The portable Bake*, Kazim. Nueva York, 1953.

- BRION, M. *L'Art fantastique*, Albín. París, 1961.
- BULTMAN, R. *Geschichte und Eschatologie*, 1958.
- *Glaube und Verstehen*, Gesammelte Aufsätze, 3 vol., 1933.
- CARO BAROJA, J. *Las brujas y su mundo*, Alianza Editorial. Madrid, 1966.
- *Inquisición, brujería y criptojudaismo*, Ariel. Barcelona, 1970.
- *Vidas mágicas e Inquisición*, Taurus. Madrid, 1967. CARUS, G. *Psyché*, Kröner. Leipzig, 1941.
- COMTE, A. *Cours de Philosophie Positive*, 6 vol. París, 1894. CHARCOT, J. M. *OEuvres completes*, Lescroquier. París, 1880.
- D
- D'ALEMBERT, Vicomte. *Encyclopedie*. 258
- DANET, A. *Le marteau des sorcières*, prolog. «Malleus Maleficarum». Piñón, 1973.
- DELAY, J. (Deniker, Lamperrière). *Démonopathie familiale*, P.U.F., 1954. 1954-X.
- DELRIO, M. *Disquisitionum magicarum*. Venecia, 1616.
- *Controverses et recherches magiques*. París, 1640.
- DEMPF, A. *Christliche Philosophie*, Buchgemerte. Bonn, 1938.
- *Kritik der historischen Vernunft*. Munich, 1957.
- DESCARTES, R. *OEuvres completes*, «La Pléiade», Gallimard. París, 1951.
- DEUTSCH, H. *Okkulte Vorgänge während der Psychoanalyse*, Imago, 1926-12.
- DILTHEY, W. *Gesammelte Schriften*, 1913.
- DODDS, E. R. *The Greeks and Irrational*, Universidad California Press, 1966.
- D'ORS, E. *Estilos de pensar*, Epesa. Madrid, 1940.
- DRIESCH, H. *Parapsychologie*, Rascher Vg. Zurich, 1912.
- *Der Mensch in der Welt*, Rascher Vg. Zurich, 1928.
- DURKHEIM, E. *Les formes élémentaires de vie religieuse*. París, 1912, y P. U. F., 1960.
- EHRENWALD, J. *Telepathy and Medical Psychology*, Alien. Londres, 1947.
- *Precognition in dreams*, Psychoan. R., 1951-38.
- *The telepathy hypothesis*, Congreso Zurich, 1957.
- ELIADE, M. *The Myth of Eternal Return*, Pantheon Books. Nueva York, 1935. *Le Yoga*, Payot. París, 1954.
- ERASMO. *Eloge de la folie*, Lib. Bibliophiles. París, 1876.
- EISSLER, R. *Man into Wolf*. Londres, 1951.
- ESQUIROL, R. *Les maladies mentales*, Bailliére. París, 1838.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. *Witchcraft, Oracles and Magic*, Clarendon. Londres, 1937.
- *Les antropologues face a l'histoire et la religion*, P. U. F., 1974.
- EWEN, C. L. *Witch hunting and Witch trials*, Kegan. Nueva York, 1929.

## F

- FARIA, Abate. *De la cause du sommeil lucide*, Ariel. París, 1819.
- FARRAR, S. *What Witches do?*, Coward. Nueva York, 1971.
- FEIJOO, B. J. *Cartas eruditas y curiosas*. Madrid, 1774.
- FERENCZI, S. *Bausteine, Psychoan.*, Vg. París, 1877.
- *Spiritism*, Gyogyasat, 1899-30 (traducción inglesa Psychoan, R., 1963-50).
- *OEuvres Completes*, Payot. París, 1968.
- FEUERBACH, F. *Briefe an seine Mutter*, Meyer u. Yessen. Berlín, 1911.
- FLUDD, R. *Ensayos Filosofía y Física* (latín). Londres, 1617.
- FODOR, N. *Telepathy in analysis*, Psychiat. Quat., 1947-21.
- *Freud, Jung and Occultism*, University Books. Nueva York, 1972.
- FONTAINE, T. *Des marques des sorcières*. Lyon, 1611.
- FRAZER, J. G. *The Golden Bough*. Londres, 1919-1920.
- *The worship of Nature*. Londres, 1926.
- FREUD, S. *Gesammelte Werke*, Imago. Londres, 1935-1952.
- *Obras Completas*, Biblioteca Nueva. Madrid, 1928.

## G

- GADAMER, H. G. *Warheit una Methode*. Munich, 1960.
- Comunicación personal.
- GARCON, M. *Trois histoires diaboliques*, Gallimard. París, 1930.
- GARDNER, M. *Fads and Fallacies*, Dover Pub. Nueva York, 1952.
- GARDNER, G. B. *Witchcraft today*, Rider. Londres, 1954.
- *The Meaning of Witchcraft*, Aquarium Pr. Londres, 1959.
- GEHLEN, A. *Der Mensch*, Junker Vg. Berlín, 1940.
- GILLES DE LA TOURETTE (vid. LEGUÉ). *Autobiographie d'un hystérique possédée*.
- GRILLOT DE GIVRY. *Witchcraft and Alchemy*, Bonanza. Nueva York, s. a.
- GRODDECK, G. *Das Buch vom Es*, Psychoan. Vg. Viena, 1923, y Limes Wiesbaden, 1961.
- GUARDINI, R. *Unterscheidung des Christliche*. Munich, 1935.
- *Das Tende der Neuzeií*. Munich, 1950.
- GUILLAIN, G. J. M. *Charcot, sa vie et son oeuvre*, Masson. París, 1955.

## H

- HANSEN, J. *Geschichte der Hexenwahns*. Bonn, 1901.
- *Inquisition and Hexenprozess*. Munich, 1900.
- HARNACK, A. von. *Marcion das Evangelium vom freunden Gott*. Berlín, 1921.



- *Reden una Aufsätze*, 7 vol. 1904-30. Berlín.
- HARTMANN, N. *Methapsysik des Erkenntnis*. Berlín, 1921.
- HEGEL, G. W. F. *Phänomenologie des Geistes*, Meinertz. Leipzig, 1949.
- HEIDEGGER, M. *Von Wessen der Wahrheit*, Klostermann. Frankfurt, 1964.
- *Identität und Diferenz*, Neske. Phlulhingen, 1957.
- *Nietzsche*, id., id., 1961.
- *Unterwegs zur Sprache*, id., id., 1959.
- *Holzwege*, id., id., 1950.
- HEUYER, G. *Un cas de delire de sorcellerie*, A. M. P., 1953.
- HOBBS, T. *Levyathan*, Blackwell. Oxford, 1946.
- *On the diference of Manner*, id., id., id.
- HOFFMAN, H. *Ergriffenheit u. Besessenheit*, Francke. Munich, 1972.
- HOLYMARD, E. J. *La historia prodigiosa- de la alquimia*, Guadiana. Madrid, 1970.
- INSTITORIS, Henry (Kraemer), véase SPRENGER. *Malleus Maleficarum* (en latín). Nuremberg, 1496.
- *Tractatus varii cum sermonibus...* Nuremberg, 1495.
- JASPERS, K. *Von der Wahrheit*. Munich, 1947.
- *Allgemeine Psychopathologie*. Berlín, 1965-8 Auflage.
- JUNG, C. G. *Welt des Psyché*, Rascher. Zurich, 1954.
- *Studien über Archetypus*, id., id., 1954.
- *Psychologie und Alchämie*, id., id., 1954.
- *Symbolik des Wandlung*, id., id., 1952.
- *Symbolik des Geistes*, id., id., 1948.
- *Das Geheimnis der goldenen Blüte*, id., id., 1948.
- K**
- KANT, E. *Traum eines Geistersehers*, 1766.
- KLUCKOHN, C. *Malinowski*, J. Am. Folk., 1953-LVI.
- Véase ROMNEY, A. K. *The Rimrock Navaho*, Harpers Row. Nueva York, 1961.
- KIEV, A. *Magic, Faith and Haling*, Free Press, 1964.
- KNOX, R. A. *Enthousiasm*. Clarendon Press. Oxford, 1950.
- KOESTLER, A. *Les racines du basará*, Calman Lévy. París, 1972.
- KRAEPELIN, E. (mit LANCE). *Allgemeine Psychiatrie*, Barth, Leipzig, 1927.
- KOESTLER, A. *The ghost in the machine*. Nueva York, 1967.
- *Le lotus et le robot*, Colman. París, 1970.
- *Les racines du hasart*, id., 1972.

- *Insight and outlook*, Macmillan, 1949.
- LANCRE, P. *Traite de l'inconstance...* París, 1613.
- *Incredulité et mescréance*. París, 1622.
- LANCE, J. (vid. KRAEPELIN).
- LEA, H. C. *A History of Inquisition in Spain*, 4 vol. Nueva York, 1907.
- LEARY, T. *The Politics of Ecstasy*, Macgibbon & Kee, 1970.
- LERSCH, Ph. *Des Mensch ais Schnittpunkt*, Beck. Munich, 1969.
- LÉVI-BRUHL, L. *Lame primitive*, P. U. F. París, 1963.
- *La mythologie primitive*, Alean. París, 1935.
- *Le surnaturel et la nature dans la mentalité primitive*, P.U.F., 1963.
- LÉVI-STRAUSS, C. *Anthropologie structurale*, Pión. París, 1958.
- *Tristes trapiques*, Pión. París, 1955.
- *La pensée sauvage*, Pión. París, 1962.
- *L'homme nú*, Pión. París, 1971.
- LOWEN, A. *The betrayal the body*, Macmillan. Toronto, 1969.
- LÖWITH, K. *Von Hegel bis Nietzsche*. Berlín, 1920 (traducción española, Editorial Sudamericana). LEVI, E. *The Key of Mysteries*, Rider. Londres, 1969.
- *The History of Magic*, Rider. Londres, 1969. , , ¿ \
- M
- MALINOWSKI, B. *Magic, Science and Religion*, Doubleday. Nueva York, 1948.
- *Sex repression and savage society*, Doubleday. Nueva York, 1955.
- MARWICK, M. *Witchcraft and Sorcery*, Penguin, 1970.
- *Sorcery in its social setting*, U. P. Manchester, 1965.
- MARCUSE, H. *Trieblehre und Freiheit*, Boston, 1955.
- *Eros und Kultur*, trad. inglesa, Routledge. Londres, 1956.
- MARCUSE, L. *Sigmund Freud*, Rohwolt, 1956.
- MESMER, F. A. *Mémoire sur le magnétisme animal*. París, 1803.
- MOEBIUS, O. *Über den Begriff der Hysterie*, Zent. Nerv., 11-188.
- MONTAIGNE. *OEuvres*, La Pléiade, 1963.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. *Historia de los heterodoxos*, 3 vols. Madrid, 1880-81. Obras Completas. C.S.I.C. Madrid, 1965.
- MICHAELIS, S. *Discours des esprits*. París, 1594.
- MICHELET, J. *La sorcière*. París, 1867. MIGNE, Abbé. *Encyclopédie théologique*, 50 vols., Atelier Catholiques. París, 1843.
- MOLITOR, U. *Des sorcières et des dévineresses*. Venecia, 1489 y facsímil, París, 1926.
- MONTAIGNE, M. *Essais*, La Pléiade, Gallimard. París, 1957.

- MORIN, E. *Le retour des astrologues*, Cahiers Obs., 1971-73.
- MOSER, F. *Okkultismus, Tauschungen und Tatsachen*, Reinhard, Munich, 1935.
- MURRAY, M. *The God of Witches*, Daimon Pr. Essex, 1962.
- N
- NDEL, S. F. *La théorie de la structure social*. Ed. Minit. París, 1970. *The Foundation of Social Anthropology*. Londres, 1951.
- NELLI, R. *Le phénomène cathare*. Privat, 1964.
- NOTESTEIN, W. *A history of Witchcraft in Englan*, Crowell. Nueva York, 1968.
- NOVALIS. *Dokumente seines Lebens und seines Sterbens*, Fischer. Berlín, 1925.
- O
- O'BRIEN, J. *The inquisition*. Macmillan! USA, 1973.
- ODIER, C. *L'angoisse et la pensée magique*, Delachaux Nestlé. París, 1966.
- OSTRANDER, S. (vid. Schroeder, L.). *Recherches parapsychologiques en URSS*, La font éd. París, 1973.
- OTTO, R. *Das heilige*, Trewend, Gracier. Breslau, 1917 (trad. inglesa, Oxford, 1928).
- PAUWELS, L. (vid. Bergier). *El retorno de los brujos*, Plaza y Janes, 1973.
- PELLICIER, Y. *Intégration et données sociologiques en psychiatrie clinique*, Congrès de Marseille, 1964.
- PEUCKERT, W. E. *Pansophie*, Kolltamne. Stuttgart, 1936.
- PFISTER, O. *Des christentun und die Angst*, Artemis. Zurich, 1944.
- PLÉ, A. *Freud et la religion*, Ed. du Cerf. París, 1968.
- POPPER, K. R. *The povery of historicism*, Basic Books. Nueva York, 1957-1960. POROT, M. *Delire a deux*, As. Neurop. Clermont Ferrand, 1963.
- R
- RANK, O. *Der Doppelganger*, Deuticke. Viena, 1914.
- REICH, W. *The discovery of Orgasm*, Orgon Int. Press, 1949.
- *Ester, God and Devil*, id., id., id., 1951.
- REINACH, S. *Orphaeus*, Gallimard. París, 1914.
- RHINE, L. E. *Les votes secretes de l'esprit*, Fayard. París, 1970.
- ROBBINS, R. H. *Encyclopedia of Witchcraft and Demonology*, Crown. Londres, 1959.
- ROHDE. E. *Psyché*, Fayard. París, 1928.
- ROHEIM, G. *Telepathy in a dream*, Psychoan. Quat., 1932-1.
- ROMNEY, A. K. (véase KLUCKHOHN, C.).
- SARGANT, W. *The possessed Mind*, Lippincot. Nueva York, 1974.
- «SATÁN». *Eludes Carmelitaines*, Desclée Brouwer. París, 1948.
- SCHELER, M. *Gesammelte Werke*. Berlín, 1954.

- *The nature of Sympathy*, Routledge. Londres, 1954.
- *Der Formalismus in der Ethik*. Berna, 1966, 4-Auf.
- SCOTT, R. *The discovery of Witchcraft*. Londres, 1584-1886, y Centaur Pr., 1964.
- SCOTT, W. *Letters of Demonology and Witchcraft*. Londres, 1883.
- SEGLAS, L. *Leçons cliniques: les persécutés possédés*, Azelin. París, 1915.
- SCHMITZ, C. A. *Religion-Ethnology*, Akademische Vg. Frankfurt, 1964.
- SILBERER, H. *Problem der Mystik und ihre Symbolik*, Heller. Viena, 1914.
- *Der Traum*, Enke. Stuttgart, 1919.
- SPRENGER, I. (véase INSTITORIS). *Malleus Maleficarum*. Nuremberg, 1946.
- SPERBER, M. *Le talón d'Achule*, Calman. París, 1957. STUDINGER, H. *Krise im heutigen Denken?*, Karl Alber. Munich, 1972.
- STEKEL, W. *Die Sprache der Traums*, Bergmann. Munich, 1911.
- *Die thelepatische Traum*, J. Baum. Berlín, 1920.
- STRAUSS, E. *Wessen und Vorgang der Suggestion*. Springer, 1960.
- SWOBODA, H. *Harmonía Animae*. Viena, 1907.
- SZASZ, T. S. *The manufacture of Madness*, Harper Row. Nueva York, 1970.
- *The Myth of mental Illness*, Harper Row. Nueva York, 1961.
- TAILLEPIED, D. *Traite de l'apparition des esprits*. París, 1616.
- TENZLER, J. *Wirklichkeit der Mitte*, August VETTER gebs. 80.
- TILlich, P. *The Protestan! Era*. Universidad de Chicago, 1948.
- TREVOR-ROPER, H. R. *The european witch-craze of the 16th and 17th centuries*, Penguin Books. Londres, 1969.
- U
- URBAN, H. *Recherches parapsychologiques dans une clinique psychiatrique*, Amadou, 5. París, 1970.
- V
- VOEGELIN, E. *Wissenschaft, Politik und Gnosis*. Munich, 1959. — *Anamnesis*. Munich, 1966.
- VOLTAIRE (vid. D'ALEMBERT). *Encyclopédie y OEuvres completes*, Szcznesny. Munich, 1964.
- W
- WAEHLENS, A. *La philosophie et les expériences actuelles*, Nijhoff. Haag, 1961. WALLACE, K. (véase BENSON). *The physiology of Meditación*, Sci. Am., 226-1972.
- *Die Erlebnisbedeutung der Phäntasie*. Stuttgart, 1950. WEBER, M. *The sociology of Religión*, Beacon. Boston, 1963.
- *Soziologie, Weltgasichte, Analysen und Politik*. Stuttgart, 1963.
- WEISZAECKER, C. *Die geschichte der Natur*. Hamburgo, 1948. WEISZAECKER, V. von. *Natur und Geist*, Vandenhoecke. Gotinga, 1956.
- WHEATLEY, D. *The Devil*, Amer. Heritage. Nueva York, 1971. WIER O WEYER, J. *Histoires*,

*disputes et discours des illusions*

*et impostures des álables* (en latín). Ginebra, 1579.

— *De l'imposture des álables*, Analectes, Lab. Theraplix, 1970.

WILSON, C. *The occult* (edición propia). Gran Bretaña, 1971.

WILSON, M. *Keiskammahoeck Rural survey*, Shuter & Shooter. Nueva York, 1950.

ZILBOORG, G. *Hystory of Medical Psychology*, Norton. Nueva York, 1941 (hay traducción).  
Comunicación Congreso Psicoterapia Católica, Madrid, 1957. Varias comunicaciones personales.

ZUTT, J. *Ergriffenheit*, Francke. Munich, 1972. Actas de Reunión sobre la posesión en  
Franckfurt, 1967. Varias comunicaciones personales.

ZWINGMANN, Ch. *Ergriffenheit u. Besessenheit*, Francke. Munich, 1972.